

R 29473

6522
25

4-16-2-56

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

17

LA DUQUESA DE NEMOURS

NOVELA ORIGINAL

DE

PAUL FEVAL

VERSION CASTELLANA

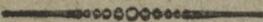
DE

JOAQUINA BALMASEDA



Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malo-
grado poeta

BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.



MADRID

IMPRESA DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA
calle Mayor, número 120
1882

12209116

de
ma
fre
I
con
cia
hu
Jos
tin
I
ten
sol
po
ble
pla
ma
I
fre
cán
via
die
jad
E
del
pal
D
ma
de
cas
po
fac
A
ma
los
mo
cup
los
de
mir
bien
Bon
Pal
ver
cia
E
nio

PRÓLOGO

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malogrado poeta

BAETASAR MARTINEZ DÚRAN.

I.

La taberna de la Pavot.

Al fin del siglo xv habia en las afueras de la puerta de Bucy, detrás de los muros de la Abadía de San German de los Prados, dos alojamientos que se miraban frente á frente.

Era uno el noble castillo de la Marche, que iba á convertirse en palacio del mismo nombre á consecuencia de la estension de sus dominios; y era el otro una humilde taberna con honores de hostería, propiedad de José Pavot, cuyo principal título era ser esposo legítimo de la Pavot, mujer célebre y sobre todo fuerte.

La Pavot tenia montada su taberna como debe entenderse todo gobierno; ella reinaba como reina absoluta dentro del cercado de su empalizada, y José no podia pretender sino el cargo de ministro responsable en el sentido de que recibia los lapos de estoque plano ó de alabarda cuando su mujer habia tratado mal á un arquero ó á un soldado.

La Pavot era hermosa, según decian los soldados que frecuentaban la casa, por más que empezase ya á marcarsele un bigote respetable; pero tenia un rostro jovial, un color exajerado por el frecuente uso del aguardiente, una sonrisa placentera cuando no estaba enojada, un talle airoso y el corazon en la mano.

El palacio de la Marche se levantaba al otro lado del camino real y á unos doscientos pasos de la empalizada que cerraba el jardín de la hostería.

Desde hacia mucho tiempo, desde la época del matrimonio del condestable Bernardo con Eleonora de Borbon, de la rama de los condes de la Marche, la casa pertenecía á la familia de Armagnac, familia poderosa, de sangre real, y que dió su nombre á la faccion de los partidarios del duque de Orleans.

A fin del siglo xv no se gritaba ya en las calles Armagnac ó Borgoña, como en tiempo del rey Carlos VII; pero Santiago de Armagnac, duque de Nemours, conde de la Marche y señor de otros cincuenta dominios, era aun, á pesar de la decadencia de los grandes vasallos de la corona, un príncipe capaz de dar á su soberano mucho hilo que retorcer. Se le miraba como uno de los jefes de la famosa liga del bien público, donde habian entrado los duques de Borgoña, de Bretaña y de Guyena, el conde de San Pablo y tantos otros nobles barones que pusieron verdaderamente á Luis XI á dos dedos de su perdicion.

El rey, como todos sabemos, tenia en política opiniones muy avanzadas y no se cuidaba de la condi-

cion de sus súbditos rebeldes; era un filósofo á pesar de los santos de plomo y de la efigie de la virgen, que llevaba pendiente de su sombrero, y tenia para desentenderse de las gentes que le estorbaban, muchas recetas verdaderamente soberanas.

La primera era la cuerda de su compadre Tristan Lhermite, que no se desdefiaba de servirse de su hacha cuando le ofrecian un cuello de duque ó de par. Entre los otros citaremos solamente al que puso en juego para enviar al Paraiso al duque de Guyena su hermano.

El duque de Guyena queria casarse con María de Borgoña, hija de Carlos el Temerario; esto desagradaba al rey Luis, que tenia miedo á su terrible príncipe el duque Carlos, aun dos años despues de la muerte de este último. El duque de Guyena tenia además amores clandestinos con la bella dama de Montsoreau. La dama de Montsoreau gustaba mucho del alberchigo: Luis XI dió un pequeño frasquito á un cierto individuo que se procuró un aldridor en pleno mes de julio; la fruta era un primor, y tuvo la galantería de ofrecérselo á la dama de Montsoreau, que muy contenta, la puso en pedazos en un cubilete de vino azucarado.

Participó de esta colacion delicada con su ilustre amante, y los dos se durmieron para no volver á despertar.

Una vez muerto el duque de Guyena, por este procedimiento *tan gustoso*, los grandes señores ligados contra Luis XI quedaron un poco desconcertados. El duque de Orleans, que debia ser Luis XII, pero que salia apenas de la primera juventud, se retiró á sus dominios despues de haber cometido la grave falta de rechazar los proyectos galantes de Mad. Ana de Beaujeau, hija del rey Luis XI y retrato vivo de su excelente padre.

Esta jóven tenia las mismas opiniones que el rey y retorcia fácilmente el cuello á todos los que no eran de su opinion, hermosa persona, aunque un poco vizca, de robusta complexion, y el duque de Orleans debia acordarse largo tiempo de ella.

El duque de Borgoña se hizo el muerto; el de Bretaña volvió su acero contra los ingleses; el conde de San Pablo y los demás trataron de vivir en paz, y solo Santiago de Armagnac, duque de Nemours, se hizo prender poco tiempo despues en los muros de Carlat, en la Auvernia.

El duque de Nemours entregó su espada á Pedro de Borbon, señor de Beaujeau, general del ejército real, y con el cual se habia casado ya desesperada de su causa la misma Mad. Ana, hija de Luis XI. Pedro Borbon era el más honrado caballero de la tierra y



tenia en casa de su ilustre esposa el mismo lugar que José Pavot en la taberna de su mujer.

Al recibir la espada del duque de Nemours, el señor de Beaujeau le prometió la vida, la libertad, la conservación íntegra de sus bienes y otras muchas cosas excelentes, por lo cual durante la ausencia de su padre, que cumplía una devota peregrinación, la joven Mad. Ana hizo encerrar al duque de Nemours en una jaula de hierro y rogó al Parlamento que le condenase á ser decapitado.

En tiempo de Luis XI, el Parlamento no rehusaba estos pequeños favores al rey revelador; pero la capitulación del duque de Nemours fué un hecho tan conocido, las condiciones aceptadas por Pedro de Bourbon tenían tal grado de autenticidad, que este digno príncipe, dicho sea en su elogio, proclamó en voz tan alta las promesas hechas á su prisionero que el Parlamento vaciló ante la iniquidad de semejante sentencia.

Para explicar la desobediencia de este cuerpo, que siempre se habia mostrado tan dócil, debemos decir que no habia en Francia casa más popular que la de Armagnac. Acordábase de Bernardo el condestable y de sus heroicos hechos de armas. Jacobo su hijo, duque de Nemours actual, á pesar de su carácter arrebatado, de las brutales violencias que se le reprochaban en su vida íntima, no carecía de cualidades, puesto que sus vasallos le guardaban fidelidad aun en la desgracia, y su joven esposa le profesaba un amor idólatra.

Su mujer era precisamente una de las causas que hacían vacilar á la magistratura. La duquesa Isabel era prima hermana del rey, y los jueces temían después de la sentencia, ser víctimas de las querellas de la familia.

El rey volvió de su peregrinación, aprobó la buena conducta de su hija y quedó muy descontento de la lentitud de los jueces; destituyó al canciller, que se habia permitido suspender el procedimiento para hacer presente al rey las consideraciones que se debían á un miembro de la familia real, disolvió aquel parlamento y reunió uno nuevo en la villa de Vyon.

Jacobo de Armagnac, entretanto, seguía en su prisión, declinando la competencia del tribunal que debía juzgarle y sin querer hacer ninguna confesión; de tal suerte, que el pobre compadre Tristan Lhermite levantaba su hacha en el vacío y preguntaba con razón cuánto tiempo le dejarían en aquella culpable ociosidad.

Estando así los sucesos, el rey quiso hacer una visita á su prima hermana la duquesa Isabel, que ya llevaba tocas de luto como si estuviera viuda, y que ocultaba su desolación detrás de los altos muros del palacio de la Marche, verdadera fortaleza, y allí vivía Isabel con su hijo Juan de Armagnac, que contaba apenas cuatro años. La mujer del noble cautivo y su heredero estaban defendidos por una pequeña y fiel guarnición, compuesta en su mayoría de antiguos servidores del duque de Nemours, que habian ido á alojarse á las cercanías de la Bastilla.

Cuando el rey se presentó ante el puente levadizo del castillo, el capitán de la guarnición quiso hacer resistencia, pero la duquesa ordenó que se abriesen las puertas, bajando ella misma á recibir al rey al pie de la escalera.

Estaba acompañada de su escudero y pariente el señor de Soles, que le habia manifestado desde la cautividad de su esposo, el interés más caballeresco.

Otro de sus parientes, el bello Oliverio de Gravelle, acompañaba al rey: según público rumor, este señor de Gravelle no era indiferente á Mad. Ana de Beaujeau, la cual le habia prometido el ducado de Nemours, en cuanto la sentencia de Jacobo de Armagnac hubiera producido la confiscación de sus dominios.

El señor de Gravelle era enemigo personal de Jaco-

bo y las gentes de la corte buscaban para esta enemistad una rivalidad amorosa, recordando que en otro tiempo Oliverio habia pedido, sin éxito, la mano de su pariente la duquesa Isabel.

La visita del rey fué corta, y dejó á la duquesa, no solo consolada, sino alegre. Luis XI quiso estar solo con su *bella prima*, como él la llamaba; y mientras la entretenía, los arqueros y servidores del castillo pudieron ver que el señor Oliverio de Gravelle daba la vuelta á los muros, y parecía grabar en su memoria el plano del edificio, acompañándole en esta visita el escudero Guillermo de Soles, que respondía á todas sus preguntas en voz baja.

Esto no pareció de buen agüero á los servidores y soldados de Armagnac, y quizá hubieran sacado terribles consecuencias si el preceptor del niño duque, hombre estudioso que pasaba por un espíritu débil, y al que llamaban hermano Tranquilo, á causa de su carácter dulce y un tanto monástico, no se hubiese cuidado de manifestar temor.

Desde el momento en que el hermano Tranquilo manifestaba temor, todos los demás debían reírse, porque era notorio que aquel pobre diablo tenía la cabeza trastornada: veíasele siempre con *libros viejos y raídos*, y el duque habia querido echarle muchas veces, porque encontraba imprudente confiar la educación de su hijo á aquel especie de fraile soñador, que vivía entre el polvo de los pergaminos; pero el hermano Tranquilo tenía necesidad de ganar su vida, y la piedad de la duquesa le sostenía en aquel puesto, que no desempeñaba ni mal ni bien.

Antes de ser preceptor del pequeño Juan de Armagnac, Tranquilo habia sido lector del condestable Bernardo que decia se ocupaba poco de alquimias, y los que sabían leer entre los servidores del palacio, que era un número bien limitado, sostenían que aquellos libros tan queridos de Tranquilo, no eran libros de religión ni de poesía, sino las obras de Raimundo Lulio, de Nicolás Hamel y del papa Juan, y trataban de la transformación de los metales.

En aquel tiempo el descubrimiento de la piedra filosofal de la grande obra, como se decía, provocaba más temores que burlas, y hubieran temido de veras al hermano Tranquilo, si hubieran penetrado sus estudios, sus esfuerzos, mucho más que habia en torno de él una atmósfera misteriosa, que hubiera contribuido al temor de los ignorantes; pero tenía un rostro tan dulce, quedábase á veces tan desconcertado ante las preguntas más sencillas que salían de la boca de una mujer ó de un niño, y su talento parecía tan limitado, que no escitaba otro sentimiento que el de la piedad.

Las personas que se sientan fuertes por efecto de un poder oculto, llevan en sí algo que revela ese poder, y el hermano Tranquilo no mostraba nada, no sabia ni atacar ni defenderse. El sarcasmo caía sobre él como sobre materia inerte; no trataba ni aun de disimular su cobardía; la vista de un arma le hacia temblar y producía sudor frío á su frente destilando por la punta de sus cabellos.

Aunque formase parte de los servidores de la casa, era como extraño entre ellos; muchos desconfiaban de él y todos le despreciaban. La opinión general era que sentía cruelmente los malos tratamientos del duque actual, y algunos temían que si se presentaba la ocasión aquella naturaleza dócil y servil se volviese como la serpiente, á quien se pisa y muerde en el talón.

El hermano Tranquilo, siguió con la vista al señor Oliverio de Gravelle, y al escudero Guillermo de Soles; y al seguirles pareció reflexionar, sacudiendo de vez en cuando su cabeza pálida y cabelluda. Los criados y los arqueros, que habian comenzado por abrigar temores, reíanse ya al ver el manejo del pobre pedagogo, y decían:

—Ha visto en sus libros que el bello señor Oliverio

es un encantador que vá á reducir á polvo las murallas del castillo.

—¡Calle!—decía otro,—parece que las gentes del rey le han apercibido y le señalan con el dedo, mezquina figura para honrar la casa de un gran señor.

En efecto, Oliverio había apercibido al pobre maestro y cambiaba algunas palabras con Guillermo de Soles.

—¡Oh!—esclamaron las gentes de Armagnac riendo.—Hé aquí el señor Oliverio, que va á hablar al hermano Tranquilo: estamos lucidos si juzga por esa muestra de la casa de nuestro señor el duque Jacobo.

Oliverio se había adelantado bruscamente hácia el preceptor, que se quedó turbado y tembloroso delante de él.

—¿Es verdad que tu señor te ha tratado como á un esclavo?—preguntó.

—¿A mí?—baluceó el hermano sin saber lo que le pasaba.—No me he quejado nunca.

—Responde, ¿Es verdad ó no?

Tranquilo lanzó en torno suyo una mirada recelosa como para buscar sitio donde esconderse, y murmuró:

—Yo soy un pobre hombre, señor, y los que son más fuertes me tratan como quieren.

Graville hizo sonar el tacón de su bota, calzado con espuela, dando una patada contra las losas y sacudiendo al aprendiz de monje de los dos brazos, repuso:

—¿Eres de Normandía? ¿No tienes lengua para contestar? El duque te ha maltratado, el duque te ha entregado á las burlas de la soldadesca, ha pisoteado tu amor propio...

Tranquilo fijó en el caballero sus ojos tristes y dulces como los de un niño, y dos lágrimas rodaron por sus pálidas mejillas.

—Sí, es verdad,—murmuró sin dejar de mirar á Graville,—pero no hay necesidad de ser duque para eso, monseñor; todo el mundo puede pegarme, todo el mundo se rie de mí, todo el mundo me pisotea.

Oliverio soltó sus brazos y volviéndose á las gentes del rey, exclamó:

—Ya lo ois, ya escuchais lo que sus vasallos mismos dicen de él, sed testigos y repetid estas palabras al rey nuestro señor y á madama Ana.

Desde que el Sr. Oliverio y sus compañeros prosiguieron su paseo, la guarnición de Armagnac rodeó al hermano Tranquilo y le preguntaron en tumulto:

—¿Qué te ha dicho? ¿qué te ha dicho?

—Dios tenga piedad de nosotros,—murmuró el preceptor, cuyos dientes chocaban de miedo.—Aun será tiempo de conducir á nuestro jóven señor á los Estados de su primo el de Borgoña.

—¿Qué te ha dicho?—repitieron los soldados impacientes.

El preceptor extendió la mano, señaló á Graville que se alejaba, y exclamó:

—Ese hombre es la desgracia de la casa de mi señor! ¡Defended la sangre del anciano condestable, vosotros que teneis armas!

Bajó la cabeza, los largos mechones de sus cabellos cayeron sobre su rostro y los soldados no sacaron de él ni una palabra más; pero como si la casualidad quisiera dar un mentís á tan siniestra profecía, vióse aparecer en lo alto de la entrada del palacio al rey Luis XI, que tenia por la mano á su hermosa prima, risueña con los ojos llenos de lágrimas de alegría.

—Gracias, mi querido señor,—decía,—gracias con todo mi corazón y que Dios os pague la gracia que me haceis!

II.

La encina y el hacha.

Mad. Ana de Beaujeu era una princesa de grande elocuencia, que gustaba de figuras retóricas, como su dulce padre el rey Luis XI gustaba de los venenos y de la horca.

La vispera había dicho al bello señor Oliverio de Graville:

—Cuando se corta de raíz el tronco de una vieja encina, todo alrededor nacen nuevos vástagos que crecen y se desarrollan, y por un árbol viejo, que hubiera muerto caduco, teneis diez árboles vigorosos que suelen hacerse más grandes y frondosos que la encina madre.

El señor de Graville conocia bastante íntimamente á la princesa para no comprender el sentido de esta metáfora.

—No hay más que un vástago en nuestra encina,—respondió,—y no sería necesario para destruirle más que un solo hachazo.

Madama Ana le miró frente á frente.

—¿Quereis ser vos el leñador, caballero?—preguntó. Oliverio de Graville, era un noble, vaciló, cubrióse su frente de mortal palidez y dijo:

—Odio á Jacobo de Armagnac, duque de Nemours, como el lobo; adoro á mi señora como el cristiano á los ángeles, pero la sangre de un niño mancha el guantelete de un soldado.

—Me habían dicho,—murmuró la hija de Luis XI con amarga sonrisa,—que un noble llevaba una mancha impresa en su frente, mancha que no ha lavado la venganza, mancha que no empaña su guantelete, pero que se vé en su frente cuando levanta la visera de su casco.

Y señaló una ancha cicatriz que medio se ocultaba entre los bucles negros de la cabellera del jóven; la sangre subió al rostro del caballero, y solo la cicatriz permaneció livida en medio del carmin que teñia su frente.

—¡Ah!—baluceó.—¿Eso os han dicho?

—Sí. Un día que yo lamentaba la casualidad que había marcado con una lanzada la frente del más gallan caballero de la corte de mi padre, Jacobo de Armagnac me respondió: «No ha sido una lanzada, señora...

La respiracion de Graville era ya oprimida, difícil.

—Y preguntándole yo: «¿qué es entonces, monseñor?», Jacobo de Armagnac me dijo mostrando la empuñadura de su espada: «Mirad bien esto, señora; examinad la cicatriz del señor Oliverio, y vereis que mi sello se ha quedado en su frente y que su cicatriz tiene la forma del pomo de mi espada.» Y así es verdad,—continuó la hija de Luis XI como si examinase la cicatriz por vez primera,—me parece ver en vuestra frente el trébol que termina el estoque de nuestro primo de Nemours.

Oliverio de Graville permaneció mudo, con la mirada clavada en tierra.

—Y os digo,—prosiguió Mad. Ana, tomando de la cabecera de su lecho un manuscrito en pergamino realzado con miniaturas de colores y jugando indolentemente con los broches de oro que cerraban el libro;—os digo que seria una bella venganza, tomar al duque de Nemours por su brutal accion, su vida y la vida de su raza, esto es, el presente y el porvenir; de esta suerte las personas que os aman podrian pensar en vuestros adelantos y colocar en fin la corona ducal en vuestro escudo de caballero.

Graville se había ya repuesto de su turbacion.

—Ya me había ocurrido, señores,—repuso con ademán tranquilo;—es muy antigua esta cicatriz y la creia bien cerrada, pero vuestras palabras la abren

de nuevo, señora, yo seré el leñador, si vos me entregáis el hacha.

El prudente rey Luis XI, hacia todo lo que su hija quería, y se dirigió al día siguiente al castillo de la Marche, donde su prima, la duquesa de Nemours, vivía sola y ya como viuda; el señor Oliverio de Graville acompañaba al rey, como hemos visto.

Tratábase de preparar el hachazo consabido.

Pocos meses antes, desde el fondo de su jaula el desgraciado duque de Nemours había hecho llegar una carta á la duquesa Isabel, en la cual le decía pusiera en lugar seguro á Juan de Armagnac, su hijo y su heredero.

La duquesa, obediente, había hecho desaparecer á su hijo, que los comensales del hotel de la Marche no habían vuelto á ver desde entonces; sin embargo la pobre madre no podía prescindir de ver á su hijo, y más de una vez se la había visto, cuando cerraba la noche, franquear el puente levadizo sola, lo que hacía suponer que el duque niño no estaba lejos.

La visita del rey Luis tenía dos motivos: el primero, como era del parecer de Mad. Ana, su hija, trataba de poner en práctica la teoría de la encina y del hacha, quería desde luego sacar á su primo el duque de Nemours de la fortaleza legal, donde se defendía por el silencio, fortaleza que sus parlamentos no podían forzar, y quería además, conquistando la confianza de su prima, saber dónde ocultaba al joven duque Juan.

Era muy fuerte aquel rey diplomático contra una pobre mujer que no tenía desconfianza: habló de los lazos de la sangre, y la joven duquesa creyó que Dios había tocado su corazón: lloró al escuchar las nobles promesas del rey, y una hora después que el cortejo real había pasado el puente levadizo, el pequeño Juan de Armagnac volvía, á vista de todo el mundo, á entrar en la casa paterna. Al mismo tiempo, el duque de Nemours recibía en la Bastilla una carta, en que la duquesa Isabel le participaba la clemencia del rey, suplicándole que confiase en ella é hiciese amplias confesiones.

Jacobo estaba ya debilitado por tan larga cautividad, confió en las palabras del soberano, hizo revelaciones, y el proceso cambió de aspecto y avanzó rápidamente al desenlace.

El rey había prometido absolución completa, y en el caso de que los jueces no quisieran absolverle ayudar él mismo la fuga del noble cautivo.

III.

Manso cordero.

Era el 4 de agosto de 1477, había hecho un día de calor sofocante, y la mayor parte de los soldados del castillo de Armagnac habían ido a remojar la garganta y tomar el fresco á la taberna de la Pavot, que llevaba por muestra el escudo del duque de Nemours.

Pavot, el marido de aquella reina, no tenía opiniones políticas; pero la Pavot era una Armagnac furiosa, y hubiérase dicho que aun vivía en los tiempos de Perrinet Leclere, según declamaba contra los borgoñones, que ya no existían.

Además del calor excesivo que hacía, los soldados y la servidumbre de la Marche tenían aquel día motivos de cansancio, y todo eran rumores detrás de los altos muros del castillo, porque el triste drama de que era víctima Jacobo de Armagnac debía tener su desenlace aquella noche.

Todo aquel día los caballos de la casa habían galopado entre el castillo y la Bastilla, entre la Bastilla y el palacio de San Pablo, donde residía Luis XI por aquella época.

—Yo digo, viva el rey,—esclamó la Pavot que servía vino á la ronda,—y hace mucho tiempo que no lo

he dicho; pero hoy lo digo, porque nuestro señor va á volver y los soldados de Armagnac volverán á tener escudos en su escarcela.

—Justo, y de la escarcela de los soldados—interrumpió Marmaron, un arquero que bebía y juraba bien;—los escudos se deslizarán al cajón de la madre Pavot.

—¿Y no estarán allí mejor que en tu escarcela raida?—esclamó alegremente la tabernera—pero por Dios vivo que no ha de ser hoy cuando se llené el cajón de la madre Pavot, hoy se bebe aquí gratis para celebrar la vuelta del señor duque.

Soldados y servidores esclamaron en coro:—¡Viva la madre Pavot!

—Lo que me hace reír,—esclamó esta apurando su taza,—mejor que cualquier soldado, es que el hermoso Oliverio de Graville se quedará con un palmo de nariz; le habían prometido que sería duque de Nemours, ¿no lo sabeis?

—Sí, si,—repuso Maese Claudio el despensero de Armagnac,—nos habían dicho algo parecido.

Pavot abrió la boca para colocar una frase, pero su mujer se lo estorbó diciendo:

—¡Calla, calla! Hé ahí al guarda-bosque Bonifacio, que viene con su carga de caza, como en los buenos tiempos. Y Orillon, el pescador, que trae carpas y peces del Sena. ¡Loado sea Dios! Cuando las chimeneas humean, la alegría reina en la casa. Un trago al pasar, Bonifacio; otro tú, Orillon.

El guarda-bosque y el pescador detuviéronse á la puerta de la taberna y entraron para hacer el partido á la madre Pavot, que cada vez que obsequiaba á uno de sus comensales apuraba su trago y su alegría no reconocía límites.

—¡Armagnac, Armagnac!—gritaba.—¡Viva el rey! ¡Honor á mi patrona y á todos los santos! Creo que obligaría á brindar conmigo al mismo hermano Tranquilo, si no estuviera metido en algún rincón en sus viejos pergaminos.

El nombre del hermano Tranquilo produjo cierta sensación en la asamblea.

Claudio el despensero soltó su taza sobre la mesa, y dijo:

—A la verdad que no he visto á ese pajarraco desde esta mañana.

—Pájaro de mal agüero,—murmuró Bonifacio.—¿Habeis visto cómo ha cambiado desde que el niño duque ha vuelto al castillo?

—Escuchad,—esclamó Marmaron el arquero:—el duque, nuestro señor, le pegaba sin piedad; y al pensar que va á volver le duelen ya las costillas y no sabrá donde meterse.

Rieronse todos, pero parecía que al desdén que inspiraba el nombre del hermano Tranquilo, iba unido un ligero temor.

Desde que el niño heredero había vuelto al castillo, la conducta del joven preceptor había cambiado visiblemente; fijaba á veces en el niño miradas extrañas, y la vispera, mientras Juan de Armagnac estaba encerrado con su preceptor, habíase oído gritar al niño: entró Guillermo de Soles con algunos de los criados y encontraron al niño Juan llorando y tratando de defenderse contra el hermano Tranquilo, que tenía en la mano un punzón de acero, y sobre la mesa había un frasquito de licor rojo que parecía sangre; el niño mostró llorando su pecho, y Guillermo de Soles vió bajo su camisa abierta pinchazos recientes dispuestos con cierto orden, y que parecían haber querido cauterizar con auxilio del licor rojo.

Por este hecho, Guillermo de Soles aplicó al hermano Tranquilo unos cuantos lapos con su espada, de plano.

—¡Pobre hombre!—dijo la Pavot encojiéndose de hombros,—la verdad es que no ha reventado la pólvora, como suele decirse, y vayan al diablo los que la

inventaron! ¡Porque gracias á ella, los soldados, en vez de lanzas, Dios sabe lo que tendrían que llevar. ¡Armagnac, Armagnac! Bebe como los otros, Pavot, hombre mio; ¡si hay para todos! En cuanto al hermano Tranquilo, ¡pobre hombre! he visto su brazo y sus hombros más de una vez negros por los castigos del duque; verdad es que es torpe ignorante, aunque sabe leer y escribir y el latín que dicen en la misa.

—Es cobarde como una liebre,—dijo Marmaron.

—Y además idiota,—añadió Pavot.

—Será todo lo que queráis,—dijo la tabernera;—pero es bueno como el pan, un manso cordero.

En este momento el galope de un caballo resonó en las piedras del camino, y oyóse el chasquido del látigo de su postillon.

—Nicolás, Nicolás,—esclamaron todos;—el correo Nicolás que viene de Noyon.

El correo echaba ya pié á tierra, y la inagotable Pavot se adelantaba á él con una taza llena de vino.

—Ya me decia yo á mí mismo por el camino,—esclamó el postillon,—que os encontraría en la puerta con la taza en la mano; no hay otra como vos, madre Pavot.

Ajuró la taza de un sorbo, abrazó y besó á la tabernera, y dijo con gravedad:

—Todo esto va con buena intencion, padre Pavot.

El tabernero hizo una seña de asentimiento, y todos esclamaron:

—¿Qué noticias traes, Nicolás?

—Que el duque, nuestro señor, está en camino para Paris.

Hubo un ¡hurra! general, y la cofia de la madre Pavot fué arrojada al aire.

—¡Ah, buen Dios!—esclamó frenética de alegría.—

¡Ahora sí que vuelven los buenos tiempos!

—El duque ¿está absuelto?—preguntó Claudio.

—En cuanto á eso nada sé,—esclamó Nicolás.—Guillermo de Soles que queda allá abajo, me ha dicho: Nicolás, monta á caballo y reviédale si es preciso, para llegar al palacio antes de la noche, y dile á la duquesa que todo va bien, que tengo el mio dispuesto y que nuestro señor te sigue á una hora de distancia; esto es todo lo que sé.

Apuró otra taza mientras los soldados comentaban su mensaje, y dijo á la tabernera:

—¿Y á quién llamábais, pobre cordero, cuando yo llegué, madre Pavot?

—¡Ah! ¡lo habeis oido? ¡Pardiez! Llamaba así al hermano Tranquilo.

Nicolás moduló una tos ruidosa que hablaba en favor de su pulmon, y dijo:

—¡Cordero! ¡Cordero! A mí me hace el efecto de un lobo.

—¿Es posible?—esclamó la tabernera.

Los soldados miraron á Nicolás como aguardando una esplicacion, y este con tono y espresion seria, repuso:

—Escuehad: Como yo ando como vagabundo por esos caminos, he encontrado muchas veces á vuestro hermano Tranquilo, y cuando hace sol, su espalda encorvada se endereza y sus ojos relucen como carbones encendidos; otras veces se desliza al rededor del castillo como quien ronda ó espía; ahora mismo acabo de encontrarle en la espesura que hay al otro lado de la puerta de San German...; esperaba á alguien, no hay duda; estaba tendido en tierra y se arrastraba como la culebra; al ruido de mi caballo se incorporó, y es más ágil de lo que os figurais, porque en dos bríncos se internó en lo más espeso del bosque. ¿Queréis decirme, madre Pavot, qué es lo que hace allí á tales horas?

—¡Pobre hombre! Habrá ido á ver á sus dos hijos al caserío de Arcueil.

—¿Sus dos hijos?—esclamaron todos en coro.

Y una criada de la taberna añadió con profundo asombro:

—¿Es posible que tenga hijos el hermano Tranquilo?

—¿No lo sabias?

—¿Posible es que haya encontrado una mujer ese hombre?

Decididamente la tabernera protegía al hermano Tranquilo, porque poniendo ambas manos en las caderas esclamó:

—¡Ya lo creo, y más hermosa que tú! Valia más su dedo meñique que toda tu persona.

Las gentes de Armagnac se miraron unas á otras.

—Madre Pavot—dijo Nicolás haciéndose eco de la curiosidad general;—me gustaria saber algo de la historia de nuestro hermano Tranquilo.

IV.

Historia de Tranquilo.

El rostro regocijado de la madre Pavot tomó una espresion grave y dijo á Nicolás:

—Es una historia muy triste, pero os la contaré si quereis. Tranquilo se llama Andrés ó Andese, como se dice entre nosotros allá en nuestro país de Armagnac, de donde es él, como mi hombre y como yo; es primo hermano del soldado Jerónimo Ripaille, á quien llamais brazo de hierro.

—¡Una buena espada!—interrumpió Bonifacio.

—Y un excelente hombre—añadió la criada de la taberna.

—Cuando era niño,—repuso la Pavot,—recuerdo que se le veia siempre á la puerta del convento de San Benito de Miranda; no tenia padre ni madre y toda su familia se componia de su primo Jerónimo, que era mayor que él y le zurraba: aun me parece verle con sus harapos y su libro debajo del brazo, porque ya sabia leer; los monjes le daban la comida y cuando tuvo quince años quiso entrar en el convento, porque como él dice, no servia para nada; á mí, que os hablo, me dijo muchas veces, que se arrojaría mejor al río que tocar un estoque ó un arcabuz.

Hubo un murmullo en el círculo de los bebedores y el mismo Pavot, que no la echaba de valiente, dejó escapar una exclamacion de desprecio.

—¿Qué quereis,—continuó la tabernera,—es como os digo un pobre cordero: entró, pues, de novicio en el convento de los Benedictinos en la montaña. los monjes afirmaban que sería un sabio, por más que yo lo encontraba siempre tan corto de alcances como hoy, y cuando venia á vernos, porque mi padre decia que habia algo de parentesco entre nosotros, me preguntaba si el pobre muchacho sabia distinguir su mano derecha de su mano izquierda. Cerca del convento estaba la aldea de San Vicente y allí vivia Maruja, la guardadora de cabras: ¿te acuerdas tú de Maruja, Pavot?

Pavot hizo chascar su lengua y bajó la cabeza en señal afirmativa.

—Maruja, que tenia los ojos negros como el azabache y la tez más blanca que las mejillas de una noble dama. Era tan bella Maruja que se parecia toda á la condesa Isabel.

—En cuanto á eso,—esclamó Pavot con todo el ardor de un marido que quiere hacer la causa de su mujer,—yo las he visto juntas á la una y á la otra y cualquiera las hubiera tomado por dos hermanas.

—¡Pardiez!—añadió la tabernera,—y que si alguna de las dos era más fea que la otra, no era ciertamente Maruja la pastora. Andrés iba por aquellos campos con su libro debajo del brazo para estudiar ó para rezar; ya se decia por entonces que buscaba el medio de hacer oro con las canales de hojadelata del convento y que los monjes no le imponian penitencia por

tal sacrilegio: ello es, que andando por aquellos campos encontró á Maruja, y Maruja, aquel risueño corazón que cantaba siempre, se volvió triste y pensativa.

—La habria hecho mal de ojo,—esclamó Marmaron dando con su taza de estaño contra la mesa.

—No se sabe, pero Maruja le amaba tanto...

—¿Teneis ganas de reir?—esclamaron dos ó tres incredulos.

Y Catalina, la criada de la taberna, exclamó:

—¡Preciso es que tuviera el diablo en el cuerpo la tal Maruja.

La Pavot no se enfadaba por estas interrupciones, y era preciso para esto que tuviera conciencia de que su historia era inverosímil, porque de ordinario la Pavot no permitia que se dudase de la autenticidad de sus relatos.

—¡Dios mio!—esclamó como para disculpar lo atrevido de su aserto,—si le hubierais visto en aquel tiempo en que estaba enamorado, no tenia la misma cara; cuando miraba á Maruja, toda su alma pasaba á sus ojos, y su alma debe ser hermosa, porque su rostro lo estaba entonces.

Todos soltaron la carcajada.

—¡Hermoso él! ¡Hermoso!—esclamaron todos sin dejar de reir.—Con su cara larguirucha, sus melenas lacias, sus huesos descarnados...

La Pavot frunció las cejas, se puso en jarras, y lanzando á su auditorio una mirada de desafío, esclamó:

—¡Yo os digo que era hermoso, y no hay más qué hablar! ¡Idos al diablo! Es lo cierto que Maruja perdía cada dia algun cabritillo, porque ya no tenia el corazón sereno para cuidar de su hacienda, y en cambio Andrés tenia la ropa como la nieve, los cabellos bien peinados, alzaba la cabeza como un caballero y se olvidaba á veces de llevar consigo el libro. Una noche Andrés se escapó del convento; Maruja y él se fueron á la montaña, y el padre hermitaño los casó. Hé aquí por qué el hermano Tranquilo no ha sido monge.

En aquel tiempo nuestro señor el duque de Nemours se casaba tambien con la duquesa Isabel de Armagnac, y hubo magnificas fiestas; no las hay mejores para las bodas de los reyes. Andrés y Maruja volvieron tan dichosos, que daba gloria el verlos. Los monjes de San Benito les dejaron tranquilos en su dicha, y la duquesa Isabel protegía á Maruja, tanto por el parecido que entre ellas habia, cuanto porque la duquesa Isabel es una buena cristiana. Al cabo de nueve meses Maruja dió al mundo dos gemelos, bonitos como los angeles del cielo.

—¿Se parecian á Papa?—Preguntó con sonrisa Nicolás el correo.

La tabernera le cerró la boca con un gesto enérgico, y dijo con entereza:

—Se acabaron las burlas. Los que tengan corazón tienen que llorar. Aquel mismo dia, y segun dicen á la misma hora, la duquesa Isabel dió á luz á nuestro jóven señor el duque Juan, y por eso los enemigos de Armagnac han propalado la especie de que hubo sustitucion de un niño cuando nació el de la duquesa. Maruja habia tenido un hijo y una hija, la duquesa tuvo un niño y los traidores afirmaban que la mujer de Tranquilo habia dado á luz dos varones, mientras que la duquesa habia tenido una niña, sosteniendo que se habia hecho un cambio fraudulento de recién nacidos. Este fué el primer golpe asestado contra la casa de Armagnac. Al cabo de un año, los bellos colores de Maruja desaparecieron, sus mejillas se descarnaron; veíase la pasar siempre con la cabeza inclinada sobre el pecho, y muchos decían: Hé ahí lo que tiene tomar lo que pertenece á la Iglesia; no pueden ser dichosas las que se casan con los que Dios elige para sí. Sin embargo, Maruja la pastora era muy buena, murió una noche de verano con las manos puestas en

cruz y rogando á Dios por la dicha de sus pobres hijos, y de su padre.

Todas la gentes del país fueron á verla en su lecho de hojas secas, y estaba blanca como la azucena y con los ojos cerrados como si durmiera; lo que digan los otros no me importa, yo la rezo como á una santa, y cada vez que la rezo me sucede algo bueno.

Andrés estaba allí, junto al lecho mortuorio, sin mirada, sin voz; su cabeza caía hácia adelante; sus largos cabellos caian sobre su rostro cubriéndole con un velo de luto... Los monges de San Benito llevaron un ataúd por caridad y cuando el hermano Tranquilo les oyó entonar el *libera*, llevó ambas manos á su lecho, quiso levantarse y no pudo. Los monges colocaron el cuerpo de Maruja en el ataúd.

Tranquilo parecia de piedra, pero cuando clavaban el ataúd, á cada martillazo se estremecía, como si el clavo penetrase en su corazón.

Los dos niños lloraban y Tranquilo no los oia, los monges se llevaron el cuerpo entonando cantos y Tranquilo se quedó solo en la casa desierta: por la noche se le vió arrastrarse á gatas hácia el cementerio, buscó la sepultura más reciente y se sentó encima. Allí le encontró el dia, allí le encontró la noche, le llevaban pan y le dejaba endurecer sobre la tierra... Así permaneció un mes, como privado de sentido y estaba tan delgado, tan pálido, que le hubieran tomado por un fantasma.

Al cabo de un mes, la caridad pública se habia cansado de atender á sus hijos y fueron á decirle que los niños lloraban porque no tenian que comer. Entonces Tranquilo dió un grito... ¡los habia olvidado! Volvió á su casa, vendió cuanto en ella habia, hasta la cruz de plata de su mujer, y cuando lo hubo vendido todo, los niños todavia pedían pan... Tranquilo se encontró ignorante para ser artesano, cobarde para ser soldado; vino al castillo, y el duque, nuestro señor, no gusta de los que saben leer; pero á ruegos de su mujer dió un asilo á Andrés en el castillo y por burla le nombró solemnemente preceptor del duque Juan que tenia entonces trece meses. Los hijos de Maruja fueron confiados á una campesina, y cuando nuestro señor dejó la Gascuña, que entonces la gracia de Dios le abandonó, Tranquilo siguió á los señores como nosotros todos y sus hijos fueron colocados en la aldea de Arcueil: he aquí la historia.

—No es de risa,—dijo el correo Nicolás lanzando un suspiro de desahogo.

Todo el auditorio se agitó como el de un predicador prolijo cuando se acaba el sermón; todos se habian impresionado con aquella historia, y la criada de la hosteria hasta habia enjugado alguna lágrima por la suerté de Maruja. En cuanto al hermano Tranquilo, era un enigma; pero nadie se interesaba por él, y además todos los que allí estaban habian ido á beber y á reir, mucho más que aquel dia se bebia gratis, y la melancolia caía allí como insipido huésped, al que se despedía lo más pronto posible.

El cántaro de vino dió la vuelta de nuevo á la ronda, y puede decirse que sólo la Pavot quedaba ya entregada á la emocion de su historia.

—¡Sabeis, madre Pavot,—insinuó Nicolás,—que vuestra historia es capaz de dar miedo al mismo diablo!

—Y yo juraría—repuse Marmaron con aire burlón—que no nos lo ha dicho todo.

La tabernera fijó en él una mirada iracunda.

—No os enfadeis, madre Pavot,—esclamó el arquerero riendo,—el hermano Tranquilo, segun vos, vive en el castillo por amor al niño Juan y por dar pan á sus hijos: pero yo le conozeo otro motivo.

—¿Cuál? ¿cuál?—preguntaron todos con curiosidad.

—Habla—repuso la tabernera.

—El hermano Tranquilo no está siempre ocupado en deletrear sus pergaminos, ni en atizar el fuego de-

bajo de sus cacharros llenos de plomo derretido: quizás porque nuestra señora se parece tanto a la diivnita, ó por cualquiera otra causa, le he visto mirarla horas enteras y con unos ojos...

Y entornó los suyos como los de un pescado á medio morir, lo que hizo estallar una tempestad de carcajadas que la Pavot no fué dueña de contener.

Todo lo que pudo hacer fué dar un tremendo puñetazo en la espalda de su marido que era el que reía más fuerte.

¡Oh! tendría que ver!—esclamó Nicolás,—el hermano Tranquilo enamorado de la duquesa Isabel!

—¡Qué suerte para la señora!—esclamaban otros.

—¡Arrogante galán!—añadían los demás.

Y el rostro de Catalina estaba bañado de lágrimas, que la hilaridad le arrancaba.

En medio de aquel tumulto la voz de la Pavot se elevó diciendo:

—Silencio, tened prudencia, si no teneis piedad; miradle.

Y su mano se extendía á señalar una ventana abierta. Por ella se veía en medio del camino un personaje de elevada estatura, vestido á manera de clérigo, y que caminaba apoyado en un baston en forma de cayado: tan pronto se inclinaba á la derecha como á la izquierda, descubriendo una línea tortuosa como si su cabeza estuviera insegura y no pudiera dar direccion á sus pasos.

La sotana estaba raída y cubierta de polvo; entre sus bordes desgarrados asomaban dos piernas flacas, con medias negras y en su cabeza habia un gorro aplastado que recogía mal los largos mechones de una cabellera negra.

—¡Sin duda que el preceptor honra la casa de Armagnac!—dijo Nicolás.

—Cuando se tiené un rostro bello, no hay necesidad de adorno.—añadió Marmaron.

El pobre diablo, de quien se burlaba toda aquella soldadesca, llegó en aquel momento á la puerta de la taberna.

—Entrad, hermano Tranquilo,—dijo dulcemente la Pavot.

Tranquilo se detuvo, miró la casa, y era indudable que solo la voz de aquella mujer le hizo conocer dónde estaba.

—Dios me perdone,—dijo Nicolás en voz baja.—¡Conque iba á continuar así hasta Normandía!

Tranquilo depositó su cayado fuera de la puerta y entró.

Hasta ahora nada hemos dicho de su rostro, porque éste desaparecía casi detrás de su enmarañada melena; pero al entrar en la taberna la envió hacia atrás con un sacudimiento de cabeza, y entonces se pudo ver que si los soldados tenían razon, á la Pavot no le faltaba.

Aquel hombre era feo, pero comprendíase que en algún momento podía ser hermoso; no con la hermosura material y robusta del correo Nicolás, sino con esa belleza triste, inteligente, predestinada que llevan consigo un sello de fuerza latente, una amenaza de desgracias.

Como está belleza no consiste en la regularidad de las líneas, el vulgo no la comprende.

Aun esta belleza, como hemos dicho, Tranquilo no la poseía siempre; solo si en horas especiales, cuando el alma entera pasaba á sus ojos, cuando se reanimaba la inmovilidad de su semblante, cuando se erguía su cabeza y bullía algo debajo de aquella frente, que de continuo parecía huérfana de pensamientos.

Fuera de estos instantes no habia bajo su cabellera mal peinada más que un rostro largo, pálido, de facciones puntiagudas, y cuyo besquejo atrevido hubieran parecido anunciar una naturaleza enérgica.

Al verle entrar en la taberna con la espalda encorvada, el paso inseguro, la mirada en tierra, comprendíase el desden que le acompañaba desde su infancia;

era una criatura inferior, uno de esos seres que pasan la vida despertando la risa del vulgo, cuya herida no basta á curar la piedad de algunos buenos corazones.

El hermano Tranquilo, en lugar de dirigirse á la mesa sentóse en la misma puerta en un escabel cojo que habian arrojado allí por inútil, y que por poco le derriba en tierra.

Si hay una silla coja en alguna parte, las personas como Tranquilo la eligen siempre: su pié va á buscar la piedra que un niño evitaría en medio de un camino; si hay un foso á él van á pasar.

La Pavot hizo por el hermano Tranquilo lo que habia hecho por los demás, se adelantó á él con una taza en la mano: jamás el pobre hombre mojaba sus labios en vino, y esta accion era pura cortesía de la tabernera. Tranquilo levantó los ojos, estendió la mano, tomó la taza y la apuró de un sorbo.

La asamblea aplaudió, la Pavot le miró mejor y vió que estaba más pálido, más abatido que de ordinario.

—¡Qué teneis, Andrés?—preguntó, porque al dirigirse á él le llamaba siempre por el nombre que le habia dado en la infancia.

Tranquilo fijó en ella una mirada estúpida y no contestó: un poco de sangre subió á sus mejillas, que se coloraron con una roseta como un escudo, y los soldados, que le habian visto apurar su taza de vino como hubieran podido hacerlo Marmaron ó Nicolás, se decían unos á otros:

—¡Qué es lo que tiene? ¡Si al fin acabará por ser un hombre!

Y de nuevo comenzaron las burlas y los sarcasmos.

De ordinario todos caian sobre el pobre pedagogo como sobre materia inerte; jamás daba señal de impaciencia ni de colera, cruzaba sus brazos, dejaba caer la cabeza sobre el pecho y permanecía como sordo ó aletargado; pero aquel día la Pavot, que le observaba y seguía en su rostro la huella de sus sufrimientos, veía que oía, que entendía, que su corazón destilaba sangre á medida que las burlas caian sobre él y se cruzaban y se confundían, enredándose como la madeja que quieren devanar dos niños sin juicio. La respiracion del hermano Tranquilo era fatigosa; el sonrosado de sus mejillas desaparecía, y hubo un momento en que las burlas llegaron á su colmo y el hermano Tranquilo se levantó, apartó á la tabernera, que al verle vacilar se disponía á sostenerle, se adelantó á la mesa en torno de la cual las risas ya se suspendian, y exclamó con acento que no era el suyo de ordinario:

—¡Buenas gentes, no os burleis de mí hoy porque soy muy desgraciado!

En aquella voz habia lágrimas.

—Pobre hombre,—pensó la Pavot aunque ignoraba el nuevo dolor de su protegido.

Reinó el silencio en torno de la mesa, y Nicolás preguntó:

—¡Qué teneis, hermano Tranquilo?

Dos lágrimas rodaron por las mejillas del pedagogo.

—Tengo mucha pena,—murmuró, queriendo contener sus sollozos;—¡el señor sabe si la tengo! Para ayudarme á vivir y á sufrir, tenia dos niños que iba á abrazar de vez en cuando en la pobre casa que les servía de asilo; eran hermosos, y los quería tanto... cuando estaba con ellos olvidaba lo que soy y hasta me consideraba dichoso.

Le escuchaban todos con triste silencio, y se interrumpió de repente, y con expresion de profunda amargura exclamó:

—¡Todo á los unos, nada á los otros! El niño que está allí,—y señalaba el palacio á través de la ventana abierta;—desde el día en que nació no ha derramado una lágrima; es noble, es rico, es dichoso; ¡ah! ¡todo á los unos, nada á los otros!

La Pavot creía soñar; los soldados se miraban unos á otros y Nicolás tocó en el brazo al arquero Marmaron, diciendo:

—El cordero deja ver sus dientes, compadre, y son dientes de lobo.

—¿Es posible que digais eso, Andrés?—esclamó la tabernera.—¡vos que amais tanto á Juan de Armagnac, al hijo del duque!

—Es verdad, es verdad,—dijo vivamente Tranquilo;—he dicho acaso que no amaba al niño. ¡Ah! es que tengo mucha pena y creo que moriré loco. Se llamaba Maria; ¡pobre hija mia! ¡Maria como su madre! Como ella, era buena; como ella, hermosa; no tenia aun cinco años....; ¿para qué quieren á una niña de cinco años?

—¿Os han robado vuestra hija?—preguntó Marmaron dispuesto á ofrecer sus servicios.

Y todo el mundo obedeciendo al mismo sentimiento esclamó:

—Es preciso buscarla, todos os ayudaremos.

—En hora buena,—esclamó la Pavot dando en el hombro á los que tenia más cerca,—eso se llama tener buen corazon! Pobre Andrés, encontraremos á la pequeña, yo te la guardaré; ¡Dios de Dios! Y pobre del que intente quitarmela.

Pero el rostro del pedagogo permanecía desoado, sombrío.

—Cuando los hijos de los ricos se pierden,—esclamó con armadura,—se corre, se les busca, se les encuentra... los hijos de los pobres cuando no parecen, se dice: ¡ya vendrán, para qué buscarlos! Es un trabajo que los que no tienen dinero no pueden recompensar.

—¿Qué es lo que tiene hoy?—pensaba la madre Pavot.

Y al mismo tiempo oyó que decian á su oido.

—Os digo que ese hombre tiene mucho veneno en el alma.

Volvióse y vió á su lado al correo Nicolás.

El hermano Tranquilo prosiguió:

—¡Les daba tan poco por cuidar de mis hijos! La primera noche en que desapareció mi hija, dijeron: ya volverá; al dia siguiente mi pequeña Maria no volvió y dijeron: aguardaremos aun, y esto se viene repitiendo desde hace ocho dias y ni siquiera me han prevenido: ya se vé, hay dos horas de camino desde Arcueil al castillo, y cuando he llegado, cuando he visto su lecho vacío, cuando he preguntado: ¿dónde está? ¡Ay! amigos míos,—esclamó Tranquilo estallando ya en sollozos,—¡hacia ocho dias, ocho que estaba perdida! Y todavía me decian: aguardemos, aguardemos. Y dicen bien, ¿para qué buscarla despues de ocho dias? Si me la han robado, habrán sido los gitanos y Dios sabe las leguas que habrán andado ya con ella. ¡Ya no la volveré á ver!

Cubrióse el rostro, y vierónse las lágrimas deslizarse á través de sus dedos; todos los pechos estaban oprimidos, todos respetaban aquel dolor sin consuelo.

—Vamos, hermano Tranquilo, valor,—dijo Marmaron, que llenó su taza hasta el borde,—aun os queda un hijo, ¡qué diablo! pensad en vuestro hijo y sed nn hombre.

Los brazos del pedagogo cayeron, y estraña sonrisa brilló entre las lágrimas que inundaban su rostro.

—¡Mi hijo! ¡Es verdad, tengo un hijo! Y en cuanto á ese, su suerte está asegurada.

Estas palabras parecieron de buen agüero á la servidumbre de Armagnac, que ya se interesaba por la suerte del pobre Tranquilo.

—Bebed para reponeros,—dijo Marmaron tendiéndole la taza.

Tranquilo hizo como la vez primera, la cogió con ansiedad y la apuró hasta el fin. Sus dedos temblaban, sus dientes chocaban contra el estajo de la taza, y cuando la apuró segunda vez se levantó y se le vió en toda la elevacion de su estatura.

—¡Mi hijo!—dijo con voz que se tranquilizó de repente,—mi hijo va á venir esta noche, será un niño dichoso, tiene ya un empleo en el castillo.

—¿Un empleo?—esclamaron los soldados mirándose unos á otros.

—Tiene ya un año,—respondió el hermano Tranquilo,—y cuando monseñor quedó prisionero quiso colocar cerca del niño Juan de Armagnac otro niño de su edad, porque decia: «cuando mi hijo Juan cometa una falta, el otro llevará la culpa»; el Sr. Guillermo de Soles, escudero de la señora ha recordado esto, y me ha dicho: «puesto que monseñor va á volver, es preciso que traigas á tu hijo para que él pueda responder y recibir los castigos que merezca nuestro jóven señor.»

Esta vez las gentes de Armagnac repitieron con la Pavot:

—¡Pobre hombre! ¡Pobre hombre!

El dia caia.

Oyóse el galopar de los caballos por el camino, y vióse pasar á través de la ventana la silueta de dos ginetes, saliendo criados y soldados á tratar de reconocerlos.

Quando volvieron, el hermano Tranquilo no estaba allí ya; habia desaparecido sin que nadie apercibiese por donde: solo Nicolás, el correo de Armagnac, dijo, que siguiendo con la vista á los dos ginetes que iban hácia la puerta de San German, habia visto como una sombra deslizarse á lo largo de la casa, atravesar el camino y perderse entre los arbustos, que le orillaban á sus dos lados.

V.

La plazoleta.

Mientras Nicolás, el correo, volvía al castillo seguido de sus compañeros, los dos ginetes se internaban en el bosque que se estendia desde la puerta de San German hasta el cercado de San Sulpicio. Ambos iban armados, y las viseras de sus cascos caladas, porque sin eso los soldados de Armagnac hubiéranse asombrado al reconocer á uno de ellos y ver que pasaba de largo sin detenerse ante el puente levadizo del castillo.

Uno de ellos era en efecto el señor Guillermo de Soles, escudero de la duquesa Isabel, y que volvía de Noyon, donde se habia seguido el proceso de Jacobo de Armagnac. El otro ginete llamábase Thibaut de Farrieres y pertenecía á la servidumbre de Ana de Francia, hija de Luis XI.

Ambos se habian encontrado no lejos del castillo de la Marche y el segundo habia dicho al primero:

—Amigo Guillermo, baja tu visera, pasaremos á galope por delante del castillo de tu señora hasta un sitio donde hallemos personas de tu conocimiento.

—¿Hay algo de nuevo?

—Hay de nuevo.

Guillermo bajó su visera y caminó al lado del otro ginete sin que volviera á cruzarse entre ambos una palabra.

A poca distancia de la puerta de San German, la espesura de encinas y de castaños que se estendia hasta San Sulpicio era tan cerrada que allí podia uno creerse á veinte leguas de Paris.

Guillermo de Soles y Thibaut de Farrieres ataron sus caballos al tronco de un castaño, porque las ramas y la maleza dificultaban su marcha, y prosiguieron á pié llegando á una plazoleta en cuyo centro veíase ruinoso una cabaña abandonada.

Thibaut se quitó su guantelete, acercó á sus labios el cuerno que llevaba en bandolera, y una palabra resonó por todo el bosque, palabra que fué contestada por otra repetida por el eco.

Poco despues, un hombre en traje de cazador apareció por detras de la cabaña ruinoso; era jóven aun,

y se le hubiera estimado como bello sin la expresión de malignidad que brillaba en sus ojos negros y relucientes.

Decíase que con la espada en la mano el señor Vicente Tarchino no era un rayo de la guerra, pero debían añadir que tenía mucho mérito cuando el puñal reemplazaba a la espada y cuando la pluma reemplazaba al puñal. Hacía sonetos maravillosos, endechas y madrigales, componía arengas y tenía frases de admirable delicadeza para redactar cartas de amor.

Adelantóse á los recién llegados, y dijo:

—Si mi noble amo ha escuchado el eco de mi cuerno de caza, se presentará en breve. ¿El señor de Soles, llega directamente de Noyon?

—Directamente,—dijo Guillermo.

—Entonces que hable, porque tengo mucho afán de saber.

Y se interrumpió, detuvo con un ademán la respuesta que iba á salir de los labios de Guillermo, se arrodilló en tierra, acercó su oído al musgo, y dijo:

—Mi noble amo se acerca.

Pocos segundos corrieron hasta que las hojas secas se oyeron cruzar bajo los pies de una persona, y apareció á las últimas luces del crepúsculo la elegante y robusta figura de Oliverio de Gravelle, que iba en traje de campaña, sin insignia alguna de su noble condición.

—¿Todo ha concluido, no es verdad?—dijo sin responder al saludo de Tarchino.—Acaban de decirme que el cadalso se levanta en la plaza del Mercado, delante del cementerio de los Inocentes.

—Jacobo de Armagnac, duque de Nemours,—repuso Guillermo de Soles,—ha sido declarado por sentencia del Parlamento, reo del crimen de lesa majestad, y condenado á ser decapitado á las veinticuatro horas en la plaza del Mercado de Paris.

—¡Por fin!—dijo Thibaut de Farrieres.

El italiano se frotó las manos, Oliverio de Gravelle permaneció mudo y meditabundo.

—Alegráos, monseñor,—repuso el italiano.—Aunque hay un adagio que dice que «de la mano á la boca...» ya sabéis; pero bueno es tener la sopa en la mano, mucho más que aun tenemos más de una cuerda en el arco.

—El rey se debilita.

—Y se hace viejo, es verdad; hasta creo que empieza á tener algunos celos de la preponderancia de su querida hija Mad. de Beaujean.

—Mad. Ana no ha sido nunca tan poderosa como hoy,—interrumpió Thibaut frunciendo el ceño;—los que quisieran separarse de ella aprenderían á su costa lo que vale una infanta de Francia.

—Os he dicho lo que sé,—dijo Guillermo de Soles;—y yo creía que una vez el señor duque, sentenciado como lo está, no teníamos más que repartirnos el botín; pero parece que me ha engañado: explicadme, pues, lo que pasa.

—¿Dónde puede estar el duque de Nemours en este momento?—preguntó Oliverio.

—Su escolta camina muy poco á poco,—replicó Guillermo,—y yo le precedo cuatro ó cinco leguas.

—Pues bien, puesto que tenemos tiempo, explica á nuestro leal Guillermo cuanto quiera,—dijo Oliverio con cansancio.

El italiano entonces empezó en estos términos, mientras Oliverio paseaba con aire de gran señor:

—Como os decía, mi querido señor,—repuso el italiano,—el rey se hace viejo, y para no desagradar á nuestro compañero Thibaut, no repetiré que el rey desconía algun tanto de Mad. Ana, su hija; pero no dudeis que algo de eso ocurre. Ayer el delfín Carlos cumplía los siete años; el rey le presentó en el templo, como es costumbre, en el altar privilegiado de Nuestra Señora, con un vestido de damasco azul, que es el color de la Virgen, y al ver al joven delfín tan

melancólico y enfermizo, el rey ha llorado; yo lo he visto con mis propios ojos... ¡Os digo que el rey va decayendo!

—¿Qué tiene que ver todo eso con el señor de Armagnac?

—Vais á verlo. El rey hizo su oración más larga que de costumbre, y cuando salía del coro de la catedral dijo al duque de Borbon, que estaba á su lado: «Primo mio, este niño será débil de espíritu como de cuerpo; si no se necesitasen barbas para sostener el cetro de la Francia, moriría tranquilo, porque mi hija Ana tiene la mano más fuerte que muchos hombres; pero mi hijo Carlos es el delfín, será el rey. ¿No creéis que necesitará valientes guerreros alrededor de su trono?» Y el de Borbon, que creía que esto era dicho por él, se apresuró á decir: «Soy de la opinión de V. M.», y apoyó el acento sobre las palabras vuestra majestad, porque Luis XI fué el primer rey de Francia que exigió el empleo de esta fórmula.

—Y el rey,—esclamó Oliverio,—porque si dejo hablar á Tarchino no acabaremos hoy; el rey,—añadió,—¿no creéis, primo mio, que la espada de Jacobo de Armagnac, duque de Nemours, sería muy útil al lado del trono del niño Carlos?

Guillermo de Soles bajó la cabeza: para quien conocía al rey, estas palabras tenían mucha significación.

Guillermo de Soles, escudero de la duquesa Isabel, era un ambicioso vulgar.

—¡Oh!—dijo con inquietud;—¿habrá cambiado ya el viento?

—No temais,—dijo Thibaut;—Mad. Ana será siempre Mad. Ana.

—Y si el viento cambia,—añadió Gravelle,—haremos que cambie tarde.

Hubo un instante de silencio, durante el cual Tarchino pareció reflexionar: pensaba, sin duda, en el proverbio que habia citado: el cadalso estaba levantado; esta era la sopa, faltaba que llegase á los labios.

—¿Eres nuestro, Guillermo; nuestro en cuerpo y alma?—preguntó Oliverio.

—Me habeis prometido el dominio de Piedrafitá, el señorío de Peiroux, las lagunas de Lusac y todo el país desde las Landas hasta el río de Vouise...

—¡Todo eso te daré!

—Si vos llegais á ser conde de la Marche,—acabó el escudero cuya vacilación crecía.

—Seré conde de la Marche si mis amigos me sirven; y aunque el rey cayera en la imbecilidad de la infancia, si me sirves bien, Guillermo de Soles, aun estenderé más tus dominios, y despues de mí serás el señor más poderoso de la provincia.

—¿Qué debo hacer?—preguntó Soles fascinado.

—Ir en caso de necesidad ante la justicia y afirmar, bajo juramento, que la duquesa Isabel ha dado á luz una niña, en lugar de un niño, allá abajo, en Gascuña, en el castillo de Armagnac.

Guillermo de Soles volvía de Noyon con la nueva de una sentencia, de muerte, y cuando creía que todo estaba concluido, encontraba á los vencedores ocupados en armar una pequeña intriga; aquellas gentes á quien el Parlamento entregaba la cabeza de su enemigo, se preocupaban de mequindades y descendían hasta á negociar falsos testimonios... Preciso era, que el duque de Nemours, aun despues de sentenciado, valiese mucho!

Guillermo, sofocado por el calor de aquella tarde de agosto, habia levantado la visera de su casco y sus dudas aparecían claras en el rostro.

—Tarchino,—dijo Oliverio que parecia ya fatigado de tanto hablar,—esplicale el fondo de esta historia y que diga si ó no ántes de cinco minutos.

—Mi querido señor,—dijo el italiano á Guillermo de Soles,—tenemos miedo de la debilidad del rey y yo

sabeis que en la visita que hizo á la duquesa Isabel, visita que vos presenciásteis, el rey le prometió que todo marcharía bien.

—Pero el rey mentía.

—Es verdad; es la costumbre de ese gran rey; solo que como ha mentido á la duquesa podría mentirnos á nosotros: la duquesa espera á su esposo libre y prepara fiestas para solemnizar su libertad; nosotros esperamos el golpe del hacha que ha de separar del tronco su terrible cabeza. ¿Quién se engaña? ¿La duquesa? ¿Nosotros? el camino que conduce á la plaza de Paris no es el mismo que conduce á su castillo: si el duque de Nemours es conducido al cadalso como nos han prometido, su escolta entrará en la ciudad por la poterna de Nicolás-Hudron, y no trataremos de detenerle el paso: si por el contrario es conducido á su palacio de la Marche, la escolta tendrá que dar la vuelta por las afueras de la ciudad, pasando por el Pré aux cleres, tenemos cincuenta hombres apostados en el bosque que hay frente á la puerta de Bucy...

—Todo eso no me explica qué falta hace el falso testimonio.

—Mi querido señor, cuando nuestros cincuenta hombres hayan cumplido con su deber, derribarán las puertas del palacio de la Marche, y no quedará nadie con vida de la casa de Armagnac, tal es el programa; pero figuráos que no se arregle que despues de la muerte del duque de Nemours el niño Juan logre salvarse, y como su padre habrá muerto á mano airada, y no por el hacha del verdugo, no puede tener lugar la confiscación de bienes: nosotros no somos de los que pegan por pegar: mi noble amo no trata solo de vengarse, trata de heredar, y al efecto, buscando bien, he tropezado con una niña que tiene exactamente la misma edad que el joven duque, y que se parece á la duquesa Isabel: hemos ganado al médico Gascon, que asistió á la duquesa en el castillo de Armagnac, cuando nació su hijo, y no nos falta más que vuestro testimonio.

—¡Callad!—dijo en este momento Graville pres-
tando oído.

Un ruido, casi imperceptible, se oyó entre el ramaje.

—Es una cabra—murmuró Thibaut.

Veámos la cabra,—dijo en voz baja Vicente Tarchino.

Este hombre era un verdadero bandido italiano; ágil y flexible como el gamo, se deslizó por entre el ramaje, y al cabo de un minuto se le oyó caer sobre alguien, y en breve apareció arrastrando del cuello á un pobre diablo, que no hacía ninguna resistencia.

La luna, que no penetraba por entre el espeso ramaje, iluminaba el centro de aquella plazoleta.

—Hermano Tranquilo,—esclamó Guillermo de Soles.

—Mis buenos señores,—baluceó el pedagogo más muerto que vivo,—tened piedad de mí, yo os lo ruego en nombre de Dios.

El italiano sacó su puñal.

—Puesto que eres del castillo y tiembblas, es que lo has oído todo.

Tranquilo no tuvo ni aun fuerza para protestar, y vió brillar el puñal cerca de su pecho, pero al mismo tiempo Oliverio de Graville detuvo el brazo de su sicario.

—¿A qué distancia estaba cuando le has preso?

—A unas cincuenta toesas, pero lo mejor sería dejarle mudo para siempre.

—Hablabamos bajo y no ha podido oírnos,—pensó Oliverio,—además, no sé por qué he contado siempre con este idiota para nuestro negocio de la hija de Armagnac.

Pronunció estas últimas palabras en voz baja para no ser oído de Tranquilo, que además parecía mate-

ria inerte, como si hubiera perdido el uso de sus sentidos.

Lo que Graville llamaba el negocio de la hija de Armagnac, era hacer creer la sustitución del niño, rumor que hemos dicho hacia ya tiempo que habian empezado á estender sus parciales. Graville se acercó á Guillermo de Soles y dijo:

—Si no quieres declarar, este dará su testimonio.

—Es una accioui indigna de un caballero—murmuró el de Soles.

Porque hay tambien sus grados en la traición, y hay bribones que no quieren entrar en el lodo sino hasta la cintura, mientras otros se sumerjen por completo.

—Suelta á ese hombre—dijo Graville á Tarchino.

El italiano obedeció refunfunando; Tranquilo se levantó sin saber si era juguete de un sueño, y mientras Soles decía á Oliverio de Graville:

—Ved lo que haceis: he vivido mucho tiempo cerca de este hombre y no le comprendo aun. Parece sencillo como el niño, pero conoce cosas que ni vos ni yo conoceremos jamás.

—Detesta á Jacobo de Armagnac...

—Y ama á la duquesa Isabel y á su hijo, ¡los amal!—dijo el escudero desleal;—ahora que recuerdo...

—¿Qué recuerdas?

—¡Es una criatura estraña! Quizá ha penetrado todos vuestros proyectos, cuando yo, que os traté á todas horas, no los presentia, porque la semana pasada le he sorprendido en un trabajo que me pareció cruel y ahora le encuentro de previsora malicia.

—¿Qué trabajo?

—Estaba el hermano Tranquilo en el cuarto del niño Juan cuando oí que este lloraba y suplicaba piedad; entré y hallé á Tranquilo con un punzon de acero en la mano y sobre la mesa un frasco con un licor rojo y en otro un líquido blanco como plata desleida. Tranquilo habia grabado con su punzon en el lado izquierdo del pecho del niño, sobre el corazón, unas líneas en que no me fijé gran cosa, pero ahora me fijó en que representaban el escudo con leon y las gules. Tranquilo ha grabado las armas de su familia en el pecho del último Armagnac.

—Cierto,—dijo una voz á su espalda,—el escudo de Armagnac era lo que grababa en el pecho de mi discípulo.

El hermano Tranquilo se habia ido acercando á ellos llegando á tiempo de oír las últimas palabras de Guillermo: ya no temblaba, pero su aspecto era siempre humilde y sus miradas se clavaban en tierra.

Guillermo se estremeció á pesar suyo; el señor de Graville dijo al pedagogo:

—¡Acercáte!

Tranquilo obedeció.

—¿Porqué grababas en el pecho del niño el escudo de armas de Armagnac?

—Hay muchas personas que realizan actos insensatos por locura ó imbecilidad, y á estas gentes no se les pide razon de sus acciones.

—Esas gentes no hablan como tú lo haces ahora,—repuso Oliverio,—habla la verdad y no ha de pesarte; ¿por qué marcabas con un leon el pecho de tu joven señor?

Los ojos de Tranquilo giraron en sus orbitas, miró á derecha é izquierda como si buscase medios de huir, y despues,—murmuró con acento tranquilo:

—Yo soy un pobre desgraciado, menseñor. Vosotros los que sois valientes, cuando os ultrajan levantais el brazo y vengais la ofensa; pero yo no me he vengado aunque me han ultrajado varias veces... Yo no sé si vos comprendereis esto, pero cuando se encierra la colera dentro del alma, se abre una herida profunda en la memoria.

Tranquilo alzó entonces el rostro y señalando su pecho:

—Aquí hay memoria,—dijo,—memoria para el bien y para el mal. Vos que sois superior á mí, ¿no creéis que los hijos deban responder de la acciones de los padres? Es la ley del evangelio, todos pagamos el pecado original.

La cabeza de Tranquilo se levantaba como á pesar suyo, y su voz se tornaba entera, viril. Guillermo de Soles, que decía conocerle, le escuchaba con sorpresa, y el italiano y Thibaut se acercaron con curiosidad.

—Esto es natural—repuso Tranquilo;—si el hijo hereda, lo hereda todo: los bienes y las deudas. La vida es larga; he visto muchos hombres cambiar de cara y de nombre, y yo quiero reconocer, así pasen cincuenta años, al hijo de Jacobo de Armagnac, mi señor.

Tranquilo estaba enérgico; los cuatro hombres se miraron, y Guillermo dejó escapar un gesto de despecho. Era una concurrencia á su traición.

—¿Para vengarte de él?—preguntó vivamente Oliverio mirando al hermano Tranquilo.

Las pupilas de éste parecieron encenderse en sus órbitas; abrió los labios, una frase se agitó en ellos, que no se oyó, y su cabeza volvió á caer sobre el pecho.

—Creo que en caso necesario podemos utilizar á este hombre—dijo Tarchino al oído de su señor:—habéis hecho bien en conservarle vivo.

El sonido de un cuerno, como el que había respondido á Thibaut, se oyó á lo lejos, como si viniera del lado del río.

—¡A caballo, señores!—esclamó Oliverio.—Hé aquí el momento de ganar la partida. Tú—añadió apoyando su mano sobre el hombro de Tranquilo, que se estremeció al contacto del guantelete,—vé á esperarme al castillo de la Marche, y no tendrás que vivir cincuenta años si tienes el corazón sediento de venganza.

Y salió el primero de la plazuela: Thibaut y el italiano le siguieron.

Guillermo sujetó entonces al hermano Tranquilo por el brazo, y dijo:

—¿Eres tú enemigo de Armagnac?

El pedagogo tomó el aire plácido que le era habitual, y repuso:

—¿Y vos, señor?

—Vamos, Guillermo, vamos,—gritó ya desde lejos Oliverio,—los que no están conmigo, están contra mí. Guillermo rechazó á Tranquilo, que vaciló, y echó á correr detrás de los caballos.

Tranquilo se quedó solo en la plazuela desierta; escuchó el galopar de los caballos que se alejaban, quiso salir del bosque á su vez, pero al penetrar en la espesura, se apoyó en el tronco de un árbol y llevó ambas manos á su pecho.

Era la segunda vez que atravesaba aquel bosque, y la segunda que veía á aquellos hombres; no sabía nada y sin embargo lo presentía todo. Tranquilo era un ser extraño, superior á todos los que le rodeaban; los que se burlaban de él, tenían razón porque era grotesco, los que le temían no hacían mal porque tenía condiciones para ser temible.

Permaneció algunos minutos inmóvil, y después, sacudiendo su cabeza tan bruscamente que los cabellos azotaron su rostro, exclamó:

—¡Hijos míos! ¡Hijos míos! Posible es que esté aquí pensando en los hijos de los otros y no en mi hija perdida; en mi hijo, que va á empezar su carrera de mártir. ¡Son mi sangre, la sangre de mi buena María...! ¡No quiero, no puedo amar sino á ellos, hijos míos!

Los rayos de la luna iluminaron su rostro lívido y descompuesto por el remordimiento y el pesar: el pensamiento de sus hijos no fué sin embargo bastante á espantar otros pensamientos de su mente y murmuró:

—¡Mi hijo...! ¡Ah! mi hijo no será cobarde como yo, sabrá manejar la espada, y si no, creo que le ahogaré entre mis propias manos!

Se interrumpió y prestó oído; un tercer toque de cuerno se confundió con los murmullos de la noche; al mismo tiempo el paso de un caballo se oyó en las piedras del sendero vecino y una voz vinosa empezó á cantar:

Mi Petrina, mi Petrina,
larán, larán,
la que su noche ilumina
larán, larán
y tras'orna mi razón,
¿dónde está mi corazón?

—¡Jerónimo!—dijo Tranquilo internándose á ganar el sendero.

El soldado interrumpió su canto y detuvo el caballo.

—He oído el chillido de una lechuza,—murmuró,—y de seguro pertenece á mi querido primo Andrés. Acércate aquí, roedor de pergaminos; mejor quisiera que hubiera salido á mi encuentro una lechuza á la que espantaría mi caballo, mientras que á tí habré de cargarte á la grupa de él.

—Primo mío, me hariais un favor—respondió el hermano Tranquilo,—porque estoy muy cansado, y además quisiera hablar con vos.

—¿Crees que me divierte hablar contigo?—esclamó Jerónimo.—En fin, monta.

El hermano Tranquilo hizo un esfuerzo inútil para subir á la grupa.

—¡Pero, Dios mío!—murmuró el sargento;—¿es posible que pueda haber en una misma familia un hombre de mi valer y un pajarraco como tú? Tu padre y mi madre eran hermanos; tienes mi misma sangre en las venas, pero sin duda se ha mezclado con alguna de esas drogas que cambian la buena leche en agua perniciosas.

Tranquilo seguía haciendo esfuerzos para montar.

—Es verdad, primo mío,—murmuraba con la mejor buena fé;—por fortuna para vos, no nos parecemos en nada.

Para recompensar su molestia, Jerónimo Ripaille le cogió por el cuello como á un perro y le montó á su lado en el caballo.

—¡A Dios gracias,—murmuró sin que este esfuerzo hubiera alterado en nada la regularidad de su respiración robusta,—yo me he adjudicado todo el valor, toda la fuerza y todo el talento de la familia. Agárrate á mi coraza y hazte el muerto.

Tranquilo obedeció, Ripaille montó espuela á su jarnelgo, que tomó el trote, y entonó la tercera copla de su canción.

Mi Petrina mi Petrina,
larán larán;
que es sobre todas divina,
larán larán;
y me trata con rigor...
¿por qué desdeñas mi amor?

—¡Primo mío!—murmuró tímidamente el pedagogo cuando hubo terminado la copla.

—¿Qué quieres?—dijo el soldado bruscamente,—te he dicho que calláras, y gusto de que no se desprecien mis advertencias.

—Es que tengo que proponeros un trato, primo mío.

—Veamos tu trato.

—Vos tenéis deseos, según creo recordar, de llevar grabado en el corazón un corazón con flamas, como los arqueros de Luis XI que vienen del país de Escocia.

—Es verdad,—repuso el sargento,—y me habías prometido encender tus hornillos y preparar tus drogas para grabar la piel con signos eternos: ¿vas á cumplirme tu palabra?

—El licor necesario lo he encontrado, primo mío



—¡Es posible!—esclamó gozoso el sargento,—y bien ¿qué vas á pedirme por tu trabajo? me he bebido mi reloj la semana pasada, y no me quedad más que algunas monedas de cobre.

—Yo tengo aun una rosa noble de Inglaterra, primo mio,—replicó Tranquilo,—que vendida al peso, bien valdrá algunas monedas de oro fino.

—Si estás tan rico, ¿vas á hacerme gratis mis dos corazones en los brazos?

—Mejor que eso, primo mio; os hará los dos corazones y os regalaré mi rosa de oro.

El sargento miró de hito en hito al pedagogo y dijo:

—¿Quieres burlarte de mí?

—¡No lo quiera Dios, primo mio! Quiero tan solo pagáros el pequeño trabajo que os voy á dar esta noche.

—¿Qué trabajo me vas á dar?

—Si queréis prestarme vuestro concurso, os llevaré á la estancia de nuestro jóven duque Juan: he comenzado á trazar sobre su pecho el escudo de su casa...

—He oído hablar de eso,—esclamó Jerónimo.—Guillermo de Soles creo que te ha hecho sentir el plano de su espada por semejante lieoca... No sabes lo bochornoso que es para mí tener un paciente que se deja zurrar como un mandria; pero ¿por qué diablos quieres marcar á tu jóven señor?

—Para que esté bello, primo mio. Pero ya se vé, yo no tengo más que dos brazos, el niño grita, se defiende, acuden, y no puedo concluir mi obra. Os necesito, pues, para tapar la boca al niño y tener la puerta bien cerrada.

—¿Llevas contigo la rosa de oro?

—Sí tal, y constituye toda mi fortuna.

—Dámela, pues, y trato hecho.

Tranquilo sacó del bolsillo de su sotana una plancha de oro cuidadosamente envuelta en un saquito primero, y en unos papeles despues, y se la entregó al soldado. Este la fué sacando de sus envoltorios, que arrojó al camino y volvió á entonar otra copla de su repertorio.

Quando atravesaron por delante de la taberna de la Pavot, estaba sumida en profunda oscuridad y cerradas sus puertas y ventanas.

En cambio las almenas del castillo resplandecian por las hogueras encendidas en sus plataformas y las antorchas colocadas en sus ventanas, que iluminaban la bandera de Armagnac, de colores rojo y blanco; veíase á los soldados pasear sobre las murallas, y por las ventanas abiertas juzgábase de la iluminacion interior del castillo.

Quando el sargento y su infeliz pariente llegaban, bajábase el puente levadizo, para dar paso al señor Guillermo de Soles, que volvía del país de Noyon, para dar nuevas del duque á su señora.

Mientras todo el mundo se acercaba al escudero, Jerónimo y el hermano Tranquilo se deslizaron sin ser vistos hácia la estancia donde reposaba el heredero de Armagnac.

El page Hugo.

Eran las nueve de la noche, y gracias á las noticias llevadas por Nicolás, por Guillermo de Soles y por otros emisarios, aguardábase de un momento á otro la llegada de Jacobo de Armagnac, duque de Nemours.

Todos sus vasallos y los que la duquesa Isabel tenía en las puertas de Paris, habíanse reunido en el castillo, y la misma Pavot y su marido abandonaron su taberna y pasaron al castillo para tomar parte en la alegría general.

A decir verdad, ninguno de los emisarios habia espiado detalladamente el espíritu de la sentencia; pero todos á una voz esclamaban: «¡Buena nueva, buena

nueva!», y nadie en el castillo conservaba la menor inquietud.

El vino corria á caño suelto en las cocinas. En la gran sala del palacio, iluminada espléndidamente, la duquesa de Nemours, seguida de sus damas, habia entrado á tomar asiento en el sitio de honor, al lado del que aguardaba á su marido ausente.

La duquesa Isabel, prima del rey, dueña de espléndidos dominios y llevando uno de los apellidos más nobles de la Francia, tenía á la sazón veintidos años, y su radiante corona de hermosura arrastraba en pos de sí á príncipes y caballeros de la época.

Los más poderosos señores de la corte habian solicitado su mano, y pudo creerse por un instante que el Sr. Oliverio de Graville, que pasaba por el mejor guerrero y el más bello señor de la corte de Francia, iba á desbancar á sus rivales, cuando Jacobo de Armagnac volvió de Inglaterra, donde habia pasado dos años de cautividad, Isabel le amó, y en un torneo que tuvo lugar en Paris, Armagnac hizo saltar dos veces del arzon á Oliverio de Graville, y se dice que éste, humillado, quiso tender un lazo á su adversario dichoso, recibiendo del duque de Nemours un golpe en la frente con el pomo de la espada.

Cinco años han corrido y Graville lleva en la frente una cicatriz que marca la flor de lis que remata el pomo de la espada de Armagnac, guardando en el corazón una herida más profunda que la cicatriz de su frente.

Jacobo é Isabel se amaban con una ternura que habia sido cantada por los poetas de su tiempo, que afirmaban en latin que la duquesa Isabel habia cortado las garras al león, haciendo alusion al que campeaba en el escudo de Armagnac y á su carácter un tanto duro y brutal.

Durante los años que el duque de Nemours pasó en la jaula de hierro, invencion del rey Luis XI, la duquesa no dejó de implorar la clemencia real, cambiando con su esposo prisionero cartas que respiraban amor sin limites, de las que aun se conservan algunas.

Aquella noche que concluía el cautiverio, la duquesa Isabel olvidaba todas sus amarguras y la sonrisa borraba las huellas de las lágrimas que aun empañaban sus bellos ojos.

Era hija del mediodía de la Francia; sus facciones delicadas tenían ese color triguero que suele acompañar hermosos ojos negros; y los que habian visto destrenzada su cabellera oscura como el azabache, decían que podían velar su cuerpo esbelto y de admirable contorno.

La gran sala del palacio de la Marche, del más puro estilo gótico, estaba adornada de escudos de las dos ramas unidas, Armagnac y la Marche. Veíanse allí armas de muchos reyes y príncipes emparentados con ambas familias, y todos los accesorios contribuían á dar esplendor y grandeza al salón de honor.

—¿El señor de Soles no vendrá á decirnos lo que pasa por el camino de Noyon?—repuso la duquesa.—Oyendo hablar de mi querido señor, se harán menos lentas las horas que aun faltan para verle.

—El señor escudero da sus órdenes á la servidumbre para el festin,—dijo una de las damas:—será digno del noble amo á quien se dedica. Todo el mundo estará aquí gozoso esta noche.

—Es natural,—murmuró Isabel,—justo es que todo el mundo participe de nuestra alegría.

Aunque así hablaba, su aspecto era melancólico y todo el mundo respetó su preocupacion. Pasaron largos minutos en silencio.

—¿Dónde está mi hijo?—esclamó de repente la duquesa,—no le he visto desde la hora de comer.

—A esta hora nuestro jóven señor reposa ya de ordinario.

—El hermano Tranquilo ha estado ausente todo el

—dijo,—murmuró la duquesa;—el niño está solo; no quiero que llegue mi amo y señor y pueda decirme que le descuido.

En aquel momento se oyó una queja infantil que hizo palidecer á la duquesa y produjo verdadera agitación en las damas.

La estancia donde descansaba el niño estaba separada del salon de honor por un largo corredor; la duquesa y los demas acudieron á la puerta, vieron que se alejaba un hombre con traje de soldado y casi al mismo tiempo el niño Juan de Armagnac entró llorando en la estancia y se refugió en los brazos de su madre, diciendo entre sollozos:

—¡Madre mia! ¡madre mia! Me han hecho mucho mal.

La duquesa buscó con la vista al hombre que habia tenido la osadía de poner su mano sobre el heredero de los Armagnac, y se encontró con el hermano Tranquilo, que estaba de pies en la puerta, pálido, trémulo.

—¡No es el, no puede ser el quien ha maltrato á mi hijo.

—Sí, madre,—esclamó el niño sollozando todavia,—ha sido él, el y el soldado Jerónimo.

—Y no es la primera vez,—dijo Guillermo de Soles cogiendo al hermano Tranquilo del cuello y arrastrándole á los pies de la duquesa indignada,

Al verle acercarse el niño, hizo un nuevo ademán de terror.

—No madre, no; me va á pinchar de nuevo el pecho.

—¡Pero qué pasa, qué le ha hecho?—preguntó la duquesa.

La mirada de Tranquilo quiso sostener la de Guillermo de Soles, pero sus párpados cayeron y entonces el escudero abrió el jubon de terciopelo del niño, y se pudo ver su camisa manchada de sangre.

La duquesa, con ademán convulso, abrió por su misma mano la camisa del niño y vió sobre su corazon una llaga que parecia fresca y arrancó un grito de terror á su amor maternal.

Esta clase de operaciones estatan entonces muy en uso en el Norte de Inglaterra: soldados y caballeros grababan en el cutis signos alegóricos que no tomaban forma sino despues de algunos dias, presentando en el momento de la operacion el aspecto de una herida vulgar.

La duquesa creyó que habian tratado de matar á su hijo.

—Quiera Dios, señora,—murmuró el escudero,—que no tengais que deplorar mayor desgracia.

Era la primera frase de mal agüero que venia á entristecer la fiesta; hacia ya algunos minutos que no se oían risas ni cantos porque las últimas noticias, sin aclarar nada, decian que pasaba algo en las cercanias de Paris, que habia soldados á las orillas del río, y que el cadalso que servia para decapitar á los nobles, se habia levantado en la plaza del Mercado, delante de los Inocentes.

Estos rumores, que penetraban entre los vasallos, no habian llegado á la duquesa Isabel; pero hay horas de desgracia en que el viento funesto parece penetrar los muros y atravesar las puertas cerradas.

—¡Qué queréis decir?—preguntó aterrada la duquesa.—¿De qué desgracias habláis?

El escudero no respondió, pero señaló al hermano Tranquilo que permanecía en pie con la cabeza caída sobre el pecho y suspiraba, mientras gruesas gotas de sudor surcaban su frente.

—¡Explicaos, explicaos en nombre de Dios!—dijo la duquesa.

—Decid á ese hombre que os responda.

El hermano Tranquilo se estremeció y nada dijo: el viento, fuera, silbaba con violencia, y truenos lejanos interrumpian el silencio de la noche.

—Preguntadle—repuso con imprudencia Guillermo de Soles—qué es lo que ha visto esta tarde en el bos-

que de San German; preguntadle por qué maldice sin cesar á los niños dichosos; por qué blasfema de Dios, acusándole de darlo todo á los unos, nada á los otros...

Tranquilo se agitó y quiso hablar, pero el escudero le cerró los lábios, diciendo con voz de trueno:

—Preguntadlo por qué nuestro señor el duque de Nemours no está ya entre los muros de su castillo...

Viviase en un tiempo en que las palabras más vagas causaban espanto y helaban el corazon.

—¡Dios mio!—murmuró la duquesa,—¿acabareis? ¿por qué mi señor y dueño no está aquí ya?

—Ninguna palabra de consuelo la contestó, y el hermano Tranquilo parecia herido del rayo.

La duquesa fijaba la vista en el pedagogo con desconfianza y se decia:

—Este hombre ha estado todo el dia fuera de casa. Jacobo le trataba siempre mal, tenemos cruéles enemigos. ¿Porque ahora desgarraba el pecho de mi hijo?

—¿anzóse como la leona herida sobre el pobre maestro, y le dijo!

—Responde: ¿dónde está Jacobo de Armagnac? ¿qué has hecho de él?

La turbacion de Tranquilo, era tan visible como la del culpable á quien acusa su conciencia.

—Jacobo de Armagnac duque de Nemours,—balbuceó haciendo un esfuerzo.—¡Que Dios tenga piedad de nosotros!

La tempestad estallaba fuera, y en un instante que dejaron de tregua los truenos, oyose llegar como el gemido de un hombre en la agonía. Guillermo prestó atencion, el hermano Tranquilo se cubrió el rostro con las manos; y la duquesa cayó de rodillas temiendo quizás que aquel lamento fuese de su marido... Al cabo de un instante oyóse tumulto en el castillo, ruido de puertas que se cerraban, de hombres que se movian y algunos servidores entraron en el salon siguiendo á un jóven con un niño que llevaba en el pecho el escudo de Armagnac.

—Hugo!—dijeron todos;—el paje de monseñor!

La duquesa tendió hacia él los brazos y pronunció el nombre de su marido: El paje entreabrió sus ropas y mostró en su pecho una ancha herida sacando de entre sus ropas un giron de terciopelo teñido en sangre.

—¡Es la sangre de Armagnac!—murmuró acercándole á su pecho que ya cesaba de latir.

La duquesa corrió hacia el paje, ya caido en tierra y recogió estas palabras del moribundo.

—Mi señor ha muerto asesinado y ha dicho al morir: ¡que mi hijo pueda crecer para amar á su madre y vengarme á mí!

—Sí, sí,—dijo Isabel volviéndose á su hijo,—¿tú creeras y tú le vengarás!

—Yo he venido,—murmuró el paje respirando apenas,—para deciros el nombre del asesino: ¡es Oliverio de Graville!

Y su cabeza cayó hacia atrás, ¡estaba muerto! Guillermo de Soles habia desaparecido.

VII.

La Hiena.

Era una escena de desolacion. Las damas de la duquesa rodeaban el sillón señorial, donde Isabel se retorcia de dolor con su hijo en los brazos. Por los ámbitos del salon vasallos y servidores formaban grupos inmóviles y en todos los rostros se veia el asombro, la incredulidad que acompañan á las grandes catástrofes.

El cuerpo del pobre paje habia sido sacado de allí, y aunque el aspecto de la sala era aun de fiesta, el rostro de todos, y sobre todo el aspecto del hermano Tranquilo, del que todos se alejaban como si fuera un pestífero, daban señales de evidente desgracia.

El pedagogo permanecía apoyado contra una columna con los brazos caídos, la mirada en tierra, los labios convulsos y en las mejillas aquellas dos rosetas de que hemos hablado cuando entraba en casa de la Pavot.

Los que estaban más cerca de él, oían estas palabras entrecortadas que salían de sus labios.

—¡Mis hijos! ¡Mis hijos! No pienso en mis hijos...

Y los criados que conocían la desaparición de su hija, no dudaban de que la traición del pedagogo tenía por causa una venganza ciega, venganza que había caído sobre el primero que tuvo á su alcance, y el primero fue su propio señor.

El sombrío silencio de que hemos hablado duró muchos minutos; de repente todos se estremecieron: la misma duquesa se incorporó, y como si saliera de un sueño, dijo con sobresalto:

—¿Habeis oído?

—En las cadenas del puente levadizo, —dijeron los oldados.

—¡Salvemos al niño! —esclamaron las damas.

Isabel de Armagnac estaba ya en pié.

—Guillermo de Soles tiene las llaves del castillo, —dijo, —y Guillermo es un fiel servidor.

—¡Un fiel servidor!... —murmuró Tranquilo con amargura.

Pero no tuvo necesidad de completar su pensamiento, porque ya se oía confuso rumor por los corredores del castillo y voces que decían:

—¡Muera Armagnac! ¡muera Armagnac!

—¡Aquí mis parciales! —repuso la duquesa levantando su hijo en los brazos.

Todas las damas rodearon á su señora; pero los soldados vacilaron, porque Guillermo de Soles, que fue el primero que penetró en la estancia, les dijo algunas frases en voz baja.

Solo uno tiró de su espada, Jerónimo Ripaille, que entraba detrás de Guillermo, y que apartándole rudamente, atravesó el salon gritando:

—¡Armagnac! ¡Armagnac! ¡A mi los valientes!

Nadie le siguió.

En el instante en que Jerónimo llegaba al centro de la sala hubo un incidente que quitó á la madre y al hijo este último defensor.

Tranquilo se llegó á su primo, puso sus dos manos descarnadas en sus hombros, acercó la boca á sus oídos y no se sabe lo que le dijo, pero el soldado desapaeció.

Este detalle no pudo asombrar á los presentes: los gritos de ¡muera! ¡muera! se repetían por las galerías y en breve una invasión de arqueros penetró por todas las puertas del salon y al frente de ellos Oliverio de Gravelle con la visera levantada, seguido de Thibaut de Ferrieres y del italiano Vicente Tarchino.

—Hemos vencido al jabali —dijo; —vamos á destruir la madriguera.

En aquel momento en que todos los defensores naturales de Armagnac se acobardaron, vióse al hermano Tranquilo adelantarse hácia el trono como si quisiera apoderarse del niño.

La duquesa estaba aun de pié en medio del salon y rechazó á Tranquilo con brazo fuerte, esclamando: ¡Vete, vete! ¡Tú has muerto á su padre!

Tranquilo inclinó la cabeza, como siempre, y se alejó: hubierase dicho que al retirarse una sonrisa infernal entreabrió sus labios pálidos.

Cuando este hombre se alejó, no quedó nadie entre la duquesa y Oliverio de Gravelle, que avanzaba lentamente, y pintábase tan feroz alegría en el rostro del caballero que la duquesa reprimió un gemido y estrechó con más fuerza á su hijo sobre su corazón.

Gravelle la miró un instante con los brazos cruzados é implacable sonrisa.

—¡Noble señora, —esclamó, —tú y los tuyos me habeis humillado un día, hoy tengo mi revancha y será

completa. Reza, Isabel de Armagnac, porque serás pronto una santa en el cielo y podrás buscar á tu hijo entre los ángeles.

Isabel cayó de rodillas.

—No te pido piedad para mí, —murmuró, —pero mi hijo... ¿Qué te ha hecho este pobre niño á quien has quitado el padre?

El hermano Tranquilo se había refugiado junto á una ventana y entregaba su rostro al aire húmedo de la noche y de la tormenta; pero no por esto perdía una palabra, ni un detalle de lo que pasaba en la sala.

—¿Qué decis de vuestro cordero madre Pavot? —dijo Nicolás á la tabernera, que estaba en el grupo de los soldados.

La pobre mujer se santiguó como si le hablaran de Sataná.

En aquel momento, Tranquilo volvió el rostro sobre el cual caían los cabellos empapados en sudor y lluvia, pegándose á él como sanguijuelas... Dió un paso y se detuvo... dió despues otro paso...

La Pavot sintió la mano del correo Nicolás temblar en la suya y todos los que aun conservaban algun afecto á la sangre de Armagnac, se cuidaban más del hermano Tranquilo, que del mismo Oliverio: no era en aquel momento el hermano un hombre, era el gato montes que afila las uñas para apoderarse de la presa vencida por la garra del leon.

Todos tenían frio en el alma.

—No tendré piedad de ese niño, —dijo Oliverio, —porque se llama Armagnac, porque es tu hijo, porque crecerá y querrá vengar á su padre... Haz tu oracion con él, porque vais á comparecer ante Dios.

El pequeño Juan miraba á Gravelle con espantados ojos y la duquesa le apretaba más entre sus brazos.

Tranquilo avanzaba paso á paso y en su rostro brillaba una espresion infernal. El italiano se aperció y mostrándole á Thibaut de Ferrieres, esclamó riendo:

—Ved el pajarraco que marca los niños para encontrarlos despues. ¡Qué dientes más afilados debe tener esa fiera!

La duquesa entretanto repetía:

—¡Piedad para el pobre niño, noble señor, piedad!

Oliverio levantó la mano á señalar su frente, donde la cicatriz marcaba el leon de la espada de Armagnac...

La duquesa Isabel inclinó el rostro y dejó de suplicar.

Aquella accion era la respuesta más elocuente.

Recogióse en el fondo de su pensamiento para elevarle á Dios, cuando creyó oír otro acento tan cerca como el de Oliverio; alzó de nuevo la vista y vió el rostro convulso del pedagogo, más lívido, más trémulo su lábio que de costumbre.

El hermano Tranquilo habíase acercado á Oliverio en el momento en que este se volvía para dar sus órdenes y había tocado suavemente el brazo del caballero.

—Monseñor, monseñor, —había dicho.

—¡Ah! ¿eres tú? —dijo el caballero, —¿no eres el preceptor de ese niño?

—Sí, monseñor, —dijo el pedagogo con aire casi confidencial.

—¿Y vienes, quizás, á interceder por él?

Tranquilo dejó ver una sonrisa silenciosa y siniegra; fijó una mirada en la duquesa y en su hijo, mirada tan cargada de odio que estremeció á la duquesa Isabel.

—Me digisteis que os aguardase en este castillo y os aguardaba, porque creí que me habiais adivinado.

—No sé lo que quieres decir, —dijo Oliverio que sentía repulsion instintiva hácia aquel hombre.

No se oía en la sala ni la respiracion de ningun pecho. La palidez del hermano Tranquilo, parecia haberse comunicado á todos los vasallos de Armagnac.

y el mismo Guillermo de Soles acariciaba el puño de su daga.

Solo el italiano Vicente Tarchino miraba friamente todo lo que pasaba.

—¡No me comprendéis!—murmuró Tranquilo, cuya vez se apagaba y silbaba como el aliento de la hiena, —y sin embargo vos quereis vengaros... vengaros con una venganza vulgar... ¡Escuchadme! Yo he sufrido en esta casa martirios sin cuento cuando todos eran dichosos, yo he dormido sobre las piedras cuando esa mujer dormía sobre pluma; yo he sido maltratado por el padre de ese niño, y he llorado sangre mientras ellos reían... ¿Sabeis por qué me llaman el hermano Tranquilo? Porque cuando me ultrajaban bajaba la cabeza y devoraba el insulto; porque cuando me abofeteaban una mejilla, presentaba la otra... Todo lo he soportado con la esperanza de que llegase la hora de la venganza: esa hora ha llegado. ¡Monseñor, ese es el hijo de mi verdugo!

Su cabeza se había erguido, sus cabellos se habían retirado de su frente, donde se adivinaba un torrente de ideas.

—Y esa mujer,—añadió dando un paso más mientras Graville le daba hacia atrás instintivamente.— ¡Esa mujer que nos ha ofendido piensa matarla?... ¡No sabeis vengaros!

Graville le miró con horror: el pedagogo se abalanzó a su brazo y dijo:

—Esa mujer es hermosa...

En todos los presentes se advirtió un movimiento de horror y los cabellos de Isabel se erizaron sobre su frente.

Oliverio de Graville no encontraba palabras, y el italiano Tarchino fué quien exclamó:

—¡Y quieros que te le entreguemos!—dijo con una maliciosa sonrisa.

—¡Sí, a ella y a él!—dijo el pedagogo, cuya exaltación llegaba á su colmo.—¡A los dos, al hijo y á la madre!

Oliverio no sabia qué decir; su rostro se alteraba...

—Monseñor, vos sois un noble y no conocéis más venganza que la de las armas; peso no es vengarse!

Como Graville vacilase, el hermano se asió á su brazo y alzó la mano hasta tocar la señal de su frente.

El italiano se acercó á su señor por el lado opuesto, y murmuró á su oído:

—¡Es un tigre y los devorará á los dos! ¡Abandonádselos! Os quita el papel de verdugo.

—Señores,—exclamó Oliverio sacudiendo la cabeza como para desechar ideas tristes,—os he prometido un festín; la mesa está preparada: seguidme.

Dirigióse á la puerta sin atreverse á mirar á sus víctimas, y salió.

—Ahí los tienes,—dijo Tarchino al oído de Tranquilo,—afilá tu dientes, lobo.

Tranquilo se incorporó sobre sus piernas que parecían de acero y lanzó un rugido salvaje.

—Que todo el mundo salga de aquí,—gritó Tarchino,—y que se cierren todas las puertas.

Salió el último y se detuvo en el umbral para dirigir á Tranquilo una última señal de inteligencia; después que cerró la puerta, oyése todavía su voz que exclamó:

—¡Que nadie entre antes que yo, bajo pena de la vida!

VIII.

Agonía.

En el mismo salon de brillantes reflejos, de tectura elegante, decorada de flores y de luces que hablaban de festejar el regreso del señor.

La tempestad se había calmado, el silencio se había

restablecido, la brisa tibia de la noche entraba por las ventanas agitando el aroma de las flores, cuyas guirnaldas habia tejido la mano de Isabel con emocion tan dulce.

Era aquel salon el escogido para recibir al ausente, para saborear la dicha del regreso, para cambiar los brazos del esposo y de la esposa, del padre y del hijo... Verdadero santuario de la familia, todo hablaba en el castillo de amor, de regocijo, y formaba contraste con la agonía de la castellana.

Una vez he admirado el contraste horrible de un tocado de baile sobre la frente de una muribunda, y las rosas parecían sonreír tristes sobre aquel rostro que ya se inclinaba con las angustias de la muerte.

Tal podia considerarse aquel engalanado salon después que salieron los vencedores, dejando en él dos víctimas y un verdugo.

Isabel habia seguido con mirada de angustia la salida de aquella multitud que invadía la sala; todos eran ene-^gigos, pero no verdugos. Los contaba uno á uno, á medida que atravesaban la puerta, y cada uno que desaparecía, aumentaba el peso de su corazón.

Tranquilo tambien contemplaba la salida de los servidores de Armagnac, de monseñor Oliverio y sus parciales; su vista pasaba de la puerta al treno, y parecía impaciente por que acabase tan lento desfile.

Cuando la puerta se cerró detrás de Tarchino, profundo suspiro desahogó el pecho del pedagogo; la indignosa le oyó é instintivamente oprimió al niño contra su corazón.

Tambien el niño contemplaba con terror á su preceptor y parecia querer ocultarse en el seno de su madre.

Tranquilo se adelantó hacia la puerta por donde habian salido todos, y aplicó su oído á la cerradura; los pasos se oían ya lejos y confundidos con las aclamaciones de alegría de los que penetraban en la sala del festín. Después corrió á las ventanas y pareció investigar las tinieblas de la noche que envolvían las cercanías del castillo. Después se dirigió á la duquesa, que cerró los ojos y elevó su alma á Dios.

Avanzaba lentamente Tranquilo, y cada uno de sus pasos resonaba fúnebre en el corazón de su víctima, que á través de sus párpados cerrados veía cínico, implacable, ávido de sangre y de lágrimas, embriagado con el triunfo tanto tiempo codiciado.

Los pasos de Tranquilo se acercaban, y cuando dejó de oírlo, cuando le adivinó á su lado, experimentó la sensación que debe sentir el que deja la vida al filo del hacha ó siente penetrar la hoja del puñal en su pecho.

Aquí, sin embargo, no caía el hacha ni la punta de la daga buscaba el corazón... El suplicio de la duquesa se prolongaba; parecia sentir sobre su frente como el aliento del tigre, y este aliento la quemaba...

Un minuto, un minuto que tuvo la duración de un siglo, corrió en aquella suprema angustia, sin que su hijo, que tenia en los brazos, cayese en tierra, porque se asía desesperadamente á su cuello.

De repente resonó en su oído un acento que la estremeció, y sin embargo, en aquella voz no habia amenaza ni rencor, no habia siquiera el envenenado sarcasmo del vencedor.

Era la voz del pobre hombre, voz humilde, plañidera, que tantas veces habia oído escitando su piedad y que ahora le decía:

—¡Miradme, señora, y confiad en Dios!

A tal grado de espanto habia llegado, que ni siquiera tuvo conciencia de lo que oía y no podia decir si aquellas palabras encerraban una amenaza ó un consuelo.

El vino empezaba á hacer su efecto entre los asistentes al festín, y las carcajadas, mezcladas entre cantos desonestos, llegaban á interrumpir el silencio de la sala.

Tranquilo miró con inquietud hacia la puerta y exclamó:

—¡Señora, mi noble señora, tened confianza en Dios y miradme!

La duquesa tuvo por un momento el extravío de creer que despertaba ya en el otro mundo, y al abrir los ojos y verse rodeada de lo que le era propio y conocido, murmuró

—¡Dios mío! ¿sueño ó estoy loca?

—¡Señora,—esclamó Tranquilo ya con angustia, ved que no tengo más que algunos instantes para salvaros.

Ya esta vez, la duquesa le miró frente á frente y encontró casi arrodillado á sus pies, un hombre á quien apenas conocía: de tal suerte estaba cambiado por la emoción.

No era ya el *manso cordero* como le llamaba la madre Pavot, ni el tigre que hacia un momento mostraba sus garras y sus dientes en aquella sala; era un rostro dulce, iluminado por angelica expresión, aquella expresión sublime que debió quizás al éxtasis de la vida monástica en el asilo de los padres benedictinos; era el mismo hombre á quien la pasión habia transfigurado un día, el único que acercó los labios á la copa del placer. Habia separado sus cabellos de la frente, sus ojos eran dulces y bellos como los del niño, y sonrisa tierna entreavia sus labios.

La duquesa llevó ámbas manos á sus ojos, y Tranquilo repitió casi riendo y llorando:

—Soy yo, noble señora, perdonadme el terror que os he causado, era preciso parecer malo para salvaros.

La inteligencia, la esperanza volvian al atribulado espíritu de la duquesa, más que por las palabras, que apenas entendia, por la expresión de aquel rostro, en el que se pintaba su corazón leal y lleno de abnegación.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿no es esto un sueño?—balbuceó con acento trémulo de ventura.

Tranquilo se adelantó á ella, besó su mano, y dijo:

—El duque mi señor dió al olvido conmigo alguna vez la caridad cristiana, pero yo os juro por mi salud que hubiera dado mi vida por salvarlo; ¿qué no haria por vos que habeis sido mi Providencia, por vos que sois en la tierra lo que una santa en el cielo, el sosten de los débiles, la alegría del desgraciado, por vos y por ese niño á quien he visto nacer?

La duquesa volvióse entonces hacia el pequeño Juan, y exclamó:

—¡Hijo mío, hé aquí nuestro salvador; es más que un noble, es un santo! Amale y respétale durante tu vida entera!

Juan de Armagnac tendió sus bracitos al hermano Tranquilo, que le estrechó entre los suyos llorando.

Los gritos y las carcajadas del festin volvieron á Tranquilo á la realidad de la situación.

—Es preciso huir, señora,—dijo con acento breve é imperioso,—los días de desgracia han venido para vos; ¡dios quiera ayudaros como mereceis! Desde hoy sois vinda y defensora de la sangre de Armagnac: ¡tened fortaleza para cumplir tan noble misión! vuestra vida vá á estar sembrada de peripecias y amarguras: quizás os separarán de vuestro hijo... acordaos entonces de que mi joven señor lleva el escudo de Armagnac grabado en su pecho.

—¡Ah, era por eso?

—Por eso el miserable Guillermo de Soles me castigó el otro día hasta que brotó sangre mi piel...

La duquesa quiso arrodillarse delante de aquel hombre.

—No tenemos tiempo que perder,—dijo el pedagogo interrumpiéndola;—mi primo Jerónimo, el soldado, tiene dos caballos ensillados en la poterna que da

á las murallas de Paris, desde allí podeis ganar la abadía de San German que es un lugar seguro.

—¡Y no venis con nosotros?—esclamó la duquesa sorprendida.

—Me quedo aquí,—respondió Tranquilo,—para proteger vuestra fuga: si por casualidad monseñor Oliverio me dejara vida, yo me reuniré á vos, y en medio de vuestra desgracia os quedará un servidor.

La duquesa quiso insistir aun, pero Tranquilo con firmeza respetuosa la condujo hasta la puerta secreta que estaba detrás del trono y la hizo entrar en el corredor.

La duquesa le tendió su mano, que él llevó calorosamente á sus labios, despues cerró la puerta y se quedó delante de ella como para defenderla con su cuerpo.

Escuchaba por una parte los pasos de la duquesa que alejaban, y por otra los gritos del festin que llegaban al último exceso y exclamó:

—¡Aun tengo tiempo!

Despues, como asaltado por repentina idea, murmuró:

—¿Y mis hijos? ¿Y mis hijos? Ni siquiera le he dicho que cuide de ellos si yo muero... ¡Perdon, mi pobre Maria, perdon, y vela por ellos desde el cielo, porque se van á quedar sin padre ni madre!

Un remordimiento atravesó su corazón; amaba á aquellos hijos, los amaba con el mismo ardor que habia amado á su madre, pero entre ellos y él habiase deslizado otro amor que no se atrevia á confesarse, pero que inundaba su corazón.

El clamor de la orgia calló un instante, despues se oyeron pasos tumultuosos por la galeria, Tranquilo se puso horriblemente pálido y sus dientes chocaron unos contra otros.

—Señor, señor,—murmuró con alterado acento, mientras sudor frio bañaba su frente,—he cumplido mi deber; pero la idea de la muerte me acobarda. ¡Ah! ¿por qué no me habeis dado un espíritu más fuerte?

Las puertas de la sala se abrieron bruscamente y los vencedores, medio ebrios, penetraron en el salon: Tranquilo estaba detrás del trono y podia apenas sostenerse.

Monseñor Oliverio fué el primero que le apercibió.

Y bien, ¿qué has hecho de ellos?—preguntó con jovialidad.

La mirada penetrante del italiano habia ya recorrido todo el salon.

—¡Maldición!—esclamó.—¡El miserable nos ha vendido! Que salgan á caballo, que se le persiga...

Y tiró de la espada dirigiéndose hacia el pedagogo, y otras veinte espadas brillaron desenvainadas á las luces del salon.

El pobre Tranquilo cubrióse los ojos con ambas manos para no ver brillar aquellos aceros, y entre tanto murmuraba:

—Llevan ya mucha delantera; la abadía no está lejos...

—¡De rodillas!—le gritó Tarchino.

Tranquilo obedeció; retiró las manos que cubrian sus ojos y miró todas aquellas espadas desnudas, pudiendo admirar todos una sonrisa cándida en sus labios.

—¡Yo creia que se temblaba más para morir!—balbuceó.

Despues cruzó los brazos sobre el pecho, y dijo en alta voz:

—¡Dios mío, protegéd á mi señora y á mi joven señor! ¡Mi último pensamiento es para ellos y para mis dos hijos, que confío á vuestra misericordia!

PRIMERA PARTE



I. La ejecucion del cadáver.

El rey Luis XI había muerto el 30 de agosto de 1483 en el castillo de Plessis-les-Tours a los sesenta y un años de edad, habiendo hecho arrodillar á la cabecera de su lecho al bienaventurado Francisco de Paula, con la esperanza de que las oraciones del santo varón aliviarían su salud ó la salvacion de su alma.

El cielo no otorgó la salud á Luis XI á pesar de las oraciones de Francisco de Paula, y en cuanto á la salvacion de su alma, ha sido negocio entre Dios y él.

Los escritores y poetas han hecho de este rey retratos fantásticos que han alcanzado gran renombre; lo cierto es que cuando se vuelve la vista hacia atrás se ve surgir el perfil tenebroso de este hombre entre las tinieblas del siglo XV.

Al principio del año de 1492, el joven Carlos VIII, que había sucedido á Luis XI, bajo la tutela y la regencia de su hermana Mad. Ana de Beaujeau, era mayor de edad hacia tres ó cuatro meses.

No se había festejado como de costumbre la mayor edad del rey, y el palacio de Tournelles había permanecido silencioso y sombrío el día en que Carlos VIII había llegado á la edad de reinar.

La regencia continuaba de hecho si no de derecho. Mad. Ana, después de haber vencido con habilidad soberana á todos sus competidores, se afirmaba en aquel sillón, que valía un trono, del que no quería salir.

Había hecho entrar en razon, como si aun tuviera la mano de hierro de Luis XI, á los duques de Bretaña y de Borgoña; el de Orleans, heredero presunto de la corona, estaba desterrado; no había ya duque de Nemours, y en cuanto al conde de la Marche, que era uno de los señores más poderosos del reino, llamábase Oliverio de Gravelle, y ya sabemos si Mad. Ana tenía razones para contar con él.

Y sin embargo, Mad. Ana no estaba tranquila. A pesar de la posición suprema que había conquistado y defendida con firmeza viril, la fuerza de los sucesos iba contra ella. Ana lo comprendía, viendo llegar con angustia y cólera el día en que tendría que deponer su autoridad en manos de su hermano y rey.

Carlos VIII era siempre el pobre niño que había inspirado á su padre pensamientos de tan fatal agüero; era débil de cuerpo y de espíritu, y puede decirse que no era un rey y apenas era un hombre, pero en cambio heredero legítimo del trono, se agrupaban ya hombres fuertes y valerosos en torno suyo.

Citase entre otros el de D. José María Lobel, obispo de Autun, antiguo abad de San Benito de Miranda en Armagnac. A principio de este año de 1492, el joven rey Carlos había pedido á su hermana que cuando ella quisiera autorizase ya su mayor edad, y se sabía que D. José María sostenía una correspondencia constante con los duques de Borgoña, de Bretaña y de Orleans: decíase que hasta se hablaba de matrimonio entre el joven rey con la heredera de Bretaña; verdad que esta había estado ya casada por poder con Maximiliano de Austria, y que el mismo Carlos había estado prometido á Margarita de Austria, hija de este mismo Maximiliano, la cual vivía en París en el palacio de Tournelles y llevaba el título de reina de Francia, pero estos eran detalles que podían esterbar, no impedir los sucesos.

En tales circunstancias, con personajes en juego como Maximiliano de Austria, Ana de Francia, ya duquesa de Borbon, y Oliverio de Gravelle conde de la Marche, no sabemos cómo el pobre rey Carlos no fué encontrado un día estrangulado en su lecho. Fuerza es creer que los cien suizos llamados por Luis XI cumplían bien su comision.

A unos trescientos pasos de la iglesia de San Eustaquio entro el cercado del palacio de Orleans, antiguo palacio de Nesle, otorgado á monseñor Oliverio por la munificencia de la regente, y el cementerio de los Inocentes, había una hermosa hosteria-taberna que alcanzaba los honores de la moda, y donde señores y soldados se dignaban penetrar.

Esta hosteria estaba en terreno de Oliverio de Gravelle, nuevo conde de la Marche, y el hostelero se llamaba Pavot.

Había habido en el matrimonio Pavot importantes modificaciones durante los quince años corridos desde el prólogo de nuestra historia.

Hasta la edad de cincuenta y cinco años, Pavot había sufrido sin murmurar su papel de marido constitucional, como Pedro de Borbon, que segun se decía, hablaba á su esposa con el sombrero en la mano y la rodilla en tierra.

La Pavot no abusaba de su autoridad ni pegaba á su marido más que cuando había necesidad; pero Pavot era fuerte como un roble, y un día en que su mujer le corrigió un poco severamente, levantó el brazo, no para defenderse, sino pasar los golpes; pero, sin saber cómo, su brazo cayó, y la Pavot rodó sobre el pavimento.

El primer puñetazo es el que cuesta: cuando Pavot vió á su mujer por tierra sintió un valer extraordinario é hizo caer sobre ella tal lluvia de puñetazos, que la dejó por muerta.

Después entró en la sala donde bebían sus parroquianos, y dijo con legítimo orgullo:

—Venid á ver cómo he amansado á mi mujer.

Los parroquianos no podían creer lo que veían. ¡La Pavot, aquella reina absoluta, tendida en tierra sin movimiento! Todos felicitaron á Pavot como merecía, y desde aquel día su mujer no volvió á subir al trono; fué reina destronada, y cada vez que intentaba abrir la boca, el puño de Pavot hablaba más alto que ella.

—¡Y pensar,—repetía á cada instante aquel hombre honrado,—que no he conocido el remedio hasta los cincuenta años!

Pavot no era bueno, y las cosas llegaron tan allá, que su mujer le cobró rabia, y un amigo le previno de que acaso un día encontraría la muerte como las ratas en el queso.

Pavot estimó el consejo, y se celebró un tratado entre ambos cónyuges: habían tenido grandes beneficios en su taberna estramuros; Pavot estableció la hostería de que acabamos de hablar en el barrio de los inocentes, y puso al frente de ella á su mujer, mientras él permanecía dueño y señor en su antiguo dominio.

Hemos olvidado decir que la Pavot era siempre leal al recuerdo de Armagnac, sus antiguos señores, mientras Pavot, por contradicción y por codicia, era partidario del nuevo poder: las querellas políticas habían producido más de un cardenal en el rostro de la Pavot; pero ella seguía gritando «Armagnac», aunque la duquesa Isabel hubiera desaparecido con su hijo hacía quince años, sin que nadie hubiera vuelto á oír hablar de ellos.

Era una noche de primavera, fresca y serena: en la sala baja de la hostería de *La Tortuga*, que tal era la muestra que la Pavot había dado á su establecimiento, había una media docena de soldados reunidos en torno de una gran castaña llena hasta la mitad de vino de Gascuña, y en otra mesa algunos hombres del pueblo de París charlaban y bebían.

Los soldados apuraban á cada instante sus cubiletes de estaño, mientras los paisanos apagaban más discretamente su sed.

La Pavot, que había alcanzado un desarrollo venerable, á pesar de los nuevos procedimientos de su esposo, dirigía como un buen general el ejército de criados de *La Tortuga*, y de vez en cuando veíase pasar por la sala y subir la escalera que conducía al piso superior, á una joven lijera como una sílfida, á quien soldados y menestrales enviaban dulces sonrisas.

Era Mireta, hija única de los esposos Pavot, y sin duda uno de los mejores partidos del barrio del Mercado.

—¿Conoceis, maese Richard, á la noble dama que ha llegado en tan lujosa carroza?—dijo uno.

—No es una dama,—repuso maese Richard,—tal como nosotros lo entendemos: tiene el título de dama, porque es heredera de un ducado, de un condado y dos ó tres baronías; pero aun no lleva más que el nombre de su padre. La he reconocido á pesar del espeso velo que cubría su rostro, un rostro como no le habeis visto nunca, compadre Antonio. Su primera dama me hizo su guantero el año anterior, y yo os aseguro que es una buena parroquiana.

—Todo eso no nos dice su nombre,—replicó el compadre Antonio, que era mercader de paños.

—¡La que acaba de pasar,—dijo maese Richard con énfasis,—es la alta y poderosa señora Blanca de Armagnac, hija única de Jacobo de Armagnac, decapitado en el año 77, y que fué en vida duque de Nemours, conde de la Marche.

Todos los que estaban en el corro cambiaron una mirada.

—¡Hija única! ¡hija única!—esclamó el mercader de paños,—¡la historia de esta casa es una botella de tinta! Público es que el conde de la Marche, como hoy

se llama monseñor Oliverio de Gravelle, no ha podido conseguir que el Parlamento declare que Juan de Armagnac era un bastardo, un hijo supuesto.

—No importa,—interrumpió el guantero que tenía la parroquia de Gravelle y hablaba como tal,—aun el proceso está pendiente y se hará justicia; además que no tendrían más que decir una palabra monseñor Gravelle ó la regente, puesto que el difunto duque murió sobre el cadalso.

—También os equivocais, compadre,—repuso el mercader.—Hace más de cuarenta años que habito en la plaza del Mercado y sé todo lo que pasa en el barrio: era el año 77, como decís, y el cuarto día de agosto ¿no lo recordais?

Todos atendieron con curiosidad.

—Es verdad.

—Era ya tarde,—repuso maese Antonio,—y las tiendas estaban cerradas. Dos horas después del cubre-fuego, vinieron á decirnos que el cadalso se levantaba ante el cementerio. Ya estaba yo con un pie entre las sábanas, pero mi mujer, hoy difunta, exclamó: «Antonio, amigo mío, no tendré otra ocasión de ver caer la cabeza de un duque y par.» Era una digna criatura y no debía rehusarle un pasatiempo que no me costaba nada. Cerramos la puerta y nos fuimos al mercado y allí ¡señor Dios! había tantos nobles y magnates, que no se veía la tierra. El cielo estaba negro como la boca de un horno apagado y el trueno retumbaba sobre la ciudad.

—Es verdad,—murmuraron algunos.

—A cosa de las once de la noche vimos brillar antorchas por la calle de Saint Honoré: era un grupo de hombres á caballo, y al mismo tiempo una luz brilló sobre el cadalso, donde apercibimos la figura sombría de Tristan l'Hermite, verdugo del rey... ¡Amigos míos, lo que entonces pasó fué un sacrilegio!

—¡Pardiez! fué una justicia,—dijo el nuevo proveedor del conde de la Marche.

Antonio el mercader alzó la voz, y con tono casi solemnne, dijo:

—Es que no era un hombre vivo lo que ofrecían al hacha de Tristan, era un cuerpo muerto, cuyo noble pecho lleno de sangrientas heridas hacia el ultraje vergonzoso y el insulto inútil: el alma del duque de Nemours estaba delante de Dios, mientras sus restos mortales sufrían la última infamia. Vimos á Tristan levantar la cabeza de Armagnac por los cabellos, y su hacha cortó el cuello de su cadáver.

—Sí, sí, todos lo vimos,—esclamaron los presentes á escepcion de Maese Richard, á tual guantero de Oliverio de Gravelle. Fué una profanación impía, ¡un sacrilegio!

—Sí, sí, un sacrilegio,—dijeron todos,—pero en breve se arrepintieron de haber dado tan ligeramente su opinión, porque en la mesa de los soldados se advirtió gran movimiento y las espadas desenvainadas brillaron á la luz de los mecheros de sebo.

—¿Desde cuándo, por la muerte de Dios,—esclamó uno de ellos avanzando al centro de la sala,—discuten los plebeyos hechos realizados por sus señores.

Y descargó su espada de planc sobre el pobre mercader, diciendo:

—¡Tomad por la profanación!

Los demás soldados imitaron al que parecía su jefe, y la taberna se convirtió en campo de Agramante, y los vecinos de la plaza del Mercado se arrepintieron sin duda de haber tenido buena memoria.

A los gritos acudieron la Pavot, Mireta y los criados, pero los golpes llovían y en medio de los gritos y de la pelea oían la voz del que había tomado la iniciativa y esclamaba:

—Yo soy Vicente Tarchino, señor de Bruus, escudero del noble señor conde de la Marche; si alguno de vosotros quiere reclamar contra mí, que vaya á decir

á los jueces que han sido apaleado por hablar mal de madama Ana de Francia.

—¡Ah! los vecinos pacíficos sabían que no habían de ganar gran cosa con ir á quejarse, y lo que deseaban era poder escapar, pero los soldados les cerraban el paso: la Pavot no sabía á qué santo encomendarse, cuando Mireta murmuró á su oído:

—Madre, si fuese á prevenir á la señorita Blanca...

—Es una buena idea,—esclamó la tabernera, que salió precipitadamente de la sala. Un instante despues en el escalon más alto del tramo que partía de la misma taberna, apareció una bella figura, una jóven vestida de blanco, cuyos largos cabellos caían sobre sus hombros, dando señales evidentes de que estaba en aquel momento peinándose para salir.

Al ver la encarnizada batalla, sus cejas se frunciéron y su voz breve é imperiosa repuso:

—Vicente Tarchino, ¿es así como respetais la casa en que me encuentro? Yo os ordeno que cese en el momento este escándalo.

Y sin aguardar respuesta, sin detenerse siquiera á ver si sus órdenes se cumplían, volvió magestuosamente la espalda y se dirigió á su habitacion.

Vicente Tarchino permaneció inmóvil, con la espada en el aire, la cabeza baja, en una posicion casi ridícula, mientras los vecinos allí congregados salían precipitadamente por puertas y ventanas.

Pasado un instante, Vicente Tarchino hizo una seña y todos los aceros se envainaron.

—Habla bien la pequeña,—dijo el Italiano volviendo á ocupar su puesto en la mesa;—no hay nada que decir: el conde Oliverio está loco por ella y además la necesitamos.

—¿Sabéis,—murmuró uno de los soldados—que si el señor conde de la Marche nos hubiese hablado como ese niño, nuestras dagas hubieran salido del cintó?

El rostro pálido del Italiano se puso de color de púrpura, y murmuró con sonrisa forzada:

—Vamos,—amigo Pedro, vivimos entre lobos, y en torno nuestro veo mastines que afilan sus dientes todos los días. En efecto, hay algo en el aire de París que no me gusta, y creed, que es un mal presagio cuando los menestrales empiezan á murmurar de los grandes.

—¿Sabéis algo de nuevo?—preguntó Pedro con curiosidad.

—Sé que el rey es mayor de edad desde hace tres años,—dijo Tarchino con aire sombrío—y que nosotros nos quedaremos reducidos á la nada si nuestro señor el conde de la Marche no añade á este título el ducado de Nemours, y el cargo de par de Francia que á él va unido.

—Y bien! le añadirá.

—El tiempo pasa,—prosignió el Italiano—el rey, débil y todo como es, va subiendo poco á poco las gradas de su trono, y cada una que sube, la regente Ana de Francia la baja. Si el conde de la Marche no es duque y par antes del fin de la regencia, no lo llegará á ser jamás.

En este momento la Pavot llegaba con otra nueva castaña de vino.

—¡Bah!—esclamó Raul el soldado.—Los Armagnac no existen, y es preciso que alguno herede lo que era suyo.

—¡Quién viva lo ver!—esclamó la Pavot para sí.

—En lugar de emplear como debe los últimos días que le quedan, el conde, nuestro señor, se ha enamorado como un paje de Mda. Blanca, y hace locuras sobre locuras!—dijo Tarchino.

—Y bien;—dijo Raul—si se hace amar de esa jóven y se casa con ella, como Mda. Blanca es la única heredera de Armagnac, nuestro señor será más pronto duque de Nemours.

—Es verdad; no hay más Armagnac—dijo el italiano—y esto es lo mejor del negocio; hace quince años

qué busco sin descanso á Juan de Armagnac, que se llamaba en otros tiempos monseñor, y como yo tengo buenos ojos creo que si aun existiera ya le hubiera puesto la mano encima.

—Y sin embargo—dijo Pedro—allá abajo, en el condado de la Marche hay muchas gentes que pretenden que la duquesa Isabel y su hijo aparecerán cuando sea tiempo.

—¡Bah!—esclamó Raul;—yo he conocido un viejo monge que sostenía que el emperador Carlo Magno no había muerto; pero nadie se oculta quince años más que en el cementerio.

Vicente Tarchino estaba pensativo.

—Amigos míos—dijo—yo creo que Carlo Magno está bien muerto, y sin embargo, si tuviera algo que temer de su aparicion, no estaria tranquilo; bajaría á la bóveda d'Aix-la-Chapelle, y vería lo que hay dentro de las planchas de plomo. Entre tanto la mejor pluma de nuestras alas es Mad. Blanca, á quien los jueces van á declarar única heredera de Armagnac, y yo aplaudo al señor conde por los esfuerzos que ha hecho para conquistarla, solo que yo me apresuraria más y hubiera celebrado ya mis esponsales.

—¡Oh! es que segun cuentan, la niña no es fácil de manejar.

—Y como hay más de un pelo blanco en la cabellera del conde—añadió otro.

—¿Y piensas acaso que tendrá mañana ménos canas que hoy?—repuso el italiano.—Si mi señor me creyera, la fiesta de esta noche hubiera servido para celebrar los esponsales; la hermosura de Blanca atrae en torno suyo multitud de galanes, y hoy mismo hemos tenido que meter nuestros caballos en la espesura por dar alcance á un barbilindo que la sigue y que nos preocupa. No me gusta la cara de ese mozo.

—Siento no estar de acuerdo con el capitán,—dijo Raul;—yo no he visto rostro más jovial ni exterior más agradable que el de ese jóven. No lleva ropas de príncipe, y sin embargo, yo apostaría á que corre sangre no le por sus venas. ¡Cómo se ha burlado de nosotros! Mientras le buscábamos en lo espeso del bosque, hemos visto á lo lejos caracolear su caballo por la colina, y madama Blanca siempre que él paseaba sonreía.

—Y bien, ¿qué dices á eso?

—No veo en ello gran mal.

El italiano se levantó preocupado y repuso:

—No creo en aparecidos ni en fantasmas, y sin embargo, si encuentro en mi camino á ese galanteador no se volverá á burlar de nadie. ¡Hay parecidos estrafños!

El italiano paseaba preocupado, los soldados que ya no tenían vino que apurar comenzaron un concierto de bostezos, y Raul esclamó:

—Mi capitán, la faena de hoy ha sido ruda, dan las diez en el campanario de San Eustaquio, y la señorita Blanca no estará dispuesta para la fiesta, antes de las dos.

—¿No ha visto nadie de vosotros á Juan Rolando?

—Juan Rolando no se preocupa de lo que pasa fuera de las puertas de París, debe tener algun amor en la cabeza, y de seguro á este no le desespera su dama.

—¡Eh, hostelera!—grió Tarchino.

La Pavot se presentó.

—¿Tienes una buena estancia donde alojarnos?

—No hay ninguna bastante grande para todos.

—Entonces, tráenos paja fresca, dormiremos aquí. La tabernera hizo un gesto y murmuró:

—Como si la gran sala de la Tortuga fuera una cuadra.

Y en voz alta, y haciendo una reverencia, añadió:—Venid conmigo, señores: gusto de servir á mis parroquianos, y no me faltará donde colocarlos.

Todos la siguieron, y Tarchino, ya en la puerta, se volvió y dijo

—Si viene un joven que viste los colores de la Marche y responde al nombre de Juan, me llamareis.

—¿Juan á secas?

—Juan, ó Juan Rolando, no se cuida mucho de su apellido de familia.

La Pavot prometió obedecer y todos salieron.

Cuando la sala quedó vacía, Mireta acudió á reparar el desorden de los trastos. ¡Era un verdadero amor Mireta! Morena sonrosada, con ojos brillantes, con talle esbelto y siempre ataviada, según su clase, pero con coquetería.

Simon, el mozo de la taberna, dejaba por ella de comer y de beber.

No era enteramente feo Simon, y su padre le había dejado algunos escudos. A no estar enamorado hubiera sido mozo de provecho, pero no sabia dónde tenía la cabeza.

Era hijo del bello Nicolás, el correo que hemos conocido en la taberna de la madre Pavot, en aquellos tiempos en que ella mandaba y no habia sido humillada todavía.

Al acordarse del correo Nicolás, quizás encontraba legitima su caída y habia malas lenguas que así lo afirmaban.

Simon, hijo indigno de tan bello padre, seguia como una sombra los pasos de Mireta y mientras la joven lo arreglaba todo, Simon, solo con tocarlo, lo desarreglaba.

Era su modo ordinario de ayudar á Mireta; pero mientras trabajaba lanzaba profundos suspiros de amor.

La Pavot, despues de conducir á su gente, volvió á la sala de la taberna y se quedó un momento contemplando á los dos jóvenes.

—¡Y pensad que los hombres de hoy son como ese! murmuró.—Si vivimos mucho, veremos el fin del mundo. ¿Quién ha de decir que este es hijo de aquel padre? Vamos, muchacho, véte á dormir,—le dijo en alta voz,—y antes de dormirme, ruega á tu santo patron que te dé un poco de entendimiento.

—Buenas noches, Mireta,—balbuceó Simon encarnado como la cresta de un gallo.

—Buenas noches, Simon,—dijo la muchacha sonriendo.

Simon llevó ambas manos á su pecho y se quedó mirándola como á un lobo.

—¡Vamos!—dijo la tabernera.

—Buenas noches, madre Pavot,—murmuró humildemente el muchacho.

—Abre las ventanas mientras yo atranco la puerta; cuando ha habido aquí muchos soldados queda un olor á cuero como si se guardaran aquí todas las monturas de los caballos del rey.

Mireta obedeció; mientras su madre atrancaba la puerta con fuerte barra, y en el momento en que Mireta abria la ventana, miró hacia el bosque que habia enfrente y contuvo un ligero grito.

—¿Qué tienes?—dijo su madre.

—No sé,—balbuceó la niña,—he creído ver...

—¿Qué has visto?—dijo la Pavot acudiendo.

Los bellos colores de Mireta habian desaparecido.

En lugar de responder señaló hacia uno de los árboles, y la Pavot, lanzando una carcajada, exclamó:

—Vamos, todo el mundo está aquí loco! Has pasado el dia entero sentada al pié de ese árbol y ahora leomas por un fantasma.

—¡Mirad, mirad á la derecha del árbol...!

—¿Que me maten si no tienes telarañas en los ojos! No hay nada á derecha ni á izquierda, y á Dios gracias, tenemos bastantes soldados en casa para que nos defendan de aparecidos y fantasmas.

Sentóse, hizo sentar á su hija sobre sus rodillas, estampó un beso en su frente, y dijo:

—¡Mireta, pobre hija mia, no te acobardes por desgracias imaginarias cuando nos sobran verdaderas:

dime, á ese simple de Simon ¿le tomarias por marido?

La pregunta era tan inesperada que la joven se echó á reir.

—No me burlo, hija mia,—dijo la Pavot con tono grave;—se acercan tiempos en que todo ser débil necesita un protector. ¿Tomarias por marido al estúpido Simon?

—Madre,—balbuceó Mireta,—si no hubiera otro...

—¡Oh! en cuanto á eso, no te faltará,—esclamó la tabernera con orgullo;—la hija de tu madre no tendrá mas que escoger; pero con Simon serás la señora, y además, no puede uno dormirse en las pajas; yo he conocido tiempos azarosos, y hoy como entonces, no se puede decir lo que pasará mañana.

Mireta no la escuchaba; preocupada con la sombra que habia creído ver atravesar por el bosquecillo que tocaba al cementerio de los Inocentes.

—¿Has oido—le dijo su madre—lo que decian los soldados hace un momento?

—Sí, madre; hablaban del rey, de la regente, del señor conde Oliverio...

—¿Y de quién más?

—No sé.

—¿Has oido que pronunciaban el nombre de Jacobo de Armagnac, duque de Nemours?

—Es verdad, creo que he oido ese nombre.

—Y no te has estremecido! ¿Has olvidado la historia que te he contado tantas veces?

—No, madre, y compadezco con toda mi alma á la noble duquesa Isabel; pero como no la he conocido... Además, vos, que tanto respetais el recuerdo de la duquesa Isabel, ¿por que me habeis dicho que ame y respete á la señora Blanca, á quien quieren colocar indebidamente en su sitio?

—¿No quieres á esa joven?

—¡Oh! sí; daria mi vida por ella.

—Y harias bien,—murmuró preocupada la tabernera;—somos vasallos de Armagnac, y es preciso á todo lo que lleva este nombre. Pero dices bien, que no puedes comprender... Yo soy vieja, he visto muchas cosas y no comprendo tampoco.

Pasó la mano por su frente y dijo:

—Era un hijo, no una hija, lo que habia en el castillo de la Marche; un niño hermoso que he tenido muchas veces sobre mis rodillas como ahora te tengo á tí. Una noche el hijo y la madre desaparecieron, y aquel hombre de quien te he hablado que daba lastima y miedo, el hermano Tranquilo... ¿Era un ángel ó un demonio? Aun veo su mirada tímida cambiarse en la mirada reluciente del tigre... ¿Los ha salvado? ¿los ha perdido?

—¿Y qué ha sido de él?

—¿Qué se yo! Hé ahí por qué cuesta mucho á mi corazon dar el nombre de Armagnac á ese niño cuyo nacimiento es un misterio.

Mireta seguia dirigiendo miradas furtivas á la ventana.

—¡Y si supieras, hija mia, cómo Blanca se parece á la duquesa Isabel! ¡cómo se parece tambien á otra pobre criatura que murió muy joven, y cuyas cenizas reposan en el cementerio de nuestro pais!

La Pavot calló y reinó en la sala breve silencio: la Pavot estaba entregada á sus recuerdos, Mireta á los ruidos que llegaban por la ventana,

—Tienes razon, tienes razon,—murmuró la Pavot;—todos son misterios. ¿Quién puede penetrarlos?

Levantose bruscamente y dijo á su hija:

—Quédate aqui: cuando Blanca de Armagnac pasa la noche en casa de la Pavot, es preciso que alguien quede vigilando por si algo necesita; quédate hasta media noche, y á esa hora vendré á relevarte. Toma tu rueca ó reza tus oraciones, y no dejes de pensar lo que te he dicho del pobre Simon.

Imprimió un beso en cada una de las mejillas de su

hija, y salió con el paso firme de las mujeres que no han disfrutado corrección hasta los 50 años.

Mireta quedó sola en la sala baja de la taberna.

II.

Los aparecidos.

Si la buena madre Pavot hubiera podido penetrar en qué disposición de espíritu dejaba á su hija, ella hubiera velado la noche anterior en vez de dejarla sola.

Pero no sospechaba aquella mujer tan lista, lo que su hija tenía aquella noche: preocupada con sus recuerdos no había visto palidecer á su hija cuando la intimó que se quedase á velar, en una época en que el temor de apariciones y fantasmas traía trastornadas las cabezas de los buenos vecinos de París.

En cuanto sonaba el cubre-fuego y las puertas se cerraban con triples barras, la ciudad se creía presa de las almas en pena, y en las calles desiertas oíase ruido de pasos sin ver quién los producía, amanecían personas estranguladas, sin que se hubiera podido explicar de dónde habían salido sus agresores y eran muchos los que volvían á sus casas sin la capa ó los zapatos, sin que el miedo les dejase averiguar cómo había pasado de su poder al ageno.

La ciudad estaba llena de fantásticos sucesos, y en sus sombríos nichos movíanse los santos de piedra que decoraban las puertas de los palacios y de las iglesias.

No era fácil explicar los ruidos misteriosos que se oían en las solitarias calles, y los vecinos que se retiraban un poco tarde á sus moradas pasaban el resto de la noche temblando cerca de sus familias espantadas.

Entre los sitios que se decían más poblados de apariciones y fantasmas, estaban los mercados y el cementerio de los Inocentes, del que decían que salían todas las noches profundos gemidos.

¿Qué extraño que la pobre Mireta, que tenía llena la cabeza de estas lúgubres historias, temblase al verse allí sola, con las dos ventanas abiertas, á la luz de un velon, por no haberse atrevido á declinar la misión que su madre le confiara? Ya se vé, se trataba de Blanca, y Mireta la amaba tanto...

En cuanto los pasos de su madre dejaron de oírse por el corredor, Mireta empezó á temblar: verdad es que había mucha gente en la hostería; pero dormían todos, y ella estaba allí sola, sola con las dos ventanas abiertas, la una que miraba al bosquecillo contiguo al cementerio de los Inocentes, y la otra á unas ruinas, donde podían albergarse más que fantasmas.

Si Mireta se hubiera atrevido á cerrar la ventana, hubiese tenido menos miedo; pero no se atrevía ni á mirarla.

Había tomado la rueca y el huso, y aunque hilaba lo mismo que una hada, aquella noche el hilo salía estoposo y lleno de nudos de sus afilados dedos.

Quiso rezar, como su madre le había dicho, y parecía que había olvidado todas sus oraciones: aquella noche no sabía más que temblar, tanto, que sus dientes se chocaban.

Mireta pensaba en su madre, en los anchos y robustos hombros de su padre, hasta en el pobre Simon que, cobarde y triste, seguía sus pasos suspirando. Mireta pensó en todo esto, y, sin embargo, no era ninguna de esas figuras queridas la que evocaba.

Tenía diez y seis años, y á los diez y seis años, la novela empieza. A través del ejército de fantasmas que, según ella rodeaban la casa, veía otra aparición menos terrible: la cabeza de un paje, bello y risueño, en cuyo rostro apuntaba el bozo, cuyos ojos eran brillantes y atrevidos, cuya cabellera negra caía en ri-

zadas sortijas sobre sus hombros y cuyo talle esbelto se aprisionaba en su jubon de terciopelo.

Quizás era esto lo que Mireta veía entre los arboles al abrir la ventana, y sin duda temblaba al aperebirle; pero hay muchas maneras de temblar: sin la conciencia de que el bello paje rondaba en torno de la casa, Mireta hubiera caído muerta de miedo!

De repente se santiguó y creyó que era llegada su última hora al escuchar un paso tímido que resonaba á su espalda.

—Buenas noches, señorita Mireta,—dijo una voz.

La jóven soltó la rueca y se cubrió el rostro con las manos.

—No venia para daros miedo, señorita Mireta.

Volvió entónces la jóven poco á poco el rostro y se levantó de un salto y apoyó sus dos manos blancas sobre los hombros de Simon asombrado.

—¡Oh! mi pobre Simon, ¡qué contenta estoy de verte!—dijo.

El hijo del bello Nicolás no había esperado ciertamente semejante acogida, y su primer impulso fué retroceder; pero poco á poco se acostumbró á la idea de la dicha y dijo con un aire de fatuidad que nadie hubiera supuesto en él:

—Ya suponía yo que mi venida os causaría un placer.

Y quiso sujetarla por el talle; pero Mireta se deslizó entre su dedos como una anguila y el jóven se quedó con la boca abierta.

Mireta le contemplaba de la cabeza á los piés; el simple Simon había dejado su lecho en un atavío nocturno muy ligero, poniéndose solamente las calzas ó trusas para contrarestar el frío de la noche; pero sus hombros estaban solamente cubiertos por una camisa de lino que le había regalado la Pavot, y en sus cabellos amarillos llevaba un gorro, que, como la camisa, era un presente de la tabernera elegido entre los desechos de su uso.

La madre Pavot amaba al hijo del bello Nicolás, hasta el punto de obsequiarle con sus desechos, y con ellos el pobre Simon estaba tan grotesco, que Mireta lanzó una franca carcajada.

—Mucho me alegro de que mi venida os produzca buen humor; cuando llegué, no teniais ganas de reír.

Mireta perdió su alegría, y repuso preocupada:

—Es verdad.

—Cuando está uno solo está triste; yo lo estaba en mi lecho, no dormía y como siempre estoy pensando en vos, me dije: yo me aburro aquí, ella se aburre allá; pues voy á aprovechar el momento en que duerme la madre Pavot, para hacerle dos deditos la corte.

—Mi pobre Simon,—esclamó Mireta riendo,—no pensaba en tí.

La risa del muchacho fué más estúpida y dijo:

—Las muchachas nunca confiesan esas cosas; yo estaba detrás de vos y os he oído suspirar como yo suspiro... Además ¿por qué os habeis alegrado tanto al verme?

—No pensaba en tí ni en otro,—esclamó Mireta;—tenia mucho miedo y cuando se tiene miedo, ya ves, la presencia de cualquiera nos causa placer.

Esto no era ciertamente lisonjero, pero Simon no discurria cuando se trataba de amor, y sobre todo no había nacido valiente.

—¿Por qué teniais miedo?—esclamó ya con visible inquietud.

Y al decir esto dirigió en torno suyo miradas de terror, aun más tímidas que las que había dirigido la niña.

—¿Qué sé yo! Cuando una está sola de noche, una mosca que vuela, el reloj que suena, el viento que agita las hojas de los árboles...

—Entónces nada habeis visto?

—No he visto gran cosa: cuando estaba aquí toda-

«¡A mi madre, he visto ó he creído ver un hombre que atravesaba por el bosquecillo.

—¡Un hombre!—dijo Simon ya temblando;—si fuera un alma en pena, señorita Mireta.

La jóven trató de reír, pero la risa huía de sus labios: indudablemente que era mal auxiliar contra el miedo el pobre Simon.

Dió dos pasos atrás para poner á Mireta entre él y la ventana.

—Es que,—murmuró,—¡si supiérais lo que se dice! Un alma en pena se pasea por este barrio todas las noches.

—¿Y crees en fantasmas, pobre Simon?

—¡Que si creo! ¿Quién se ha comido al niño de Luisiana, que era tan rollizo y tan colorado? ¿Quién ha abierto la tumba del señor Antonio Graves, señor de Pontois? ¿Quién ha robado la cruz de la santa capilla? ¿Quién se introduce en las casas por las ventanas abiertas...?

Y se interrumpió al exclamar con terror:

—Como aquí, ¡mirad, mirad!

Estaban al extremo de la estancia, en el hueco de la escalera que conducía á la habitación de Blanca de Armagnac: todo el valor que la vista de un vivo había dado á Mireta, se había desvanecido porque Simon tenía diez veces más miedo que ella.

—¡Oh!—murmuró Simon,—Daria una semana de propinas por estar ahora en mi cuarto bien encerrado; ¡pero quién atraviesa esta galería tan oscura como está?

Y estaba más blanco que la camisa que tenía puesta de la lavot.

—¿Qué es eso?—preguntó Mireta estremeciéndose.

—Parece el grito de un hombre asesinado! ¡Ay! ¡Pobre de mí, y os juro por todos los santos no volveré á salir de mi lecho!

Mireta prestaba oído con las manos tendidas, la cabeza inclinada.

—¿No oís? ¿No oís?—exclamó el muchacho.

—Sí, me parece que alguien anda por el bosquecillo.

Simon no podía oír lo que decía Mireta, porque sus dos manos tapaban los oídos; pero lo que suponía, era sin duda más horrible que la realidad, porque estaba pálido, trémulo y balbuceaba:

—La otra noche entré en casa de maese Chocard el zapatero, y dejé como muerto al aprendiz que era de mi edad: hizo un agujero con las uñas en el pecho de la muchacha y se chupó toda su sangre.

—No tengo duda, se acercan,—exclamó Mireta que se sentía desfallecer.

Y viendo que Simon no la oía retiró con sus manos las de Simon, dejando descubiertos sus oídos y exclamó:

—Escúchame, no tenemos más que un medio de salvarnos.

—Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó el muchacho,—¿quién puede defenderse contra fantasmas?

Mireta le sacudió con toda su fuerza y dijo:

—Vas á hacer lo que yo: mientras cierro una ventana, tú cierras la otra.

El muchacho cruzó las manos desolado, pero Mireta le sacudió con el vigor de un hombre.

—Bien, bien, balbuceaba el muchacho, pero si esta es mi última hora, ¡que Dios me perdone mis pecados!

Mireta no respondió, le empujó hacia una ventana y se dirigió resueltamente á la otra.

III.

Juan el Moreno y Juan el Rubio.

Era el puesto de honor esta segunda ventana: por allí era por donde Mireta había visto atravesar la

sombra que la había impresionado; además por allí venía el viento fúnebre del cementerio...

El tímido corazón de Mireta palpitaba con violencia, y en cuanto á Simon, ningún poder humano podía hacerle afrontar los peligros de la terrible ventana.

—Despáchate,—dijo la jóven que se disponía á cerrar la suya, pero en aquel momento una bocanada de aire empujó de nuevo los cristales y al mismo tiempo un hombre saltó por la ventana como si el aire le empujase dentro de la habitación.

—¡La fantasma! ¡la fantasma!—exclamó Simon cerrando los ojos,—y así sin vista, aturdido, echó á correr derribando mesas y taburetes, refugiándose hacia el sitio que ocupaba Mireta, buscando en ella protección, pero al llegar cerca de la jóven oyó un grito de esta y abrió los ojos. Entonces vió delante de sí y saltando el antepecho de la ventana, una segunda alma en pena que como la primera estuvo á punto de hacerle morir de terror.

—Señor Juan,—murmuró dulcemente Mireta.

Pero Simon no pudo oírla, porque este segundo fantasma se apoyó en los hombros de Simon para disminuir la altura de la caída, dejando al jóven petrificado y á Mireta inmóvil con los ojos bajos...

Lo raro del caso fué que los dos fantasmas, así que se vieron uno á otro, acometieronse furiosamente con las espadas.

Si el hijo del bello Nicolás se hubiera hallado en estado de filosofar, hubierase dicho que los dos fantasmas no gustaban de verse juntos; pero al primer ruido de espadas Simon se cubrió de nuevo la cara y Mireta empezó á pedir ¡socorro! ¡socorro!

Los dos fantasmas parecía que habían tomado á desseo una ocasión há tiempo codiciada, porque los golpes llovían como granizos, y los tajos y mandobles se sucedían sin interrupción.

Sin duda que Mireta conocía por lo ménos á uno de los dos fantasmas, al que había llamado señor Juan, ni más ni ménos que si fuera un cristiano, y añadiremos que al ir á pedir socorro, la muchacha había vuelto más de una vez la cabeza como si temiera por la vida de alguno de los combatientes.

Los dos fantasmas, que susto tan grande producían, eran dos bellos jóvenes que podrían tener veinte años cada uno, casi dos niños porque apenas si el labio superior empezaba á sombrearse por un ligero bozo, y era sin duda la de aquel paje arrogante, activa, la visión que Mireta veía en sus sueños y en sus soledades.

Las dos jóvenes sonreían al dirigirse continuados mandobles; y si el que conocía á Mireta era moreno de ojos, de bucles oscuros como las alas del cuervo, el otro rubio, pálido, tenía en aspecto de superioridad y de nobleza, y su hermosura más poética hacia pensar en la hermosura delicada de la mujer; pero no era una mujer, ciertamente, porque juraba y repartía estocadas con mano firme.

¡Preciso era que el pobre Simon tuviese telaraña en los ojos para confundir con almas en pena tan bellos jóvenes!

El combate, bien sostenido por ambas partes, no presentaba ventaja por ninguna, y empezaba á cansar á los contendientes, inundando al sudor sus hermosas frentes, y siendo ya oprimida la respiración de sus pechos.

—Os defendeis bien,—dijo el paje de los cabellos negros.

—No mejor que vos,—exclamó el rubio.

—En guardia, es preciso acabar.

El aviso fué prudente, pero llegó tarde, porque su adversario había tropezado en un objeto que había en tierra, vaciló y dobló una rodilla para no caer de espaldas: el otro aprovechó la ventaja que le ofrecía la casualidad, y apoyó la espada en su pecho; pero en vez de herir á su jóven adversario, exclamó

—Os pido tregua, compañero.

—Con mil amores.

Cruzaron de nuevo los aceros, y un instante despues Juan el Moreno estaba desarmado.

—Os habeis ganado la primera, yo la segunda,—dijo Juan el Rubio; si comienza de nuevo el combate, será porque vos querais.

—No por mi vida: hemos estado algo torpes en tirar tan pronto de las armas, y si quereis estrechar la mano que os ofrezco es una mano leal.

Mireta que se habia quedado detrás de la puerta conteniendo el aliento, cruzaba ya las manos dando gracias á Dios.

—En vez de reñir, hubiera debido empezar por haceros una pregunta, y de su respuesta dependeria el ser amigos ó adversarios: ¿por quién venis á esta casa?

Tinte sonrosado animó las mejillas óven rubio que contestó:

—¿Qué os importa?

—Creo,—dijo tristemente su moreno adversario,—que tendremos que empezar de nuevo la partida.

Mireta tembló otra vez y se prometió llamar en su auxilio á toda la gente de la casa si se reanubaba el combate; pero el jóven moreno exclamó:

—No es vana curiosidad lo que me obliga á haceros esta pregunta; vuestros secretos son vuestros, como los míos son míos; pero decidme solamente: ¿es por la jóven que aquí estaba por la que penetráis de noche y por la ventana en esta casa?

—¡Ah! peleaba por mí,—pensó Mireta llevando ambas manos al corazón.

Y su emocion la dejó apenas escuchar esta respuesta:

—No, amigo mio, no conozco á esa jóven, ni por ella he venido á esta casa.

El jóven moreno tendiólos brazos á su adversario y dijo con verdadera emocion:

—Lo que me decis me dá más gozo que si la regente me nombrase capitán! Apretad bien, creó que hemos de ser un par de amigos que den envidia á los mortales.

Y dirigiéndose á una mesa y golpeándola con brio gritó:

—¡Vino! ¡mozo! ¡hostelero! ¿No hay nadie vivo en esta casa?

Mireta acabó de cerrar la puerta y Simon no pensaba dar señales de vida.

—Es preciso que bebamos juntos, que escucheis mi historia, que me conteis la vuestra... ¡Hostelera, muchacho! ¿se ha muerto todo el mundo?

—¿No podríamos hablar sin beber?

—¡Imposible! ¡Ola! ganapan,—dijo moviendo á Simon con el pie—¿no sirves más que para derribar á los caballeros que defienden lealmente su vida? En pie, y danos vino.

Simon no se movia; pero el bello paje le aplicó un golpe de plano con la hoja de su espada, y á esta intimacion el hijo del bello Nicolás se puso en pie.

Al encontrarse en presencia de los dos bellos jóvenes restregó sus ojos, miró por toda la estancia, despues á cada una de las ventanas y preguntó:

—¿Por cuál se han marchado?

—¿Quiénes?

—Las dos almas en pena.

—¡Bah! no temas; este caballero ha muerto al uno y yo he acabado con el otro.

—¿Y sus cuerpos?—repuso espantado el muchacho.

—Los fantasmas no le tienen; cuando se les mata huyen por el cañon de la chimenea.

—Es verdad, es verdad! y sin embargo yo hubiera jurado que sentí sus manos apoyadas en mis hombros.

Pocos minutos despues, nuestros dos jóvenes hablaban y bebían sentados en una de las mesas.

—A vuestra salud, Sr. Juan, porque tal es vuestro nombre,—decia el paje.

—A la vuestra, Sr. Juan.

—¿Y vuestro apellido?—preguntó el paje?

—No le conozco. ¿Y el vuestro?

—Tambien le ignoro. El señor Graville, á quien sirvo, me ha hecho inscribir entre sus pajes con el nombre de Juan Rolando, pero es un nombre de ocasion, y no respondo más que á los que me llaman Juan á secas.

—Entonces nos embrollaremos muy á menudo. Vos me llamais Juan, yo á vos tambien...

—Hay medio de distinguirnos,—repuso el paje.—Yo tengo los cabellos negros como el carbon, seré Juan el Moreno; vos los teneis rubios como Apolo, seréis Juan el Rubio.

—Negocio concluido.

—Bebamos.

Y ambos apuraron sus cántiles.

Como hemos dicho, eran casi dos niños y ambos encantadores, resaltando cada uno por el contraste que ofrecia. Juan el Moreno habia visto ya algo del mundo, tenia algo de apasionado y de batallador, y en su frente habia osadia y en su mirada lealtad, ofreciendo el tipo de paje más perfecto que pudiera soñar la imaginacion de una castellana.

Juan el Rubio era más sério, más tímido, más ignorante de las cosas del mundo: tenia ingenuidades del niño que no ha salido del regazo materno; su frente parecia pensativa, su mirada no tenia la provocacion de la de su compañero, y sin embargo, cuando alzaba sus párpados movidos por la sorpresa ó la indignacion, habia en su pupila el orgullo del hijo de un rey. ¡Pobre Juan el Rubio! sus hermosos cabellos caian sobre una capa raída, su espada no tenia más que un puño de toseco hierro, y veíase la trama á través del terciopelo de su birrete. ¡Mucha dignidad necesitaba para disimular la humildad de aquel traje!

Juan el Moreno iba, por el contrario, ricamente vestido, y si las mangas de su jubon de terciopelo blanqueaban hácia el codo, era que las tenia en frecuente trato con las mesas de las tabernas.

Despues que bebieron tendió la mano á Juan el Rubio y le dijo:

—¿Qué mano tan pequeña y tan blanca teneis! A la verdad que pareceis una muchacha disfrazada de hombre, y á no recordar el hilo que me habeis dado á retorcer, creeria esa mano incapaz de manejar la espada; por eso al veros con la rodilla en tierra me parecisteis un niño tan delicado, que casi retrocedí á la idea de un asesinato.

—¡Eso prueba un buen corazón!

—No hablemos ya de lo pasado; hemos estrechado nuestras manos y nos debemos franca amistad. ¿Teneis vuestra escarcela repleta?

Juan el Rubio se sonrojó y repuso visiblemente turbado:

—No tal, soy muy pobre.

—¡Pardiez! por eso no hay que poner un rostro de circunstancias. Yo os ofrezco oro; el diablo danza bien en mi escarcela, pero á fé que con una espada como la vuestra en los tiempos que alcanzamos, se sale pronto de pobre.

Juan el Rubio se pasó la mano por los cabellos, y dejando vagar su mirada por el vacío, repuso:

—Si pudiera uno fiarse de recuerdos de la infancia, yo diría que no he sido siempre pobre; recuerdo ricos salones tapizados, sillones coronados de nobles armas, criados y corceles, mesa cubierta de finísimo lino, y me parece oír el ruido de las cadenas de un puente levadizo...

—¡Bah! Es una leyenda lo que me contais.

El jóven palideció y nada dijo.

—Si teneis buena memoria,—repuso el paje,—en cambio teneis poca sed, porque yo apuro tres tazas



por una que bebeis vos. Yo doy poco valor á recuerdos de la infancia, y á creer en los míos, he sido por el contrario más pobre cuando niño que ahora: creo recordar una cabaña, un lecho de paja y un hombre que iba de vez en cuando á verme, flaco, encorbado, con una sotana negra... Este hombre iba á vernos, y digo á vernos porque yo tenía una hermana á quien yo quería como á las niñas de mis ojos: creo recordar que al hombre de la hopalanda le llamábamos padre; pero un día mi hermana fué robada, sin duda por los gitanos, y á mi vinieron á buscarme para llevarme al castillo de la Marche, donde debía recibir los castigos á que se hiciera acreedor el noble Juan de Armagnac, que sería de nuestra edad si viviera... Y apropósito, ¿qué edad teneis?

—Diez y nueve años y medio.

—¡Como yo! ¡Coincidencia singular! ¡Hubiera sido lástima no encontrarnos en el mundo! ¡Apuremos nuestras tazas por esta dichosa coincidencia!

Bebieron, y Juan el Rubio exclamó:

—Jamás he bebido tanto como esta noche! creo que se me va la cabeza; pero no por eso dejaré de escuchar con interés vuestra historia: seguid.

—El resto es muy corto: cuando llegué al castillo de la Marche, era una plaza tomada por asalto; la duquesa Isabel y su hijo se habían ido á todos los diablos; mi padre había tomado la vida de los campos y yo me quedé en el castillo con los nuevos señores. Allí he sido sucesivamente criado, paje y soldado, sin que haya vuelto á ver en mi vida al joven señor para quien fui llevado, ni á mi padre, ni á mi hermana... En cuanto á esta, cuando apercibí hace dos años á mi joven señora... Pero ¡bah! son locuras, y en la vida real no pasan aventuras como en los cuentos de hadas. Esta es mi historia punto por punto, y no me pesará escuchar la vuestra, amigo Juan.

—¡Dios mío! yo no tengo historia; despues de esos gratos recuerdos que considero como un sueño, me encuentro en una pobre morada perdida en medio de un bosque, y allí estoy retirado, casi escondido bajo la vigilancia de un hombre á quien llamamos nuestro amigo y que en mis delirios transformo yo en un antiguo servidor de nuestra familia...

—¿Creis en vuestra noble familia?

—Sí, no sé qué me hace conservar esta idea á pesar de la pobreza de mi madre.

El acento del paje tomó un tono de lijera envidia al exclamar:

—¡Ah, teneis madre!

—¡Una bella, una noble, una santa mujer!—dijo con fuego Juan el Rubio.

—¡Así se debe hablar de una madre!—exclamó su amigo con visible emoción. Desde ahora os quiero doblemente, Juan.

—Desde la edad en que he tenido conocimiento mi vida ha pasado en esta soledad, diciéndome siempre mi madre ó mi amigo: no te alejes, tienes enemigos; ni más ni menos que se le dice á un niño: no salgas que te comerán los lobos. Yo no salía, y allí nuestro amigo me enseñaba á leer, á escribir y á rezar.

—Y algo más, según parece,—dijo el paje señalando la empuñadura de su espada.

—¡Oh! no lo creais,—repuso el joven sonriendo tristemente.—¿Mi pobre amigo profesor de esgrima? El no sabe más que hojear manuscritos y hacer ensayos para trasformar en oro el plomo.

—¿Es decir que busca la piedra-filosofal?

—Es un digno cristiano que tenía sus delirios como vos y yo. En cuanto á esta—dijo señalando su espada, ha sido, como si digéramos, un fraude. Mi pobre amigo y mi madre no saben que no he tomado jamás una espada en la mano; pero á dos leguas de la cabaña en que vivíamos hay un noble castillo, y un día de escapatória encontré un soldado cubierto de hierro que me subió sobre su propio caballo diciéndome que me

parecía á alguien que él había querido: le rogué que me enseñase el manejo de las armas, y desde entonces dos veces todas las semanas mi soldado y yo nos encontrábamos en una claridad en medio de la espesura, y me daba sus lecciones.

—Buenas lecciones, porque soy el discípulo favorito de quien no teme á nada en el mundo más que á la escotada secreta del napolitano Vicente Tarchino, mi señor: yo soy el primer discípulo de Jerónimo Ripaille.

—¡Ese es el nombre de mi amigo el soldado!—repuso Juan el Rubio estremeciéndose.

—¡Otra coincidencia rara! ¿Vuestra cabaña misteriosa está, pues, en el condado de la Marche?

—A orillas del Creuse.

—¿Y el castillo de qué hablais?

—El de Benavente, donde tenía su residencia el señor Oliverio de Graville, conde de la Marche.

—Y donde se dignaba habitar tambien el alto y poderoso señor Juan Rolando ó Juan el Moreno, page de la señora Blanca de Armagnac.

A este nombre, Juan el Rubio palideció.

—Y hemos vivido tantos años uno al lado del otro sin encontrarnos, hasta que nos ha ocurrido á los dos asaltar la morada de la madre Pavot!

El paje al hablar no apartaba la vista de su compañero, y dijo:

—¿Y entre los que habitan el castillo, no conoceis más que al valiente Jerónimo Ripaille?

—Solo á él.

—Me parece, sin embargo, que he visto cuando veníamos por el camino un jubon de paño pardo, semejante al vuestro, deslizarse por entre las zarzas á riesgo de dejarse entre ellos parte de la ropa, y ved lo que haceis, porque puede ponerse una pieza en un jubon, pero la carne no se remienda bien.

—¿Por qué os lo he de negar? Ya he dicho que mi pobre cabeza está llena de aspiraciones. Cuando oía las trompas de la caza me escondía en la espesura para ver cruzar los brillantes caballeros, y cuando volvía á mi pobre morada me decía mi madre: ¡Juan, mi pobre hijo, tú has llorado!

—Un día...—exclamó de repente con el tono de un hombre que va á hacer una gran confidencia.

Pero se interrumpió, y sus ojos se bajaron.

Reinó una breve pausa, y exclamó Juan el Moreno:

—Preciso será que acabe yo la aventura. Aquel día mi joven amigo estaba más triste y más soñador que de costumbre: hay días que parece que Dios para crear para los jóvenes que empiezan á amar.

Juan escuchaba con la cabeza baja.

—¡Niño, niño!—exclamó el paje;—en vano se oculta uno en el fondo de las selvas. ¡Llega un día en que, lo mismo entre los árboles solitarios que bajo los arconados de los palacios, los corazones suspiran dulcemente! Juan vió pasar por el bosque alguna hermosa cazadora, y abandonó la cabaña donde vive su madre por seguir á Paris á la hermosa cazadora...

Todo esto fué dicho con un tono en que la jovialidad se confundía con la emoción.

¡Decidamente tenía buen corazón Juan el Moreno!

—¡Mi madre, mi buena madre!—murmuró Juan el Rubio llevando la mano á enjugar sus ojos.

Y despues añadió frunciendo el ceño:

—¿Quién os ha dicho todo eso?

—Soy adivino, y despues he adquirido alguna filosofía corriendo el mundo. Me habeis dicho que no veniais por la gentil Mireta, y como no hay en la casa más que Mireta, su madre, y las hermosas cazadoras de la selva de Benavente, claro está que venis por alguna de estas, y á fe mía que para vivir retirado del mundo no elegis mal.

Juan el Rubio fijó en el paje una mirada casi de terror, y dijo:

—Teneis mi retrato, y sin embargo, yo no os lo he

confiado. Habiéis adivinado que yo, desgraciado y sin fortuna, abrigó un amor insensato por Blanca de Armagnac, heredera del ducado de Nemours y prima del rey nuestro señor.

Juan el Moreno soltó el cubilete que llevaba á sus labios, y exclamó con profunda sorpresa.

—¡Dios de Dios, que muera sin confesion si habia adivinado semejante cosa!

La turbación del jóven aumentaba y miraba á su compañero con verdadera inquietud.

—No temais, vuestro secreto está aqui,—dijo llevando la mano al pecho,—y de aqui no saldrá: os doy mi palabra de soldado. Pero ¡gran Dios! ¿sabéis que Blanca de Armagnac, mi noble señora, es prometida de Oliverio de Graville, conde de la Marche?

—Me lo habian dicho,—dijo Juan el Rubio con desaliento.

—¿Que el señor conde de la Marche la ama como un loco, y que aunque no la amara se casaria con ella porque es ambicioso y quiere ser duque de Nemours?

—¿Y vuestra señora le ama?

—¡Ah, mi pobre Juan! ¿qué os importa eso? Yo os creia enamorado de alguna de sus damas y encontraba atrevida la eleccion... No os enojeis, os estoy hablando como hablaria á mi hermano.

Levantóse, dió una vuelta al rededor de la mesa, y apoyándose sobre el hombro de su amigo, añadió:

—No sé por que os quiero y apenas os conozco, pero si es preciso reir con vos para haceros prudente, no vacilaré ni ante ese sacrificio.

Habia tanta ternura en esta amenaza, que el jóven, lejos de ofenderse, se conmovió, levantó la cara entre triste y risueña, y dijo:

—¿Tan imposible es mi sueño?

—Decidme que quereis cojer la luna,—repuso el page,—y es ayudarle en tan loca empresa; pero no os enamoreis de Blanca de Armagnac, ó tomemos el camino del rio y os arrojaré á él con una piedra al cuello.

—Pero si yo fuera noble,—murmuró el jóven,—tan noble como ella...

—¡Explicáos!

El bello jóven quiso desabrochar vivamente su jubon y con las manos trémulas apenas acertaba á desatar sus trencillas.

—¿Vais á enseñarme algun talisman?—exclamó el page sonriendo.

Juan el Rubio acabó de desabrochar su jubon y abrió su camisa dejando descubierto el pecho y sobre el lugar mismo del corazon un escudo grabado con los minuciosos detalles.

El bello jóven estaba evidentemente satisfecho de la impresion producida.

—¡Leon de plata con gules!—exclamó el page con precupada espresion.

Y despues, llevando la mano á su frente, murmuró:

—¡Es estraño, es estraño!

—¡Y bien,—exclamó Juan el Rubio,—qué decís de este detalle? ¿Veis el escudo que grabaron en mi pecho cuando era niño? Mi madre no ha querido explicacion de esta circunstancia; pero nuestro amigo, que es un hombre sencillo, me ha dejado adivinar en palabras sueltas todo un mundo de esperanzas.

—Juan el Moreno se contentaba con repetir:

—¡Es estraño, es estraño!

—Y bien, amigo mio, ¿qué decís de esto?—volvió á preguntar Juan el Rubio.

—Digo que es bien estraño, tanto, que muchas gentes verian en ello milagro ó brujeria: digo que entre nosotros hay un lazo que acaso explicará el porvenir.

Juan el Rubio estaba confundido con lo que oia.

—Digo por fin,—añadió Juan el Moreno,—que si todas vuestras esperanzas se fundan en el escudo que llevais en el pecho, os aconsejo apelar al rio y á la piedra.

Y mientras así hablaba desabrochaba á su vez su jubon y descubria su pecho, accion que arrancó á Juan el Rubio un grito de sorpresa.

Sobre el mismo sitio del corazon, y lo mismo que su compañero Juan, el page llevaba grabado un escudo idéntico al que producía tantas esperanzas en la mente romántica de Juan el Rubio.

Poco despues este estaba sentado á la mesa, con la frente apoyada en la mano, triste y pensativo; su compañero paseaba con agitacion.

—Si,—murmuró el primero;—vos me habeis probado que mis esperanzas no tienen fundamento, que mis sueños son de un insensato, y que, sin embargo, hay algo más estraavagante aun, más imposible que la realizacion de mi sueño: el que yo renuncié á mi amor.

Juan el Moreno le miraba y sus ojos manifestaban tierna compasion.

—Si,—proseguia Juan el Rubio con exaltacion creciente;—es más que una locura, es una impiedad querer matar un sentimiento que es obra de Dios, porque me ha dado una segunda naturaleza, me ha enseñado á sentir, á tener valor.

—¡Pobre Juan!—murmuró el page dulcemente.—Tu valor se agita aqui contra fantasmas, pero no importa. Que entre nosotros hay un lazo misterioso, es evidente; no puede ser la casualidad la que nos ha dado el mismo nombre y grabado en nuestro pecho el mismo escudo. Si no somos hermanos por la sangre, lo seremos por el corazon, ¿no es verdad?

—Juan el Rubio estrechó su mano con efusion.

—Yo te hablo desde ahora como hablaria á un hermano,—añadió el page;—soy tuyo en cuerpo y alma y como la prudencia no es muy fuerte, á pesar de todos mis consejos me asocio en todo á tu obra. Has abandonado á tu madre por seguir un devario, un fuego fatuo; entre los dos trataremos de alcanzarle. Has hecho un largo viaje desde el condado de la Marche hasta Paris, le has hecho yo no sé cómo, y estás espuesto á que para nada te sirva tu trabajo; yo voy á hacerle productivo. Esta noche hay una fiesta en el castillo de la Marche como no se ha visto otra, como no se verá quizá nunca en la capital de Francia. El Sr. Oliverio ha gastado, segun se dice, veinte mil escudos torneses, lo que haria la racion de diez caballero; vendrás conmigo á esa fiesta, y si Dios te da audacia para ello, allí hablarás á tu dama.

Juan se arrojó en brazos de su compañero murmurando:

—¡Oh! ¡gracias, gracias! ¡Bien dices que eres mi hermano! Despues de mi madre y de Blanca, no amo á nadie como á ti.

Cayó despues en profundo desaliento y dijo:

—¿Me atreveré?

—¿Por qué no? El capellan de Benavente leia un dia cierto librote donde habia cosas más estraordinarias: alli los pajes se casaban con princesas, todos los reyes cerraban los ojos para no ver á las grandes señoras y corrian al campo á echarse á los piés de las pastoras... Eres jóven, guapo, ¿quien sabe lo que te reserva el porvenir?

Juan el Rubio sacudió melancólicamente su cabeza, y dijo:

—¡Tú eres mi Providencia! Yo no sabia dónde iba; seguia á Blanca de Armagnac, porque una fuerza superior me arrastraba, y cuando la he visto entrar con su escolta en esta hosteria me he quedado fuera, porque no habia un escudo en mi pobre escarcela: rondaba la casa hacia unas dos horas, y he penetrado en ella sin más objeto que el de acercarme á Blanca; pero dime: ¿por qué tan noble dama se ha detenido en tan pobre hosteria á dos pasos del palacio de Orleans á media legua del palacio de la Marche, ambos del señor Oliverio de Graville?

Mi respuesta te hará entrar en el mundo de los civilizados; preciso será que empiece tu educacion.

Hermano, en la casa del conde de la Marche se vive en el mundo de la galantería, y no debe habitar una joven honesta; y en cuanto al palacio de Orleans, no quedan de él más que cuatro muros y las ogivas de piedra; se dice que de él hará el señor Oliverio un palacio encantado para su bella inhumana, donde serán nada las maravillas de la antigua Babilonia; pero entretanto la lluvia y el sol penetran en él por todas partes y mi señora Blanca no hubiera encontrado cuatro pies de tierra donde hacer su disfraz para esta noche.

—¿Su disfraz?

—Si tal, ¿crees que hemos venido aquí para dormir? Te digo que vivimos en el mundo de los encantos y parece que los escudos no cuestan nada al señor Oliverio según los arroja. Si en el palacio de Orleans no hay techos, en cambio en el de la Marche los hay de azul y oro, los muros se han cambiado en flores, gracias al pincel de artistas italianos y se ha construido en dos noches un templo igual al que el sabio Salomón tardó veinte años en construir; allí se verá esta noche la púrpura de Tiro, el oro y los perfumes de Oriente, los esclavos negros, los ídolos las setecientas mujeres legítimas y las trescientas concubinas del ilustre hijo de Davad...

Juan el rubio abrió desmesuradamente los ojos y no entendía una palabra.

—¿Crees que deliro?—repuso el paje que ya había recobrado su acento jovial,—tienes razón, locura hay en ello, pero no mía, sino del señor Oliverio de Graville. Todo eso y otras muchas cosas que callo, deben constituir una fiesta espléndida que comenzará a las dos de la mañana y acabará Dios sabe cuándo. Madama Ana de Francia representará la mujer principal de Salomón, los señores de la corte se disfrazarán de levitas, de guerreros, de fariseos de las distintas tribus de Judá, y Guillermo de Soles de quien habrás oído hablar, porque era gobernador del castillo de Benavente, representará el papel de traidor Adonias, y de seguro ha habido malicia en la repartición del papel, porque se dice que en otro tiempo tenía la confianza de sus señores los de Armagnac, y los vendió sin haber aprovechado mucho su traición porque no ha tenido más que la cuarta parte de la recompensa prometida.

—¿Y tu señora Blanca no tiene representación en esta fiesta?

—Solo el rey no ha sido invitado a ella! En este mismo instante, mi señora Blanca, rodeada de sus damas, estará disfrazándose de reina de Saba.

—¿Y voluntariamente ha aceptado su papel?

—¿Qué quieres, no había adivinado que a ti te desagradaba!—repuso el paje con aire burlón.

Juan el rubio le dirigió una mirada de reproche.

—La reina de Saba,—preguntó,—¿no era la prometida del rey Salomón?

Esta vez el paje lanzó una carcajada y dijo:

—No estoy fuerte en la lectura de la Biblia, pero de todos modos los esponsales no son bodas, y si mi señora Blanca no se disfrazara de reina de Saba, yo no te podría proporcionar el disfraz de esclavo que te tengo destinado. No te quejes y ven a disfrazarte mientras llega la hora de la representación.

IV.

Dicha inesperada.

Como la hostería estaba llena, el pobre Simon tuvo que dejar su chiribitil a los dos jóvenes y volverse a pasear por la sala; pero aleccionado por la experiencia, tuvo buen cuidado de cerrar las ventanas antes de tenderse en un banco.

Aquella noche, sin embargo, estaba de Dios que había de ser para él noche de aventuras: haría unos diez

minutos que habían salido los dos jóvenes, cuando llamaron violentamente a la puerta; el pobre muchacho se hizo el sordo, porque no podía ser más que algún alma en pena que venía del próximo cementerio, además de que los edictos prohibían abrir los establecimientos públicos después de la hora del cubrefuego.

No obstante, las gentes que llamaban no eran de buena conformidad, porque los golpes se repetían y Mireta se asomó tímidamente por la puerta interior de la taberna, pensando siempre en el bello paje al que había visto ya más de veinte veces en el mercado, en la iglesia, recibiendo en aquella noche tan audaz prueba de su amor.

Los golpes proseguían, Simon temblaba creyéndose solo, porque el miedo le hacía cerrar los ojos, hasta que la niña se acercó a él, le llamó cariñosamente y le dijo:

—Mira, podrías subirme en un taburete y ver quien es por la claraboya que hay encima de la puerta.

Simon obedeció temblando y a la claridad de un farol que había cerca de la hostería, alumbrando a una imagen, apercibió dos grupos de gente armada, uno junto a la puerta, y el otro retirado a corta distancia.

—¿Los conoces?—dijo Mireta.

—Creo haber visto en alguna parte a uno que parece que tiene cara de cuaresma: nos mandan abrir en nombre del conde de la Marche, y nos amenazan con prender fuego a la casa.

—No abras, voy a prevenir a mi madre.

El otro grupo, que Simon no distinguía bien, estaba solamente compuesto de un hombre y una mujer, y si el buen Simon hubiera podido distinguirle no hubiera formado buena idea de tan miserios parroquianos.

El hombre tenía el aire humilde; era alto, cubierta su cabeza con un gorro plano a modo de solideo, y su traje era una sotana que caía sin talle desde los hombros a los talones: la mujer que le acompañaba parecía campesina ó por lo menos mujer de clase humilde.

—¡Pardiez!—esclamaban los soldados,—que si nos daís el trabajo de echar abajo la puerta, vamos a hacer una gran luminaria con la hostería.

—¡Dios mio!—murmuró Simon,—ya van a buscar sarmientos al bosque cercano para encender la hoguera.

—Estoy muy cansada,—murmuraba en tanto la mujer del otro grupo apoyándose en el quicio de una puerta.

—No habeis querido creerme, noble señora,—esclamaba el hombre de la sotana,—hubiéramos podido hacer noche en una aldea y llegar a París mañana por la mañana.

—Cuanto más tiempo pase, más difícilmente le alcanzaremos.

Oyóse el ruido de quitar las barras de la puerta, e instintivamente los dos viajeros se acercaron al grupo de los soldados para entrar en la hostería, a cuya puerta estaban Simon, Mireta y la Pavot.

—Habeis hecho bien en abrir, madre,—esclamó uno de los soldados,—porque yo traía unos ramos secos que no pedían más que arder.

—En casa tenemos para hacer frente a tales balandronadas, buen hombre,—replicó la Pavot,—y una buena olla de agua hirviendo apaga el fuego y los humos de los rondadores. No son vuestras amenazas las que han abierto las puertas de la Tortuga, sino el nombre de la Marche, al que guardaré siempre respeto y fidelidad.

Los dos soldados habían avanzado en la taberna mientras el caballero de la triste figura permanecía de pie, inmóvil, como un santo de madera y el desconocido y la viajera llegaban en aquel momento a la puerta. Simon indicándoselos a su ama, dijo:

—Esos dos no vienen con los otros.

—¡Es posible!—gritó la tabernera, encantada d

poder hacer caer su cólera sobre alguno.—¿Qué buscáis aquí?

—Pedimos un asilo,—dijo tímidamente el hombre de la sotana.

Los soldados se volvieron á decir al que parecia su jefe:

El caballero hizo una señal afirmativa.

—Y bien señor Guillermo, ¿vais á dormir en esta casa?

—Largo de aquí, vagabundos,—dijo la Pavot,—no hay aquí sitio para la gente de vuestra estofa.

Un gemido se oyó bajo la capucha que cubria la cabeza de la aldeana.

—Señores, ¡¡ or piedad!—esclamaba el hombre de la sotana dirigiéndose á los soldados;—¡haced que nos dejen entrar!

—Largo de aquí,—repetía la tabernera.

—¡Monseñor, por piedad!—decía el de la sotana acercándose al que habian llamado señor Guillermo.

La mujer que le acompañaba hizo un movimiento como para detenerle.

—Madre,—decía Mireta,—parecen muy cansados; ¡recibámoslos por caridad cristiana!

—Que vayan al *Mirlo Blanco*, en la truhanería; allí estarán entre sus iguales.

Y añadió volviéndose á los soldados:

—Recompensadme mi complacencia echando de aquí á estos mendigos.

Uno de los soldados fué á cojer al hombre de la sotana; pero monseñor Guillermo se antepuso, y dijo:

—Cuidad de vuestros asuntos.

Y acercándose á los viajeros, dijo:

—Yo os prometo hospitalidad por esta noche, y si sois cristianos no me olvideis en vuestras oraciones.

Los dos soldados que miraban esto se dijeron en voz baja:

Monseñor Guillermo siempre se cree en el artículo de la muerte, y trata de borrar con buenas obras culpas ajenas.

El hombre de la sotana se tranquilizó; la aldeana, por el contrario, aunque no se le veia el rostro, su mano temblaba en la del caballero.

El señor Guillermo tenia una faz descarnada, los ojos hundidos, la cabellera blanca á pesar de que no era viejo, y difícilmente podíase reconocer en él á Guillermo de Soles, antiguo escudero de la duquesa Isabel.

Habia sido traidor, y su traicion no le habia sacado de la pobreza: el señor de Graville, vencedor, habia guardado para sí la mejor parte de lo prometido, y á más tenia un mal interior que no podia curar ningun médico, y que le consumia. Habia perdido su fuerza, su agilidad; la sangre habia abandonado su corazón para agolparse á su cabeza, sentíase á cada instante suspendido entre la vida y la muerte, y el remordimiento le consumia.

Esquivándose á las protestas de gratitud del hombre de la sotana, volviase á la tabernera y dijo:

—Conducidnos junto á los que nos aguardan.

La Pavot se encaminó hácia el fondo de la estancia; los soldados le siguieron; detras de ellos iba cabizbajo Guillermo de Soles, pero como tuviera que atravesar al lado mismo de la encubierta, esta le sujetó por el brazo; Guillermo se estremeció, bajó la cabeza y la aldeana pronunció una palabra á su oído.

Guillermo retrocedió; sus cabellos se erizaron, su frente se tornó livida.

—¡Lo haré, lo haré!—baluceó.

Y sin volver la cabeza, apresuró el paso y desapareció por el corredor.

Antes de salir la Pavot dijo á su hijo con imperio.

—Arregla esas mesas, esas sillas; parece que ha habido aquí una batalla; y cuando hayas concluido, te retirarás á tu cuarto; una jóven no puede estar con semejante compañía.

Mireta fijaba miradas de compasion sobre aquella pobre mujer tan duramente tratada por su madre, y que no se quejaba. El hombre de la sotana acercóse á su compañero y murmuró:

—Si nuestro pobre Juan se encontrase mezclado en las pependencias que tienen lugar todos los dias en estas casas de París, ¿quién le protegería?

—Juan ha huido en el caballo de la granja, y se ha llevado consigo la espada que estaba colgada á la cabeza de su cama.

—Es verdad; pero por fortuna no sabrá sostenerla ni manejarla.

La aldeana murmuró entonces con amargura:

—¡No es una vergüenza, hermano Tranquilo, que el hijo de tal padre no haya podido aprender á defender su vida como soldado?

—¡Ah! mi noble señoría, bien sabeis que eso no se lo podia yo enseñar!

—Ahora ya está todo arreglado; idos, señorita Mireta, no estéis por más tiempo con semejante gente.

—dijo Simon;—yo por mi parte me escapo.

—Perdonadle,—dijo Mireta, acercándose á los dos viajeros;—es un simple, y nadie aquí da valor á sus palabras.

—¡Gracias, niña!—murmuró la aldeana.

Mireta salió, pero aquellas dos palabras y el tono con que fueron pronunciadas, hicieron en su alma profunda impresion: parecia que aquel era el acento de una dama, y no le hubiera quedado la menor duda, si se hubiese detenido á observar cuando la aldeana, creyéndose sola, eció á bajo su capucha para respirar libremente.

La duquesa Isabel habia pasado ya de los límites de la juventud, y aunque la desgracia habia empezado sobre ella muy duramente, hay personas que conservan su aureola de belleza hasta en el martirio.

La duquesa de Nemours estaba hermosa como en otros tiempos, llevaba su desgracia con heroica paciencia, y sus dias de luto no habian hecho más que estender un velo de tristeza sobre sus bellas facciones.

No tenia la sonrisa de los primeros años como Blanca de Armagnac, reina de la hermosura actual en la corte de Francia, pero su grandes ojos melancólicos y resignados, conservaban su anterior encanto; durante aquellos quince años, la duquesa Isabel habia dormido en lecho duro, habia pasado muchas noches sin sueño, y con lágrimas, pero en medio de su dolor, profundo, habia tenido una dicha suprema, la de ver crecer á su hijo Juan de Armagnac, en un todo igual á su padre.

Todo lo que tuvo que hacer para proteger la vida de aquel noble vástago, ocuparía muchas páginas. Sola con el pobre hermano Tranquilo que era el hombre menos apropiado para el caso, habia llevado la vida errante y misteriosa de los proscritos.

Los religiosos de la abadía de San German, sus vecinos, le dieron el primer asilo la noche misma en que Tristan l'Ermitte decapitó el cuerpo muerto de Jacobo de Armagnac en la plaza del Mercado; pero este asilo no podia ser sino temporal, y al cabo de algunos dias, á la caída de la tarde, Isabel, su hijo, el hermano Tranquilo y el soldado Jerónimo Ripaille, salieron de la abadía y empezaron su vida de peligrosas aventuras. Dirigiéronse hácia el Este á fin de entrar en los estados del duque de Borgoña, pero Graville y Mad. Ana que lo habian previsto, establecieron un cordón de vigilancia que les fué imposible atravesar.

Entonces Isabel celebró consejo con sus dos servidores. Jerónimo Ripaille, á pesar de la gravedad de las circunstancias, encontraba medio de beber lo bastante para no estar en estado de dar consejos, y Tranquilo, que no bebia más que agua, podia aponas en su pobreza de espíritu tropezar con una idea salvadora.

Propuso ganar la Gascuña y retirarse al dominio de Armagnac. Jerónimo Ripaille juró que él dejaría

el camino libre con su espada, y atravesaron toda la Francia para llegar, al cabo de un mes de fatigas, al país de Armagnac, que encontraron lleno de emisarios de la regente y del señor de Graville: la protección de Dios y la fidelidad de algunos vasallos, les salvó de este último peligro, porque era imposible con tener la lengua del valiente Jerónimo, que á cada instante vendía el nombre de su señora y la condición del niño.

Todavía en aquel tiempo tenían los fugitivos algunos recursos: la duquesa iba vendiendo una á una sus alhajas á los judíos, aquellas alhajas con que se había adornado para festejar el regreso de su marido; pero sus alhajas se agotaron y el encarnizamiento de la regente y de Graville no cedia. Jerónimo hizo ver que tenía un gran corazón, y se pasó hasta sin beber; pero no se pasó sin hablar, comprometiendo á cada instante con su fanfarronería la suerte de los fugitivos.

Una noche, la madre, el hijo y los dos criados se acostaron en la cabaña de un pastor, y cuando á la mañana siguiente se despertó Jerónimo, se encontró solo: ¡la duquesa, el niño y el hermano Tranquilo habían desaparecido!

Jerónimo se vistió sin decir palabra; se ciñó el cinturón con su espada y anduvo dos buenas leguas con la cabeza caída sobre el pecho.

Su tristeza duró hasta tropezar con un soldado del nuevo conde de la Marche, que le pagó dos ó tres cubiletes de vino de Anjou; al tercero había recobrado su buen humor, y al cuarto se celebró un convenio entre ambos soldados, á consecuencia del cual Jerónimo tomó el camino de la Marche para entrar al servicio del señor de Graville.

—Todavía hay gentes que no desdennan mi compañía,—se dijo montando á caballo.

Graville ocupaba entonces el castillo de Benavente á orillas del Creuse, y allí fué donde Jerónimo Repaille senó sus reales.

Al oeste del castillo de Benavente, había una selva que se extendía hasta las fronteras de Berry: en aquella selva había escondida la cabaña de un leñador y este acogió en su pobre mansión á la duquesa Isabel, su hijo y su servidor, cuando no sabían qué partido tomar.

Allí vivieron diez años, y ni á Graville ni á la Regente que los mandaron buscar por toda la Francia, les ocurrió investigar aquella selva que las cabalgatas del conde de la Marche recorrían todos los días.

Había sin embargo un hombre en la servidumbre del castillo, que había descubierto el secreto y este hombre era el soldado Jerónimo Repaille; pero Jerónimo se había vuelto discreto y aunque había reconocido al hijo de su señor se había dicho: el mejor medio de ser discreto es no saber nada. Adoptó, pues, un papel de protector de casualidad, y su instinto le decía que de este modo era más útil á la casa de Armagnac que participando de sus privaciones.

En la cabaña del leñador llegó, pues, á la adolescencia el noble niño, á quien su madre no podía desear en sus delirios, ni más hermoso, ni más bueno.

Aquel hijo de los campos ocultaba además el alma de un héroe, y era indudable que Dios no le había salvado de tantos peligros sin reservarle para altos destinos. Esta idea al menos consolaba á la duquesa Isabel.

El hermano Tranquilo era el preceptor de Juan en la cabaña, como lo había sido en el palacio: le enseñaba latin y teología, más adelante le enseñaría elementos de lógica, de controversia, el griego, la dialéctica y alguna tintura de la ciencia filosófica.

Pero Juan que ignoraba el apellido de su padre, no mostraba gran apetito por el pan de la ilustración y de todas las enseñanzas de su maestro; la única que le

aficionaba era la historia, los relatos de las grandes batallas y los hechos caballerescos.

El muchacho trataba de penetrar el misterio de su nacimiento, y sino interrogaba á su madre, cuyos ojos se humedecían cada vez que le dirigía preguntas en este sentido á su pobre preceptor, le atormentaba con su curiosidad; su espíritu sagaz servíase de mil medios para llegar á sus fines, y el pobre hermano Tranquilo que no sabía mentir, pasaba verdaderos tormentos, acabando las más veces por decir:

—Dejadme, hijo mío; preguntádselo á vuestra madre.

Con esta el jóven no tenía valor: veía en ella algo de adorable, de divino, y hubiera dado toda su sangre por evitarle una lágrima.

Esto duró hasta el día en que ocultó detrás de un árbol vió pasar á la hermosa cazadora Blanca de Armagnac.

¡Ah! Todos los hijos son así. No adoraba ménos á su madre; pero arrastrado por su amor, siguió los bellos ojos de Blanca, como la maciposa va detrás de la luz que ha de causarle la muerte.

V.

La cena del hermano Tranquilo.

Cuando la duquesa y su fiel compañero quedaron solos en la sala de la tabernera, dijo la primera:

—¿No habeis reconocido al hombre de los cabellos blancos, al que nos ha dicho que pecemos por él?

—No.

—La que llaman Blanca de Armagnac está aquí en esta hostería.

Tranquilo miró en torno suyo, buscó un vestigio que le revelase la presencia de tan alta y poderosa señora, y por último preguntó:

—¿Me permitireis, señora, que os pregunte por qué lo habeis adivinado?

—Porque ese hombre de los cabellos blancos es Guillermo de Soles, mi antiguo escudero.

—¡Imposible! El señor de Soles debe ser un jóven todavía.

—Tú no piensas que han pasado quince años y que ellos son nuestro escudo: los que nos conocían antes no nos conocerán hoy.

—Es verdad, es verdad.

—Además, no tenía necesidad de ver á Guillermo aquí para adivinar la presencia de esa jóven; por todo el camino hemos oído hablar de la fiesta que el traidor Graville prepara en mi castillo; varios soldados se daban cita para esta casa, y uno de ellos añadió que debían escoltar á las dos de la mañana á Blanca de Armagnac hasta el castillo, añadiendo que estaba en la casa de la Pavot.

—Bien me acuerdo de la Pavot, pero tenía la hostería situada en las afueras, enfrente de vuestro castillo; también quisiera saber, señora, por qué perseguís á esa aventurera, en lugar de correr detrás de nuestro querido Juan.

Miró la duquesa frente á frente y murmuró:

—¿No has adivinado que mi hijo la ama?

Tranquilo abrió desmesuradamente los ojos y dijo: —¡Juan! ¿Nuestro querido Juan enamorado? ¡Imposible! señora, imposible! Juan es todavía un niño: cuando yo le acompañaba por el bosque no pensaba más que en coger nidos ó buscar nueces...

—¿Y cuánto tiempo hace que no le acompañais, mi buen Andrés?

—¡Oh! señora, el mozalvete tiene las piernas más ágiles que las mías; me fatigaba mucho haciéndome subir á las más altas montañas, ó vadeaba el río dejándome como un bobo á la otra orilla, hasta que me cansé, y desde entonces pasea solo.

—¿Y qué tiempo hace que no le veis?

—Unos cuatro años.

La duquesa tomó su mano y exclamó:

—Mi pobre Tranquilo, tú eres bueno y nos quieres; tu cariño nos ha dado tu abnegación, tu experiencia; pero no trates de tener ojos más penetrantes que los de una madre.

—¡Ah! si le echamos la vista encima, yo juro no tener compasión de mis piernas y no dejarle solo ni un instante.

—Ahora,—dijo la duquesa,—lo importante es ver á esa jóven y hablarla; á su edad el corazón no puede estar aun pervertido; me oirá y me devolverá á mi hijo cuando yo le diga que es el único bien que me queda.

—¡Ah!—murmuró Tranquilo,—yo no sé si diré una tontería, señora, pero siguiendo vuestro razonamiento, nuestro pequeño Juan pudiera muy bien estar aquí.

La duquesa se estremeció.

—Tienes razón; aquí debe de estar, ó por lo ménos muy cerca de aquí; pero la voz de una madre no suele ser un remedio contra el amor y necesito el concurso de esa niña para recobrar á mi hijo.

—Pues bien,—repuso Tranquilo,—yo entraré á buscar á la madre Pavot,—es un antiguo conocimiento de mi juventud; iré á decirle; que mi noble señora quiere hablar á la señora Blanca de Armagnac.

—¿Estás en tí? ¡Eso sería perderlo todo! El secreto de que sois depositario es mi vida entera; es más que eso, es la vida de Juan de Armagnac.

—Perdonadme, señora: seré mudo; ¡pero entonces, cómo vais á conseguir hablar á esa niña?

—Es mi secreto,—dijo la duquesa con sonrisa de orgullo;—yo le hablaré aunque fuera preciso volver á pisar el salón de mi castillo de la Marche.

La Pavot estaba de mal humor aquella noche; después de haber conducido á Guillermo de Solcs á la estancia de Tarchino, volvía decidida á poner en la puerta á los dos mendigos como llamaba al hombre de la sotana y á la mujer que le acompañaba.

No había más que un velón en la sala de la taberna, cuyo luz daba de lleno en el rostro de la duquesa, que como sabemos se había retirado atrás su capucha. Aquella fué para la Pavot como una aparición. Sus ojos pasaron de la mujer al hombre, y un grito de asombro se ahogó en su pecho.

—¿Dónde tenía yo los ojos?—pensó.

En aquel momento Tranquilo decía:

—Ahora recuerdo que no habeis comido nada desde esta mañana.

—Recordad también que no tenemos dinero mi pobre amigo.

—No temais: yo sabré daros de cenar á crédito sin comprometer el secreto que guardais.

La duquesa no tuvo tiempo de replicar, porque la Pavot tosía por el corredor, y la duquesa no tuvo tiempo más que de echarse de nuevo la capucha.

—En pie!—dijo la Pavot entrando en la estancia y con su más brusco acento.—La hostería de la Tortuga es un establecimiento de buen crédito y en él las mujeres no pasan la noche en la sala común.

Y volviéndose hacia el corredor, llamó:

—¡Mireta!

La jóven se presentó vivamente, y su madre la dijo:

—Conduce á esa mujer á nuestro cuarto.

—Y si hubiera medio de hacerla cenar...—murmuró el hermano Tranquilo.

—Le darás de cenar,—dijo la Pavot, má duramente aún.

—Venid, señora, yo os trataré lo mejor que pueda;—murmuró la niña.

Así que salieron las dos mujeres, la Pavot abrió su armario de roble que había en el fondo de la sala, y

empezó á rebuscar lo que allí tenía, sin dejar de mirar de reojo al hermano Tranquilo.

A los cuarenta años este hombre era tan viejo como á los veinticinco, y es porque el hermano Tranquilo, á los veinticinco, no era ménos viejo que á los cuarenta.

Su traje no había variado; vestía su eterna sotana, y era en lo único que había mostrado resistencia á los deseos de su señora. La duquesa le había suplicado varias veces que vistiese ropas ménos marcadas; pero el hermano se había mostrado inflexible; quería á la sotana más que á su vida.

En el fondo del armario había algunas viandas, y sobre todo un buen trozo de pierna de carnero, del que la hostelera cortó un buen pedazo, murmurando para sí:

—¡Siempre el mismo! ¡Es un milagro de Dios que los soldados del señor de Graville no le hayan echado mano! Y la pobre señora siempre con el rostro de una santa aunque se la conoce bien que ha llorado mucho.

Detúvose cuando ya iba á sacar la vianda en un plato de estaño, y dijo:

—¡Pero y el niño? ¡qué es lo que han hecho del niño?

Tranquilo con los codos apoyados en la mesa y la frente en la mano, discurría los medios de obtener pan seco á crédito, cuando la Pavot, entre seria y alegre, exclamó:

—Vamos, buen hombre, ¡quereis agujerearme la mesa con los codos? Levantaos y haced sitio.

Tranquilo, cándido como siempre, miró sus codos, después la mesa, y no reparó siquiera en que la Pavot traía un plato en sus manos.

—¡Mi buena, señora!—murmuró adoptando un aire de charlatan que sentaba muy mal con su humilde aspecto,—teneis delante de vos un hombre que puede haceros rica el día menos pensado...

—Si tan rico sois,—exclamó la Pavot con aire burlesco,—¿por qué no os comprais otra sotana?

Tranquilo se sonrojó y dijo:

—No discutamos sobre ciertas sublimidades que no están al alcance de vuestro entendimiento; el precio de la cena que dais á mi compañera, no os la pagaré ahora, pero un día os la podré pagar en cien veces su valor.

—¡Mala moneda!—dijo riendo la hostelera.

—Cuando os digo en cien veces su valor, no creais que exajero, porque puedo cambiar en oro el plomo de vuestros platos y cubiletes.

—¡Vamos!—exclamó la mujer riendo,—el pobre como siempre, loco.

Y colocó pausadamente delante de Tranquilo el plato con la vianda, pan y vino, diciendo:

—Vamos, hermano Tranquilo, primo mio, tomad esto y después hablemos en razón.

El primer movimiento del pobre pedagogo fué caer como el tigre sobre su presa, sobre la provision inesperada que debía á la suerte, pero se contuvo, volvió su vista receloso á la hostelera y preguntó:

—¿Por qué me llamais hermano Tranquilo?

—Vaya, vaya,—dijo la Pavot que era mujer de corta paciencia:—¿vienes acaso á burlarte de mí? ¿No eres acaso Andrés, llamado por apodo el hermano Tranquilo?

El pedagogo olvidó su pena, su hambre, y atento solo á la defensa de la duquesa, repuso:

—Bueno, mujer, teneis telarañas en los ojos. Yo no me llamo Andrés, y si os tomais el trabajo de aplicar una cerilla á mis orejas, vereis cómo no han podido llamarme nunca hermano Tranquilo.

—Está bien,—dijo la Pavot sin enfadarse,—crei obsequiar á un antiguo amigo; pero convengamos en que no os conozco. Cenad y dormid hasta mañana sobre ese mismo banco.

Tranquilo tenía mucha hambre, no había comido en todo el día nada más que un pedazo de pan seco; pero

no tenía con qué pagar aquella cena suculenta, volvió a dejar en el plato lo que ya llevaba a la boca y cerró los ojos para no morir del suplicio de Tántalo.

Durante un minuto la Pavot le observó creyendo que iba a capitular; pero viendo que ya se disponía a dormir sin atreverse a cenar, se adelantó, y entre conmovida y enojada, exclamó:

—¡Por el nombre de Dios que debería dejarte morir como a un perro, primo mío; pero, en fin, seas el hermano Tranquilo ó no, cómetelo eso y que el diablo te lleve!

Tranquilo abrió de nuevo los ojos y llevó la carne a su boca con voracidad.

Durante cinco minutos en la sala de la taberna no se oyó más ruido que las manecillas de Tranquilo que funcionaban á maravilla; después Tranquilo hizo una pausa, exhaló un suspiro, su rostro manifestó complacencia infinita y tomando el jarro para llevarle á sus labios, exclamó:

—¡A vuestra salud, buena mujer!—dijo Tranquilo llevando de nuevo la jarra á sus labios.

—¡Por mi santo patron!—exclamó la Pavot que de nuevo sintió encenderse la sangre.—Antes eras un poco simple, primo mío, pero no eras malo: nuestra noble ama vive, puesto que mis propios ojos la han visto, y el corazón me dice que el niño vive también. Si tuvieras confianza en mí, cuanto hay en casa, desde la cueva hasta el granero, sería para la viuda de Jacobo de Armagnac.

Tranquilo había devorado la mitad de su cena y la otra mitad la iba consumiendo poco á poco para saborearla mejor, pero sus ojos no se apartaban del plato, y parecía no escuchar lo que le decía la madre Pavot.

Esta esperó de nuevo y cuando vio que sin contestar llevaba otra vez el jarro á sus labios, exclamó con ira:

—¡Te habrás hecho quizás borracho? No te faltaba más. ¡Ah, Tranquilo, Tranquilo! ¡Cómo has olvidado que cuando fui á cuidar á la pobre Maria, me decías llorando á su cabecera: prima mía, mientras viva rezaré por vos.

El cuchillo que hacia un cuarto de hora no caía de la mano de Tranquilo, se escapó al oír estas palabras: su tez pálida se puso más pálida aun, permaneció inmóvil, y mudo y casi una lágrima asomó á sus ojos.

—¡Ah!—murmuró la Pavot con aire triunfante.—¿Te has vendido, primo mío? El nombre de la pobre Maria te ha conmovido como en otros tiempos, y ya lo ves, ni puede atravesar bocado...

—Es que no tengo apetito—dijo el pedagogo bajando la cabeza de nuevo.

—No; es que amabas á Maria. Hoy todavía al hablar de ti no sabia si eras un santo ó un demonio, porque aquella noche, hace quince años, creí que ibas á devorar á mi pobre señora y á su hijo; pero ahora que te veo con ella, te devuelvo confianza; no te pregunto lo que has hecho del niño, pero dime qué puedo hacer por la viuda de mi señor.

—No sé lo que quieres decir.
—Pero bien sabes quién era Maria, Maruja, la pobre muerta que reposa en el cementerio de Miranda, la pobre madre de aquellos dos niños á quienes he dado pan tantas veces...

El pecho de Tranquilo se oprimía; sin embargo, su exterior permanecía impassible.

—¿Viven? ¿Han muerto acaso? ¿Aquellos desdichados lo perdieron todo al perder á su madre? ¿No te ocupas de tus hijos, Tranquilo?

Cada una de estas palabras desgarraban el corazón del pedagogo, porque todo lo que decía la Pavot era cierto: el día en que le habían dicho que su hija habría sido robada, que su hijo había sido llevado al castillo de la Marche, el día en que este fue saqueado, Tranquilo había dejado de oír hablar de su hijo y de su hija.

¡Hacia de esto quince años!

VI.

La grande obra.

Era la una de la mañana. La Pavot, cansada del silencio obstinado de Tranquilo, había abandonado su presa; los restos de la cena permanecían sobre la mesa, y Tranquilo dormía, ó trataba de dormir, sentado en el gran sillón de roble, trono ordinario de la Pavot.

Su rostro sereno, no espirementaba ya la lucha en que le habían colocado las preguntas de la Pavot.

Era indudable que Dios había dado á este pobre hombre un refugio contra sus dolorosas tristezas. Tranquilo era un verdadero soñador, y como esos reyes que arrojan lejos de sí los cuidados del trono para entregarse á los placeres, Tranquilo podía desechar sus angustias y con solo cerrar los ojos trasladarse á un mundo de encantos.

Su naturaleza infantil y cándida, le proporcionaba verdaderas ilusiones mágicas, y no eran sueños de enamorado, de ambicioso, ni de poeta, eran sueños de niño, en los que la ciencia proyectaba extraños reflejos.

Nada se parece tanto á los sueños de un niño como los sueños de un sabio.

Tranquilo había penetrado hasta el fondo de los secretos de la alquimia, había penetrado las nieblas del cuarto misterio, más allá del cual está el Génesis metálico y el engendro de Hermes.

Tranquilo había acumulado en su memoria que era muy vasta, muy sutil para todo lo que concernía á las ciencias físicas, cuanto habían escrito Nicolás Plamel, Raimundo Lulio y todos los sabios que le habían precedido, y la fé que guardaba en el éxodo, más ó menos próximo de su obra, le sostenía en medio de sus amarguras.

Allí, solo en la sala de la taberna, habíase entregado á sus sueños favoritos, y á la luz dudosa que proyectaba un velón en tan gran estancia, veíase aquella figura sombría, aquel rostro pálido que tenía algo de sobrenatural; sus labios se movían, pero no era para dar paso á ninguna queja, quizás la escollente cena que había hecho despues tan larga abstinencia había exaltado su imaginación.

El día está próximo, se decía, ¡quién sabe si la hora sonará mañana! Dios lo puede todo, y el hombre, como hecho á imagen suya, crea también hasta cierto limite; los santos lo han dicho; los Concilios no lo han negado, despues del cuarto misterio, no hay más que el cielo.

Una sonrisa entreabrió los labios de aquel hombre y murmuró:

—No es para mí todo este oro, yo no le necesito, no conozco ni aun los gozes que procura... ¡Es para ella, para ella... para ella que tanto ha llorado! para él cuya frente joven llevaría con tanta arrogancia la corona ducal! ¡Todo se compra con el oro. El condado de la Marche, el ducado de Nemours y otros dominios, si aun no tienen bastante; y despues yo miraré su dicha desde un rincón... y seré dichoso!

Una nube pareció entonces pasar por su frente, sus cejas se frunció, y exclamó con acento de colera:

—¡Siempre lo mismo! ¡Ellos los primeros! ¡no, no, primero mis hijos! Yo los buscaré, yo removeré el mundo piedra sobre piedra...

Y su cabeza cayó de nuevo... y sonrisa melancólica entreabrió sus labios al exclamar:

—¡Necio de mí! si no habrá ni últimos ni primeros... Nadaré en oro y con eso tendré la varita mágica de los genios, y atenderé á mis hijos y á mis señores y no tendré más que decir: ¡que sean dichosos!

Cándida sonrisa se fijó en sus labios inmóviles...
estaba dormido!

Poco despues notóse gran movimiento en la hostería, sobre todo hacia las cuadras donde aquella noche se albergaban numerosos caballos.

Además de las personas que hemos visto en la sala de la hostería, estaba en ella la señora Blanca de Armagnac, con todas sus damas, pajes y escuderos, que se disponían para la fiesta de aquella noche.

Todos tenían papel, porque no eran papeles los que faltaban en aquella gigantesca representación de la órte del hijo de David; eran actores.

El señor Oliverio de Graville, conde de la Marche, había querido que la pantomima fuese completa, y que los diversos personajes, ya vestidos con sus trajes bíblicos, fuesen recibidos por los guardias en la puerta del rey Salomon.

Eran las dos, y los palafranceros disponían los caballos, y todos los habitantes de la hostería se despertaban precisamente cuando el hermano Tranquilo comenzaba su primer sueño; pero como no había comido ni dormido durante muchas noches, aquella noche el hermano dormía bien.

En lo alto de las escaleras, podían oirse voces de mujeres que se cruzaban en confuso tumulto, como siempre que se han retardado en su atavío, y de repente la puerta que había debajo de la maleza se abrió y entró Juan el Moreno exclamando:

—Entra y procura estar listo para no mezclarte á la escolta.

Juan el Moreno llevaba el tocado oriental y un vestido de mil colores, como José, el hijo de Jacob, con cinturón de gran franja de oro, para representar sin duda algun escudero de la reina de Saba.

Su compañero, que apenas se atrevía á entrar, era, como ya se habrá figurado el lector, Juan el Rubio, que no tenía en la farsa ni papel ni traje, pero á quien había procurado su amigo y compañero un gran mantó oriental que le cubría por completo.

El velon se había apagado; pero Juan llevaba en la mano una lámpara de estaño, que colocó en la mesa, y dijo:

—Cuando la señora Blanca descienda, apagaremos nuestra lámpara y haces lo que yo haga; tu preceptor que te ha enseñado el latín, te habrá enseñado los versos de no sé qué poeta que dice que *la fortuna favorece á los audaces*, pero qué es eso ¿tienes miedo? ¡Estas pálido, tremulo!

—Sí, tengo miedo; á medida que el momento se aproxima siento renacer mis escrúpulos. ¿No es faltarle al respeto introducirme así en su comitiva?

—Pues hay manera de arreglarlo: quédate aquí acompañado de tus escrúpulos, y no hablemos más.

—¡Oh! no; perder la ocasión de estar cerca de ella, de oirla hablar...

—Pues entonces deja escrúpulos y adelante con nuestro plan.

—Se irritará.

—Quédate.

—¿Encontraré ocasion semejante?

—Pues síguenos.

—Veo que te burlas de mí, y lo merezco; ¡pero la quiero tanto!

—¡Pardiez! ¿Vas á perder la cabeza! ¿Crees acaso que tu dama es algun temible dragon? Por el contrario, mira qué alboroto traen por allá arriba; parece una jaula de ruiseñores...

—Sí, entre todas las voces distingo la suya. ¡No te parece la más dulce, la más bella...

—No, á mí me parece mucho más dulce la de Mireta, y cuando la oigo cantar... Pero volvamos á nuestro asunto que el momento se acerca, y antes de que nos separemos quiero decirte que no sería bueno que

monseñor Oliverio de Graville tuviera noticia de tu locura.

En aquel momento, apercibió á Tranquilo sentado ó casi enterrado en el gran sillón, que á la media luz que había en la estancia aparecía como una masa informe y sombría; el paje le señaló con recelo y Juan el Rubio murmuró:

—Parece un cura ó monje; le habrán recibido por caridad, y duerme como un justo.

—Es preciso saberlo.

Tomó la lámpara y se dirigió hacia Tranquilo, advirtiendo entonces los restos de la cena del pedagogo, y exclamando:

—A lo que parece, el buen clérigo ha seguido los consejos de Hipócrates; no se ha dormido en ayunas.

Llegó hasta el hermano Tranquilo, que rosaba sin que sus labios hubieran perdido la plácida sonrisa. Juan el Moreno se estremeció, pasó la mano por su frente y llamó á su compañero.

—Hace mucho tiempo, — prosiguió, — que no había evocado mis recuerdos de la infancia; quizás la historia que te he contado trastorna con ciertas imágenes mi cerebro...; pero yo juraría, Juan, que conozco esta sotana.

Juan el Rubio se había acercado; la luz que tenía el paje en la mano caía de lleno sobre el rostro de Tranquilo, y Juan el Rubio apenas pudo contener un grito.

—Vamos, — dijo el paje riendo; — mi vision se desvanece; veo que la sotana es más tuya que mía. Yo te la cedo, con el pobre hombre que la lleva.

—¡Pobre amigo! — murmuró Juan el Rubio, cuya emoción crecía por momentos; — ¿habrá dejado á mi madre sola? ¿Le habrá seguido ella? Es preciso saberlo.

Estendió la mano para despertarle, pero su compañero detuvo su brazo.

—Si ese hombre se despierta, — dijo, — aquí acaba tu aventura.

Juan el Rubio se contuvo y murmuró:

—Duerme y sonríe... quizás sueñe que me ha encontrado.

Vaciló un momento, despues colocó un beso en su frente, pero no le despertó.

En aquel momento, la puerta por donde habían entrado los dos jóvenes y que comunicaba con el corredor por donde se alojaban los hombres de armas, se abrió de nuevo y el rostro pálido de Vicente Tarchino apareció un instante, miró el grupo que formaban los dos jóvenes junto al hombre de la sotana, y dijo:

—¿Qué os parece eso? Desde ahora vigilaré muy de cerca á nuestro amigo Juan Rolando.

Y alguno que estaba refugiado en la sombra del corredor contestó:

—Quizás es mejor que se hayan encontrado los dos muchachos. Juan Rolando es un verdadero diablillo, y si tiene escudos á mano se hace de él lo que se quiere.

Oyóse ruido en lo alto de la escalera, y Vicente Tarchino corrió la puerta del corredor.

Eran Blanca y sus damas que, acabado su atavío, bajaban para formar la comitiva que debía dirigirse al palacio de la Marche.

No había gran luz, y solo las mismas damas bajaban tres ó cuatro antorchas; pero la Pavot, Mireta y Simon, que acudieron al ruido, quedaron como maravillados.

—¡Oh! ¡Qué hermosas, qué hermosas! — decía Simon.

—Sin que os ofendais, señorita Mireta, quisiera estar en el lugar del señor conde de la Marche.

Aunque miraba tambien, la Pavot proseguía con Mireta una conversación ya empezada.

—Esa mujer — decía — no puede ser fuego fátno ni pasar por el agujero de la llave.

—Yo había dejado la puerta entreabierta — dijo la

niña—pensando que ibas á volver; pero mira, madre, mira qué diadema lleva la señora Blanca; ¡quitan la vista tantas piedras!

—Sí, sí, ya lo veo,—dijo la Pavot,—sería preciso estar ciego para no verlo; pero te hablo de esa mujer, que me interesa más de lo que tú te figuras.

—Pues bien, madre, era tarde; yo tenía sueño; cerré un momento los ojos, despues de poner un colchon en el suelo á la pobre mujer, y cuando desperté poco despues, la lámpara se habia apagado: llamé á la pobre mujer y no me contestó; me tapé cabeza y todo, porque tenia un miedo... ¡Si supieras, madre, todo lo que hemos visto y oido esta noche Simon y yo!

La Pavot se encogió de hombros, y abriéndose paso por entre la comitiva, fué á abrir la puerta á la señora Blanca de Armagnac, como era su deber: los escuderos y pajes, en trajes orientales, habian invadido ya la sala de la hosteria, y los guardias esperaban fuera.

—No pueden estar lejos, sin embargo,—se dijo la Pavot,—puesto que el imbécil de mi primo está todavía aquí; ¡y vaya un sueño que tiene cuando todo este ruido no le despierta!

Simon, con la boca abierta, miraba á la comitiva; Mireta no separaba su vista de las joyas de Blanca de Armagnac.

El hermano Tranquilo oia quizás algo de aquel bullicio; pero en su sueño dicho so quizá era el complemento aquel ruido que le arrullaba.

Desde la entrada de Blanca, Juan el Rubio habia quedado como desvanecido, y cuando el cortejo se puso en marcha, se pegó á la muralla para pasar desapercibido: no era á la verdad un amante audaz.

De repente Blanca se detuvo delante de sus damas y levantó de un lado su velo.

—¡Hermano, te ha mirado!—dijo Juan el Moreno,—¡te ha mirado, no me queda duda!

Juan el Rubio lo sabia tambien, y los latidos de su corazón le ahogaban.

En el momento en que la jóven se puso en marcha, el paje asombrado cogió del brazo á su amigo y le dijo:

—¡Te ha hecho una señal!

¡Ah! el pobre enamorado la habia visto, el cielo se habia abierto ante sus ojos fascinados, y sin embargo, permanecia inmóvil.

—Hermano,—dijo por tercera vez Juan el Moreno,—se ha vuelto á mirarte...

Juan no se movía; el paje le cogió por el brazo y le arrastró hacia la puerta en el instante en que Blanca iba á atravesar y se colocó detrás de él.

Juan el Rubio estaba fascinado y escuchó una voz más dulce que el concierto de los ángeles.

—Esta noche, cuando yo lleve la mano á mi frente, tomad mi brazo diciéndo á mis damas: de parte del rey Salomon.

Y Blanca salió; despues sus damas, despues sus pajes, despues los escuderos...

Cuando no quedaron en la sala nada más que Juan el Moreno, Juan el Rubio, Mireta, Simon y Tranquilo, porque la Pavot hacia los honores en la puerta al cortejo, el paje estrechó á Mireta en sus brazos y estampó dos besos en sus mejillas.

—¡Oh! ¡señor paje!—murmuró Mireta, entre ofendida y risueña.

—¡Cómo! ¡cómo!—dijo Simon tratando de intervenir.

El paje le hizo dar varias vueltas como á una peonza, le arrojó por tierra desvanecido y salió arrastrando consigo á su amigo Juan el Rubio.

—¡Te ha dicho algo al salir?—le dijo cuando estuvieron fuera de la hosteria.

—No me preguntes; ¡no sé si sueño ó estoy despierto.

—A fé mia,—respondió el paje,—que empiezo á creer que hay algo de bueno en las novelas de caballería. Tambien nos hemos lanzado á famosas aven-

turas, y tenemos una princesa en nuestro juego... ¡no me asombraría ver un dia sobre tu frente la corona ducal de Nemours!

VII.

El despertar de Tranquilo.

Habian salido apenas las últimas personas de la comitiva cuando dos nuevos personajes atravesaron misteriosamente la sala donde solo quedaba el hermano Tranquilo sumido en su inconcebible sueño.

Tambien los recién llegados llevaban traje para la mascarada, y eran un hombre y una mujer, el primero con rico traje á la judía con casco de penacho y el acero macizo que los hebreos colgaban á su cintura. La visera baja de su casco le ocultaba el rostro, pero todos los que conocian al señor Guillermo de Soles adivinaban en sus largos mechones blancos al traidor de Adonias.

En cuanto á su compañera, nadie hubiera podido reconocerla ni adivinarla; llevaba un traje hebreo que manejaba con gran distincion, y no se apercebía su rostro á través del espeso velo que la cubria.

—He sufrido mucho, señora,—murmuró Guillermo,—y Dios me ha castigado cruelmente: quiera Dios que con lo que ahora hago, que va á perderme en este mundo, otorgarme su perdón en el otro, porque mi muerte está próxima.

La mujer se estremeció.

—Me habeis prometido vuestro perdón, señora, y el perdón de vuestro hijo.

—Cumpliré mi palabra.

Apercibió en este momento á Tranquilo y le señaló á su compañero.

—¿Es el que ha salvado al niño?

La mujer hizo una señal afirmativa.

—¡Ese no debe temer la muerte!—dijo Guillermo suspirando.

Y los dos salieron de la hosteria.

En el instante en que desaparecieron, Tarchino y sus soldados aparecieron por la otra puerta.

—Ya hemos visto bastante,—dijo.—¡Ah! el señor conde va á recibir grandes noticias, Thibaut! Ese bribon de Guillermo cree vendernos y nos sirve: puesto que cada cual lleva su presa, llevemos la nuestra.

—Ya nada nos queda,—dijo Thibaut cuyos vestidos cubiertos de polvo atestiguaban llegar de un largo viaje.

El italiano señaló á Tranquilo.

—¿Y qué hemos de hacer de eso?

—Amigo,—dijo el italiano,—en madeja tan enredada cualquier hilo es importante; vos decís, el niño ha muerto; yo digo el niño vive. Veremos quién se equivoca.

Adelantándose á Tranquilo le despertó rudamente, y Tranquilo sobresaltado, exclamó:

—¡Voy, voy, noble señora! ¿es ya de dia?

—Buen hombre,—le dijo Tarchino,—tu señora descansa en el cuarto de la hostelera, y nos envia á decirte que hay que montar á caballo.

—¿A caballo?

—¿No buscáis á un hombre de cabellera rubia que responde al nombre de Juan?

—Sí tal, busco á un pobre niño que se llama así.

—Pues bien, dad gracias á Dios, buen hombre; vamos á concuirtte donde se encuentra el niño para que se lo traigas á su madre.

Tranquilo se levantó y un solo pensamiento surgió en su mente.

—No esponga más que a mí,—se dijo.

Un instante despues montaba á la grupa detrás de Vicente Tarchino, y una última cabalgata, partiendo de la hosteria de la Tortuga, se dirigió en pos de lasucas, hacia el noble castillo de la Marche.

SEGUNDA PARTE.

I.

El atavio de un gran señor.

Maese Anibal Cola era compatriota y primo lejano del Sr. Vicente Tarchino, y mientras el valiente Vicente seguía el ejercicio de las armas, Anibal Cola se consagraba á ciencias pacíficas.

Juntos habían dejado su bello país de Nápoles, Vicente con su puñal, Anibal con su estuche de barbero, y si el primero había cambiado su puñal por una espada, Anibal había llegado á ocupar la elevada posición de barbero-cirujano cerca del señor conde de la Marche.

Todo el mundo ha encontrado alguna vez en su vida uno de esos charlatanes italianos, cuyo exterior viril sirve de envoltura á un alma de cortesano. Anibal Cola era uno de esos tunantes: grave, altanero, con tanta dignidad en el rostro como bajeza en el alma. Tenía aquel saltimbanqui una barba larga, de sumo sacerdote, un talle noble, una voz varonil y sonora y el señor Oliverio de Graville, conde de la Marche, le pagaba muy caro; pero el precio no era excesivo porque no hubiera encontrado en toda la Italia, tan fecunda en tunantes de buena apariencia, uno que la tuviese mejor.

Gracias á él, el señor Oliverio, aunque llegaba á los cincuenta, permanecía de aspecto jóven; su frente no tenía una arruga, en su barba y en su cabellera negras no se advertía una hebra de plata, y su tez se conservaba fresca como la de una mujer, todo porque maese Anibal, su barbero, conocía cosméticos y secretos del Oriente, desconocidos de la generalidad hasta entonces.

Había inventado, sobre todo, un baño que preparaba con la invocación mitológica de Ganimedes, que rejuvenecía diez años, según decía su inventor.

Los baños del castillo de la Marche estaban en una gran sala de gusto árabe, y bien sabemos cual es la magnificencia de los sectarios del Korán en todo lo que se refiere á las abluciones.

Tres pilas principales de pórfido ocupaban el centro y á ellas llegaba el agua por invisibles cañerías, conservando una temperatura siempre tibia, mientras perfumadores invisibles lanzaban columnas de humo azulado que subía en espirales hacia el techo, llenando el salón de mirra é incienso de la Arabia, confundido con el aloe africano y la púrpura que presta la embrosia.

Estos perfumes no hacían más que pasar y salir por

aberturas practicadas en las ventanas dejando la atmósfera en toda su pureza.

De alto á bajo, los muros eran de jaspes, presentando una variedad de dibujos mosaicos que deslumbraban la vista.

Estas magnificencias han pasado, y si nos detenemos algo en estos detalles, es para que no se crea que en punto á lujo y saber vivir, somos quizás los señores; al lujo nació en Oriente, y la Biblia nos cuenta todos los esplendores del lujo oriental: la Grecia tenía el lujo de Pericles; el lujo romano se demuestra en Lúculo, en Tiberio y en Nerón; vino después el lujo fantástico de la caballería con sus jardines de Armida y las fiestas de sus trovadores... ¡Hoy el mundo es inglés, esto es, mercantil y ya no se conoce el lujo; no se conoce más que el confort!

Nos limitaremos, pues, á decir para no pecar de exajerados que los baños del palacio de la Marche eran más lindos que nuestros baños clínicos.

A la hora en que la señora Blanca de Armagnac se disfrazaba en casa de la Pavot, el señor Oliverio de Graville se consagraba también á su atavio, más complicado que el de cualquier dama.

Para este caso, tenía no solamente á su gran maese Anibal, sino sus pajes, sus guardarropas y familiares.

El agua caliente caía por las fuentes naturales y los perfumes subían á las bóvedas mientras se preparaba el baño.

Reclinado en un sillón y teniendo en la mano un espejo de Venecia, el bello señor Oliverio abandonaba su preciosa cabeza á los cuidados de Anibal, al que ayudaban dos artistas subalternos.

—Ayer he visto en mi barba una cana,—decía Graville con aire sombrío,—y ya sabéis nuestras convenciones, maese Anibal; en la pascuas de Pentecostés del año 85, me habéis garantizado mi cabellera y mi barba negra por dos lustros y hasta hoy no ha corrido más que uno.

—Yo respondo de la cabellera—dijo el italiano,—pero no de los ojos de mi señor. Se cree ver á veces lo que se teme, y á mi señor le asusta la primera cana y la primera arruga de su frente.

Y tomando un aire enfático añadió:

—Yo no temo, porque conozco todo el poder de mi ciencia; busco ese cabello blanco y no le encuentro...

Y el cabello blanco estaba ya sujeto en unas pinzas que el insolente italiano tenía ya sujetas entre el índice y el pulgar, consiéndolo toda su ciencia en arrancar las canas con tal pulcritud, que el mismo conde no lo sentía.

El conde elevó su espejo á la altura de su frente, y murmuró:

—¡No le veo! Este demonio de hombre me hará creer en la magia.

—Tened confianza en vuestro servidor, monseñor,—dijo el astuto italiano,—y no temáis las injurias del tiempo que se desliza sobre vuestra frente reservada, como el agua de la tormenta sobre la frente de las estatuas de mármol.

Hizo una seña, los criados soltaron el grifo de la fuente principal y se preparó el baño perfumado, aquel baño que, con la invocación á Ganímedes, debía rejuvenecer diez años al que lo tomase.

El Sr. Oliverio de Graille permaneció en aquellas aguas regeneradoras unos diez minutos; en ella la sangre fué subiendo poco á poco al rostro del señor Oliverio; las venas de su cuello parecían hincharse; y á una seña de maese Anibal soltóse otra llave en la bóveda, que hizo caer sobre la cabeza de monseñor una lluvia menuda y odorífera. En aquel momento, música lejana parecía llegar á adormecer los sentidos: monseñor Oliverio pareció acometido de un dulce sopor, y sin que él se diera cuenta, los pajes y servidores le sacaron de aquel baño para sumergirle en otro de agua fresca con alcohol, impresión que le hizo volver á la vida, siendo al punto trasladado al lecho, donde sus músculos fueron todos sometidos á un frote violento que les dieron la flexibilidad y la tensión del acero.

Cuando terminaron todas estas operaciones, se levantó y no pudo menos de confesar que se sentía rejuvenecido y animoso.

Aun no habíase concluido los cuidados de maese Anibal y entonces empezaron los del rostro y cabellera.

—No omitáis ningún detalle,—esclamaba monseñor Oliverio,—quiero presentarme á esa niña más bello que Narciso, más que París que mereció los favores de Venus.

Al terminar estas palabras dos ó tres golpecitos discretos se oyeron en la puerta, y uno de los pajes se dirigía á despedir al importuno que pretendía entrar en tan crítico momento.

—Es indispensable que vea al señor conde ahora mismo,—dijo desde afuera la voz del que pretendía entrar.

—Despedidle,—dijo el conde de la Marche con énfasis.—¡Despedidle aunque venga de parte del rey!

Así fué trasmitida la órden.

—Decidle que si no le hablo esta noche, fracasan sus mejores proyectos.

—Mi único proyecto por hoy, es conquistar el corazón de la hermosa Blanca,—dijo sonriendo Oliverio.

—Decidle,—repuso el que hablaba desde afuera,—que es su leal Vicente Tarchino, y que se trata de una cuestión de vida ó muerte.

Graille oyó estas palabras y se echó á reír.

—¡Majadero! ¿Tenía más que haber dicho su nombre? Que entre—esclamó,—Vicente Tarchino puede entrar siempre á mi presencia.

Vicente entró con sus botas de montar, sus ropas cubiertas de polvo y sus cabellos en desorden, y al ver invadida la estancia de frascos, esencias y oropelos, el italiano retrocedió y dijo para sí:

—¡El diablo me lleve si este hombre no ha perdido la razón!

—Por Dios, maese Vicente,—dijo Graille,—que nadie más que vos hubiera podido insistir como lo habéis hecho: este es un lugar sagrado, un templo cerrado á los profanos. Ahora bien, ¿qué tenéis que decirme con tanta urgencia? ¿me traéis algún precioso madrigal para la solemnidad de esta noche?

—¡Estaba de Dios que Graille olvidase las armas por la galantería!

—Monseñor,—repuso el italiano,—no se trata de madrigales esta noche.

—Pues de seguro de una anagrama que os he pedido del nombre de mi querida Blanca.

Tarchino movió negativamente la cabeza.

—Bien, bien,—repuso Graille con benevolencia,—Las musas no acuden cuando se las llama: mañana estareis más inspirado. Entre tanto quedaos á la fiesta; y así podeis ser cronista de ella, la posteridad sabrá la magnificencia de la corte de Ana de Francia, y tendrá noticia del nombre de Oliverio de Graille.

—Haré lo que vos queráis monseñor,—dijo Vicente despues de una pausa,—pero hay algo más en qué pensar que en anagramas ni crónicas de fiestas.

—¿Qué quereis decir?—preguntó Graille ya alarmado.

—Señor, yo os suplico que me escuchéis, siquiera por dos minutos; tengo que hablaros á solas.

Graille no habia sentido nunca asombro tan grande. ¡Interrumpir su atavío, despedir á sus pajes y camareros antes de concluir su obra de arte! Miró á Tarchino como si dudase de su razon, y dijo:

—Pero, mi pobre amigo, ¿de dónde venís?

—De escoltar hasta aquí á la señora Blanca de Armañac.

—¡A Blanca!—murmuró Oliverio con acento lánguido;—¿y escoltando á Blanca habeis quizás tropezado con el diablo?

—Precisamente, monseñor, he tropezado con el diablo.

En aquellos tiempos no se pronunciaba en vano el nombre de Satanás: todos los presentes palidecieron y el mismo conde temió algo grave y murmuró:

—¡Creo que no tratareis de burlaros de mí, maese Tarchino! Explicaos.

—Soy incapaz de burlarme de mi noble señor, pero no me explicaré mientras no estemos á solas: le desobedece por vez primera.

Habia en el acento de Tarchino tanta solemnidad, que el conde de la Marche reflexionó.

—Retiraos,—dijo á sus criados,—y si este hombre intenta burlarse de mí, ¡tanto peor para él!

Todos se retiraron contrariados por abandonar una obra de lucimiento en día de solemne fiesta.

Graille quedó en un estado que no describiremos para no unir lo grotesco á lo patético, y dijo á Tarchino así que se vió solo con él.

—Y bien, ¿qué es lo que has visto?

—Algo peor que al diablo, monseñor, he visto á Mad. Isabel y al joven Juan, heredero del ducado de Nemours.

Tarchino pensaba que Oliverio quedaria anonadado á semejante nueva, pero el conde ni siquiera se alteró.

—¿Qué más?—dijo.

—¡No es bastante, monseñor!

—¿Y para eso me has interrumpido? Eres un necio que sueña despierto. Esta mañana he recibido una misiva de Thibaut de Ferrieres, que ha dejado el servicio de la regente por el mío, y que me dice trae la prueba cierta de la muerte de la duquesa y su hijo.

—He visto esta noche mismo al señor de Ferrieres, y me ha repetido lo mismo, pero se engaña.

—Quiero mejor creer que te engañas tú.

—Porque de ese modo monseñor tendrá toda su alegría en el baile de esta noche y responderá sin esfuerzo á las sonrisas de su adorada.

—Precisamente.

—Pues bien; yo os digo, monseñor,—repuso Tarchino con reconcentrada cólera,—que tratais de divertir esta noche por el resto de vuestra vida, porque si desperdiciáis la ocasion de aplastar la cabeza á la serpiente, ella os morderá mañana.

Graille bajó la cabeza ante esta enérgica amenaza.

V. TARCHINO

—Si tu sueño fuese una realidad, aun tenemos tiempo disponible, sin alterar en nada la fiesta de esta noche.

—¡Tiempo! ¿Sabeis lo que ha dicho el reyezuelo esta mañana?

Este era el modo irreverente de tratar al rey los partidarios de la regente.

—¿Qué es lo que ha dicho el rey viudo?

—Ha dicho por vez primera: ¡quiero!

—Todos lo dicen y hacen luego lo que quieren los demás.

—La regente, —prosiguió Tarchino, —no se ha atrevido á resistir, porque cinco ó seis vasallos que ayer estaban á sus pies han echado mano á la espada al oír que el rey de Francia ha dicho: ¡yo lo quiero!

—¡Para invencion!

—No, monseñor; esas gentes han visto que el trono no está vacío, y desde esta mañana la regencia ha concluido.

—Pues bien, por interés del reino la resucitaremos, aunque sea por poco tiempo.

—Más os valdria aprovechar para vuestros negocios los dias que aun el jóven rey, asombrado de su propia audacia, deje el poder en manos de su hermana, y tomar esa corona de duque que os dará la dignidad de par de Francia.

—Ojalá nos atrevemos á dar órdenes?

—Monseñor, he trabajado mucho por vos, y la horca sería una triste recompensa á mis sacrificios.

Cuando el conde de la Marche se hallaba dominado por alguna preocupacion, su ademan favorito era pasar los dedos entre los bucles de sus cabellos negros; quiso repetir su ademan favorito y en lugar de cabellos no encontró más que papillotes erizados.

Hacia tanto tiempo que el conde pensaba lo mismo que su favorito Tarchino, y todos los dias se decía que era preciso asegurar la adquirida fortuna; pero el tiempo pasaba, y, unas veces por no violentar la voluntad real, otras por no abandonar sus partidas de placer, iba dejando pasar el tiempo.

Olivorio, que había sido un valiente soldado, se había hecho un cortesano vulgar, pero era ambicioso, y cuando la fiebre le cegaba, sentíase capaz de sembrar de cadáveres la tierra para llegar á su fin.

Oscuro soldado de provincia, había llegado al primer rango de la nobleza, dirigia el consejo de la regencia, y nadie pareció llamado á cerrarle el paso.

Su fortuna era de príncipe y su matrimonio con Blanca iba á otorgarle, sino el ducado de Nemours, el país de Armagnac que, añadía un bello florón á su corona de conde.

Graville se había propuesto hacer aquella noche la conquista del corazón de su dama y no pensaba más que en ser Salomon y aguardar á la reina de Saba; el resto le parecía indigno de ocupar su pensamiento.

Sin embargo, las últimas palabras del napolitano hicieron en él grande impresion: las grandes familias feudales eran como las casas de comercio de hoy, á lo mejor hacian quiebra.

Graville palideció y dijo:

—¿Creeis que hemos caido tan bajo?

—Monseñor me perdona, pero monseñor será en cuanto quiera el baron más poderoso de la Francia; dadme permiso...

Graville le convuvo con un ademan y dijo:

—No os permito proseguir; por abatido que me supongais, aun tengo el respeto de mis parciales. ¿Quién les obliga, si nó, y por qué no me dejan para ir á alistarse en otras banderas?

—La fidelidad, monseñor.

—¡Pobre disculpa! —dijo secamente el conde.—

Cuando las gentes como vos hablan de fidelidad, es que están dispuestos á vender á su señor. Cambiemos

de conversacion, maese Vicente, ó me hareis toda la noche ideas sombrías.

El italiano calló y su rostro no dejó ver el menor descontento: tenia en su saco medio de vengarse de la torpeza de su señor.

—Concluyamos, —dijo Graville. —La viuda y el hijo de Armagnac no existen, y aun cuando existieran, las cartas que he recibido me aseguran las firmas que necesito para decidir á los señores del Parlamento á otorgar á la heredera los Estados de Armagnac.

—¿Y tenéis las firmas, monseñor?

—Thibaut de Ferrieres me ha recogido cinco y Gui llermo de Soles me trae siete, contando con la suya.

—¡La suya! —dijo Tarchino con sonrisa extraña.

Graville le interrogó con la vista, pero el italiano en lugar de responder, esclamó:

—¿Me sería permitido preguntar á monseñor, cuánto tiempo necesita el Parlamento de París para poner á la señora Blanca de Armagnac en posesion de sus dominios?

—Tres dias si es el conde de la Marche quien presenta la instancia.

—¡Tres dias! No tengo entónces que preguntar cuánto tiempo hablará de pasar para que os caseis con la rica heredera *si ella consiente*. No pregunto si la Regente mostrará empeño en haceros un espléndido regalo de boda á vos que habeis roto por ella tantas lanzas, ni el tiempo que pasará para otorgar el título de duque y par al esposo de su rival dichosa... Me basta con la primera respuesta para deciros que tres dias son muy largos, monseñor.

—¿Se ha prendido ya fuego á la casa? —murmuró Graville tratando de sonreír.

Nada había dicho de la impertinente frase «*si ella consiente*»; pero la guardaba sobre el corazón.

—Pluguiese á Dios, señor, que el fuego estuviere en la casa, porque apagarle era obra del momento, y todavía lo que quereis lo podeis; lo que un interés demasiado atrevido quizás, os reprocha, es que no quereis, señor. El señor duque de Orleans, que creéis en Londres, ha dormido esta noche en el castillo de Isle, á ocho leguas de París; y la jóven Ana de Bretaña, que creéis en la villa de Rennes, ha pasado esta mañana por Tours, donde le han levantado arcos de triunfo como á reina de Francia.

—Yo enviaré cincuenta hombres al castillo donde se oculta el duque de Orleans, y se meterá en las cuevas.

—Es posible; pero de ellas saldrá algun dia y saldrá rey.

—Y en cuanto á esa záfia bretona, —añadió con supremo desden, —la enviamos á su tierra á comer manteca rancia y pan negro.

—Un dia, —murmuró el italiano, —había en la buena ciudad de Saint-Malo asamblea de nobles bretones, que pasan por difíciles de gobernar: esa záfia bretona que vos decís, se presentó entre ellos y les ordenó algo que no les gustaba; tenía la corona en la cabeza y el cetro en la mano, y dicen que los lleva bien. Los señores murmuraron, y la rolliza muchacha no dijo más que una palabra en el dialecto del país...

—¿Y cuál era esa palabra, —preguntó Graville.

—La robusta muchacha frunció el ceño, y dejando caer el puño sobre la mesa, dijo: *El primero que grana* (1); no dijo más y los altos barones de Bretaña, desde el primero hasta el último, inclinaron la cabeza y pidieron perdón.

—Maese Vicente, —dijo Graville: —sabeis muy bellas historias, pero aunque Mad. Ana fuese más enérgica, todavía no es la reina que yo sepa.

—¡Ah! monseñor; vos habeis tenido espléndidas cacerías en vuestro condado de la Marche, habeis dado,

Esta palabra está grabada en una de las torres del castillo de Saint-Malo, fundado en tiempo de la duquesa Ana.

según me han dicho, á vuestra adorada fiestas maravillosas; pero en cambio habeis cerrado los ojos y los oídos á todo lo que pasaba en el mundo. El rey entre tanto ha venido, se ha formado en torno suyo un consejo, todos amigos de Orleans y de Armagnac. Sin que lo sepa la regente, el mariscal Gie ha partido para Turena y ante Dios, en presencia del senescal de Francia, el señor obispo de Orleans ha celebrado el matrimonio de Ana de Bretaña con Carlos de Francia, al que representaba el mariscal Gie.

—Ya he oído hablar de esa fábula. —murmuró Graville y añadió moviendo la cabeza:—pero tienes razón, hay que apresurarse. Hablaremos del negocio, pero piensa que las horas pasan y que mi dama va á venir.

El italiano conoció todo lo que había adelantado y se atrevió á dar un paso audaz.

—¿Quién sabe, —dijo, —si vuestra dama encontrará medio de entretener dulcemente su impaciencia! Esta vez Graville saltó sobre el sillón.

—¡Miserable! —dijo, —¿te atreves á perderme el respecto hasta ese punto? ¡Vive Dios que te explicarás ó pobre de tí!

Tarchino había dado prudentemente un paso atrás. —Me explicaré, monseñor, pero más adelante si me lo permitís: todo llegará, pero ahora no podemos perder tiempo.

Recógióse en sí mismo un momento y dijo: —Habeis dicho que es fuerza apresurarse, y apresurarse suele ser proporcionalmente una fatiga y alejarse del punto del que conviene estar cerca: lo que es preciso es cambiar de vía en esta ocasión y yo os traigo los medios.

—Pruébame antes que la que sigo es mala. —¿Acaso tengo que probaroslo, monseñor? ¿No es he dicho lo bastante?

—El tiempo pasa: la señora Blanca de Armagnac no va á venir pronto como os figuráis; su atavío ha durado menos que el vuestro y ha venido ya, puesto que yo la he acompañado. ¿Quién sabe lo que ella hace mientras aguarda á su futuro esposo?

Graville se levantó y dió un paso hácia el italiano; su actitud era amenazadora, sus piernas desnudas asomaban por entre sus sábanas de baño y su corona de papillotes daba espresion extraña á su enérgica fisonomía.

Tarchino dió un paso atrás como de costumbre, pero no dejó al conde tiempo de hablar.

—Paciencia, monseñor! —dijo. —Adivináis un misterio en mis palabras y os lo aclararé, puesto que él os prueba que vais por mal camino. Si mañana no habeis reunido las doce firmas que necesitáis, y la señora Blanca no os ha dado su mano con su corazón, vuestra causa está perdida, porque mañana la Francia no reconocerá á la regente y obedecerá á su rey.

Graville se encogió de hombros. —¿Lo dudáis? pues bien, os diré que no tendreis las doce firmas; que si no habeis de tener las doce sino contando con la de Guillermo de Soles, no las reunireis.

—¿Qué quieres decir? —Que Guillermo de Soles no la dará. —¿Por qué?

—Porque se arrepiente de lo que hizo un día, porque los escrúpulos se han apoderado de su alma, porque esta noche ha visto su fantasma salir de la tumba...

—¿La duquesa Isabel, á quien has visto tú? —repuso el conde con ironía.

—Thibaut la ha visto también, y sostiene que no es ella; pero antes de que termine la noche, monseñor juzgará por sí mismo. Ahora, prosigo mi tesis; la Regente no se apresurará á cumplir vuestro deseo, porque os casais con su rival el duque de Orleans, que

creiais en destierro, está cerca, y Blanca de Armagnac no se casará con vos porque ama á otro.

Estas últimas palabras anonadaron al conde, y aunque debía estar prevenido por las reticencias del italiano, le parecieron inesperadas: dejése caer sobre un sillón, y sin pensar lo que se hacía, llevése las manos á su cabeza y arrancó dos ó tres de sus papillotes. ¡A tanto había llegado su trastorno!

El italiano aguardó en vano respuesta. —Veo, monseñor, —repuso, —que hallais mi argumento sin réplica: vuestro camino es malo... ¡ved el que yo os propongo! Entre vos y el objeto de vuestros deseos, no hay más que su fantasma; según vos, según yo un hombre; admitamos que el fantasma es de carne y hueso, abramos una fosa á diez pies bajo tierra, y sepálmole dentro.

—¡Un asesinato! —dijo Graville con repulsion. —¿Y me atrevería á presentarme á mi dama, tan virtuosa, tan buena, con las manos manchadas de sangre?

El amor que sentía por aquella niña para la que había procurado nombre y títulos usurpados, le había hecho un poco mejor.

—Una vez quitado de enmedio este obstáculo no queda nada de la sangre de Armagnac, nada más que vuestra esposa, sola y única heredera.

—No, no, —dijo Graville como queriendo huir de una tentación, —no me hables de eso!

—¿Como queráis! —dijo Tarchino con sonrisa equívoca, —y hablaremos de otra cosa. Me habeis preguntado el nombre del rival dichoso á quien ama la señora Blanca de Armagnac.

El puño cerrado de Graville se crispó sobre su rodilla.

—¡Sí, sí, de ese es del que quiero vengarme! Reinó breve pausa y dijo Tarchino sonriendo con malicia:

—Hay días, monseñor, en que yo me siento capaz de crear en la Providencia! Hablais de vengaros y no recordais más que la injuria reciente... ¿es acaso la primera vez que os desdeñan?

La mirada de Oliverio cayó sobre Tarchino, zadora, pero su confidente estaba protegido por la revelación que iba á hacer.

—Os recuerdo, señor, —repuso sin dar muestras del más pequeño temor, —que en otro tiempo creisteis ser amado de una mujer que dió á otro su corazón y su mano.

—¡Isabel! —Isabel de Armagnac que fué la primera que arrancó á vuestros ojos lágrimas de sangre; ¡olvidais ultrajes antiguos, aunque hayan dejado mancha eterna en vuestro rostro?

—Vicente, —baluceó aquel hombre, en el cual despertaba de nuevo el tigre, —¡calla, calla, me volverás loco!

Vicente Tarchino dejó su maligna sonrisa por un aire de respetuosa tristeza, y dijo:

—¡Monseñor, los que os aman tienen memoria por vos!

El rostro del conde se tornó lívido y el sudor inundó su frente.

—¡Hablais de vengaros! —prosiguió Tarchino que seguía con interés el progreso de aquella fiebre terrible. —Entendeis por vengaros averiguar el nombre de vuestro rival; si es caballero, cruzar vuestra lanza, si declaró humildad entregadle al baston de vuestros pajes y escuderos, pero el que ama á la señora Blanca, no es ni caballero, ni soldado, ni villano.

La mirada de Graville experimentó un vago terror, y dijo:

—¿Será acaso un hombre de iglesia?

—Había olvidado esa categoría, monseñor; ni hombre de iglesia. El elegido de la señora Blanca, no tengo categoría en que clasificarlo.

La mente del conde se perdía en suposiciones inverosímiles.

—El preferido de la señora Blanca,—prosiguió el napolitano, que parecía gozarse en el tormento de su dueño,—el preferido de la señora Blanca, no es ni villano, ni soldado, pero casualidad ó providencia, la primera mujer que os despreció se llamaba Isabel de Armagnac; el hombre que marcó vuestro rostro ignominiosamente, se llamaba Jacobo de Armagnac; vos habeis dado el nombre de Blanca de Armagnac á la jóven á quien amais, y el hombre que os roba su amor, se llama Juan de Armagnac.

La frente pálida de Graville se puso encendida, y en medio de aquel arrebato, la cicatriz de su frente marcó más pálida la flor de lis.

—¡Armagnac, Armagnac!—murmuró el italiano.—¡Hé aquí el hombre que os condenará en esta vida y en la otra!

Algunos minutos corrieron. A través de las puertas cerradas empezabanse á oír animosos ecos; la fiesta comenzaba á la hora anunciada, aun en ausencia del señor. Graville estaba reclinado en su sillón; parecía más tranquilo, y el italiano permanecía siempre en pie con el sombrero en la mano.

—Has hablado bien, Vicente,—dijo por fin Graville;—Dios me perdone y te perdone á tí el mal rato que me has dado.

—¿Tiene que mandarme monseñor?

El conde de la Marche prestó oído á la música lejána, y dijo casi sonriendo:

—Ya lo ves: me has entretenido y no estoy á punto para la fiesta; de seguro que el rey Salomón no se hizo aguardar de sus setecientas esposas como yo me voy á hacer aguardar de una. Podeis retiraros, Tarchino, voy á concluir mi atavío.

Vicente no se movió.

—¡Ah! me habeis pedido mis órdenes: ahora como antes os digo que no quiero asesinato.

—Un combate singular no es asesinato.

—La regente no querría abrir el palenque.

—Ni hace falta: dos hombres se encuentran con la daga ó la espada en la mano, y esos dos hombres, sin licencia de nadie, se acometen: ¿qué tiene que ver en eso la regente ni el mismo rey?

—¿Y en un combate de esa suerte puede emplearse la estocada napolitana?

—Se ha hecho precisamente para estos casos.

El conde reflexionó un momento.

—Quizás dices bien; pero por una vez en mi vida no sé que instinto me detiene, y es más fuerte que yo.

—Monseñor,—dijo precipitadamente Tarchino,—he ofrecido la prueba de lo que digo...

Graville tomó el silbato de oro con que llamaba á sus criados, y dijo:

—¿Prueba cierta?

—Palpable.

El conde silbó.

—Pues bien,—dijo colocándose en la posición que le habian dejado sus criados—la noche es larga; si me pruebas en ella que ese jóven es hijo de Jacobo de Armagnac y amante de Blanca, le entregaré á la estocada napolitana, que esta vez será pagada como nunca.

Vicente se inclinó profundamente y salió: un instante despues el conde de la Marche estaba en manos de su peluquero y ayudantes, y su pequeño espejo de Venecia le decía que nunca habia estado más bello que aquella noche.

II.

Los Estados del rey Salomon.

Si tuviéramos la pluma poética, privilegiada, que describió las fiestas ofrecidas á la hija de Enrique VIII por el conde de Leicester en su castillo de Kenilworth, daríamos una idea de la fiesta que el señor Oliverio de Graville ofreció en su castillo de la Marche á la regente de Francia; pero nuestro drama no necesita esas descripciones que solo Walter Scott en el mundo ha sabido hacer; el objeto de este libro es otro.

Oliverio de Graville, que al decir de los maldicientes, ponía mano en el tesoro real, gastó sumas inmensas en aquellos tiempos para cambiar su palacio por la antigua residencia de los duques de Nemours.

La arquitectura estaba en su período floreciente: al antiguo palacio Oliverio hizo añadir dos alas que pasaban por encima de los fosos y miraban orgullosamente los torreones de la abadía de Sau German de los Prados.

Los jardines del palacio, que no podían avanzar por este lado de la ciudad, se extendían hasta el Sena, y hacia ya un año que se habian acabado las obras de este monumento, que al decir de los historiadores dejó muy atras al Louvre mismo, al palacio de San Pablo y al de Tournelle.

Sus jardines, sobre todo, tenían su aspecto fantástico, y era imposible elegir mejor un sitio para dar una de aquellas gigantescas fiestas de la Edad media.

Y pues que el nombre de Kenilworth se ha escapado de nuestra pluma, justo es consignar que la fiesta que nos ocupa tenia mucha analogía con la fiesta inglesa.

Graville, como Leicester habian tenido relaciones amorosas con su soberana, y la hija de Luis XI estaba en el mismo caso que aquella reina fea que cortó la cabeza á María Stuardo.

Habia una tercera analogía, porque si Leicester se habia casado en secreto con la dulce Amy Robsart, Graville queria casarse públicamente con Blanca de Armagnac, y en aquella fiesta que ofrecía á la regente, quería que Blanca fuese la reina.

Habia un detalle enteramente distinto en la corte de Francia, y era un niño endeble de cuerpo y de espíritu que se llamaba rey.

* *

Las dos de la mañana se habian oído, los vigías de las murallas lanzaron los sonidos de sus cuernos de caza respondiendo á los que subían de la campiña por la puerta de Buey, y al punto una línea de fuego se encendió por detrás de las almenas, mientras las avanzadas de la comitiva agitaban sus antorchas iluminando el puente levadizo.

Un duque del país de Saba, porque la edad Media no comprendía mejor el carácter histórico local, se adelantó armado á solicitar la entrada en el palacio de Jerusalem para la gran emperatriz del país de Oriente: otro caballero que hablaba en nombre del rey Salomon, preguntó si la comitiva oriental venía en son de guerra ó de cortesía, y el otro duque que respondía en nombre de la reina de Saba, dijo que su señora no llevaba más objeto que saludar al Sabio Rey y pedirle la esplicacion de algunos enigmas sutiles.

Solo entonces jugaron las cadenas del puente levadizo y toda la comitiva de Blanca en ró en el palacio, comitiva que tardó casi una hora en atravesar el puente, porque en la puerta de Buey se habian unido á ella grupos de hombres y mujeres allí apostados para aumentar el cortejo.

Pasada la hora, el puente se levantó de nuevo, y los que no pudieron introducirse en ella contentáronse con rondar por los alrededores del palacio.

Blanca hizo su entrada al campés de las fanfarrias que despertaron los ecos del castillo, después sus caballeros, sus pajes blancos y negros, sus mujeres y sus eunucos inundaron el vestibulo y los jardines.

En estos se había trazado un panorama de la campiña de Jerusalem y no faltaba ni el Jordan en miniatura, ni el templo del sabio rey, cuya construcción duró más de siete años, todo en pequeño.

Delante del templo estaba el palacio de Salomon, tan célebre en las leyendas orientales, después las colinas santas donde los hijos de los patriarcas llevaban sus ganados; y en la parte que descendía hacia el Gena habíase hecho un campamento y en él cada tienda había costado como una casa de piedra.

Esta era la parte destinada á la emperatriz de Oriente, y nadie puede dar idea de la tienda principal, que debía ocupar Blanca.

Las telas que formaban la tienda eran paño bordado de oro, donde las cifras de Armagnac y Gravelle se entrelazaban artísticamente; en su interior había servida una mesa espléndida, con vasos de oro y plata, y numerosas luces hacían resaltar las perlas y piedras de las anferas y vasos.

Alrededor de la tienda, jóvenes esclavas, vestidas á la romana, agitaban incensarios, y el interior del palacio, que debía servir de asilo á Ana de Francia, no estaba decorado con ménos esplendor.

Media hora después de la llegada de Blanca, la fiesta dió principio, á pesar de la ausencia del dueño, y los vastos jardines contenían una multitud ávida de placeres. Cuanto había en la corte de Francia, de damas y caballeros, estaba allí, y puede decirse que el único noble que no había sido convidado, era el rey; pero el pobre jóven no tenía salud, ni sus costumbres le permitían asistir á tan alegres fiestas.

Su hermana Ana pensaba, en cambio, divertirse por los dos.

En el principio de la fiesta, la careta, que comenzaba á estar de moda, cubría todo; los rostros femeninos, y los caballeros bajaban sus viseras si vestían armadura, ó se ponían igualmente antifaz.

En el momento en que las puertas del castillo de la Marche se iban á cerrar, corrida ya la hora de gracia, una cuadrilla, compuesta de doce caballeros vestidos de terciopelo negro, con el rostro enmascarado, atravesó á galopé el puente levadizo, y el último tuvo que meter espuela al caballo para llegar á tiempo al otro lado del puente.

—¡No le podido entrar sino á vivas fuézas!—dijo á sus compañeros.

Dichas estas palabras, entregaron sus caballos á los palafreneros del castillo, y se perdieron entre la multitud.

Al extremo de la tienda preparada para Blanca, había una pequeña estancia, que probaba que el señor Oliverio sabía servir á las damas. Blanca dejó á sus damas y caballeros, y se retiró á esta pequeña estancia con sus dos camareras favoritas, Berta de Sauves y María de Argenes.

Berta era de la estatura de su señora, y María llevaba debajo de su manto un envoltorio voluminoso que contenía un traje en todo igual al que lleva á Blanca: ésta hizo de camarera por una vez, y auxiliada por María, vistió de reina de Saba á la linda Berta, quitóse después la rica diadema, que pasó á la frente de su camarista, y un antifaz acabó de hacerla desconocida.

Blanca y María contemplaron á la camarera disfrazada, y la primera dijo:

—Perfectamente; si evitas las ocasiones de hablar, os más sagaces quedarán enañados.

Después se puso el manto y el tocado de su camarera, y dijo colocando á Berta delante:

—¡Dios que me vé, sabe que lo hago con buena intención!

Volvieron á la tienda: la nueva reina de Saba ocupó el sitio de honor, Blanca se deslizó en las filas de las sirvientes, y María, confundiendo entre la multitud, llegó á la puerta de la tienda, y se lanzó al jardín.

Juan el Moreno y Juan el Rubio habían entrado en el palacio de la Marche con el cortejo de Blanca de Armagnac, y mientras cada cual se disponía á representar su papel en la farsa, Juan el Moreno, levantando las cortinas de la tienda, deslizó dentro sus miradas y dijo:

—¡Oh! tenemos tiempo. Juan amigo, conozco á nuestro querido señor Oliverio y apostaría mi cabeza á que está aun en paños menores y en manos de sus camareros: ven conmigo.

Juan el Rubio otorgaba apenas una mirada á los esplendores que le rodeaban y eran para él tan nuevos, y dijo:

—He venido para obedecer, es preciso que la que ha de darme órdenes sepa dónde encontrarme.

El paje le contempló un momento y dijo:

—A fé mía que has cambiado en un momento; tienes el aire importante de las personas que han andado su camino...; bien, bien, cuando seas barón ó conde, acuérdate de que tengo buen golpe de vista y que necesito trabajar para vivir.

El bello Juan le tendió la mano, y le dijo:

—Bárlate de mí, harás bien...; ¡quién sabe si todo esto no es más que una burla de esa hermosa jóven!

—Sea como quiera, no es junto á esta tienda dorada donde has de aguardar tu fuego fatuo; ven conmigo, que algo me dice que no buscaremos mucho tiempo.

Vió que por otra puerta de la tienda salían numerosas damas, y en una creyó reconocer al objeto de su amor; todos los enamorado son lo mismo, echó á correr tan precipitadamente, que Juan el paje tuvo que sujetarle por el manto diciendo:

—No tan ligero; ¡si nos perdemos en esta Babel, no nos encontramos en una semana!

Juan el Rubio sin responder le arrastró consigo y echó á correr tras de su desconocida, que se perdió en uno de los bosquecillos.

—¡Qué laberinto! No sé dónde estoy,—decía Juan el paje.—¡Ah! qué bella fiesta, qué hermosas mujeres... si las doncellas de Israel eran como estas, bien sabe Dios que hubiera querido vivir en tiempo del rey David.

El río que figuraba el Jordan detuvo el paso á nuestros jóvenes, y dijo el paje:

—No ha podido ir por aquí.

El bello jóven creía estar seguro y quería dar un paso adelante, pero se encontró con un grupo de hombres vestidos de negro y del centro del grupo salió una voz que le dijo:

—Retírate, ve á mezclarte al cortejo de esa aventura que viene del país de Yemen para ver á un rey loco, y deja en paz á la gente de juicio.

Juan el Rubio estuvo á punto de contestar á tales palabras con la punta de su espada; pero su compañero le contuvo y dijo:

—No hagas caso, este jardín debe estar lleno de asechanzas semejantes; déjate guiar por mi experiencia y te juro que llegaremos á buen puerto.

Juan el Rubio se dejó conducir; pero ¡ah! la experiencia de su compañero no estaba al abrigo de ciertas seducciones ni era como el sabio Ulises, que se

hizo atar al mastil de su navío y se tapó los oídos con cera para no escuchar el canto de las sirenas.

Confesamos, además, con el rubor en la frente, que al gallardo Juan el paje le faltaba aquel recto sentido de los caballeros errantes, la constancia. Amaba lealmente y de buena fé; pero como el infiel Galaor no amaba a la misma reina dos días seguidos.

Aquella noche Juan el Moreno pensaba poco en la pobre Mireta; la adoraba con todo su corazón, hubiera reñido por ella con todos aquellos caballeros hebreos; pero no estaba allí y su cabeza se trastornaba; aquella fiesta era como el paraíso de Mahoma, y Juan la mariposa que en su jardín de rosa vuela de flor en flor.

No sabemos cuál de aquellas ninfas tuvo la virtud de arrastrarle en pos de sí; pero en breve Juan el Rubio se halló solo, lo que no apercibió sino en el momento en que creía haber descubierto de nuevo á su hermana, y dijo:

—Mira, mira, hermano...

El acento burlon del paje no le contestó; el jóven volvió el rostro y se encontró solo: entonces su corazón se oprimió; ¡sentíase perdido en medio de aquella multitud, como el naufrago en medio de las olas! Acudió á su mente la idea de su madre, la soledad de su cabaña.

—¡Ah! su madre no tenía más consuelo que él, se lo había dicho muchas veces llorando... de repente cruzó por delante de su vista un caballero con rico traje hebreo y una mujer cubierta con un velo, en la que Juan creyó reconocer la estatura y el aire de su madre. Un soplo de viento levantó el velo que cubría su rostro. Juan lanzó un grito.

¡Era su madre!

Su madre, que se volvió, le miró y prosiguió su camino.

Juan se cubrió el rostro con ambas manos, y cuando alzó de nuevo la cabeza, el desconocido y su compañera habían desaparecido; quiso volver hacia las tiendas de Blanca de Armagnac, y no sabía el camino... á cada paso que daba fascinaban su vista nuevas maravillas, y llegó á creer que soñaba; que aquella música y aquellos perfumes eran ilusorios, y que aquel suelo mágico se iba á abrir debajo de sus pies.

De repente tropezó con otro milagro, pero tan grande, tan insensato, que Juan, para despertar, hizo un esfuerzo supremo: en una tienda donde había varias mujeres reclinadas sobre almohadones, creyó apercibir á un pobre hombre de costumbres austeras, su amigo, su guía, el hermano Tranquilo.

No era aquí el viento haciendo mover un velo el que le dejaba entrever el honrado rostro de su protector. Tranquilo estaba allí sin disfraz, con su sotana estrecha y raída, su casquete negro, del que se escapaban sus cabellos aplastados, y tal como le había dejado, miserable, tímido, en medio de aquellas mujeres engalanadas y provocativas.

Todas ellas tenían traje oriental y parecían únicamente consagradas á llenar sus copas de oro en las fuentes de licor que manaban entre grupos de flores, para ofrecerlas al pobre hombre cuyo traje hubiera avergonzado á un mendigo.

Tranquilo las miraba casi con terror y se santiguaba cada vez que ellas reían... Quería huir, pero entonces un círculo de brazos de alabastro le rodeaba, comenzando en torno suyo un baile fantástico.

Juan no podía creer á sus propios ojos. Todavía se creía en encantadores sitios y el jóven juzgaba que todo aquello iba á desaparecer como por magia.

Y, cosa más milagrosa que todo el resto, el pensamiento de Juan se realizó: en el instante en que el baile de aquellos bacantes llegaba á mayor locura, las luces se apagaron y la tienda quedó sumida en la oscuridad. Juan no veía nada, creyó solo oír un grito de Tranquilo, y como Juan tenía una espada al cinto

y era valiente como un león, iba á lanzarse á la oscuridad, cuando fué detenido á la vez por los dos brazos.

—Bello jóven,—le dijo una voz,—reclamo un instante vuestra atención.

No era la primera intriga galante que se ofrecía al aturdido jóven desde que había penetrado en aquel jardín.

—Quisiera corresponder como debo á vuestra bondad, señora,—contestó,—pero en este momento...

—¿Es posible?—repuso la desconocida;—yo os creía más galante al veros caracolear delante de nosotras con vuestro caballo.

Juan se estremeció y miró con interés á la dama encubierta; pero la careta de terciopelo desafiaba su curiosidad; todo lo que pudo ver de la desconocida fué que era jóven.

—¿Qué puedo hacer por serviros, señora?—murmuró.

—Eso es ya otra cosa, y creo que vamos á entendernos; podeis ayudarme á buscar en esta multitud á cierto jóven indiscreto que compromete á las damas siguiéndolas á lo largo de los caninos.

Juan estaba desarmado para una lucha de este género. En el fondo de un bosque puede encontrarse por casualidad algún soldado que enseñe á manejar armas; pero de seguro no se encuentra un profesor que enseñe la estrategia galante de los salones. Juan miró á su bella desconocida, cuya sonrisa debajo del antifaz era más burlona á cada instante, y dijo:

—Señorita...

—Hé aquí el que yo busco,—interrumpió la jóven,—y hubiera creído encontrarle desde luego si hubiera podido creer que un caballero, convidado á una fiesta con su dama, se presentaba con un atavío hecho para la gente de librea.

Juan el Rubio se puso colorado como un pimiento y casi tuvo ganas de llorar.

—¡Ah, señorita! Si venis de parte de la que amo y respeto como á una santa, os suplico le demostreis mi arrepentimiento: he venido porque ella me ha dicho que viniere sin darme tiempo á manifestarme lo pobre de mi estado. Repetidle esto mismo si sois tan misericordiosa como linda; decidle que yo no soy nada en la tierra, y que por eso me contentaba con adorarla desde lejos, como se adora á los santos; decidle que quisiera ser rey, para poner mi corona á sus pies; pero que no soy ni caballero, ni escudero, ni paje; decidle, en fin, que me perdona haber venido con tan pobres ropas, con un manto que debo á uno de sus escuderos.

Hablaba así con acento dulce y triste. María de Argenes, porque era ella quien por orden de su señora buscaba al jóven por todo el jardín, sentíase conmovida, y pensó:

—No he visto jóven más interesante: si mi señora quiere jugar con su corazón perderá la partida.

Y en voz alta prosiguió:

—Seguidme, jóven, creo que no tendreis necesidad de intérprete para entenderos con vuestra dama: vais á ser muy dichoso, jóven, y por esa misma dicha os suplico que os acordeis de mí, y me perdoneis las palabras imprudentes que hayan podido ofender vuestro amor propio.

—¡Ah! señorita,—dijo Juan cada vez más confundido.

—Seguidme, estoy encargada de conducirlos á donde os quiten ese traje y os pongan otro más conveniente.

El jóven levantó su cabeza como herido en su dignidad, y su discreta interlocutora le dijo:

—Tal es la orden de la señora Blanca de Armagnac.

Juan el Rubio inclinó la cabeza ante este nombre bendito, y no resistió, dejándose conducir por entre la multitud.



En aquel momento ya no conservaba recuerdo de las visiones que le habían fascinado, ni de la cuadrilla de caballeros vestidos de negro, ni de la mujer que le había parecido su madre, ni del cuadro fantástico en que el hermano Tranquilo se agitaba en medio de encantadoras hermosuras. Todo lo había olvidado, no pensaba más que en Blanca de Armagnac.

María de Argenes poseía maravilloso talento para abrirse paso por entre la multitud, y al cabo de algunos minutos Juan reconoció las tiendas del campamento de Saba.

María se dirigió á la más rica, hizo penetrar á Juan en ella diciendo una palabra al esclavo que había á la puerta, haciendo entrar al jóven en una estancia reducida donde había seis lindas jóvenes, y sobre los divanes un manto de paja y un birrete de terciopelo azul celeste con jubon del mismo color y trencillas rosa, calzas de sada, una de cada color y brodequines de punta aguda.

Juan el Rubio se entregó indéfenso en manos de sus bellas camareras, que principiaron con actividad su obra..., pero ¡ah! llegó un momento en que se turbaron, y todas las manos quedaron quietas.

—Comprendo vuestros escrúpulos,—dijo la traviesa María—pero hay medio de salvar el pudor sin desobedecer á la señora: quitemos las cintas que sujetan nuestras colleretas y vendémoslas los ojos.

Todas pusieron en práctica tal discreto consejo? pero como las cintas no podían á la vez cubrir los ojos y sujetar las colleretas, estas cayeron, y Juan no tenía los ojos vendados.

Sin embargo, aseguramos que los cerró mientras se pasaba sus calzas, porque si no tenía venda, el candidato jóven tenía pudor.

Cuando las lindas camareras abrieron de nuevo los ojos, salvada tan difícil situación, se ruborizaron por diverso motivo; pero María tranquilizó las conciencias, exclamando:

—Hijas mías, con seis cintas no se pueden hacer siete vendas.

Acabaron el atavío del jóven, y María murmuró: —Señor, no se si os volveré á ver, pero con toda mi alma deseo que seáis dichoso.

Juan se inclinó, besó la mano de la hermosa y murmuró:

—Sois muy buena; yo os prometo que no os olvidaré.

La jóven hizo un movimiento como para desechar ideas penosas, y repuro:

—¡Es la primera vez que sueño... es preciso despertar!

Y cambiando de tono exclamó:

—Señor, hasta aquí está cumplido vuestro deber, ahora me resta solo haceros conocer las últimas órdenes de mi señora Blanca de Armagnac. Vais á salir por la misma puerta que habeis entrado; vais á decir al que la guarda: *Hermosura*: él os dirá: *Blanca*, y pasareis. Buscad la puerta principal de la tienda, y cuando el cortejo de la reina de Saba se ponga en marcha...

—¿Trataré de acercarme á la reina?

—¿Estais en vos? La que esta noche viene á visitar el rey Salomon, haciendo el papel de reina, tiene muchas espadas en servicio suyo: no intentéis acercaros á la que creais reina; dejadla pasar. La que vaya tras ella será yo; acercaos á la que venga en pos de mí, y la reconoceréis por su manto azul igual á vuestro manto; ofrecedle la mano y besadla los labios.

—Pero esa mujer... esplicadme... esa mujer...
María, por toda respuesta, levantó un dedo á sus labios y levantó las cortinas que cubrían la entrada de la estancia, y desapareció con las camareras.

III.

La sala de los encantos.

No había sido ilusión de D. Juan: era, en efecto, su amigo el pobre hermano Tranquilo el que había visto en una especie de paraíso musulman rodeado de hermosas mujeres.

Aquel salon fantástico era el que estaba dispuesto para figurar las delicias de la corte del rey sabio, y todas aquellas jóvenes eran las idólatras encargadas de representar á las trescientas concubinas del hijo de David. Tarchino había conducido, como sabemos, al hermano Tranquilo á la grupa de su caballo; y como al llegar al palacio de la Marche tuvo necesidad de celebrar una conferencia con el conde, dijo á sus compañeros entregándoles á Tranquilo:

—Guardadmele.

Los soldados examinaron al pedagogo, cuyos ojos estában espantados, y la misma idea acudió á todas las mentes: era preciso entretenerse con él hasta la llegada de su jefe. Buscaron en el sitio destinado para almacenes un palanquin, colocaron en él á Tranquilo y le condujeron en triunfo, haciendo su entrada el pobre pedagogo en el salon de las fiestas, en medio de un hurra general, y haciendo con aquellas magnificencias rudo contraste su pobre sotana.

—¡Plaza á Salmanazar hechicero de la reina!

—¡Salud y gloria al hechicero de la soberana!

Tranquilo se dejaba conducir sin hacer la menor resistencia, y si en su mirada se leía algun susto, en cambio no había en ella nada de hostil; era, como sabemos, un espíritu débil, incapaz de la menor resistencia, y parecía como que despertaba de un sueño en el que aun bullian imágenes nacidas de los vapores del vino que le había hecho beber la Pavot.

Cuando á la grupa del caballo de Tarchino penetró por el puente levadizo del castillo de la Marche, no pudo ménos de reconocer aquella noble fachada en que el escudo de Armagnac había sido reemplazado por las armas de Graville; pero sus compañeros no pudieron gozar de la alteración de su rostro por la oscuridad en que se hallaba y porque ya dentro del palacio le hacían caminar de sorpresa en sorpresa.

Para aquel hombre sencillo, cuanto le rodeaba tenía algo de sobrenatural; era un misterio prodigioso y fantástico que segun los latinos debe mediar entre este mundo y el infierno.

Y siempre aquella misma palabra resonaba en sus oídos. ¡Salomon! ¡Salomon!

—Si,—murmuró el hermano cruzando los brazos y paseando su mirada por el paisaje que tenía á la vista, y del que le habían dado idea las descripciones de la escritura; bien sabia yo que había de pasar por aquí al hacer el último viaje.

Y á medida que así meditaba, la sangre subía á sus mejillas, sus ojos tomaban una espresion inspirada, y como no hay inspiracion que imponga á la multitud con una sotana raída, esta prorumpió en aclamaciones burlonas.

—¿No hablará el hechicero? ¿no hablará?

—Hablará,—dijo el hermano Tranquilo.—Dónde está vuestro pretendido rey Salomon, el sabio entre los sabios, ¿se arrodilla acaso ante el ídolo de Belial? ¿No se atreve á mirarme frente á frente? Decidle que todos los padres de la Iglesia le condena, menos San Jerónimo, San Cirilo y San Ambrosio...

Todos prorumpieron en gritos y aclamaciones, y un soldado que estaba guardando la entrada de uno de los bosquecillos exclamó:

—Ese hombre no está aun bastante borracho. No queremos sermones. Bajémosle de su trono, llevémosle á la sala de los encantos donde corren fuentes ber-

pétuas de vino, donde hay mujeres hermosas; ellas nos le devolverán en estado de divertirnos.

Y en efecto, Tranquilo fué entregado á aquellas sílfides locas, pero Tranquilo era más firme que una roca para resistir á toda tentación.

Allí sufrió toda clase de burlas, todo género de ultrajes, y cada vez que sentía cerca de sí las manos de aquellas mujeres, cubriase el rostro con las manos, y murmuraba:

—¡Vade retro! ¡vade retro!

Todas aquellas mujeres podrian danzar, podrian reír... ¡Tranquilo no las miraba! ¡Tranquilo no las oía!

Empezó á murmurar exorcismos para conjurar á semejantes monstruos, hijos de Satanás, y sin duda sus exorcismos tuvieron fuerza, porque se oyó un estrépito infernal, siguiéronle como rugidos de fieras, y Tranquilo, abriendo los ojos, á pesar suyo, vió venir hacia sí un león.

El rey de las selvas tenía talla gigantesca y llevaba al cuello una cadena, de la que pendía un anillo de oro; se adelantó hacia Tranquilo, que estaba más muerto que vivo, se enderezó en dos pies, se quitó sin dificultad su cadena, y dijo en muy buen francés;

—Este es asilo del rey Salomon.

Los que frecuentaban la taberna próxima al castillo pudieron reconocer en la voz del monstruo la del tabernero Pavot, que había llegado á los cincuenta años sin pegar á su mujer.

Pasó la cadena al cuello de Tranquilo diciéndole que con aquel anillo podria realizar tres deseos.

El sabio se encogió de hombros, y olvidó el anillo, pero las danzas siguieron, y en medio de los movimientos que hizo para cubrir su rostro, el anillo tocó á sus labios, y un pensamiento surgió en el caos de su cerebro: ¡por qué no poner á prueba aquel inestimable anillo?

Pidió ser invisible á los ojos de todas aquellas mujeres que le mareaban, y en efecto, advirtió que se dirigian á otro lado; pidió despues ser visible para probar el poder del anillo, y de nuevo aquellas mujeres volvieron á apercibirle y lanzaron aclamaciones de júbilo al correr hacia él... quedábale solo por formular el último deseo.

No había hombre en el mundo más humilde que Tranquilo, y sin embargo, una vez llamado á elegir entre sus deseos, no se atrevía á decidirse; la mano de Tranquilo se puso varias veces en movimiento para llegar el anillo á sus labios, y otras tantas se detuvo en medio del camino; por fin, se dijo, que lo que más deseaba en el mundo, era volver á encontrar á su señora la duquesa y al niño Juan de Armagnac, pero ya iba formular este deseo, cuando su mano se detuvo, su rostro se demudó.....

—¡Mal padre, mal padre!—balbuceó.

Y sus brazos cayeron, y sus labios repitieron su obligada frase:

—«¡Todo á los unos, nada á los otros!»

Sus ojos miraron hacia el suelo, sus labios se movian como si rezara, y balbuceaban:

—¡Pobre María! ¡pobre mujer! Tus hijos no han tenido para protegerlos más que tus oraciones desde el cielo. Perdóname, María; perdóname, yo te prometo emplear este talisman pensando en mis hijos.

Y resueltamente murmuró llevando el anillo á sus labios.

—Quiero ver á mis dos hijos si Dios se ha servido conservarlos en el mundo.

En aquel momento se produjo gran tumulto: decíase que el rey Salomon hacia su entrada en la fiesta sin que esto importase nada al hermano Tranquilo que estaba consagrado á la esperanza de ver realizado su deseo.

Abrió los ojos con terror instintivo y vió delante

de sí un gallardo jóven cuyo aspecto logró conmover las fibras de su alma.

—¡Mi hijo! ¡mi hijo! fué su primer pensamiento.

El bello jóven tenía la espada en la mano y trataba de apartar á aquella loca multitud que bailaba en torno del hermano Tranquilo y le asediaba.

—¡Prodigio! ¡prodigio!—pensaba el pobre.—¡Oh María si nos ves desde el cielo, qué dichosa debes ser!

Juan el Moreno, porque era él, apartó á los ninfas que cerraban el paso á Tranquilo, y adelantándose hacia él y cogiéndole por el brazo le dijo:

—Venid, buen hombre... ¿qué diablos haceis en medio de todas estas locas? Sé que os quiere alguien por quien yo trabajo; sin hablar de ciertos recuerdos que me han acometido al ver vuestra sotana raída y quiero haer algo por vos. Venid conmigo y yo os llevaré á donde nadie se atreva á burlarse de vos.

—¿Y mi hija, y mi hija?—pensaba el hermano Tranquilo: ¡ha muerto acaso? No la veo.

El estrépito y el bullicio eran cada vez mayores; todo el cortejo de la reina de Saba se dirigia al palacio del rey Salomon, que por los aparatos pirotécnicos de Andrés Cola, parecia un castillo de diamantes.

—¿Dónde está ese loco que os he dado á guardar?—dijo entonces una voz varonil en medio de la multitud.

La respuesta de los soldados de Tarchino no se oyó en medio de la confusion, pero se pudo oír la voz de Vicente que al fijarse en el pedagogo y el paje, que caminaban juntos, murmuró:

—¡Oh! ¡maldicion!

Y adelantándose al paje con sonrisa forzada exclamó:

—¡Es así, señor Juan Rolando, como obedecis mi consigna? Por Dios vivo que os haré castigar como mereceis.

Y á una seña suya los soldados rodearon á Juan y tiraron de las espadas: Tranquilo entonces sin darse cuenta de su accion, sujetó á Tarchino por los brazos y dijo:

—¿Qué quereis hacer á este jóven?

El italiano se echó á reír y dijo:

—¡Has olvidado yalo que vienes á buscar aqui, buen hombre?

Tranquilo soltó su presa llevando la mano á la frente como quien trata de reunir sus ideas, y dijo:

—Cierto, he venido á buscar á alguno...

—A tu jóven señor Juan,—dijo Tarchino arrastrándola hacia el palacio resplandeciente de luces.

A medida que perdía de vista al que se le había aparecido como una evocacion de su hijo, creía ver salir de entre la sombra el tierno rostro de su esposa María, y pensaba:

—¡Es mi hijo! ¡sí, no hay duda... y yo creía no conocerle! Ya creo que daría mi vida por la suya,

—No te inquietes,—dijo en este momento Tarchino al ver que volvía el rostro en busca del jóven,—no se le hará ningun mal.

—Pero su hermana,—pensaba Tarchino,—¿será verdad que ha muerto? ¿no me concederá Dios la alegría de verla?

—Mira,—dijo al mismo tiempo Tarchino dándole en el hombro,—mira si yo sé cumplir mis promesas.

Y le señalaba el cortejo de la reina Saba.

Tranquilo, deslumbrado por tanta luz miraba y no veía.

—Allí, allí,—exclamaba Tarchino,—mira, el que da la mano á la tercera dama; mirale qué galan con birrete de terciopelo.

Pero Tranquilo no miraba al paje, sino á la dama á quien acompañaba y que hablaba con él con viva animacion: tan distraída iba, que al subir los escalones del palacio, su pié tropezó, cayó, la mascarilla y Tranquilo lanzó un grito murmurando con viva emocion:

—¡No ha muerto! ¡Dios mío, no ha muerto! Viven mis dos hijos... ¡María, perdóname, ya ves si los amo! Y lloraba y reía como un niño.

La dama á quien acompañaba Juan el Rubio se había puesto rápidamente la máscara.

—¿Le has visto?—pregunó Tarchino.

—No es á él á quien he visto,—baluceó Tranquilo.

—Pues bien, sígueme, porque es preciso que le veas.

III.

Los celos.

Juan el Rubio, vestido de paje de la reina de Saba, paseábase por delante de la entrada principal de la tienda, y si las hermosas habían reparado en Juan cuando iba vestido pobremente, fácil es figurarse el efecto que produciría ahora que llevaba los brillantes colores de paje de la hermosa Blanca.

Una ó dos veces, mientras esperaba el cortejo, el recuerdo de su amigo Juan el Moreno habría asaltado su imaginación, pero de seguro corría detrás de alguna aventura amorosa y él por su parte tenía no poco en qué pensar.

Al cabo de media hora que le pareció de la duración de un siglo, oyéronse las fanfarrias, los jardines se iluminaron porque un ejército de esclavos con antorchas bajó á recibir á la reina de la Arabia, viéndose en lo alto del peristilo al mismo rey Salomon en persona.

Todos los asistentes llevaron las manos delante de sus ojos según la costumbre oriental, para no ser deslumbrados por aquel sol, todos se inclinaron y el movimiento general de la columna, hizo que se pudiera percibir en medio de tan abigarrados colores, una mancha negra, un grupo compuesto de doce caballeros así vestidos y que como no habremos olvidado habían entrado casi á viva fuerza en el castillo.

La conducta observada por aquel grupo correspondía á su misteriosa entrada: desde que habían penetrado en el jardín los doce permanecían siempre unidos, no se comunicaban con nadie, y algunas damas que favorecidas por la careta les preguntaron qué papel representaban en aquella farsa, recibieron esta respuesta del que parecía jefe:

—¡Vuestro rey Salomon lo verá!

Cuando el rey Salomon mostróse rodeado de todo su esplendor, con aquella blanca túnica que causaba la admiración del pueblo hebreo, merecía bien que la multitud se prosternase ante él.

Era hermoso aquel monarca, según cuenta la Historia Sagrada; pero el señor Oliverio, que llevaba su nombre y su corona, no le cedia en hermosura: los artistas que bajo la dirección de Anibal Cola le habían restaurado con blanco y carmin, le habían dado un rostro majestuoso; sus negros cabellos caían rizados sobre sus hombros, y su elevada estatura lo parecía aun más con el traje talar del sábio rey.

Desde la última grada, Salomon bendijo á su pueblo, y después atravesó con su comitiva los jardines, entonando cánticos; al mismo tiempo abriéronse las cortinas de la tienda de la reina de Saba. ¡Qué espectáculo nuevo se ofreció á vista de los espectadores! Gra villo se había procurado á peso de oro un elefante, animal casi desconocido entónces en Europa, y sobre un elefante, la jóven soberana de la Arabia apareció á las miradas de la multitud: la jóven reina descendió con no poco terror de este tronco, y el elefante fué paseado en triunfo por la campiña de Jerusalem: el ceremonial estaba arreglado para que Salomon y la reina se encontrasen á las puertas del templo, y mientras seguía su marcha la doble procesion, una de las damas de la reina, envuelta en su manto azul, se separó de la comitiva y se asió del brazo del jóven paje que miraba pasar asombrado el

séquito, y que al sentir una dulce presión en su brazo, baluceó conmovido:

—¡Oh! mi noble señora.

—¡Silencio!—murmuró la dama encubierta con su voz natural, en lo cual Juan el Rubio reconoció la voz adorada de Blanca de Armagnac.

Blanca pareció recojerse un momento, y después, con un acento breve y lleno de emoción, dijo:

—Tenemos poco tiempo de qué disponer, señor; es preciso que me escuchéis sin interrumpirme. ¿Habeis venido por mí á Paris?

—¡Por vos, por vos, solo por vos!—esclamó el jóven con vehemencia.

—¿Es decir que me amais?

—¡Mas que á mi vida!

—Si me amais debéis tener gran deseo de ganar vuestras espuelas á fin de ser un día mi caballero.

—Si dando toda mi sangre pudiera conseguirlo...

—Bien, bien,—interrumpió Blanca sonriendo debajo de su careta;—dar vuestra sangre sería demasiado, señor paje, no es pido tanto; creo que sois valiente porque todos los hombres lo son á vuestra edad, vuestros ojos me dicen que sois leal y no sé por qué tengo confianza en vos.

Juan el Rubio llevó la mano de su dama á los labios como si hubiera sido cortesano toda su vida.

—Voy á daros los medios,—repuso Blanca,—de ganar vuestras espuelas antes de que salga el sol del próximo día.

—Es posible, y cuando yo sea caballero me será permitido esperar...

—Señor paje,—interrumpió Blanca con cierta severidad,—me gustaría más oiros decir: ¿qué debo hacer?

Juan bajó la cabeza y repitió las palabras que le pedía su dama.

El cortejo de la reina de Saba se encontraba en este momento con el del rey Salomon: el rey y la reina cambiaron algunas frases en latin, que ni él ni ella comprendían, pero que era la lengua venerada, y sin latin no hubiera sido completa la fiesta.

La reina no levantó su espeso velo que llevaba echado sobre la careta, lo que no impidió que el rey Salomon le dirigiera cumplidos versos de Virgilio, encomiando su hermosura. A estos cumplidos la reina se contentaba con inclinar la cabeza.

—Lo que debéis hacer—murmuraba entre tanto Blanca de Armagnac,—es estar pronto para un momento determinado y jugar vuestra vida para ganar la partida.

Juan el Rubio no preguntaba ya, sino escuchaba silenciosamente; la frente de Blanca se inclinó de repente como al peso de su preocupacion, y dijo:

—Ha venido aquí ese hombre para robarme...

Juan el Rubio se estremeció.

—Y se trata de matar á ese hombre, ¿no es verdad?—dijo.

—No,—repuso vivamente Blanca;—la vida de ese hombre es mil veces mas preciosa que la mia, señor paje; se ha empeñado, como jóven que es en una aventura peligrosa, y yo trato de protegerle.

Juan el Rubio retrocedió un paso: ¡los celos rebosaban ya de su corazón!

—¡Oh, noble señora!—baluceó;—cualesquiera que sean vuestras órdenes, yo las ejecutaré pero si amais á ese hombre, cuyo ultraje disculpais, ¿por qué no me lo decís? ¿Por qué pensar en protegerle cuando él piensa en perderos?

—Porque es un niño; ya os lo he dicho, y no le amo, señor paje, aunque daría por él hasta la última gota de mi sangre.

Y como sintiese la mano del paje temblar en la suya, añadió:

—Hace mucho tiempo que os conozco y soy vuestra amiga. ¡No habeis notado que yo pasaba con insisten-

cia por aquella parte del bosque en que os encontrabais vos? Sin embargo, había muchos senderos que poder seguir. Escuchad: no sé lo que el porvenir nos tiene reservado, ignoro si hago bien en hablaros como os hablo; pero cuando dejamos el país de la Marche, la primera vez que volví el rostro sobre mi hacanea y vi que nos seguiais, mi corazón palpitó.

—Si, yo en cambio, lo había abandonado todo por seguirlos,—esclamó el joven con vehemencia.

—Desde esta noche,—prosiguió Blanca,—creo que vos os quedais con la mitad mi alma, la que sonríe, la que espera...

Juan hubiera querido caer de rodillas para dar gracias á Dios por tamaña felicidad.

—Nada de esto os hubiera dicho,—esclamó la joven,—si fuerais uno de esos nobles señores que me rodean. Ahora ved lo que aguardo de vos. Mirad á la izquierda ese grupo de caballeros vestidos de negro; ¿no veis en su centro uno más pequeño... más débil?...

—¿Que lleva en su birrete una escazapela púrpura y azul? Vuestros colores, señora.

—No importa, miradle bien para reconocerle cuando llegue el momento.

No necesitaba mirarle mucho para conocerle bien; como todo enamorado celoso, hubiera reconocido entre ciento al joven que llevaba los colores de su dama y en torno del cual parecían formar una muralla sus compañeros.

—¿Es ese el que viene para robaros, señora?—dijo al paje con amargura.

—Ese.

—¿Y es á ese al que debo proteger?

—Sí.

—¡Caperuza en mano!—gritaron en aquel momento los pajes;—¡descubrios delante del rey!

Estó fué dicho, porque en medio de la multitud, solo la cuadrilla de los caballeros vestida de negro permanecía cubierta, y cuando los heraldos amenazaron con sus alabardas, doce espadas se enarbolaron y un caballero de arrogante estatura que parecia jefe de la banda de negros caballeros, dijo:

—Seguid vuestro camino, buenas gentes, con vuestro loco rey, que lleva más blanquete en sus arrugadas megillas que necesita una cortesana en un mes para revocar su rostro; pasad adelante ó tendreis algo que sentir.

Los que le oyeron no sabian qué pensar, y Juan sentía estremecer en su mano la de Blanca de Armagnac.

El cortejo se había detenido; el conde Oliverio, á quien no se veía palidecer gracias al colorete, miró con rencor á los doce caballeros y en sus ojos se leyó claro el deseo de hacer en ellos un escarmiento ejemplar, pero el rey de Tiro su aliado, que iba al lado suyo, y no era otro que Thibaut de Ferrieres, se inclinó á su oído, y le dijo:

—Ved cómo no os he engañado, monseñor.

—No por Dios, he reconocido la voz de Luis de Orleans.

—Vicente Tarchino os había dicho que el duque estaba en el castillo de Isie; yo que estaba en Paris. Ved á cuál de los dos debeis creer.

—Ese hombre está loco,—dijo Graville entre dientes.

—No os preocupéis de él, monseñor; el lazo está tendido y caerán en él.

E hizo una señal á uno de sus parciales, que no fué apercibida por nadie del cortejo.

El más joven de los caballeros negros blandía la espada entretanto, y decía:

—¡Por la hermosa reina de Saba!

—¡Señora, señora!—repuso Juan el Rubio con acento trémulo;—¿queréis salvarle todavía?

—¡Más que nunca!

—¿Quién es, pues?

—El rey de Francia!—dijo Blanca soltando la ma-

no del joven y reuniéndose rápidamente á la comitiva para entrar con ella en la iglesia, mientras el paje Juan se quedaba solo y petrificado.

V.

Blanca de Armagnac.

Era una joven estraña Blanca de Armagnac, de quien decia el rey Carlos VIII que era única en este mundo como lo es el sol en el cielo; su carácter era enérgico, como hemos visto, hasta el estremo de pasar por audaz, y en su vida ordinaria era tan discreta como tímida.

Era un conjunto de cualidades opuestas, y aunque no carecia de defectos, reconocíase como origen de ellos el no haber tenido á su lado la guarda salvada de una madre. Por eso á veces, en medio de su modestia, tenia rasgos de orgullo insensible, y en ellos creían reconocer algunos la sangre de Armagnac que corría por sus venas.

Era generalmente reservada; sus damas no podían alabarse de ser sus confidentes, y muchas veces huía de los placeres propios de su edad para ir á ensimismarse en la soledad de la selva.

Cuando Blanca trataba de evocar recuerdos infantiles, surgía también en ellos una pobre cabaña, aldeanos que la cuidaban, y á veces un hombre de rostro dulce y resignada espresion que se inclinaba llorando sobre su cuna.

La heredera de Armagnac no podía preguntarse cómo Juan era paje, si este hombre era su padre, y sin embargo...

Acabemos. Bruscamente y sin transición recordaba haber sido trasladada al palacio de la Marche, donde le dijeron que era Borbon, por su abuela, prima de Mad. Ana, regente de Francia y prima por lo tanto del rey. ¡Cosa estraña! Cuando recordaba lo pobre de su infancia, todo esto le parecia comedia y no podia olvidar que Oliverio de Graville se había sonreído con malicia la primera vez que la llamó señora.

Luego había oído frases de sentido misterioso, y un día que Tarchino no la veía, porque le volvía la espalda había oído decir al italiano:

—Ella será nuestra mina de oro, para eso la hemos criado.

Otra vez encontré en una de las galerías del palacio con el soldado Jerónimo Ripaille, que siguiendo su costumbre iba enteramente ebrio, y al apercibirla se apoyó en el muro y llevó ambas manos á los vacíos porque la risa le ahogaba, y dijo:

—¡Reina mía! tu madre guardaba cabras, tu padre era medio monje; pero como dice Tarchino, nuestras gallinas han sacado un pollo huero y ahora se cree dueño del gallinero.

La joven quiso pedir esplicacion de aquellas palabras, pero Jerónimo se alejaba ya, haciendo ceses por la galería.

Poco despues de esta escena, el soldado Jerónimo había salvado la vida de Blanca, cuyo caballo se había desbocado, y desde entónces establecióse entre ambos una especie de secreta union.

Jerónimo bebió un poco menos, y se le vió alguna vez penetrar en la habitacion privada de la niña Blanca.

Cuando esta llegó á los quince años, su posición cambió por completo. Oliverio se apercibió de que era hermosa, pensó en casarse con ella y desde entónces no fué ya una princesa de Luras: todo el mundo la tuvo que respetar, y el mismo Vicente Tarchino tuvo que suspender sus groseras chanzonetas, pero se consoló diciendo que si la situación no cambiaba, la regente de Francia encontraría medio de estrangular á su rival.

Por esta época fué cuando pusieron al servicio de

Blanca al mala cabeza de Juan el paje, y la primera vez que los dos jóvenes se vieron, hubo en ambos una emoción inexplicable: parecía que se recordaban aun que no era aquella la primera vez que se veían.

A los quince años el amor se mezcla en todo, y en los jóvenes á esta edad se tiene ya el instinto de la defensa; Blanca sentíase arrastrada hácia su nuevo paje, pero los ojos de Juan el Moreno brillaban con tal fuego, que Juana sintió instintivo pudor y fué severa con el mancebo audaz, que no era de los que se arrastran largo tiempo á los pies de su ídolo, y volvió sus ojos á las damas y camaristas que invadían el palacio.

Supo Blanca que este paje era casi hijo adoptivo de Vicente Tarchino, al que habian hecho recientemente señor de Bruns. Esta circunstancia perjudicó al paje más que otra cosa, y Blanca no se volvió á ocupar de él.

Durante los años que siguieron fué una sucesion no interrumpida de fiestas y encantos, tanto en París, como en el país de la Marche; y Blanca era la reina de la belleza, y segun la espresion del mismo rey un sol sin rival.

El rey siempre es rey, y Blanca no pudo menos de sentirse halagada por esta frase que le dijo el rey mismo en una fiesta en palacio; entretanto los dias pasaban y Blanca se trasformaba de niña en mujer y no pudo menos de saber la trágica historia del duque de Nemours y los rumores que corrían respecto á su posicion usurpada.

Apoyaban estos rumores sus recuerdos de niña, aquella cabaña que veía en sueños y le decia como le habia dicho el soldado embriagado, «tú eres hija de un pobre hombre y de una pobre mujer.» Sin embargo, Blanca era orgullosa y no queria dar fé á tales recuerdos: la primera vez que Dios puso en su camino un hombre que le pareció digno de ser amado, sus ideas se trasformaron, y el pobre Juan que tenia tanta necesidad de salvarse á si mismo, fué su salvador.

Le adornó con todas las cualidades que le deseaba, le hizo un héroe en su imaginacion, y como Juan amaba con éxtasis á la divina cazadora que se le habia aparecido en medio de su aislamiento, Blanca encontró en él un corazón dócil, repitiéndose la eterna fábula de Pygmalion, enamorado de su propia obra.

Blanca no conocia al bello jóven que todos los dias salía á su encuentro en la selva, que la contemplaba mudo é inmóvil, por lo cual tenia cierta analogia con la estatua de Pygmalion; y Blanca, sin darse cuenta de ello, empezó á interesarse, y poco á poco á amar ardientemente.

Ella misma nos ha dicho que estaba segura de que Juan el Rubio la seguiría, y sin embargo, cuando le vió detrás de su hacanea, pensó volverse loca de dicha.

Dichosas fueron las horas de aquel camino, en el que Blanca no sintió ciertamente la fatiga. A veces Juan se adelantaba con su caballo á esperarla en un recodo del camino.

Entonces Blanca levantaba su velo y sonreía al doncel, hasta que un día el capitán Vicente Tarchino, que mandaba la escolta, se apercibió de esta inteligencia: dió la orden de perseguir al jóven y Blanca tembló; pero Juan hizo maravillas con su caballo; se metió por la espesura, hizo perder su pista, y mienas tras le buscaban por la izquierda, apareció á larga distancia, sobre una colina, por la derecha.

Tarchino bramó de cólera y Blanca se echó á rier con todo su corazón.

Al fin de aquel mismo día, y ya cerca de los muros de París, cuando el crepusculo velaba los objetos y Blanca no buscaba ya á su enamorado galán, detúvose la comitiva en una hostería para descansar unos momentos, y allí se encontraron con otros soldados

al mando de Thibaut de Ferrieres, que volvían despues de haber cumplido la mision que le confiara el conde de la Marche.

La hostería se elevaba sobre una colina, y París estaba tan cerca, que las luces de la ciudad se veían brillar por encima de las murallas.

Blanca, que habia echado pié á tierra tambien, estaba entregada á su meditacion, cuando sintió que una mano tocaba á su brazo, y dijo á su oído una vez har-to conocida:

—Seguidme, y oiréis algo que os agrade.

Blanca se volvió, y se encontró con el soldado Jerónimo que, por una casualidad, no estaba borracho aquel día.

Condujo á Blanca á una parte de la sala comun, donde los compañeros de Thibaut de Ferrieres estaban confundidos con los soldados del rey.

En el siglo xv las tabernas y las hosterías no brillaban por su mucha luz.

Blanca y Jerónimo pudieron, pues, sentarse en un rincón sin fijar la atencion de nadie y escuchar el siguiente dialogo:

—¿Estás seguro de lo que dices?—preguntaba Thibaut.

—Y tan seguro; yo estaba de guardia esta mañana en la galería á que da la puerta del cuarto del rey, y lo he oído todo.

Blanca escuchó entonces con doble interés.

—¿Están locos todos los rodean á Carlos de Francia?

—¡Bah!—repuso el soldado;—se dice que monseñor Oliverio no se atreverá...

Reinó breve silencio, y despues Thibaut, bajando la voz, repuso:

—¿Y cuántos son los que han de componer la comitiva?

—Doce caballeros contando el rey.

—¿Y su traje?

—Todos de negro, excepto el rey, que llevará en el birrete los colores de su dama.

—¡Pardie!—esclamó Thibaut riendo;—le conozco á nuestro señor mas de una dama; difícil será averiguar los colores que vista hoy. En primer lugar, la hija de Maximiliano de Austria, que come y bebe en el palacio de Tournelles; despues la duquesa de Bretaña, que se encamina en estos momentos hácia París, con preparativos de boda; tambien la señora Blanca de Armagnac, á quien dicen que mira con buenos ojos; en fin, el chico acabará por ser un hombre! Y armas, ¿llevará?

—Esto que y daga.

—¿Y cuándo y cómo piensan ejecutar el golpe?

Thibaut arrojó su bolsa al soldado, y se levantó diciendo:

—Compañeros, á caballo; si monseñor Oliverio no se atreve, yo llegaré hasta Mad. Ana, duquesa de Borbon, mi antigua señora. ¡Adelante!

El y sus compañeros salieron de la hostería en tumulto mezclándose á la escolta mandada por Vicente Tarchino.

Estos dos excelentes servidores de Graville, Vicente Tarchino y Thibaut de Ferrieres, eran rivales, cada uno de ellos tenían trazado su camino; Tarchino queria destruir á los Armagnac para llegar á la posesion del ducado de Nemours; Thibaut, por espíritu de contradiccion, negaba la existencia de la duquesa Isabel y de su hijo, trataba de ilusiones las aprensiones de Tarchino, y aconsejaba á Graville que abandonase aquel terreno falso y entrase desde luego en los más atrevidos planes políticos.

Blanca de Armagnac volvió á ocupar su hacanea muy pensativa: el secreto que acababade descubrir era de la mayor trascendencia; se trataba de la vida del rey.

No sabia á quién confiarse pero; antes que la escolta

se pusiera en marcha, oyó el trote de un caballo y su corazón se animó.

—¡Le veré esta noche!—se dijo.

Y parecióle que ya el peligro había desaparecido y podía confiar á su héroe la guarda del rey de Francia. ¡Véase qué niña tan razonable, y qué monarca tan bien guardado!

Volvamos á la fiesta. Juan el Rubio quedó aturdido por la brusca desaparición de su dama y su cabeza trabajaba y repetía maquinalmente:

—¡El rey! ¡el rey el que quiere robarla!

Una risa burlona se oyó á su lado, le hizo volver el rostro, y se encontró con la gentil María de Argenes.

—Parece que mi deseo no se ha realizado,—dijo la traviesa niña;—no teneis el aire muy satisfecho, haceis bien; yo estaba cerca de vos, he oido los que os decian, y á fé que sois amante bien desgraciado.

Juan no sabia si reir ó enfadarse por este atrevimiento y la gentil muchacha repuso entre seria y jovial:

—No se puede mimar mucho á los niños porque llevan muy léjos sus exigencias. El rey no robará á mi señora Blanca, que viste el traje de una de sus camareras; robará á mi compañera Berta, que despues de todo, no lamentará haber sido robada por un rey. Tened, pues, el espíritu en calma y consagraos á la misión que os encargan; ved que una ocasion como esta no se vuelve á presentar más.

Estendió la niña el brazo á señalar el grupo de los doce caballeros y dijo:

—No perdais de vista al que lleva la escarapela azul y púrpura; de él depende vuestra dicha ó vuestra desgracia.

Las últimas damas de la comitiva penetraban en este momento en el templo y María corrió á confundirse entre ellas, mientras Juan seguia inmóvil, con la vista fija en los caballeros negros.

VI.

Donde Tranquilo se enfada.

Tarchino había arrastrado al hermano Tranquilo hasta el palacio, y los que le habian visto remolcar al pedagogo que parecia un hombre privado de razon, se preguntaban qué diablo queria hacer el Italiano de aquel pobre hombre: dejábase conducir este sin saber lo que le pasaba, porque todos los sucesos de aquella extraña noche se confundian en su mente y con los ojos abiertos y sin formar juicio de lo mismo que veia, parecia un sér del otro mundo que caminaba dormido en el presente.

De repente tuvo un brusco despertar; las dos manos de Tarchino le sacudieron rudemente por los hombros mientras su voz le decia:

—¡Mirale, apoderate de él y no le mates!

Tranquilo dirigió maquinalmente su vista en varias direcciones, y cuando apercibió á Juan, pareció despertar. Abalanzóse al cuello del niño y exclamó con vehemencia:

—¡Desgraciado, desgraciado! ¿Por qué has huido de nosotros?

Juan olvidando todos sus compromisos, todas sus palabras, se precipitó al cuello de Tranquilo como si hubiera abrazado al mejor de los padres.

Tranquilo reia y lloraba á la vez: todo lo anterior le parecia un sueño, solo el presente realidad.

—Y mi madre?—murmuró Juan con emocion;—háblame de mi madre.

—Pero, desgraciado,—repetía Tranquilo,—¡venirte desde la Marche á Paris! ¿quién te ha enseñado el camino?

—Dejemos eso y háblame de mi madre.

—Está en Paris,—murmuró muy bajo Tranquilo;—ha hecho tan largo camino aun á riesgo de su vida, porque tú no sabes, desgraciado, tú no eres como los demás... lo que en cualquier hijo puede pasar por una ligereza, ¡en tí tiene el carácter de un crimen!

Pasado el primer instante de sorpresa, Juan recordaba su palabra, y mientras hablaba con su preceptor no perdía de vista el grupo de los caballeros vestidos de negro.

Tarchino en cambio les habia puesto un vigilante.

Su negocio parecia marchar tan bien como el de Thibaut de Ferrieres, y si este habia tomado sus medidas, Tarchino no habia olvidado las suyas: monseñor Oliverio de Graville era muy dichoso al tener tan buenos servidores.

—Amigo mio,—repuso Juan con entereza,—si ayer era un niño, hoy soy un hombre y ya no es tiempo de hablarme en enigmas.

—Es verdad, tu cuerpo es ya el de un hombre; no te falta ni aun espada á la cintura...; pero ¡Dios mio! ¿posible es que tus manos puedan levantarla?

Por un movimiento de fanfarrona juvenil, Juan desenvainó y blandió la espada con mano firme.

—¡Oh!—murmuró Tranquilo cerrando los ojos,—la sangre de un caballero no puede mentir: aprende á manejar las armas como el león á rujir, como el águila á volar... En fin, basta; tu madre está cerca de aquí; sígueme y vamos á consolarla.

El primer impulso del jóven fué echar á correr, pero volvióse á contemplar el grupo de los caballeros y dijo:

—Imposible; déjame todavía algunas horas, despues te seguiré; yo te lo juro.

—¡Cómo!—repuso el hermano Tranquilo sin poder dar crédito á lo que veia;—¿no puedes venir al lado de tu madre que te llama, que te llora?

Juan bajó la cabeza y no contestó: como aquel sitio del jardin estaba, como todos, invadido por la multitud, aquel hombre, con su extraña sotana, sus ademanes grotescos, empezaba á llamar la atención.

La verdadera reina de la fiesta, la que habia consentido en representar el papel de esposa de Salomon, la regente de Francia, no se habia presentado, y como las malas noticias se propalan con rapidez, ya corria de boca en boca el rumor de que Ana de Francia no habia ido porque monseñor Oliverio habia caido de la gracia real.

En efecto, en la mesa del festin, el sitio reservado á la hija de Faraon se veia vacío, enfrente del que ocupaba la maligna Berta de Sauvés, la cual reia bajo su careta, admitiendo los honores que se le hacian.

La verdadera reina de Saba, Blanca de Armagnac, estaba confundida entre la multitud de criados y favoritos, y Salomon parecia olvidarla como si estuviera entregado á profundas preocupaciones.

Thibaut de Ferrieres, que estaba á su lado, le hablaba al oido, y Tarchino, á mitad de la cena, se acercó á él y tambien le dijo:

—Cuando monseñor quiera convencerse de la verdad de mis palabras, no tiene más que esquivarse y seguirme.

—¿No se tienen noticias de la regente?—murmuró Graville incapaz de apartar de sí esta idea que le atormentaba.

—Sí señor,—murmuró Tarchino con sonrisa maligna.—Se dice que madama Ana ha preguntado si el tablado y demas utensilios que sirvieron al pobre Jacobo de Armagnac están aun en estado de volver á servir.

Volvióse el conde á su favorito, y le dijo mirándole frente á frente:

—¿Por qué no me has dicho que el duque de Orleans está en Paris?

—Vengo de lejos como sabeis, monseñor, y no digo

más que una cosa: los que os aconsejan atacar al rey son insensatos ó traidores.

Graville observó que los asistentes al festin se fijaban ya en ellos.

—No te alejes,—dijo á Tarchino,—te seguiré dentro de unos instantes.

Después, llamando una sonrisa á sus labios, apuró su copa en honor de la hermosa reina de Saba.

Al lado de la verdadera Blanca de Armagnac, en el último rincón de la mesa, había un sitio vacío y una mujer que llevaba el traje de las esclavas de Salomón y el rostro cubierto con mascarilla. So había sentado hacia un instante y murmuró al oído de la hermosa Blanca:

—¿Porqué la reina no responde al brindis del rey? Blanca se estremeció y miró recelosamente á la encubierta.

—No mires con recelo, ni trates de conocerme,—dijo aquella mujer,—pues aunque descubriera mi rostro no me conocerías.

Blanca la escuchaba con más curiosidad que enojo. El timbre de aquella voz tenía algo de melancólico y triste que impresionaba.

—¿Porqué me llamais reina?—murmuró.
—Por que te conozco, jóven; conozco los secretos de tu corazón mejor que tú misma. La que está en el lugar de honor debería estar en tu puesto, porque tú deberías ocupar el suyo.

—Si supierais quién soy,—dijo Blanca con ademán imperioso,—no me hablaríais como lo haceis. Precisamente te hablo porque sé quién eres mejor que tú misma.

Blanca bajó la cabeza y guardó silencio. El festin animándose poco á poco iba tomando carácter de orgía.

Las voces enronquecidas y el ruido de las copas iba ensordeciendo el ruido de la música, y el rey Salomón trocó que podía dejar la sala del festin sin excitar otro sentimiento que el de la sorpresa, sorpresa fundada en que no llevaba consigo á la hermosa reina de Arabia.

El rey Salomón se echó sobre los hombros un manto de color oscuro, y salió á los jardines: á la puerta del palacio había seis hombres apostados que á una seña de Tarchino siguieron á su señor.

Entre tanto en la sala del jardín Thibaut decía á sus parciales.

—No temáis, es cosa convenida entre el señor conde y yo: cuando llegue el momento, mano á las espadas y la recompensa será digna de la hazaña, os lo aseguro.

—Niña,—decía en este momento la encubierta á Blanca de Armagnac,—sé que le amais, yo le amo también más que vos y le amaba mucho antes.

Las miradas de Blanca querían penetrar á través del antifaz de la desconocida; aquella mujer le inspiraba miedo más bien que celos.

—¿Le amais?—balbuceó.—¿Y él os ama?

—No ha dejado de amarme nunca; pero no hablemos de él, hablemos de tí: te he dicho que te conozco mejor que tú misma. ¿No es verdad, niña, que no es solo el amor el que te produce insomnios, y engendra ilusiones en tu mente? ¿No es verdad que en torno de tí existe un misterio que quisieras penetrar á costa de los mejores años de tu vida?

Blanca miraba á aquella mujer casi con terror.

—¿No es verdad—prosiguió la desconocida con acento vibrante—que el nombre de Armagnac que llevas pesa mucho sobre tus débiles hombros, bien le hayas heredado por derecho de nacimiento, bien le hayas recogido en los despojos de un hombre asesinado?

Blanca no se había dado nunca cuenta tan exacta de lo que pasaba en su alma, como se la daba ahora aquella mujer desconocida.

¿Le correspondía en efecto ó no el nombre que llevaba? Si era suyo aquel nombre, ¿por qué había entrado allí en la casa del asesino? Si no era suyo aquel nombre, ¿por qué hacerse cómplice de los usurpadores?

—No sé quién eres,—dijo después de una pausa volviéndose á la desconocida,—ignoro quien te ha mostrado el fondo de mi alma y si me amas ó si me aborreces; pero si puedes descubrirme el secreto de mi nacimiento, te pagaré ese servicio con todo cuanto poseo.

—Puedo descubrirte, y no quiero nada de lo que te pertenece.

Blanca tembló: temió que lo único que le quitase fuese el amor de Juan.

—Mañana,—repuso la desconocida,—estaré al anochecer en la iglesia de Nuestra Señora, y te aguardaré á la izquierda de la nave ante la verja del coro ¿Irás?

—Iré; pero para que pueda reconocerte déjame ver tu rostro.

Y al hablar así temblaba: temía encontrarse con una hermosura mayor que la suya.

La desconocida volvió un momento la espalda á la mesa del festin, y levantó su careta.

Toda el alma de Blanca pasó á sus ojos: miró con ansiedad y apenas pudo contener un grito de asombro.

—¡Ah!—murmuró,—no es extraño que os ame.

La desconocida sonrió tristemente, y en aquella sonrisa había algo de cariñosa protección.

Blanca de Armagnac, una de las más poderosas princesas de la Francia, parecía al lado de aquella mujer una niña tímida ante la majestad de una reina.

La desconocida tomó su mano y le dijo:

—¿No olvidéis el sitio ni la hora!
Blanca bajó la cabeza, y una lágrima pareció asomar á sus ojos: la desconocida tomó entonces su mano en el instante en que los convidados empezaban á abandonar la sala del festin, sus labios rozaron levemente la frente de la niña y murmuró con emoción:

—Tranquilizaos, no soy vuestra rival.

—¿Quién sois entonces?—dijo Blanca con ansiedad.

—¿Su madre!—dijo aquella mujer confundiendo entre los convidados, mientras inundaba el corazón de Blanca un torrente de alegría.

VII.

Salvad al rey.

La bóveda del cielo que había aparecido negra haciendo resplandecer doblemente la fiesta, empezaba á iluminarse con una tinta livida hacia el Oriente, y la aurora asomaba más pálida porque para nuestros personajes se presentaba como á través de las llamas de un incendio.

Viose salir del palacio de Salomón á dos hombres envueltos en oscuros mantos y á ellos se unieron algunos soldados hebreos de los que daban la guardia al hijo de David: bajaron los escalones de la entrada y penetraron en una de las tiendas donde la gente de más baja condición satisfacía su apetito y solemnizaba la fiesta: sentáronse á una mesa y precisamente la tienda que habían escogido, era aquella en que estaban Juan el Rubio y Tranquilo.

Los guardas del rey Salomón se pusieron en la parte anterior de la mesa, Tarchino en el lado contrario y su compañero, que llevaba la capucha del manto caída sobre el rostro, se quedó de pie en la parte más sombría de la tienda.

En su actitud recelosa, aquel hombre parecía decir: me habeis prometido pruebas, vengo á buscarlas. Maese Tarchino se dispuso á satisfacerle y dijo á los soldados:

—¡Viva el duque de Orleans!—gritó la multitud por aquella parte.

Y las campanas repicaron y el tumulto llegó á su colmo.

Los honrados menestrales que formaban corrillo con maese Richard miraron indecisos á derecha é izquierda; y el guantero, que era el más elocuente de la banda, dijo levantando el cuello de su copilla:

—Compadres, este negocio se embrolla; vamos á casa, cerremos la tienda y mañana cuando haya acabado saltemos si estamos por la regente ó por el señor duque.

Muchos de los que no tomaron tan prudente partido no lograron ver la procesion del domingo siguiente.

II.

Huéspedes misteriosos.

Pasaba ciertamente algo inusitado en la hostería de La Tortuga, á cuyo frente estaba la madre Pavot, la tabernera más alegre del barrio del Mercado.

Aquella mañana se había abierto la puerta, como de costumbre, á los parroquianos diligentes que iban á tomar la mañana, y todo el día las mesas habían estado muy concurridas, gracias á la agitacion que llevaba hacia aquel barrio, á la poblacion en masa de Paris.

Todo el mundo, sin embargo, podia advertir que el servicio de La Tortuga desmentia aquel día su buen nombre. El servicio se hacía como queria Dios; la madre Pavot, tan activa, no se había presentado, á pesar de haber dado ya las doce el reloj de San Eustaquio, y Mireta, la gentil Mireta, que alegraba con su sonrisa á los parroquianos de La Tortuga, tambien aquel día permanecía invisible.

Y Simon, la parte grotesca del establecimiento, el que hacía reír á todo el mundo en cuanto le obsequiaban con algunos sorbos de lo añejo, tampoco se presentaba aquel día. ¿Dónde estaban la madre Pavot, Mireta y Simon?

Este se paseaba todo á lo largo de un corredor oscuro donde la había dejado de centinela la madre Pavot, porque á este corredor se abría su cuarto y en su cuarto debían alojarse huéspedes de grande importancia, puesto que la madre Pavot les otorgaba guardia.

Simon estaba armado de estas armas, esto es, tenía al cinto una espada mohosa, y al hombro un arcabuz que difícilmente hubiera podido despedir el tiro: el pobre muchacho sentíase embarazada con aquellos utensilios que no sabía manejar, y la espada se le enredaba en los piés y pegaba en las paredes; el arcabuz rendía su brazo y daba al diablo muy de veras á los huéspedes que le habían encomendado guardar.

Al cabo del corredor, se abría la puerta de la cocina donde la madre Pavot y Mireta se ocupaban en preparar un verdadero festin: mamá Pavot parecía muy agitada, y la sopa, las carnes, los pescados, producían un perfume voluptuoso para la nariz de Simon.

—Eso no es malo,—pensaba,—no se lo han de comer todo y algo me quedará; pero, ¿por qué la madre Pavot que no pone nunca las manos en la masa, se ha empeñado en guisar hoy?

Mireta ayudaba á su madre con la mejor voluntad; pero padecía frecuentes distracciones que le habían valido serias reprimendas, porque cualquiera de ellas podia comprometer la obra culinaria de la madre Pavot.

—Yo no creo,—pensaba,—que la muchacha tenga ya amores en la cabeza.

Y con una brusca transicion exclamaba en voz alta:

—¡Marido! ¡marido! El marido de la Pavot que se disfraza de fiera como un histrion para tomar parte

en la fiesta de Graville... Créelo, Mireta, hija mia; háy que pensar mucho antes de tomar marido. ¡Pardiez si yo volviera á empezar, me quedaria soltera.

Es de notar que la madre Pavot no había adoptado estas opiniones sobre el matrimonio hasta el día en que maese Pavot la hizo sentir el peso de su soberanía.

Mireta escuchaba á su madre sin entenderla. Simon la veía cruzar desde lejos y observaba que de vez en cuando al cruzar con un plato ó una tartera miraba por la ventana, lo que hizo exclamar á Simon:

—¿Qué diablos tiene que mirar por la ventana? ¡Siempre que pasa por delante de ella se queda estática!

La ventana de la cocina daba á aquel terreno lleno de escombros que había contiguo á la plaza del Mercado, escombros desde los que había saltado, si bien se recuerda, Juan el Rubio la noche anterior á la sala de la taberna.

Simon no había olvidado aquellas almas en pena que aun le hacían morir de miedo: toda la noche había pensado en ellas, y á la mañana siguiente, aun atemorizado, pudo observar desde su lecho que la Pavot introducía en su cuarto á las primeras luces de la aurora á tres personas: una era el pobre mendigo de la vispera, aquel hombre de la sotana raída á quien la madre Pavot había querido arrojar de la casa con la mujer que le acompañaba.

La mujer... Simon no podía creer que fuese la misma que ahora entraba con el traje y la arrogancia de una reina, y sin embargo, no lo podia dudar; era la misma mujer.

En cuanto al tercer personaje, Simon tembló de piés á cabeza, porque no le quedó duda de que era uno de los fantasmas que habían entrado por la ventana, y que, como la mujer, se había transformado, llevando un traje azul bordado de oro y de lentejuelas.

Aquella era la noche de los encantos para Simon y se metió más entre las mantas, aguardando que un rayo de sol llegase á disipar todos aquellos delirios. Salíó el sol, se levantó Simon, y al punto un olorillo confortable le reanimó. Mireta estaba pálida, en cambio la madre Pavot estaba encendida y tenía un aire importante que anunciaba grandes sucesos.

Simon se dirigió á la sala de la taberna y encontró la puerta cerrada con doble llave. En todo el departamento que comprendía la cocina y los dormitorios, no había ningun criado; á todos los había echado la tabernera hacia la parte exterior para que sirviesen á los parroquianos, con orden de que no entrara para con cuantos ni reclamaciones; cerró despues la puerta de comunicacion, y para guardar esta puerta fué para nada lo que llamó á Simon, dándole un arcabuz inútil y una espada inofensiva.

Despues, muy satisfecha, se había consagrado á sus hornillos, exclamando:

—Aunque no sea noble, soy leal y quiero defender á mis señores. Cuida bien la puerta, Simon; tu padre Nicolás la hubiera guardado bien... ¡Ah! verdad es que el miedo envejece y que los hijos no valen lo que los padres.

La estancia que la Pavot había cedido á sus huéspedes estaba silenciosa; y Simon, que hacia la guardia por el corredor, no había oido salir el menor ruido. El día avanzaba, el sol había andado la mitad de su carrera inundando de rayos la cocina de La Tortuga, donde la Pavot reinaba en todo su esplendor.

De repente Mireta lanzó un grito medio contenido y la Pavot sin volver el rostro, exclamó.

—¿Qué tienes, muchacha?

—Nada, nada, pero me ocurre que no tenemos ni pimienta ni nuez mascada para el pescado.

—¿Estás segura? ¿Has buscado bien?

—Sí, madre; se ha concluido.

TERCERA PARTE.

I.

El pueblo de Paris.

La ciudad estaba silenciosa y sombría, reinando en ella una de esas emociones sordas que dejan las calles desiertas, porque hacen afluir la población á los centros principales.

Formábanse grupos hacia la derecha del Sena, y mientras no se encontraba un alma por el barrio de las Escuelas, las avenidas del gran Mercado estaban invadidas de políticos y curiosos.

Decíase que el rey Carlos VIII habia vuelto á su palacio de Tournelles; decíase que Ana de Francia, la regente, estaba en el lecho, peor que su hermano; decíase que muchos soldados con los colores de Orleans, daban la guardia en la Bastilla y San Antonio, y lo que Tarchino habia dicho á su señor corria de boca en boca, que el rey habia dicho por primera vez «yo quiero.» y la regente habia temblado.

Todas las guardias se habian reforzado; y la del Louvre la daban hombres fieles al conde de la Marche; pero cuando un movimiento ha de tener lugar en una gran ciudad, todas las precauciones son inútiles.

Muchas tiendas no se habian abierto; el silencio era amenazador y siniestro, y las campanadas del reloj estremecian á los escasos transeúntes, como si diesen el primer toque de alarma.

En torno de los grandes mercados la gente afuía, y maese Richard, guantero del conde de la Marche, estaba allí con su compadre maese Antonio, vendedor de paños, y otros convecinos que hemos visto con ellos en la tertulia de La Tortuga.

—Amigos,—decía maese Richard,—no es porque tenga la parroquia de monseñor Oliverio; pero todo esto no presagia nada bueno.

—¡Ah!—esclamaba maese Antonio frotándose las manos.—apuesto veinte ó treinta escudos á que todavía se ha de gritar como en otros tiempos: ¡Armagnac, Armagnac!

Maese Richard era diplomático y exclamó:

—Todo el mundo tiene algo bueno escepto los paganos, y los Armagnac eran hijos de la Iglesia; pero aún no está dicha la última palabra sobre monseñor Oliverio, aun hyy muchos entre el pueblo que han comido su pan.

—¿No se ha dicho,—esclamó otro,—que han venido los arqueros, en nombre del señor duque de Orleans, á tomar posesion del palacio que monseñor Oliverio ha hecho construir cerca de San Eugenio?

—Sí,—repuso el guantero con aire sombrío;—cuando os digo que las nuevas son malas... En fin, cómo ha de ser! Haremos guantes para el duque de Orleans, como los hemos hecho para monseñor Oliverio.

Esta conclusion espresó con elocuencia la fé política de todos los que le rodeaban, que desde entonces se unieron en un interés comun.

—Pero, en fin,—dijo maese Antonio,—¿qué ha pasado en la famosa fiesta? ¿No estabais vos, maese Richard?

—Ya lo creo que estaba, y aunque viva cien años no lo olvidaré. Habia allí más de mil quinientos escudos solo en guantes de mi casa... Si monseñor Oliverio cae de la gracia, ¿quién abonará mi cuenta?

—Y la regente no estaba en la fiesta.

—Yo no he quitado la careta á todas las damas que allí habia; pero lo que puedo deciros es que la fiesta debia durar tres dias, y á las cinco ó las seis no habia nadie en los jardines del rey Salomon. Yo bebía tranquilamente cuando todo el mundo gritó:—Mirad, mirad, los caballeros negros. Yo no los habia notado y entonces vimos caballeros vestidos de negro, armados de espada, y más lejos uno solo que parecia un niño, contra el cual peleaban Thibaut de Ferrieres y los suyos: de repente se oyó una voz que gritó: ¡Salvad al rey!

—¡El rey!—dijeron todos los curiosos.

Y todo el mundo añadió que habia ido allí por amor á Blanca de Armagnac.

—¿Y quién queria matar al rey?—dijeron todos asombrados.

Maese Richard no sabia de esto más que los otros.

—Yo no puedo comprometerme acusando á nadie,—dijo,—pero lo que os aseguro es que la merada del señor conde perdió de repente su aire de fiesta: todos se preparaban á la batalla, y al volver á lo largo del camino los convidados, con sus disfraces de gala, contrastaban con lo sombrío de sus rostros. Unos decían: «mañana volverá el rey y caerán estos muros», y otros: «mañana madama Ana de Francia abrirá las puertas de Paris á su favorito Oliverio de Graville».

En aquel momento hubo gran tumulto en la plaza del Chatelet: el caballero Martin Guillard avanzaba á la cabeza de los arqueros de Mad. Ana, y la multitud de aquella parte exclamó:

—¡Viva la regente!

Mientras que por la iglesia de San Eustaquio se presentaban otras fuerzas, al frente de las que iba monseñor Arturo de Vilaine, escudero del duque de Orleans.

Los combatientes, pero en aquel momento gran tumulto oyóse hacia la parte de palacio y algunas voces exclamaron:

—¡El rey, el rey! ¡Salvad al rey!

Juan había olvidado á los caballeros negros. El conde de Graville, que encubierto había ido á tomar fe de sus odios personales, se estremeció como al choque de una descarga eléctrica, y en aquel momento en que la espada del joven y la de Tarchino se cruzaban, una voz de mujer gritó:

—¡El rey, el rey! ¡Salvad al rey!

Juan el Rubio dió un salto hácia atrás, y sus ojos se volvieron al palacio: vió á Blanca de Armagnac sin careta y sin velo, que la señalaba el grupo de los caballeros vestidos de negro, y entonces Juan volviéndose al italiano repuso:

—No tengo tiempo de matarte esta noche, pero yo sabré reconocerte.

Y mientras el italiano lo seguía en guardia, el muchacho se dobló como la serpiente, tiró de la daga y marcó con dos rayas en cruz el rostro de aquel hombre.

El italiano lanzó un rugido, pero era tarde: Juan de un salto se había lanzado fuera de la tienda gritando:

—Mañana, á la caída de la tarde, delante de los muros del Louvre.

—Teneis razon,—dijo el hombre encubierto al oído de Tarchino;—mañana procura portarte bien, porque hemos dejado al leon tiempo de que le crezcan las garras, y ahora es más difícil sujetarle.

La cuadrilla de los negros caballeros había tratado de robar á la reina de Saba; no había ido para otra cosa; y en el instante en que Juan el Rubio llegaba al último grado de exaltacion, y apartando los soldados buscaba ciego el pecho de Tarchino, no había más que once caballeros en el grupo consabido.

El que hacia los doce, que tenía el talle de un niño y llevaba los colores de Blanca, se había aventurado para llegar el primero á la litera de la joven princesa, y Thibaut de Ferrières, con sus soldados, había conseguido cercarle.

Este fué el momento en que el duque de Orleans, alzando su mascarilla, exclamó:

—¡Salvad al rey!

Los caballeros vestidos de negro se abalanzaron todos á salvar al monarca del peligro; pero los parciales de Thibaut fingian no conocer al rey, y su jefe los gritaba:

—¡Muera, muera!

—¿Dónde vas, hermano Juan?—preguntó una voz en medio de aquel tumulto al mismo oído de Juan, que corría.

—¡A mí!—dijo entonces Juan el Rubio reconociendo al paje.—Sígueme, hermano.

Tratábase de repartir estocadas y Juan el Moreno no se hizo repetir la invitacion. Llegados ambos al lugar donde los soldados rodeaban al joven monarca encubierto, cayeron como un rayo sobre ellos, desbaratando el círculo que en torno del joven formaban.

A lo lejos se oía al duque de Orleans, que cercado con los suyos, no podía ir en auxilio del monarca.

—¡Salvad al rey! ¡salvad al rey!

No había tiempo que perder: la espada de Juan el Rubio atravesó la garganta de Thibaut, mientras el estoque de Juan el Moreno abría el cráneo de otros de sus parciales cuyo nombre no hace al caso.

Intimidados los soldados con la muerte de su jefe, batiéronse ya casi en retirada y pocos instantes despues, Juan el Rubio y su hermano de armas tenían en su poder al joven monarca, y el primero gritaba dirigiéndose al grupo de los caballeros negros:

—¡A mí, monseñor, á mí! ¡El rey está en salvo!

Renunciamos á pintar el asombro que estas pala-

bras produjeron en la multitud ignorante de que el rey estaba en la fiesta y ménos de que peligraba su vida.

Los caballeros, vestidos de negro, peleaban entretanto con los que se oponian á su paso, y el duque de Orleans gritaba:

—¡Un momento! ¡Defend os un momento!

Entretanto Juan el Moreno, que apenas se había dado cuenta de lo que pasaba, exclamó:

—¡Pardiez! Yo he hecho lo mismo que tú, y no sé si éste es el rey ó no; pero si no lo fuera, habríamos cometido una insigne torpeza, porque los muertos pertenecen á monseñor Oliverio, mi señor; y pues que ya te deje en seguridad, hermano Juan, echo á correr y Dios te saque con bien de esta aventura.

Y uniendo la accion á las palabras, echó á correr por entre la multitud, mientras los caballeros negros, que ya se habían deshecho de sus enemigos, rodeaban al rey.

—Os habeis portado como un valiente,—decía Luis de Orleans abrazando á Juan el Rubio;—decidme vuestro nombre, porque yo suelo olvidar alguna vez á mis enemigos, nunca á los que me han hecho un favor.

—Monseñor,—murmuró el joven balbuciente;—hace cinco minutos no tenía nombre; desde hace cinco minutos han pasado tales cosas, que no sé si sueño ó estoy despierto.

—Pues es preciso que yo trate de saber quién sois,—dijo el duque quitando con su propia mano la careta del rostro de nuestro joven amigo.

—¡Oh!—exclamó;—por Dios que sois bien joven para sostener el acero con tan fuerte mano,—y añadió volviéndose al rey:—señor, hé aquí vuestro salvador.

El rey clavó en él sus ojos lánguidos y le hizo una leve inclinacion de cabeza; pero el duque de Orleans estrechó de nuevo su mano, y dijo:

—El rey mi primo se acordará, y si él se olvidara yo tendré buena memoria por los dos.

Estrechó una última vez la mano del joven, y dijo con imperio volviéndose á los suyos:

—¡Señores, á palacio!

Cuando la cuadrilla de caballeros negros se puso en marcha, todos los rostros estaban descubiertos y detrás del duque de Orleans se pudo ver á los más ilustres caballeros de la nobleza francesa.

Nadie se opuso ya al paso del joven monarca; monseñor Oliverio de Graville, que había arrojado vivamente su manto sombrío, se inclinaba hasta la tierra en honor de S. M.

En una calle desierta del Paris meridional, cerca de las murallas del palacio de la Marche, Juan el Rubio, fatigado y con el cabello empapado en sudor, estaba entre su madre y el hermano Tranquilo. Ella le estrechaba con pasion: Juan la sonreía y el hermano Tranquilo estaba taciturno y con la cabeza baja.

La luz rojiza de un farol que ardía delante de una virgen que estaba en un nicho de piedra, difundía pálida luz sobre este grupo; hacia apenas algunos minutos que los tres habían dejado, y no sin peligro, los Estados del rey Salomon.

—Mañana, á la caída de la noche, ante los muros del Louvre...—pensaba el hermano Tranquilo.—Y yo he sido la causa de todo! Ellos le buscaban hacia quinientos años... Yo se lo he entregado... ¡Miserable de mí! ¡perdonadme, señora, perdonadme!

La duquesa miraba á su hijo con orgullo; tendió su mano á Tranquilo y con la otra acariciaba los cabellos de su hijo que contestaba por su madre.

—¡Has hecho bien!

La duquesa estrechó de nuevo aquella mano leal, y con voz conmovida volvióse á su fiel servidor, y dijo:

—¡Has hecho bien, amigo mio, has hecho bien!

—¡Bien bebas, amigo Pedro! no bebias tanto cuando te conocí y como hombres de guerra los dos buscábamos una pera con que apagar la sed. ¡No te trataba así aquel maldito condestable de funesta memoria!

Vicente hablaba en voz alta sin que nadie entendiera el sentido de sus palabras, ni ménos que se referían al difunto condestable, padre del último duque de Nemours.

Tranquilo predicaba en tanto á Juan el Rubio, que apenas le escuchaba, repartiendo su atención entre los caballeros negros y las voces de Vicente Tarchino que llegaban á su oído.

—Sí,—dijo el soldado Pedro,—parece, en efecto, que ese condestable, Bernardo de Armagnac, era un mal sujeto.

Tranquilo oyó estas palabras y la frase que iba á salir quedó suspensa en sus labios: parecía imposible que el nombre Armagnac no llamase la atención del jóven.

—Una mala persona,—repuso Tarchino sin separar su vista del mancebo y del hermano Tranquilo. Este como si quisiera distraer la atención del jóven, exclamó:

—La noche que desapareciste, nadie durmió en la cabaña, y Estéban, el hijo del leñador, salió muchas veces á llamarte á la selva y tú no respondías. Yo decia á la señora que lloraba: volverá, volverá... y á fé que lo creía. ¡Ya se vé, yo juzgaba conocer tu corazón!

Se interrumpió una segunda vez porque las palabras de traidor y villano, revueltas con el nombre de Armagnac, llegaron de nuevo á sus oídos.

—Yo le pediré perdon de rodillas—murmuró el jóven;—mi madre me ama tanto, que me perdonará, y cuando le diga yo todo lo que sufría... lo trastornará que estaba mi cabeza...

—¡Calla, calla!—murmuró muy bajo Tranquilo.—¡Calla y escuchal...

Sus cejas estaban contraidas; sus puños crispados con verdadero coraje,

—¡Qué pasa?—preguntó el jóven asombrado.

Jamás habia visto una espresion semejante en el rostro del hermano Tranquilo.

—¡Estás sordo?—dijo éste con aire de reconvenccion.

Juan no comprendia que Tranquilo pudiera enceletrizarse por que trataran mal á un condestable Bernardo, de quien él ni noticias tenia; y el rostro del jóven permanecia tan tranquilo, que Vicente Tarchino sintió por un momento vacilar su fé. El hombre que, envuelto en un manto, habia ido á observar todo lo que pasaba, se acercó á él y dijo á su oído:

—Ya ves que te engañas, Vicente: si ese niño tuviera una gota de sangre de Armagnac en las venas, su espada hubiera ya buscado sitio en tu corazón.

—Paciencia, monseñor,—murmuró el italiano;—todavía no hay que desesperar.

Y añadió en alta voz:

—Pero por la muerte del diablo, si malo era el condestable, aun era peor su hijo bastardo, el miserable Jacobo de Armagnac, duque de Nemours, vilmente ajusticiado en la plaza del Mercado.

La respiracion de Tranquilo era difícil... su rostro estaba descompuesto...

—¡Oyes, oyes?—balbuceó.

—Oigo—dijo el jóven—que esas gentes hablan de los antiguos señores de Armagnac: ¿qué tengo que ver yo con eso?

—¡Qué tienes que ver! ¿no tienes sangre en las venas?

Juan se echó á reír.

—Amigo Tranquilo, despierta; el vino y la fiesta te han trastornado.

Bajó la cabeza Tranquilo, sin responder, y el jóven prosiguió:

—¡Qué me importa á mí que Jacobo de Armagnac sea bastardo ó legitimo!

—¡Calla, calla! ¡No sabes lo que dices!—exclamó Tranquilo alzando su mano para tapar la boca del blasfemo.

Hay personas que tienen la pasion de investigar, y Juan el Rubio hacia tiempo que trataba de penetrar el misterio que le rodeaba: aquella noche el niño habia vivido diez años y aquellas figuras heráldicas que llevaba grabadas en su pecho sabia que eran las armas de Armagnac.

Era indudable que sus antecesores habian tenido algo que ver con aquella familia; pero ¿en qué clase y condicion? Juan ya queria saberlo todo, y la ocasion que se le presentaba era excelente.

No era ya el pobre niño el que preguntaba tímidamente en el fondo de una cabaña; era el jóven audaz que negaba para obtener la verdad; era el galan favorecido de una princesa que queria saber los titulos que tenia para merecerla.

Tranquilo permaneció como asustado ante el rostro impasible del muchacho, y mientras el encubierto señor de Graville murmuraba al oído de Tarchino:

—Mi pobre Vicente, bien ves que te engañas.

En los ojos de Tarchino brilló la ira reconcentrada.

—Y no fué bastante—añadió—cortar la cabeza de aquel malandrin; hubiera sido preciso descuartizar su cuerpo impuro...

Tranquilo tuvo un movimiento de ira, al punto contenido, y murmuró:

—¡Qué iba yo á hacer? Llamar el peligro sobre la cabeza de este niño que estoy defendiendo hace quince años. ¡Insensato!

—Y hubiera clavado su cabeza en una pica,—proseguia el italiano,—y debajo un cartel en que hubiera dicho: «Hé aquí el cuerpo del último Armagnac: impostor, ladrón y bellaco.»

Tranquilo cerró los ojos, llevó sus dos manos á los oídos, y así vió demudarse y palidecer el rostro del jóven.

—Ven, sígueme,—murmuró levantándose vivamente;—tu madre está impaciente; necesitamos ir á consolarla.

Juan el Rubio permaneció Tranquilo en apariencia; pero con alterado acento murmuró:

—Mi deber me detiene aquí, amigo Tranquilo; cuando sea tiempo no necesitaré que me digas dos veces que acuda á consolar á mi madre.

Tranquilo se dejó caer sobre la silla y sudor frío inundó su frente.

—Y no era eso todo—dijo Tarchino ya exasperado por que el conde le miraba y se reía.—Si infamia habia en la conducta del padre y en la del hijo, no se iba en zaga la de aquella mujer sin honra y sin conciencia, que se llamaba la duquesa Isabel...

Un gemido se escapó del pecho de Tranquilo, y Juan le miró frío, inmóvil, como pidiéndole una frase. Lucha terrible se libró en el corazón de Tranquilo: viósele cruzar las manos, mover los labios como si rogase á Dios, y despues enérgico, implacable, murmuró:

—¡Levántate, tira de esa espada y vé á defender á tu padre y á tu madre!

Juan lanzó un grito de alegría y cayó como un rayo con la espada desnuda en medio de los soldados que habian sacado á la vez sus espadas.

Lo que pasó entonces fué más rápido que el pensamiento; una mujer que llevaba el traje de las esposas de Salomon, la misma que habia citado á Blanca para el siguiente dia, bajaba las escaleras del palacio, y se detuvo á los primeros insultos vomitados contra la casa de Armagnac, y en el instante en que el infame Tarchino hacia caer toda su saña contra la noble duquesa Isabel, y Juan el Rubio estaba rodeado de las espadas de todos, aquella mujer dió un pasa á detener

—Vé pronto, hija mia, vé á buscarlos á casa de maese Estéban el droguero.

Simon que habia oido esta escena desde el corredor tuvo en duda una inspiracion, y dijo:

—Si quereis, yo iré.

Pero Mireta sin escucharle habia ya ganado en dos brincos la puerta que de la cocina salia á la calle, ya estaba fuera. Simon, abandonando su guardia, se dirigió á contemplarla por la ventana, y de repente dió un grito; el arcabuz se escapó de su mano y llevó las dos á taparse los ojos, diciendo con tono medroso:

—¡El alma en pena!

—¿Qué haces aqui, animal?—le dijo colérica la Pavot.—¿Por qué has desertado de tu puesto?

Simon, temblando, recogió su arcabuz y balbuceó:

—Estaba allí, entre los escombros: ha llamado á Mireta...

El alma en pena de que hablaba Simon era, como ya habremos adivinado, Juan el paje, que habia hecho á Mireta una seña desde afuera, buscando esta un pretexto para salir.

La Pavot no necesitaba grandes pruebas para convencerse de que Simon era imbecil, y le dijo:

—¡Vete de aqui, estúpido! ¿Crees que las almas en pena se pasean a la luz del sol?

—Si tal, ¡mirad, mirad!

La Pavot abandonó esta vez sus hornillos y corrió á la ventana.

—¿Qué diablos nos cuentas? ¿Dónde está el alma en pena?—dijo.

Pero ya no habia nadie hácia los escombros, murmurando Simon:

—Madre Pavot: ¡si el droguero vive al otro lado de la casa, cómo quereis que esté ahí el alma en pena todavia?

Poco despues entraba Mireta agitada y con la frente encendida.

—¡Tengo algo que decirte, madre!—murmuró con emocion.

La Pavot empujó á Simon fuera, y cerró la puerta de la cocina.

—Es verdad, muchacha—le dijo.—¿Te aguardaba alguien?

—Si, madre,—murmuró Mireta palideciendo.

—Lo siento; hubiera preferido á Simon, que no te hubiera zurrado nunca.

—Madre,—esclamó Mireta,—este es guapo, valiente; me ama con todo su corazon...

—¡Yalo veremos!

—Es...ya sabeis...—dijo lanifiasonrojándose—aquel que daría toda su sangre por el bello jóven de cabellos rubios que está en vuestro cuarto.

—¿Y le has dicho nuestro secreto desgraciado?—dijo la Pavot, cuyas mejillas pasaron á ser del color de la escarlata.

—No madre, no le he dicho nada: el señor Juan busca por todas partes al que llama su hermano Juan el Rubio, á fin de salvarle del peligro de muerte que le amenaza: creia encontrarle en esta casa, y he venido más por él que por mí, pero, como me habiais recomendado que callase, nada le he dicho, y ha partido jurando que perderá la vida ó impedirá que maese Tarchino asesine á su hermano Juan el Rubio.

La Pavot tenia los ojos bajos y parecia reflexionar.

—Escucha, Mireta,—dijo por fin,—si vuelve á llamarte por la ventana ese jóven que es tan guapo, tan valiente y tiene tan buen corazon, no le dejes fuera, dile que entre y hable á tu madre.

III.

En el cuarto de la Pavot.

La duquesa Isabel estaba con Juan de Armagnac, su hijo: el hermano Tranquilo se paseaba con la cara

macilenta, los brazos caidos...; de vez en cuando, se detenia como si quisiera decir algo á la madre ó al hijo, y una fuerza misteriosa le contenia; tomaba despues una espresion más sombría y proseguia su silencioso paseo.

La duquesa estaba sentada en el sillón de la Pavot y Juan en el almohadon, apoyando su cabeza rubia en las rodillas de su madre, mientras esta le contaba con lágrimas en los ojos la triste historia de Jacobo de Armagnac.

El jóven escuchaba con la mirada ardiente fija en su madre; no libraba pero sus sienes palpitaban y sus miradas lanzaban rayos.

Era la primera vez que Juan el Rubio oia hablar de los sacrificios del hermano Tranquilo; hasta entonces le habia mirado como un servidor fiel, unido á su madre por una abnegacion sin limites; pero la idea del heroismo no le habia ocurrido nunca unida al tipo del hermano Tranquilo.

El relato de la duquesa presentó á sus ojos la figura del pedagogo vagando errante, preocupado, por los pasillos de la Marche, sufriendo lasburlas de todos y aceptando sin murmurar hasta los malos tratamientos de su amo.

Vió, y esto fué lo que más le sorprendió, aquel rostro pálido, descarnado, con la sonrisa amargá y la resignacion del esclavo; se vió asimismo niño entre las manos de aquel hombre, acosado por los insultos de todos, y cuando la duquesa llegó á la historia de Graville vencedor, disponiendo de la viuda y del huérfano, cuando mostró á monseñor Oliverio apoyando su mano en el hombro del pedagogo diciendo: «Tómalos, son tuyos», creyendo que los entregaba á un enemigo, Juan de Armagnac se levantó con el sudor en la frente, lívida la mejilla, vacilante sobre sus pies...

Miró á Tranquilo que hablaba consigo mismo: los labios de Tranquilo se movian sin producir ningun sonido y seguía en su monótona marcha cruzando los brazos sobre el pecho, mientras el relato continuaba.

Juan el Rubio, cuya imaginacion violentamente excitada daba mayores proporciones á los hechos que oia, le hacia contemplar el tigre convertido en cordero, al esclavo rebelde arrodillado y con las manos cruzadas pidiendo perdon...

Juan el Rubio, arrastrado por su instinto, se precipitó en los brazos del hermano Tranquilo.

—¡Así, así, hijo mio, lo que hagas por él nunca será bastante!

Tranquilo le miraba atónito; no habia oido nada, no comprendia aquel trasporte inesperado y fijaba en Juan una mirada estúpida mientras sus labios murmuraban:

—¡Todo á los unos, nada á los otros! He visto á mi hijo, he visto á mi hija... ¿por qué estoy aqui?

—Amigo mio, querido amigo...

El hermano Tranquilo prosiguió sin atenderle:

—¡Todo es un sueño! ¡Aquellas mujeres, aquellos jardines, aquel anillo milagroso!... ¡No se debe creer en lo imposible! Y sin embargo, los he visto, á mi hijo y á mi hija... ¿Por qué estoy aqui?

—Tranquilo,—esclamó Juan acostumbrado á buscar en vano el sentido á muchas frases de su maestro,—mi amigo, mi padre; mientras viva, te amaré con toda mi alma; ¡tú has sido nuestro salvador!

Tranquilo pareció despertar, comprendió lo que pasaba, estrechó al jóven contra su corazon, y murmuró:

—Juan, mi pequeño Juan, haces bien de quererme; yo te quiero demasiado para mi tranquilidad en este mundo y mi salvacion en el otro.

Y gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas al estrechar al jóven en sus brazos. Despues lo apartó de sí, le condujo por la mano junto á su madre, y dijo:

—Acabad, señora, decid al niño cuanto debe saber...



Quizás no teneis más que el día de hoy para enseñarle su destino.

Volvió los ojos hacia la ventana por donde penetraba el sol, y añadió:

—¡Las horas de un día pasan tan pronto!

Su voz se apagó. Atravesó la estancia á grandes pasos como si quisiera huir; se arrodilló junto al lecho de la Pavot ocultando el rostro entre las manos y permaneció inmóvil y mudo.

La duquesa oyó con sobresalto las últimas palabras, acercó á su pecho la cabeza de su hijo, y murmuró:

—Es verdad, las horas de un día pasan muy pronto. Si me quedase sola en el mundo, viuda de mi última alegría, de mi última esperanza...

—¡Ese es el modo que tienes de darme valor,—dijo el niño sonriéndose.

—Hijo mío, quiero que le tengas,—dijo la pobre madre procurando serenar su acento,—y si te he dicho todo lo que ahora sabes es porque he querido que Juan de Armagnac, conde de la Marche y duque de Nemours, á la hora de morir supiera cómo han muerto sus padres. Tú pelearás porque es tu deber y Dios te dará acaso la victoria; pero si debes sucumbir, morirás como conviene al hijo del duque Jacobo y nieto del condestable Bernardo.

En aquel momento tres golpecitos discretos se oyeron en la puerta y el hermano Tranquilo se estremeció como si temiera un ataque á viva fuerza.

—¿Puedo entrar, noble señora?—dijo desde afuera la madre Pavot.

Cuando la duquesa contestó afirmativamente, vióse entrar á la tabernera pudiendo apenas con todo lo que trasportaba encima.

Llevaba un traje completo de guerrero; mallas, talarbarte, brodequines con espuelas, casco con pluma, y todo el atavío, en fin, de un caballero armado á la ligera, y por su hombro iba cruzada una banda de cuero con cintura de triple broche.

La madre Pavot soltó sobre la cama todo su cargamento, avanzó al centro de la estancia, mientras la gentil Mireta que iba también muy cargada penetraba en la estancia.

—Simón,—dijo volviendo la tabernera,—vigila la cocina que será mejor que no escuches á las puertas. Señora duquesa,—añadió,—aquí teneis todo lo necesario para vestir á un hombre de armas:

tras fué depositando pieza á pieza sobre el lecho mientras el mozo lo examinaba con transporte y decía:

—¡Dios os pague el bien que me haceis! Gracias á vos dejaré este traje de mascarada.

—¡Por mi santo patron!—esclamó la Pavot—que no estaréis más bello ni más gentil con las mallas y el casco que con vuestro jubon y vuestro birrete.

—¡Ah! mi querida señora, ¡cuánto he rogado á la Virgen que no me dejase morir sin ver al heredero de Armagnac! ¡pero mis deseos no me lo pintaban tan hermoso!

La duquesa tendió la mano á la tabernera, que la besó con respeto.

Entretanto, Mireta soltaba también su carga, que era lienzo de mesa y vajilla, y mientras ponía la mesa contemplaba de reojo al jóven que la noche anterior se habia batido como un leon con Juan Relando.

Del jóven sus ojos pasaban al hermano Tranquilo, inmóvil soñador, y contemplaba con temor aquel rostro flaco y amarillo, que tenia alguna analogía con el de un muerto. La madre Pavot habia dado algunas esplicaciones á su hija sobre aquel hombre; pero eran tan confusas, que la pobre niña, que sentia simpatías por el jóven y por su madre, miraba casi con terror al hombre de la sotana.

—Gracias—decía la duquesa á la tabernera,—gracias por el buen recuerdo que nos habeis guardado.

—¡Virgen santa!—esclamó la tabernera.—Os hubie-

ra dado todo lo que poseo en el mundo, con mi viejo cuerpo, si podia pesar algo en la balanza.

El hermano Tranquilo se acercó entonces á la tabernera, estrechó sus dos manos, y dijo:

—Bien, bien, Teresa, prima mía; ya sobeis lo que os prometí anoche: sereis espléndidamente recompensada por la cena de ayer, por la comida de hoy, y por esos vestidos que dais á nuestro jóven señor.

Las cejas de la Pavot se frunciéron y sin la presencia de la duquesa, el hermano Tranquilo hubiera pasado un mal cuarto de hora; le empujó, sin embargo, rudamente, y dijo:

—¡Bien, bien! ¡Estabas ya loco hace quince años, mi pobre Andrés; pero si quieres que vivamos en paz, no me hables nunca de pagar con oro ó con plata, lo que yo hago por la sangre de Armagnac.

—Como quieras,—murmuró Tranquilo bajando la cabeza y volviendo á su rincon.—Como la plata y el oro los he de tener en abundancia cuando descubra mi secreto cuando logre cambiar el plomo en ese metal precioso, queria enriqueceros por vuestro buen corazon; pero quizás decis bien: más vale no ser recompensado en este mundo perecedero.

Y cayó de nuevo de rodillas, entregándose á su oración mental.

—¡Estos son atavíos propios de un hombre!—esclamó Juan acabando de examinarlo todo.—No sabeis el servicio que me habeis hecho.

La mesa estaba puesta; Mireta volvió en breve con dos platos de reluciente estaño, que lanzaban nubes de olor apetitoso; la madre Pavot salió y trajo otros, y en breve la mesa estuvo cubierta para satisfacer, no tres, sino doce apetitos.

Juan el Rubio condujo á su madre hacia la mesa, y al pasar, la duquesa depositó un beso en la frente de Mireta, que se puso encendida como la grana.

—A la mesa, hermano Tranquilo—esclamó Juan;—es preciso hacer los honores á la mesa de la madre Pavot; ¡quién sabe si tendremos otra ocasion tan propicia!

El hermano Tranquilo se acercó y bendijo la mesa; Juan llenó su plato hasta el borde; pero al llevar á sus labios el primer bocado, su mirada cayó sobre la duquesa Isabel y la vianda volvió á ocupar su sitio en el plato.

La duquesa luchaba en vano con su angustia: aquella mañana el esfuerzo que habia hecho para contar á su hijo las desgracias de la familia habia sido efecto de la fiebre, y pasada ella volvía á caer en el abatimiento y la angustia.

En vano queria sonreír; su rostro denotaba que se hallaba mal.

Juan destapó una botella de vino de Guyena; él también tenia fiebre, y la suya, lejos de disminuir, aumentaba á medida que avanzaba el día.

La hora del combate para los espíritus ardientes es la hora de la alegría, y Juan el Rubio solo lamentaba la lentitud con que corria el tiempo.

Quizás notaba tan bien como el hermano Tranquilo la palidez de su madre, y no podia menos de fijarse en el rostro lúgubre del pobre pedagogo; pero su papel por aquel día era cerrar los ojos, lo que hacia, gracias á lo frívolo de su edad. Comia, bebía, volvía la vista á las prendas de su traje guerrero, y sentíase con ganas de piñar, como el caballo cuando escucha el eco del clarín.

Cuando salieron la Pavot y su hija, Juan de Armagnac llenó las copas y esclamó:

—Madre, amigo mío, creo que no os negareis á brindar por mi primera batalla.

La duquesa palideció mas, quiso llevar la copa á sus labios y la separó violentamente como si hubiera sido sangre el líquido que contenía.

El hermano Tranquilo se levantó; sus ojos se animaron con brillo fugitivo y esclamó con acento firme:

—Juan de Armagnac, que Dios te cargue el valor de tu padre. Nadie escapará a su destino; los que te aman han querido ocultarte tu nombre y a la hora marcada el velo se desgarrará por sí mismo... Juan de Armagnac conde de la Marche y duque de Nemours, yo brindó a tu primera batalla!

X apuré de un sorbo el contenido del vaso.

IV.

Hijo y madre.

—Mis ojos se cierran!—murmuraba Juan el Rubio reclinado en el sillón que antes ocupaba la duquesa Isabel;—es que has de saber, madre, que hace muchas noches que no duermo. Aun es muy de día; en esta época la noche no cierra hasta las ocho; puedo descansar un rato y estaré más fuerte a la noche.

—Sí, aun es de día; duerme, hijo mío.

Los párpados del bello adolescente se cerraron, y volviéndolos a abrir al punto, exclamó:

—Sin embargo, yo tenía muchas cosas que decirte; hubiera querido probarme esos vestidos, que no han sido hechos para mí; hubiera querido hablarte a tí sola...

El pedagogo estaba en pie delante de la ventana, volviendo la espalda a la madre y al hijo, y la silueta huesosa de su cuerpo flaco se destacaba sobre el fondo de luz de la ventana. No se movía, su cabeza estaba inclinada sobre su pecho y se adivinaba el esfuerzo de respiración penosa.

—No te oye,—dijo la duquesa acercándose mucho a su hijo.—Si tienes algo que confiarme, puedes hablar sin temor.

—Sí, madre,—murmuró el mancebo;—tú lo has adivinado quizás por que desde cuánto te amo, y si te he abandonado es que he perdido la razón. Tú sabes lo que vuelve loco a los jóvenes.

—El amor!—interrumpió Isabel encontrando fuerza para sonreír.

—¡Qué buena eres, madre mía! No he debido ocultarte la verdad y no hubieras estado inquieta, pero quizás no me hubieras dejado partir.

—¡Quizás!—dijo la madre con un suspiro.

—Escucha, madre mía; no dudes de que ha sido Dios quien la ha puesto en mi camino, Dios quien me la ha mostrado tan buena, tan hermosa.... Si tienes amor a tu hijo, preciso es que tengas piedad de él y le perdones.

—Le perdono,—murmuró la voz dulce y grave de la duquesa.

—Es preciso hacer más, madre mía; es preciso amarla.

—La amaré.

Fijó el mancebo en su madre una mirada de gratitud, y exclamó:

—Gracias, madre, gracias; no he sido tan dichoso en mi vida como hoy. Es más buena todavía que hermosa; ella me ha dado medio de salvar al rey nuestro señor, y si me he conducido como caballero a ntes de saber el nombre que tengo, es a ella a quien lo debo.

Una idea cruzó por la mente de la duquesa, idea salvadora que no le había ocurrido hasta entonces.

—Voy a verla, lo sabrá todo... ¡pero estará!

—¡No me escuchas, madre!—murmuró Juan, cuyos párpados, cargados de sueño, luchaban por cerrarse.

—Yo temía,—murmuró el joven tratando por última vez de luchar contra el sueño y el cansancio,—yo temía que hicieses un crimen de su destino. Blanca, sin saberlo, ha recogido nuestra herencia, nuestro nombre... ¡No miras la mano de Dios al haberla colocado en mi camino, para que el día de justicia esa niña inocente no sea precipitada a un abismo de miseria? Tiene un corazón de princesa, y un día, cuando

tú estés sobre tu trono, los dos, tus hijos, nos sentaremos a tus pies, y Blanca, al despertarse, encontrará la realidad mucho mejor que su sueño.

Se detuvo; sus párpados estaban cerrados, y una sonrisa entreabía sus labios al preguntar:

—¿Me oyes, madre? ¿Me complacerás?

—Sí, sí.

—¡Pues bien;—dijo entreabriendo difícilmente sus ojos,—yo ruego a Dios que no me quite hoy la vida, porque sería lástima dejar tanta ventura! Adios, si llega la hora, despiértame...

Y tranquilo y confiado se entregó al sueño.

En aquellos tiempos no podía temerse que una madre dejara de despertar a su hijo a la hora del combate; el culto del honor hablaba más alto que el de la maternidad; por eso la noche anterior la duquesa Isabel había dicho al hermano Tranquilo cuando comprometió la vida del jóve: ¡has hecho bien! Por eso Juan confiaba.

Y sin embargo, si hubiera podido ver a su madre en aquel momento, hubiera vacilado su confianza. La madre contemplaba al hijo con los brazos caídos, la angustia en el alma, los ojos secos, y su hermosura tenía aquellos caracteres de trágica resignación, que había manifestado en algunas ocasiones de su vida.

En aquel momento el reloj de San Eustaquio dió las cinco; su vibración se prolongó durante la mitad de un minuto, y despues la estancia se quedó muda como una tumba...

V.

El atavío de Tranquilo.

Tranquilo estaba de pie delante de la duquesa, al lado del mancebo dormido, y su voz estaba vedada por el recordimiento al murmurar muy bajo para no despertar al jóve:

—Me habeis dicho: «has hecho bien»; y cuando vos aprobais, yo no interrogo a mi conciencia, porque eso y todo lo que hago es por vos. El niño ha mostrado esta noche que es hijo de su padre, y el ángel custodio de los Armagnac le ha enseñado, sin duda, a manejar las armas; pero Vicente Tarchino no maneja la espada como un caballero. Viene de Italia, y en lugar de combatir, asesina... Muchas veces me lo ha dicho mi primo, el soldado Jerónimo, y yo lo oía sin interés... ¿Qué me importaba la cobardía de ese vil espadachín? Hoy sus palabras están grabadas en mi memoria: ¡Tarchino tiene una estocada secreta que le hace dueño a cualquiera hora de la vida de su adversario!

La duquesa escuchaba con los ojos bajos, estaba acostumbrada a seguir los rodeos en que se perdía el pensamiento caprichoso de aquel hombre; pero en aquel instante la paciencia era difícil, y murmuró:

—¡Decidme pronto lo que habeis hecho, ved que sufro!

—Ya lo comprendo en el mal que me abrasa,—dijo Traquilo, llevando ambas manos a su pecho.

Era la primera vez que dejaba ver algo de lo que pasaba en su alma, pero la hora era solemne!

Aquella expansión tuvo la duración de un relámpago, su mirada ardiente se apagó, su cabeza cayó de nuevo, y dijo:

—Lo que he hecho, señora, es bien poco; cuando os he dejado esta mañana he ido a la taberna del padre Pavot, porque allí se reunían en otros tiempos las gentes de Armagnac, y ahora acuden las de Graille. Pero Pavot no se parece a su mujer, se ha vendido en cuerpo y alma al enemigo... yo buscaba en su casa a mi primo Jerónimo, y tuve un momento de alegría al saber que estaba en su lecho: mi primo Jerónimo es bueno, pero los años le han hecho egoísta, y más que hombre, es soldado, y no piensa en los otros sino des-

pues de haber consultado su interés. Me ha reconocido desde luego y ha dicho:

—¿Por el diablo que es un mal presagio despertar-se enfrente de una casa como la tuya, primo Andrés!

—Primo Jerónimo, le he dicho, habeis comido muchos años el pan de Armagnac, ¿os recordais?

—El pan de Armagnac era duro—dijo volviéndome la espalda.

—Mi buen primo—añadi—recordareis al ménos que un día salvásteis la vida de la duquesa y de su hijo.

—Era muy jóven cuando lo hice, repuso raramente.

—¿Ah, primo mió!—esclamé cruzando las manos;—los dos hemos jugado juntos cuando éramos niños, y lo que vengo á pedir es ayudará quizás á vuestra salvación á la hora de la muerte. El niño Juan, á quien salvásteis con riesgo de vuestra vida, cruzará esta noche su acero con Vicente Tarchino...

—¿Jerónimo entonces saltó de su lecho, porque no es tan malo como quiere aparentar.

—¿Con Vicente Tarchino, el capitán?—esclamó.—Es preciso cojer al niño sobre un caballo y llevarsele lejos de aquí.

—Primo,—le dije:—es que el niño es ya un hombre.

—Y le oí que murmuraba:

—¿Sí, sí, un bello jóven, á fé miá!

—¿Conoce á mis hijos?—preguntó la duquesa.

—No lo sé; pero he creído comprender que se han encontrado alguna vez en la vida, y quien sabe si á él deberá el milagro de manejar una espada; pero volviéndome á mi primo, yo que le veía medio convencido, añadí:

—La obra de los malos no es eterna; la regencia se acaba; el rey Carlos es un hombre, y esta noche mi jóven señor ha salvado la vida del rey, con ayuda de Dios.

—¿Oh!—esclamó Jerónimo,—¿ha sido él? Hé ahí un jóven gallo con buenos espolones: si no saca esta noche seis pulgadas de hierro en el corazon, el lance de anoche le podrá servir mucho.

—Tanto más,—repuse,—que monseñor Luis de Orleans le ha dado la mano prometiendo acordarse de él: las cosas, pues, van á cambiar. Armagnac va á recobrar la herencia de sus padres, y los que le hayan servido no se arrepentirán.

—¿Es ese tu parecer, primo Tranquilo?—preguntó;—pues bien, tú tienes más necesidad que yo, te toca más de cerca, y buen provecho te haga.

Se ha envuelto mejor en las mantas, y no ha querido oír más.

En vano he suplicado en nombre de Dios, y Jerónimo me ha contado la palabra diciendo:

—Andrés, primo mió, la vida es corta y el tiempo que se pasa en dormir es el más precioso de todos; si has creído que me iba á hacer matar por ese bribon de Vicente para salvar á tu barbilindo dueño, estás más loco de lo que yo suponía. En otro tiempo, no digo; la duquesa me tenía entontecido; pero se deshizo de mí cuando creyó que no me necesitaba... Tendría sus razones! Con que hasta la vista, primo Audico, consérvate bueno y cómprate otra setana.»

Salía bien triste y desanimado, cuando me llamó para preguntarme la hora y el lugar de la cita.

—Bien escogido,—esclamó despues de mi respuesta—precisamente, junto á los ballesteros de Graville que guardan el Louvre. ¡Pardiez! soy demasiado bueno, y no hará jamás un negocio... Sin embargo, no puedo dejar asesinar á esa niña. además la señora Blanca no me lo perdonaría.

—Eso ha dicho?—esclamó la duquesa conmovida.

—Sí,—repitió Tranquilo,—y añadió:

—No esperes más de lo que te prometo. Ya sabes que no soy ningún caballero andante; pero pueden darse de mí aquellos á quien doy una palabra: prome-

to ir de festigo al duelo á fin de que la lucha sea leal; despues de eso, ¡Dios decidirá lo que quiera!

Durante las últimas palabras de Tranquilo, la duquesa habia tomado de encima de la cama su capa con capucha y velo disponiéndose á salir.

—No hay que esperar nada por ese lado,—dijo con firmeza en la voz,—no puede haber un combate leal entre un traidor espadachin y un pobre niño que presentara el pecho indefenso... yo estaba loca, Tranquilo, cuando anoche dije que habias hecho bien.

Tranquilo bajó los ojos ante este reproche justo y guardó respetuoso silencio.

—¿Yo estaba loca?—prosiguió la duquesa.—¿Qué importa al soberano el insulto del vasallo? ¿No es una demencia dejar al hijo único de Armagnac cruzar la espada con un subalterno?

—¿Es verdad, es verdad!—murmuró Tranquilo que parecia eco de su señora.

—Has hecho mal,—repuso la duquesa;—debiste ocultarle el nombre de su padre... En un día hemos perdido el trabajo de quince años.

Tranquilo repetía invariablemente:

—¿Es verdad, es verdad!

No era él quien podia reprochar lo que habia de injusto en la acusacion de Isabel; esta injusticia era hija de la pasion, y Tranquilo la esperimentó en el mismo grado: amaba á Juan de Armagnac tanto como le amaba su madre.

—Una semana aun,—proseguia la duquesa,—menos que eso, y el niño estaba salvado! Dios nos prometia un porvenir mejor, la estrella de Armagnac volvía á resplandecer en el cielo, y en el instante en que arribabamos al puerto, tu imprudencia nos hace naufragar.

Tranquilo llevó las manos á su frente y no respondió. La angustia que se pintaba en su rostro hubiera desarmado á la misma crueldad; pero el dolor de una madre es más implacable aun. La duquesa veía la tortura de su fiel servidor y con los ojos fijos en su hijo dormido proseguía:

Y el mal que has hecho tú no lo puedes reparar. Otro tomaría una espada y correría á evitarle el peligro, pero tú ni aun eso, no sirves para nada.

El pedagogo, cuyas piernas vacilaban, se apoyó en el respaldo de una silla para no caer: cada una de aquellas palabras era un puñal que atravesaba su corazon.

—Es verdad,—murmuró con un gemido—todo lo que decis es verdad. ¡Que Dios me castigue á mi y tenga piedad de nuestro joven aun!

Isabel habia acabado sus preparativos de partida.

—No me atrevo á abrazarle,—dijo—temo despertarle. Tranquilo, durante mi ausencia, cuídale bien, que se despierte... la hora sonará y si no la oye habremos evitado la mayor de las desgracias.

Cada vez que la duquesa emitía una idea, el pobre Tranquilo se apoderaba de ella con rapidez.

—Es verdad,—dijo—no habia pensado en eso.

Y añadió sonriendo:

—¿Hace tanto tiempo que no ha dormido! Son las cinco; de seguro no despertará antes de media noche.

—Dios lo quiera!—esclamó la duquesa—y por si no sucediera, salgo á procurar nuevos protectores.

Ya levantaba la cortina para salir, cuando Tranquilo dió un paso hácia ella, y le dijo:

—Me dejais solo! Mucho voy á sufrir si no me decis al partir que me perdonais.

La duquesa Isabel no tenia, sin duda, conciencia del mal que acababa de hacer. Era demasiado buena para no profesar á aquel hombre que le habia consagrado una vida de abnegación un sentimiento de gratitud, y más todavía, porque durante quince años la duquesa Isabel habia vivido junto al hermano Tranquilo, y su penetracion de mujer habia adivinado el misterio de aquella naturaleza estraña, y el problema triste y bur-

desco que simbolizaba el hermano Tranquilo, ella sabía resolverlo.

En su mano estaba despojar de su antipática envoltura la belleza moral que residía en el alma de Tranquilo; belleza latente, pero divina, que a veces coronaba de rayos deslumbradores la frente humilde del pobre pedagogo.

Segun hemos explicado en las primeras páginas, la duquesa adivinaba en el hermano Tranquilo dos hombres, el que se veía de continuo, tímido, casi inerte, y el que se despertaba en ciertas horas enérgico, vehementemente, heróico.

Estas cosas no se esplican; nadie adivina que la chispa va a saltar de la piedra escondida entre el polvo del camino.

Cuando el hermano Tranquilo fué á pedir perdon á su señora, esta vió pasar ante sus ojos los quince años de abnegacion, el cariño sin limite de aquel hombre; y tomando la mano del hermano Tranquilo, la estrechó conmovida, murmurando:

—Migo mio, yo no os pido perdon á mi vez, porque el dolor de una madre es ciego, pero los que llevan el nombre de Armagnac vivirán y morirán reconocidos á vuestros servicios.

Soltó la mano de Tranquilo y desapareció rápidamente.

—¡Servicios!—murmuró Tranquilo, que se habia quedado estático. —¡Reconocimiento... nada más... nada más... no me ha perdonado!

Su rostro estaba alterado, y empezó á recorrer la estancia á grandes pasos.

—Y he sido yo la causa de todo! Yo le he dicho al niño: toma tu espada; y si el heredero de Armagnac muere, yo le habré muerto.

Detúvose de repente, retorció sus manos con desesperacion y dijo:

—María, mi pobre esposa, ya ves que hice bien en abandonar á nuestro hijo desde la cuna: á los que quiero bien les doy la muerte.

Y gotas de frio sudor corrian por sus largos cabellos.

Empezó á pasear gesticulando como un insensato, dando patadas de impaciencia, olvidándose de respetar aquel precioso sueño que tenia la mision de guardar; y si Juan el Rubio no se despertó es porque tenia un sueño bien pesado.

Tranquilo apreciaba el tiempo que le faltaba hasta cerrar la noche, pensaba la responsabilidad que le cabia en todo aquello, y cansado de pasear, dejóse caer en una silla junto al lecho, al lado mismo de aquel traje de caballero que la Pavot habia comprado casi nuevo en una tienda de ropa vieja.

Hasta entonces el sueño de Juan de Armagnac habia sido profundo. El cansancio era para él un narcótico; pero apenas Tranquilo se habia sentado, el joven empezó á agitarse.

—¡No te despiertes!—balbuceó Tranquilo cayendo de rodillas y cruzando sus manos. —¡No despiertes por tu vida y por la de tu madre! Juan, mi pobre amo, —murmuró cambiando de tono y con una dulzura persuasiva, —¡dormid todavía!... ¡en muchos dias no habeis dormido, dormid por la gracia de Dios!

Su voz se habia dulcificado hasta el murmullo.

El reloj de San Eustaquio dió las seis y las campanas tocaron á la oracion.

Juan el Rubio estendió sus brazos y gritó: «¡Una espada, una espada!»

Tranquilo, que le miraba con terror, buscó por toda la estancia la espada que la noche anterior llevaba el joven al cinto y la encontró, mohosa y negra, arriada á la pared detrás del lecho de la Pavot. Tranquilo la escondió aun más entre las cortinas del lecho, mientras el joven repetia:

—¡Una espada, una espada para vengar á mi padre á mi madre!

Tranquilo se retorcia las manos, porque comprendia que aquel sueño agitado no podia durar mucho y la luz del dia iba desapareciendo por momentos.

—¡Cerré la puerta...!

Y el pobre hombre no pensó que á un Armagnac nada le detendria; abrió la puerta cerrada.

Volvió los ojos á la ventana y dijo:

—Allí tiene otra salida y si yo fuera fuerte le detendria; pero soy débil y más débil que una mujer.

Delante de la ventana, entre dos columnitas de madera ennegrecidas por el tiempo, habia un pequeño espejo de acero bruñido, de forma ovalada, y la casualidad hizo que los ojos de Tranquilo encontrasen el suyo y á la escasa luz del crepúsculo vió en él su imagen. ¡Puede decirse que Tranquilo no se conocia! Tan raras habian sido las ocasiones de verse enfrente de un espejo.

Al contemplar su rostro flaco, amarillo, con aquellos cabellos lacios, retrocedió como en presencia de un fantasma; pero despues de la curiosidad le animó de nuevo y se acercó á contemplarse más despacio.

—Me creia más viejo, —murmuró.—Vicente Tar-

chino no es tan joven como yo.

Y con sonrisa amarga añadió:

—¡Si, pero no tiemblo delante de una espada!

Movió tristemente la cabeza, volvió el rostro desde la

espada al espejo y murmuró:

—¡Pobre señora, pobre niño...! ¿De qué sirve mi

abnegacion? Yo nada puedo, nada más que rezar. ¡Dios no me escucha!

Oyó dar las seis y media, y en aquel momento se incorporó y se frotó los ojos, diciendo:

—¡He dormido mucho!

Tranquilo, en el hueco de la ventana, se quedó inmóvil, sin voz, sin aliento.

—¡Madre!—esciamó Juan con soñolienta voz.

Nadie le contestó.

—¡Hermano Tranquilo!

Nadie le contestó tampoco.

La cabeza rubia de Juan de Armagnac volvió á caer

sobre el respaldo del sillón, mientras sus labios murmuraban:

—Aun es muy de dia, aun tengo tiempo de dormir.

El alma de Tranquilo se elevó á Dios para darle gracias, porque en el momento de ver despierto á su señor le habia ocurrido una idea: como habia ocultado la espada, ¿no pudo ocultar el traje de caballero? Verdad es que la madre en un momento de orgullo habia pedido aquel traje para su hijo; pero tambien lo era que despues habia dicho que un Armagnac no podia cruzar la espada con un subalterno.

El hermano Tranquilo atravesó de puntillas la estancia, levantando las mantas del lecho para esconder entre ellas las ropas... De repente Tranquilo se detuvo y dijo:

—Otro no esconderia estas prendas, se pondria esta

malla, se ceñiria esta espada, se pondria este casco,

pero yo...

Sonrió con desprecio de sí mismo y dijo:

—¿Sé yo acaso cómo se empieza el atavío de un

guerrero? Hay aqui cosas que ni siquiera sé para lo

que sirven.

Y dando vuelta en su mano á todos aquellos objetos

decia:

—No, no; esto no se ha hecho para mí.

Y hablando así, seguia examinando maquinalmente

aquellas prendas guerreras, mientras murmuraba:

—Si, si, otros harian eso...

La casualidad hizo que en aquel momento Juan repitiera su movimiento, hijo de su sueño febril, y Tranquilo, sin darse cuenta de lo que hacia, empezó á quitar los botones de su sotana.

Apénas tocó á las cintas de sus calzas, como habian

llegado ya á un estado tan deplorable, cayeron por sí

mismas al suelo y sus piernas desnudas se estreme-

cieron al contacto de las mallas, riendo despues como un niño cuando vio el tejido de acero designar las neas angulosas de sus piernas.

—Esto debe pesxr mucho; probemos.

Ajustó encima de ellas sus brodequines con las correas, y no es fácil dar idea del asombro del pobre Tranquilo al ver sus pies y sus piernas metidos en aquellos aparatos de guerra: parecia despietidos en sueño. Se puso rojo como un tomate, y al sentir de un pulso fué quitarse aquellos arreos, que a primer improfanación; pero Juan se agitó de nuevo en el eran una lo dijo con acento melancólico: —Yo no me batiré porque no sé; pero me matarán,

—Yo no me batiré porque no sé; pero me matarán,

Su sotana, su vieja y querida hubiera creído separarse nunca de la que no sus calzas sobre el pavimento, y fué á reunirse con pudo todas aquellas prendas, y acomodándose como

—¡Si todo esto parece hecho para mí! A mi pobre señor Juan le hubiera parecido muy grande.

Sobre las mangas de las mallas sujetó el escudo, y se puso la cintura de que iba pendiente la brillante daga, Restábele y á sol sin sentir frio en los huesos.

revés, despues al caso, que se puso primero al En aquel momento tenia ya conciencia de lo que iba á hacer. (Poco a poco, y con mil rodeos á través de un fin deternitiles y pueriles asombros, habia ido á El hermano Tranquilo sabia que iba á morir.

—¡No me falta más que el caballo!—pensó sonriendo.—¡Si seré sin saberlo un rayo en la guerra!

Iba á pasar el umbral, cuando su mirada cayó sobre el espejo que habia delante de la ventana; en el nació la coqueteria con el valor, porque sintió irresistible deseo de contemplarse. Se acercó al espejo, irguió su talle encorbado, y arrojó hacia atrás los largos mechones de sus cabellos.

El espejo que le habia mostrado antes su faz humilde, demostró esta vez una frente varonil, con una aureola de fiereza. Su talle habia crecido; la espresion varonil resaltaba entro el casco y las mallas.

El pobre hermano Tranquilo se creyó por vez primera un hombre, aunque con ingenuidad infantil exclamó: —¡Hubiera querido antes morir, que mi señora Isabel me viera así!

Este fué el último capricho de niño. En breve arrojó lejos de sí tales ideas, y murmuró conmovido y arrojándose junto al joven.

—Adios, Juan, mi pequeño señor Juan. Bien pronto me veré en presencia de Jesus y de Maria; á ellos rogaré que os haga dichoso como á vuestra santa madre: Juan de Armagnac, dormid en paz; ni vos, ni ella, sabreis nunca lo que habia en el corazón de Tranquilo!

Se levantó bruscamente, llevó la mano á su frente como si aquella frase le hubiese ofendido á él mismo, y despues salió, y como Simón armado de todas

armas le cerrara el paso, lo rechazó con dureza y ganó la calle sin vacilar.

Un instante despues, marchaba con la mano apoyada en su espada hacia la torre del Louvre.

VI.

Arrepientete.

Todo era trastorno, abandono, tristeza, entre los muros del castillo de la Marche; aquella fiesta israelita que debia durar tres dias y hacer época en el siglo, habia acabado de un modo lamentable.

Cuando el sol se levantó sobre las pintorescas magnificencias del pais de Jerusalem, aquel cuadro tan brillante con la luz de la noche, apareció destenido y abigarrado.

Las decoraciones teatrales son como los pájaros nocturnos, que no resisten la luz del dia. Todo aquel se pasó en recojer los lienzos pintados, el papel rizado, el carton recargado de lentejuelas. Entre el palacio de Salomon y el templo, un lago de sangre marcaba el sitio en que habia tenido lugar el combate, y aun se veian á la derecha del campo de batalla los vasos á medio llenar sobre las mesas colocadas fuera del palacio improvisado.

Todas las ventanas que miraban al parque estaban cerradas, como si el vacío reinase en la opulenta morada; y sin embargo, sobre las plataformas, en que ya no se veian banderas orgullosas, oíase el paso lento del centinela, ó el extremo de una lanza chocar sobre el granito á la voz del «¡quién vive!», cuando las rondas se acercaban.

El castillo de la Marche estaba ya en pie de guerra: en aquella noche los sucesos habian dado un gran paso. El señor de Ferrieres habia pagado con su vida su tentativa contra la persona real, Oliverio de Graville era responsable de este ataque, y debia escoger entre la rebelion franca ó el cadalso, á menos de que la jaula de hierro donde habia gemido tantos años Jacobo de Armagnac, le ofreciera un termino medio entre estos dos extremos.

Graville era soldado antes de ser cortesano, y aunque su valor se debilitó algo en su vida de prolicie, se determinó á la resistencia.

Durante todo el dia partieron numerosos correos del castillo de la Marche al palacio de San Pablo, donde estaba la regente de Francia, y aunque las noticias que traian no circulaban entre la ser vidumbre, los soldados empezaban á murmurar que monseñor Oliverio no podia ya contar con la hija de Luis XI.

Mad. Ana afectaba, segun la opinion general, un gran enojo contra Graville, por la fiesta de la noche anterior, y este enojo rompía violentamente la mejor cuerda del arco de monseñor Oliverio.

Restábele el palacio de la Marche, que dominaba todo el pais meridional; el Louvre, donde sus soldados daban la guarnicion, y el contorno del Norte, que vigilaba por privilegio especial hacia ya dos años. Con esto podia, por lo menos, defenderse y capitular al fin con buenas condiciones; pero monseñor Oliverio sabia bien que estas fuerzas no las tenia más que en apariencia. El duque de Orleans habia tomado ya posesion de su palacio, cerca del Mercado. Paris estaba lleno de soldados afectos al antiguo partido de Armagnac, que habian entrado aquella noche sigilosamente, y desde el palacio de Tournelles hasta el rio veíanse cascos y corazas que relucian al resplandor del sol.

Por vez primera desde hacia dos lustros el bello señor Oliverio no se hizo aquel dia poner los papillotes y pasó toda la mañana en su cuarto con su fiel Vicente Tarchino.

Mientras Graville se ocupaba de cosas serias, bien á pesar suyo, la dama de sus pensamientos, la incom-

parable reina de Saba se había retirado á sus habitaciones, entreteniéndose allí con sus damas. Jamás Berta de Sauves, la traviesa camarera que había representado el papel de soberana, ni María de Argenes, la linda emisaria enviada á Juan el Rubio, ni ninguna de las otras damas, habían notado en su señora una preocupacion tan obstinada; en las grandes ocasiones la política se desliza hasta por las cerraduras y la política que entra fraudulentamente en la habitacion de las damas, tiene siempre una alteracion caprichosa y estravagante que le dan cierto aire de novela.

En Blanca de Armagnac, la guerra civil que amenazaba, cubria de carmin sus mejillas, porque Graville y el rey disputábanse además el amor de Blanca.

Para todas aquellas jóvenes, la guerra que amenazaba alterar la tranquilidad de todo Paris, tenía las proporciones de un torneo amoroso.

María de Argenes reía; entre el conde y el rey había, en efecto, un tercer competidor, el bello paje á quien Blanca había distinguido, enviándole una de sus camareras y haciéndole variar de traje. El rey podía batirse con el conde, el conde podía vencer al rey, pero el paje de cabellos rubios ganaría el inestimable premio de la batalla.

Tal era el pacerce unánime de las damas de Blanca. Esta no había querido hacerse gran atavío ni se había informado siquiera una vez de lo que pasaba fuera: su única preocupacion era la cita que le había dado una mujer desconocida. Continuamente miraba al reloj, y cada vez que el timbre sonoro añadía una hora veíase animar su semblante.

A la caída del día despidió bruscamente todas sus damas con pretexto de que necesitaba descansar.

Ante su aire imperioso, las damas no tuvieron más remedio que retirarse.

La habitacion ocupada por Blanca en el palacio de la Marche era la que había ocupado en otros tiempos la duquesa Isabel, y una puerta de su alcoba daba á la galería que comunicaba con el salon de honor, después del cual se hallaba el dormitorio del duque de Nemours. Ya sabemos que la sala de honor comunicaba por cierto corredor oscuro con la salida secreta, que había servido quince años antes para la fuga de la duquesa y el heredero de Armagnac.

El sol acababa de esconderse detrás de las colinas que costean el bajo Sena, y las nubes rojizas empezaban á perder poco á poco su color de púrpura. Los que están agitados por la fiebre necesitan respirar el aire libre, y Graville salió con su fiel Tarchino á dar una vuelta por la plataforma del castillo.

El conde miraba instintivamente el rostro de todos los soldados que encontraba á su paso: la traicion se teme en cuanto amenazan tempestades políticas, y Graville sabía por su propia experiencia que la traicion cuesta poco.

Al volver un ángulo de las fortificaciones, encontróse frente á frente con una especie de fantasma que le cerraba el paso y fijaba en él grandes ojos espantados.

La víspera, Guillermo de Soles parecía muy pálido, muy desmejorado, porque sucumbía al peso del remordimiento; pero aquello había hecho tantos progresos en su mal que Oliverio apenas le reconocía.

—Estás enfermo, amigo Guillermo,—dijo Graville apartando de él la vista;—en tu lugar yo estaría en el lecho mejor que tomando el relente de la tarde.

El señor de Soles no se apartó para dejar paso á su señor, y abriendo sus brazos para cerrarle el paso, dijo con voz cañerosa:

—Thibaut estaba bueno ayer y se reía cuando le decía yo que la mano de Dios estaba sobre nosotros!

—Thibaut ha muerto como soldado con la espada en la mano; esta mañana he mandado treinta escudos

de oro á la abadia de San German para que los monjes rueguen por la salvacion de su alma.

Guillermo movió lentamente la cabeza, y dijo:

—Cuando el pecador se va con la blasfemia en la boca, las oraciones son vanas aunque se paguen en cien mil escudos de oro. Thibaut ha terminado su vida con su crimen y en su última palabra ha renegado desu Dios... Dice bien Oliverio de Graville: yo estaría mejor en el lecho que aquí, porque siento ya la mano helada de la muerte; pero vengo á decirte: ¡los días de los que han muerto á Jacobo de Armagnac, están contados!... ¡Arrepiéntete! ¡quién sabe si mañana será tarde!

Graville palideció; Vicente Tarchino lanzó una carcajada estridente.

—¡Ah, Tarchino! no te digo que te arrepientas; ya es inútil; perteneces al demonio.

—Gracias por el cumplimento, amigo Guillermo, Hola Pedro,—Pablo añadió volviéndose á una ronda que pasaba;—llevad este enfermo al lecho; la fiebre le hace desvariar.

Los soldados se apoderaron de Guillermo que no hizo ninguna resistencia y se alejó murmurando:

—¡Arrepiéntete! ¡arrepiéntete!

Durante algunos minutos, Vicente y el conde pasearon en silencio.

—¡Cosa estraña!—murmuró por fin el conde.—Ese es el mal que pesa hace tiempo sobre el pobre Guillermo.

—Desde que el mundo es mundo ha habido locos,—dijo Tarchino encogiendo de hombros.

Y cambiando de tono añadió:

—¡Y qué, señor, quereis perder sin lucha la última partida?

Graville se detuvo apoyado contra el muro y dijo:

—Me repugna un asesinato más. O soy vencedor y un soplo de mi boca aleja para siempre á ese niño, ó soy vencido y entonces ¿qué me importa el nombre de quien aproveche mis despojos?

—Monseñor, puede haber una tercera alternativa: hay hechos en que no se puede ser ni vencedor ni vencido, ó mejor dicho, se puede ser vencedor sin correr los riesgos de una derrota. Antes de combatir podeis negociar, y yo os aseguro que el único obstáculo que tenéis en vuestro camino es el heredero de Armagnac. La locura que ha causado la muerte de Thibaut ha aprovechado á ese joven, Juan de Armagnac; ha salvado al rey, á quien vos no hubierais debido atacar, y de ayer á hoy se ha hecho un personaje importante; el duque de Orleans le ha estrechado en sus brazos y el rey de Francia no puede menos de atender á Juan de Armagnac vivo, pero no se cuidará de vengar la muerte.

Habían llegado á la parte de las murallas que daban frente á la ciudad; el conde lanzaba miradas escudriñadoras, como si quisiera penetrar las sombras que empezaban á envolver á Paris.

—¿No sois de mi opinion, monseñor?—preguntó Tarchino.

—No he visto nada en la fiesta de esta noche—murmuró el conde—que apoye tus indicaciones respecto á la inteligencia que existe entre Blanca y Juan de Armagnac.

Amarga sonrisa entreabrió los labios del italiano. —Monseñor, estamos demasiado cerca del abismo para pensar en bagatelas de amor.

—¡Hola! maese Vicente,—dijo con imperio el conde,—¿pensais que yo necesito mentor como el pequeño Carlos de Francia?

Tarchino sonrió maliciosamente y dijo:

—¿Mi señor no ha levantado esta noche el velo de la noble reina de Saba?

Esta pregunta mortificó á Graville.

En efecto, una vez le había producido sorpresa el

acento de la reina encubierta, y esta palabra de Tarchino hacía germinar la duda en su mente.

—Crea, monseñor, que yo no hablo jamás á la lijera: todos los que sirven á vuestra encantadora prometida, podrán decirnos que á lo mejor se separaba del grueso de la caza para perderse por ignorados senderos en el bosque.

Y se interrumpió para inclinarse sobre el parapeto y decir á su señor:

—¿No veis algo que se agita entre esos árboles?

—Es una mujer,—dijo Graville queriendo afectar una tranquilidad que no tenía.

—Ciertó, una mujer, y ruego á monseñor que la mire bien.

—¿Cómo! ¿osarás pensarl...?

—No pienso nada,—dijo friamente el miserable,—rógala á monseñor que la mire bien.

La mujer entretanto avanzaba á orillas del foso: tenía que atravesar un pequeño bosquecillo de olmos á unos cien pasos del sitio donde se encontraban Graville y Tarchino. Su traje oscuro se confundía con las sombras del crepúsculo, pero á pesar de eso los dos hombres la seguían con la vista inclinados sobre el parapeto como sobre un balcón.

—¿Que Dios me confunda! ¡Creo que es ella!

—Monseñor...—quiso comenzar Tarchino.

Pero Graville le dejó con la palabra en la boca, y echó á correr hácia una escalerilla que conducía á la portería.

—Y en el encuentro de esta noche, ¿qué hago?—gritó Vicente.

Pero el conde ya no le oía.

—Quien no dice una palabra, consiente;—pensó el italiano.—Ha escapado en pés de esa pieza que le conducirá lejos... ¡Lástima es tener que servir á las gentes aun á pesar suyo!

Graville se había hecho abrir la poterna y corría á través de los campos.

—¡Gran Dios!—se decían los soldados;—¿irá monseñor tras del loco Guillermo que acaba de escaparse de su lecho?

Monseñor Oliverio salvaba distancias, se internaba entre los árboles ignorante de que Guillermo estuviese también fuera del castillo y corría tras de aquella mujer que le había parecido Blanca de Armagnac.

—¿La habeis visto pasar?—preguntó á los arqueros de la puerta Buey.

—El loco ya debe estar cerca del puente de San Miguel!

—Una mujer; os hablo de una jóven...

—¡Oh! En cuanto á eso, cuando llega la noche, no contamos á las aventureras que entran y salen en la buena ciudad de París.

Monseñor Oliverio no sabía á dónde dirigir sus pasos. Mirando á lo lejos creyó distinguir una forma bajo un farol que alumbraba á una Virgen.

Echó á correr por la calle de San Andrés de las Artes, que era entonces la calle más ancha de la ribera izquierda del Sena. No se sentían en ella las agitaciones del barrio del Mercado, ni la fiebre crónica que reinaba en el barrio Latino.

Oliverio; apresurando el paso, pudo llegar cerca de la desconocida que, fuese ó no Blanca de Armagnac, se dirigió á ganar el puente de Nuestra Señora, y sin duda se adivinaba perseguida, porque su paso era más veloz á cada instante.

En el momento de llegar á la plaza de la catedral, monseñor Oliverio estaba ya casi pisándole los talones; pero las gentes que á la caída de la tarde se retiraban á sus casas sirvieron de obstáculo á Graville; y perdió á la desconocida, que había entrado debajo de los arcos de la catedral, sin duda.

Graville no se quedó mucho tiempo fuera, y empujando á los fieles que salían de la iglesia, penetró á

viva fuerza en la anchurosa nave, donde su mirada en vano buscaba á Blanca de Armagnac.

—¡Debe estar aquí!—se decía.—No puede haber entrado en otra parte.

Y detrás de cada columna pensaba apercibir una jóven pareja en un coloquio de amor.

Su corazón palpitaba; su mirada investigaba hasta la protectora oscuridad del confesionario.

El vasto recinto de Nuestra Señora estaba casi desierto, y uno tras de otro, iban apagando los cirios y las lámparas.

Al pasar cerca de la capilla de San Gervasio, Oliverio de Graville creyó oír un leve ruido: se acercó, y á la mediã luz que reinaba en el templo, vió un hombre prosternado sobre las losas, inclinado hasta dar con la frente en el mármol...

Aquel hombre le oyó también, y como Graville se volviese para continuar sus pesquisas, le dirigió con voz sorda, pero distinta, esta palabra:

—¡Arrepientete!

Graville se estremeció, y frio mortal corrió por sus venas.

No había más que una lámpara encendida en el centro de la nave, y á pocos pasos de ella veíanse dos mujeres que, cubiertas, con sus velos, hablaban con animación.

Graville que había dado la vuelta al coro se dirigió hácia ellas.

—Habeis tardado mucho,—decía una;—pero aun es tiempo.

—¿Qué debo hacer? ¿Dónde he de ir para salvarle?—escamó la otra, que era la que monseñor Oliverio perseguía.

—Es preciso ir ante la Torre del Louvre, porque tenéis el derecho de mandar; haced envainar las espadas que amenazan su pecho.

—Lo haré, señora. Atravesarán mi corazón antes de tocar al suyo.

Las dos mujeres se abrazaron, y la más jóven echó á correr hácia la puerta.

Graville quiso correr á detenerla; pero en aquel momento se interpuso delante de él el talle arrogante de la otra mujer, á quien detuvo con ademán altanero diciendo:

—¿Quién sois vos para cerrarme el paso?

La encubierta levantó su velo, y la luz de la lámpara cayó sobre el pálido rostro de la duquesa Isabel.

Graville llevó ambas manos á sus ojos y retrocedió trémulo, vacilante.

En aquel momento apagaron la última lámpara que quedaba.

La gran nave de Nuestra Señora quedó en las tinieblas, y en medio de ellas, la voz cavernosa de Guillermo de Soles que se retiraba, repitió:

—¡Arrepientete! ¡Arrepientete!

VII.

La elección de armas.

Frente á frente del Pré-aux-Cleres, entre la iglesia de San Nicolás y la Torre del ángulo, á unos pasos del muro que cierra la ciudad, había una calle de grandes árboles que acababa de ser empedrada, y servía de arrefice al Louvre, porque allí desembarcaban las provisiones para el palacio.

Desde la Torre de Nesle hasta los límites de Pré-aux-Cleres, toda la ribera izquierda del Sena estaba deshabitada, oscura, mientras que á la derecha se veían brillar las ventanas de las diferentes casas habitadas.

Sobre las murallas del Louvre oíase el andar de los soldados, y de vez en cuando el alerta monótono de los centinelas.

Oyéronse los remos de una barca plana que avanzaba por el río y en breve se pudo distinguir una mancha negra que adelantaba cortando la corriente.

De pronto, de aquella sombra pareció salir una voz que cantaba algo que ya conocemos.

 Mi petrina, mi petrina,
 La que mi noche ilumina,
 La ran... la ran...

Al terminar la primera copla, la barca se acercó á la orilla conteniendo á un hombre de armas que era el que entonaba la copla.

—Vamos, Tomás, hijo mio,—dijo al batelero,—mano fuerte á la izquierda para hacer frente á la corriente y poder tomar tierra. El Sena está manso esta noche y has ganado sin gran trabajo el escudo de plata que tengo para ti en el bolsillo.

Tomás dió un vigoroso golpe de percha y la barca llegó al desembarcadero; el soldado saltó con gran agilidad aunque habia pasado de los cuarenta, dió la moneda prometida al batelero y llevó su complacencia hasta poner la barca á fiote con un vigoroso puntapié.

—Buena suerte, amigo Tomás,—dijo,—pensé encontrar aquí compañía; pero los que no han venido, vendrán; si quieres ganar algo más, arrima tu barca á la otra orilla del Sena, porque los que aguardo vienen del castillo de la Marche y les pasará como á mi.

Tomás se alejó con la barca y el hombre de armas, bien armado y con su birrete de engalanadas plumas, miró en torno suyo y dijo:

—Pues señor, soy el primero que acude á la cita, ¿y despues de todo, á mi, qué me importa este negocio? Vengo por generosidad como los caballeros andantes.

Enjugó con el dorso de la mano su espeso bigote humedecido aun por su última copa de vino, y pensó:

—Los otros han tenido menos prisa que yo, aun hubiera podido beber dos ó tres cubiletes en casa del compadre Pavot... ¡Viejo truan que es el brazo derecho de Graille despues de haber comido el pan de Armagnac!

Empezó á pasear por la ribera, y dijo:

—Verdad es que yo tambien llevo los colores de Graille; pero me acuerdo de Armagnac. La prueba es que he venido, no para batirme por el hijo de esa mujer que no tuvo confianza en mí; eso sería estúpido; pero dejar al italiano que le asesine... eso tampoco! El muchacho es listo, ya sabe lo bastante para defender su vida, y en poniéndole en guardia contra la estocada secreta, habré cumplido con mi conciencia.

Y empuzó á pasear tarareando su obligada cancion.

—¡Hola!—dijo interrumpiéndose,—alguien viene por la puerta de San Honoré; de seguro es nuestro jóven.

Empezó á escudriñar en la oscuridad y apercibió en la sombra una figura alta, lacia, que media el suelo á grandes pasos.

—¡Pardiez!—pensó,—el muchacho no tenia esas trazas.

La forma se acercaba cada vez más y pudo ver á un hombre armado tambien, pero que no tenia ningun aire belicoso á pesar de su atavío.

—¡Sois vos, primo Jerónimo?—dijo el recién llegado al apercibir al otro hombre de armas.

Este no respondió; quedose con la boca abierta, se frotó los ojos y por fin que apoyó sus dos manos en los hombros del recién venido.

—¡Pero es posible seas tú Andrés?—esclamó con profundo asombro.

—Sí, primo Jerónimo,—dijo Tranquilo cuyo acento temblaba ligeramente;—yo os doy gracias por no haberme faltado á la palabra, pero está tan oscuro... ¡Dios mio! ¿Cómo batirse en medio de estas tinieblas?

—No temas, los otros traerán antorchas, ¿y tu discípulo? ¿por qué vienes el primero?

Tranquilo vaciló un momento y dijo con cierta precipitacion.

—Juan de Armagnac no habia dormido en muchas noches y dormia tan bien que me ha dado lástima de despertarle.

—¡Pero hombre!

—Dejemos eso, primo Jerónimo; si él no viene, estoy aquí para reemplazarle.

Pronunció estas palabras sin fanfarronería, pero con tan fiero acento que la sorpresa de Jerónimo creció por instantes.

—¡Por todos los diablos!—murmuró.—Cuando se tiene derecho, y así á media luz, casi parece un soldado; de todos modos es un hombre singular mi primo. La noche en que murió el duque de Nemours, aun me parece oírle decir: «salvemos á la madre y al hijo aunque perezamos nosotros». ¡No, no es un hombre como los demás!

En estas reflexiones habia algo de remordimiento, porque en aquellos momentos su espada debia estar al servicio de Juan de Armagnac.

—Pero, primo Andrés, ¿tú sabes á lo que te obligas al venir en lugar de tu señor?

—A morir, ya lo sé.

Por un impulso natural, Jerónimo estrechó la mano de aquel hombre y para disimular su emocion empezó á pasear tarareando de nuevo.

—¡Pero sabes siquiera tener la espada en la mano?—preguntó despues de una pausa.

—No.

—¡Ah!—murmuró el soldado argumentando con su conciencia,—si la duquesa hubiera tenido confianza en mí, yo me batiría esta noche; pero ser juez de esta causa, primo Andrés... ¿Te acuerdas como me pagó la duquesa?

—Yo pensaba suplicaros,—dijo Tranquilo en vez de contestar,—que si quisierais enseñarme algo mientras vienen los adversarios... aun tengo algunas monedas en el bolsillo para pagaros este favor.

Si no hubiese sido de noche hubierase visto á Jerónimo enrojecer hasta en lo blanco de los ojos.

—En cuanto á eso, primo Andrés, te daré de balde una leccion. Ya no será la primera,—dijo recordando las ofrecidas á Juan de Armagnac.—No será la primera vez que prodigue mi ciencia gratis... Acércate, pues, y abre los ojos. Voy á enseñarte las dos paradas más principales que nos han venido de Italia: tienes el brazo sólido, y despues de todo el resultado de un combate depende siempre de la voluntad de Dios.

Tranquilo desenvainó torpemente, pero al fin desenvainó.

—Da un medio paso hácia adelante con la pierna derecha, de modo de dejar las tres cuartas partes del peso de tu cuerpo sobre la pierna izquierda, y más vuelta la derecha para poder hacer una retirada ó tirarte á fondo con igual facilidad.

Tranquilo se colocó como su primo le mandaba.

—Más elegancia, hombre,—esclamó Jerónimo;—¡más sueltas esas piernas! Y trataba de estirar las del pedagogo, contraídas por el miedo. Las piernas juegan en el noble arte de la esgrima un papel tan importante que no puedo menos de insistir desde mi primera leccion.

—¡Ah, primo Jerónimo; no os detengais en pequeneces y lleguemos á lo importante! Considerad que esta leccion no puede ser larga y que es la primera y la última.

—Bien, bien—esclamó Jerónimo mordiéndose el labio.—Tienes razon, Andrés, haré lo que tu quieres. En guardia, pues; la espada en la mano derecha y la izquierda en la cadera, el brazo doblado, el codo hácia el cuerpo, la mano hácia arriba y soltura en ese

brazo... ¡Qué diablo, estás rígido como si estuvieras ya muerto hace quince días!

—Primo, primo—murmuraba Tranquilo, que sudaba la gota gorda;—yo os juro que lo hago lo mejor que puedo.

Su malla, su casco, le pesaban horriblemente estorbando todos sus movimientos, y después de un largo y difícil trabajo, logró ponerse medianamente en guardia.

—En esta posición pasas vivamente la espada de izquierda á derecha y estienes tu brazo hacia adelante, lo que se llama parar y atacar en cuarta.

Tranquilo repitió cinco ó seis veces el mismo movimiento con muy buena voluntad, y dijo con la alegría del neófito que penetra el primer secreto de la ciencia:

—¡Y esto es lo que llamais parar en cuarta? Yo creía que esto era más difícil... ¡Si esto se hace ello solo!

Jerónimo sonreía, y como era bueno en el fondo, se animaba viendo la buena disposición del pedagogo.

En cuanto á Tranquilo, no había necesidad de decirle: levanta la cabeza ó levanta el brazo... Tranquilo se tenía firme sobre sus pies y no perdía una pulgada de su estatura y atacaba y paraba en cuarta como un endemoniado; era todo lo que sabía y no podía pedirle más.

—¡Vive Dios!—esclamó esgrimiendo la espada con ardor, —creo que es cuarta; voy á concluir con ese condenado que quiere la vida de mi joven señor. Nunca hubiera creído que era tan fácil el manejo de las armas.

—Eres de buena madera, primo Andrés,—repuso Jerónimo conmovido;—había en tí condiciones para ser soldado, y es lástima que no hayas podido antes... En fin, toma el tiempo como puedas, y acabemos nuestra lección: ¿estás en guardia?

—Estoy.

Jerónimo cogió su mano para dirigirla, pero en el momento llegó hasta ellos un rumor por la parte del río y Jerónimo se detuvo para escuchar.

—Es la chalupa de mi amigo Tomás que nos trae la gente de la boda.

Quería penetrar en la tiniebla, y nada le mostró la noche y nada vió en Pre-aux-Cleres, mientras que sobre el agua brillaba una luz á cierta distancia.

—Vienen en la gran barca,—pensó Jerónimo;—eso quiere decir que vienen á caballo.

—Y bien, primo, espero.

—Y tu puño y tu muñeca se fastidian, ¿no es verdad? Estas lecciones *in-extremis*, como hubiera dicho el capellán del castillo, no valen gran cosa. ¡Ah! si la duquesa Isabel hubiera tenido confianza en mí...

Dobló la muñeca de Tranquilo para que el pulgar cayese debajo, y dijo:

—Dirije la espada á la derecha y guía la punta de frente al cuerpo: una, dos...

—Una, dos;—repitió Tranquilo dando estocadas en el vacío.

—Esta es la tercera,—dijo Ripaille sentenciosamente.

—¡Uf!—dijo Tranquilo después de una media docena de quites y tajos,—esta tercera es muy fatigosa... pero en fin, ¡con la tercera mataré á ese bribón!

Y dando una patada en el suelo, exclamó limpiándose el sudor.

—Habeis hecho mal, primo Jerónimo; porque confieso que me preocupa el embarazo de la elección: los que sabeis manejar la espada, ¿por qué habeis inventado la tercera si ya teniais la cuarta?

—Y aun hay la prima—esclamó el soldado con legítimo orgullo,—y la segunda, la quinta, la sexta..., sin hablar de la contra-cuarta y la tercera inventadas por el gran Cesáreo de Florencia; ni de las pasadas

que hacen llegar á lo infinito el número de suertes en las armas.

—Pues bien, primo,—repuso el pedagogo que estaba más tranquilo y más alegre que Jerónimo le había visto nunca,—prefero ignorar todo eso: con la tercera y la cuarta me basta. Ved una luz que avanza hacia nosotros. Llega el momento de aprovechar nuestras lecciones...

La luz en efecto avanzaba y se oía ya el pisar de los caballos sobre el arrecife.

Tranquilo introdujo sus dedos entre el jubon.

—Tomad, primo Jerónimo,—dijo entregándole un bolsillo bastante exhausto;—aquí teneis cuatro escudos de oro que la Pavot mi parienta me ha regalado hoy. Id mañana á la abadía y entregad tres á mi confesor para que diga todas las misas que pueda por el descanso de mi alma.

—No pensemos en eso,—murmuró Jerónimo.

—Bien puedo pensar, porque pienso sin miedo,—dijo Tranquilo sonriendo.

Jerónimo se preguntaba si había visto jamás un hombre más valiente, y sin embargo pasado por cobarde no solo para los demás sino á sus propios ojos durante cuarenta años de la vida.

—En cuanto al cuarto escudo,—prosiguió el pedagogo,—os ruego que lo bebais á mi recuerdo, y ya no me queda nada más que desearos buena suerte en el mundo; pero recordad que Juan de Armagnac y la duquesa Isabel no tienen servidores... En fin nada más os digo, porque durante quince años Dios ha velado por la viuda y el huérfano y muero confiado en la bondad de Dios.

Se incorporó, se apoyó en la cruz de su espada y volvióse á mirar la luz que era una antorcha conducida por un paje que precedía á tres caballeros.

—El que viene delante es Vicente Tarchino, ¿no es verdad?

—Sí,—repuso Jerónimo;—es el infame italiano.

—Está bien,—dijo el pedagogo, y dando un pase hacia la cabalgata repuso:

—Echa pié á tierra. Vicente Tarchino, traidor y cobarde; vienes por Oliverio de Gravelle, traidor y cobarde como tú; ¡yo vengo por Juan de Armagnac, conde de la Marche y duque de Nemours!

La luz de la antorcha caía sobre su palido rostro, que resaltaba entre las mechas de sus negros cabellos, y en torno del cual la resignación ponía como una aureola.

Vicente Tarchino echó pié á tierra y dió la brida á uno de sus caballeros que le seguian, sin apercibir á Jerónimo Ripaille que, apartado á un lado, le volvía la espalda.

VIII.

Combate nocturno.

—¡Ola, venerable!—esclamó Tarchino al reconocer al hermano.—¿Habeis abandonado vuestra sotana y vuestro gorro de magico? Felicito á mi joven adversario por haber encontrado un segundo como vos.

Apercibía confusamente la silueta de Jerónimo, y en la oscuridad le tomaba por Juan de Armagnac.

—Vamos, rapaz,—prosiguió dirigiéndose al que creía el joven,—tirad de la tizona; al día siguiente de una noche de fiesta hay necesidad de dormir.

Y pasando á la izquierda de Tranquilo, se acercó al que tomaba por su adversario, y al sentirle llegar, instintivamente Jerónimo echó mano á su espada.

Por su mucha habilidad en el manejo de las armas, era quizás el único hombre á quien Jerónimo temía, por más que él tuviera una buena reputación entre los tiradores.

Cuando Vicente Tarchino apercibió su rostro, retrocedió y dijo palidísimo:

—Es un sueño. ¿Venís á batiros contra las gentes de la Marche, Jerónimo?

—No en absoluto,—murmuró el soldado, y tratando de ocultar su embarazo, añadió:

—Y á decir verdad, otro en lugar mio daría la tizona al viento, como vos decís, porque ese hombre es mi pariente, y bien se pueden agujerear la piel dos servidores de una misma casa sin faltar al respeto debido al señor... Estoy aquí porque antes de ser de la casa de Graville fui de la casa de Armagnac, y he venido á velar por mis propios ojos para que nada desleal pueda ocurrir en este encuentro.

Cruzaos, pues, de brazos y decidme dónde encontraré al heredero de Armagnac, porque hasta ahora vuestro venerable pariente, que tiene la cabeza á las once, dicho sea sin que os ofendais, me dirige un discurso de procurador.

—Mi pariente es un hombre honrado y de sentido,—dijo el soldado, ya entrado en calor,—y dice sería lástima arriesgar en la misma partida la sangre noble de Francia y la vuestra.

—¿Y es ese también vuestro parecer, Jerónimo?

—También, maese Vicente.

Tarchino volvióle la espalda, y dirigiéndose á los dos ginetes que le acompañaban, dijo:

—He aquí una mala aventura; hemos perdido la ocasión ayer, y hoy la ocasión se burla de nosotros. Venerable,—continuó dirigiéndose á Tranquilo;—¿el que os conviene llamar Juan de Armagnac no vendrá?

—He venido yo en lugar suyo.

—¡Por la muerte de Dios!—dijo el italiano cuya cólera buscaba ya una salida.—Cuando se toma el nombre de un caballero, no se debe obrar como un niño medroso, y dar su espada al primer histrión para cambiar en farsa grotesca un encuentro serio.

El pedagogo permanecía inmóvil, pero su mano se crispó en la guarda de su espada. Hasta la noche anterior en el corazón de Tranquilo no había habido más que sentimientos de humildad y de mansedumbre, pero en la noche anterior un hombre había ultrajado la memoria de su señor, había arrastrado por el fango el nombre de una noble viuda que él admiraba como á las santas arrodilladas junto al trono de Dios...

Aquel hombre estaba entonces en su presencia, insultaba al hijo como había insultado al padre y á la madre: él tenía una espada en la mano, y todo su ser se trastornó, y su mejor amigo no le hubiera reconocido cuando estendiendo el brazo, dijo á Tarchino:

—Tú solo eres cobarde, criado, indigno insultador de niños y de mujeres; tú solo eres traidor y mentiroso!

Y apoyándose con una mano en su espada, estendía la otra á señalar la frente del italiano, como si en ella hubiera un signo de ignominia: su talle se irguió con aire magestuoso; su nariz se hinchaba, respirando el aire con fuerza, y sus ojos lanzaban rayos.

—¡Dios de Dios!—pensaba Jerónimo—¿qué soldado hubiera hecho mi primo si los monjes no lo hubieran adormecido con sus caricias!

Tarchino ponía ya el pié en el estribo, no era hombre de conmoverse por el apóstrofe de Tranquilo, ni era el á quien buscaba. El rostro del joven que se había arrojado á él en medio de un círculo de soldados, estaba delante de sus ojos, y una voz interior le decía que no era aquel joven leon quien había enviado al pobre pedagogo con pretexto de que su sangre valía menos que la de Armagnac.

Los jóvenes no razonan tanto ni filosofan cuando se trata de vengar á su padre y á su madre. Tarchino no podía explicarse lo que había pasado, pero se decía que acaso había dormido con un narcótico ó Blanca le detenía entre cadenas de amor: si era lo primero, despertaría; si lo segundo, el amor le dejaría libre, por-

que Blanca no podía pasar la noche fuera del castillo.

De este doble razonamiento, Vicente sacó en limpio que debía aplazar su encuentro, y ya iba á montar cuando le ocurrió otra idea.

—Después de todo,—pensó—no será malo dejar á este burlesco personaje tendido sobre esta ribera, y así no nos jugará burlas como las de esta noche.

Y volviéndose resueltamente hácia el pedagogo, exclamó:

—Venerable, que muera como un pagano si me había ocurrido nunca cruzar la espada con vos; pero me habeis insultado. Yo soy el campeón de Graville, vos de Armagnac... En guardia, pues, y alzad las antorchas, Raul y Pedro; va ha comenzar la danza.

Tranquilo hizo la señal de la cruz y movió sus labios: era evidente que recomendaba su alma á Dios. Levantó la espada, tomó la daga en la mano izquierda y se puso en guardia, tan torpemente, como si Jerónimo no le hubiese dado ninguna lección.

—¡El peso del cuerpo sobre la pierna izquierda!—murmuró acercándose el soldado:—el puño á la altura del pecho, la punta en los ojos, la daga en la cabeza.

—¡Dejadme, hermano Jerónimo!—interrumpió Tranquilo con sencillez;—yo lo haré como pueda y creo que no será largo.

Las armas se cruzaron, Vicente había tomado una postura marcial, tanteó el estoque de Tranquilo, le encontró firme, si no ágil, y prolongó el juego como si estuviera en un asalto de armas.

A pesar de la diferencia de armas y del uso del puñal en la mano izquierda, que duró hasta Luis XIII, el arte italiano de la esgrima tenía ya cierto renombre, y el espadachin de Nápoles podía divertirse aquí á su antojo, porque el pobre pedagogo al cabo de dos ó tres pases, ya no veía y se mantenía fiel á la promesa de cumplir como pudiera, repartiendo estocadas á la casualidad, lo que hacía á maese Vicente olvidar todas las reglas cuidándose solo de evitar los golpes.

Tranquilo no sabía si daba en tercera ó en cuarta, pero daba en conciencia y cada una de sus estocadas perdidas en el vacío, hubiera podido rajar á un hombre de arriba á abajo.

A medida que el combate duraba se animaba Tranquilo, el sudor surcaba su rostro, gritos inarticulados salían de sus labios, y como pegaba siempre y su adversario permanecía en pié, llegó á creer á su contrario invencible, defendido por encanto.

Tranquilo ponía su espada bajo la protección de los santos, dirigía exorcismos al demonio; pero Vicente entre tanto paraba todos sus golpes y sonreía.

De repente Tarchino vió á Jerónimo que se estremecía y miraba hácia el lado del Louvre. El rostro del italiano se iluminó; había adivinado bien, el joven leon había roto las barras de su jaula.

La preocupacion de Vicente fué tal, que olvidó casi á su adversario; verdad es que contra él podía defenderse con los ojos cerrados. Sin embargo, en aquel momento el pedagogo recordó un exorcismo de mucho más fuerza, sobre todo en aquel momento en que maese Vicente se descubría, al mismo tiempo que Tranquilo iba á descargar un golpe mortal.

Vicente lanzó un grito de alegría, porque á la luz de las antorchas apareció el traje azul y rojo del paje de la reina de Saba; y Tranquilo en vez de descargar su golpe de doble exorcismo que hubiera abierto la cabeza de un toro, quedóse con la espada en el aire y vaciló sobre sus piés al oír la voz de Juan de Armagnac, que le decía:

—¡Esa espada es mia, Tranquilo! ¡Eres un mal servidor!

Tranquilo soltó el arma y llevó ámbas manos al pecho, mientras Jerónimo se estremecía de orgullo á

la vista de aquel niño heróico, hijo de su señor, que venia á reclamar el derecho de morir.

Vicente no sonreía ya; fijaba en el jóven miradas recelosas, y encerraba en sí mismo su alegría.

Juan de Armagnac recogió el arma que acababa de caer de manos de Tranquilo, apartó al pedagogo con ademán imperioso, y ocupó su lugar.

—No debiste decirme el nombre de mi padre, —esclamó el jóven, —si pensabas deshonrarme luego.

Tranquilo permaneció anonadado; Juan el Rubio estaba ya en guardia delante de Tarchino.

Era hábito doloroso ver aquel pobre jóven en traje de fiesta, con la lealtad en el rostro, el candor en la frente, cruzando la espada con aquel soldado de bronceada tez, brazos robustos y mirada cautelosa y cruel.

Jerónimo hizo un movimiento para lanzarse entre ambos; pero los estoques rechinaban ya uno contra otro, y algunas gotas de sangre enrojecieron ya el alzacuello de Tarchino.

—¡Bravo, Juan, hijo mio! —murmuró Jerónimo, entusiasmado desde el primer golpe; — ya he dicho muchas veces que tirarías mejor que yo.

Y se interrumpió para esclamar:

—¡Dios de Dios! Ha parado á pié firme un golpe que me hubiera ensartado como á un faisán. ¡Mira, primo Andrés, mira! ¿has visto nada más bello en tu vida?

Tranquilo tenia las manos cruzadas, la boca entreabierta, la mirada fija; el aliento silbaba en su pecho...

Lo que siguió pasó en breves instantes: las espadas se buscaban y se evitaban con agilidad milagrosa, aunque los que tenian las antorchas dieran la ventaja á Tarchino, que estaba ademán cubierto de mallas, mientras Juan el Rubio no tenia más que la seda lijera de su traje. Sin embargo, la ventaja era del jóven, y la sangre de Tarchino corria por dos heridas.

En aquel momento una voz de mujer se oyó en medio de las tinieblas, y otra voz le respondió al estremo de la avenida del Louvre.

—¡Deteneos! ¡Deteneos! —decian las dos.

Juan no oyó más que la voz de mujer. Su corazón dió un salto en el pecho porque había reconocido á Blanca, y esta impresion le hizo descuidarse un momento, y la espada de Tarchino penetró en su cuerpo.

Blanca de Armagnac por un lado, y Juan el Moreno por el otro, se precipitaron en el lugar del combate, y el heredero de Armagnac fué recogido por los brazos de su amada.

La espada de Juan el Moreno no llegó en vano, porque cayó sobre el brazo de Tarchino que levantaba su puñal sobre el corazón de Juan el Rubio.

Entonces hubo una escena de confusion. Tranquilo recogió el arma que su jóven señor había soltado; los que tenian las antorchas en la mano las apagaron, y en medio de la oscuridad, oyéronse mandobles, gritos y cuchilladas. Jerónimo, arrastrado por Juan el Moreno, se habia tomado puesto francamente en la partida.

Entre el ruido de las armas oíase la voz lamentosa de Tranquilo que decia:

—¡Piedad, mi noble y querida señora! ¡Le he dejado morir! ¡piedad! ¡el último Armagnac ha muerto!

La confusion fué cediendo poco á poco, los ruidos del combate cesaron y oyóse el paso de los caballos que se alejaban.

Cuando el hermano Tranquilo, Juan el Moreno y Jerónimo volvieron al sitio donde habia dejado al jóven desvanecido en brazos de Blanca, no encontraron ni á Blanca ni á Juan el Rubio.

La voz desolada de Tranquilo se elevó una última vez llamando á su jóven señor... nadie respondió. El galope de los caballos se oyó á lo léjos y el silencio reinaba á lo largo de la ribera del Sena.

CUARTA PARTE.

L

La calle de San Antonio.

El día, que empezaba á despuntar, fué esparciendo tenue claridad en la noble y pintoresca calle de San Antonio, orillada de moradas señoriales: las ojivas y los torreones salían de la sombra con sus techumbres cónicas, coronadas por monstruosas veletas, y las fachadas de granito, que sostenian balcones en forma de canastilla, desde la calle Vieja del Temple á los muros de la Bastilla.

Allí estaba la iglesia de San Pablo y el palacio de su nombre; el de Tournelles, de gran importancia histórica; el de Etampes, pequeño y lindo como su propietario; el de la Reina, y el gran palacio de Bretaña.

Todos poseian magníficos jardines, y aquella mañana la parte de la calle de San Antonio que descendia al hôtel de Ville estaba silenciosa y desierta.

En cambio hácia el centro de la calle advertíase cierto movimiento, sobre todo hácia el palacio de San Pablo, que ocupaba la regente de Francia, y el de Tournelles, donde vivia el rey Carlos.

La puerta principal de este palacio estaba abierta, y en el patio de honor, á la luz de las antorchas, que ya empezaban á palidecer por los resplandores del día, veíanse caballos ensillados, palafreneros con las hacaneas propias para señoras, y hasta una vasta litera que llevaba en su centro el escudo de Bretaña.

En torno del palacio veíanse infinitos hombres de armas y criados que se llamaban y se respondian de un estremo á otro del patio, ó departian agradablemente, como si para ellos amaneciese días de fiesta.

Estaban iluminadas las ventanas, prueba indudable

de que un personaje importante acababa de llegar al palacio; en cambio al otro lado de la calle del palacio de San Pablo parecía sombrío y silencioso, con todas sus puertas y ventanas cerradas.

El sombrío aspecto del palacio de San Pablo, contrastando con el animado del de Tournelles, parecía un símbolo; y en efecto, Mad. Ana era el sol Poniente, y el joven rey el sol luminoso que por Levante aparecía.

La misma animación que hemos descrito en el patio se extendía por los jardines que tocaban con el cercado de Santa Catalina; la sala de Escoceses, construida por Luis XI; la de ladrillos; la de mosaico y la galería que conducía a la cámara real, estaban todas llenas de caballeros.

Se comía y se bebía bajo aquellas bóvedas ilustres, ni más ni menos que en una taberna, porque se trataba de un golpe de Estado, y en todo tiempo los golpes de Estado no se han dado sin comer y sin beber.

En la parte del palacio que ocupaba el rey había una gran estancia, en cuyo umbral los rumores se detenían, y diez escoceses armados en pie de guerra guardaban esta estancia. Desde ella partía una corta galería, á cuyo extremo dos caballeros hacían la guardia con espada en mano, y cerraba la galería al extremo oriental, cuyas ventanas miraban á la Bastilla, una cortina azul, bordada de flores de lis, y detrás de ella una puerta dorada y esculpida, que al abrirse daba paso á la cámara del rey.

A pesar de la hora matinal, el rey Carlos estaba levantado hacia ya tiempo; quizás no se había acostado aquella noche; estaba de pie junto á la ventana, y la pálida luz del naciente día, luchando con la de las bujías encendidas, prestaba á la frente del hijo de Luis XI una palidez más enfermiza. No lejos de él en un sillón, bajo el sòlio que él ocupaba ordinariamente, veíase una joven sentada. La belleza de aquella joven, su apariencia de fuerza y de salud, lo enérgico de su mirada, formaban verdadero contraste con la debilidad física y moral de aquel niño, que era rey de Francia.

La princesa se llamaba Ana de Bretaña, y había ido á Paris para ser reina.

Carlos VIII la miraba con ingénuo admiración, y quizás reconocía en ella un superior desde el primer instante. La duquesa Ana había fijado también una curiosa mirada en su real prometido, y el desencanto, si le tuvo, se ocultó bajo una apariencia de frialdad.

Su mirada, que no buscaba al rey Carlos, se detuvo en cambio con demasiada complacencia en un caballero de arrogante estatura que estaba apoyado en la ventana detrás del rey. Este noble había llegado á la edad viril; su rostro era agraciado; la parte superior del cráneo, un poco calva, daba amplitud á su frente, y aunque el talle había empezado á adquirir un desarrollo impropio de la juventud, llevaba con gallardía su armadura.

El cortesano llamábase Luis, duque de Orleans, y devolvió con usura á la reina las miradas que esta le dirigía, tanto que cualquiera hubiera podido preguntar si era por él y no por el rey por quien Ana de Bretaña había dejado su buena ciudad de Nantes.

Además del duque de Orleans estaban allí los señores de Joul y de Albret, los dos hermanos La Tremouille, el mariscal Gie que había ido á buscar á madama Ana de Tours, D. José Maria Lobel, confesor del rey y antiguo prior de los benedictinos de Miranda; el caballero Tristeniac, escudero de la infanta, y monseñor Antonio Mirou, gran canceller de Francia.

—Mi querida señora,—decía el rey, que de seguro no pensaba ya en la reina de Saba,—estas graves discusiones os cansan, os gustaría más hablar de bailes, de fiestas, de torneos...

—Lo que agrada á mi señor, me agrada á mí,—dijo con voz clara y firme la duquesa Ana.

Y en sus labios rojos se advirtió una pequeña mueca de desden.

—Mañana,—repuso Carlos de Francia,—hareis vuestra entrada soberana en mi buena ciudad de Paris; voy á deciros las fiestas que para vos se preparan.

—¿No sería mejor que me dijerais, señor, que esta ciudad de Paris era vuestra en efecto?—interrumpió Ana sin dejar de mirar al duque de Orleans.

Carlos VIII bajó los ojos sonrojándose y dijo:

—¿Debo pensar que preferís hablar de negocios, señora?

—Si vos lo permitis, yo lo deseo,—respondió la duquesa sin vacilar.

Luis de Orleans hizo un ademán de admiración.

Hay hombres que gustan de estas mujeres energicas y no discutiremos su gusto: nos proponemos solo consignar que en el momento en que el rey Carlos pensaba en fiestas y torneos, sus consejeros y su futura trataban de las decisiones que debían tomar en semejante día.

El canceller Miroz opinaba por que el rey convocase el Parlamento; el confesor del rey ofrecía el apoyo del clero; otros caballeros proponían ir al hotel de Ville y traer al gran preboste de los gremios.

—¿Y vos? primo Luis,—dijo el rey volviéndose al duque de Orleans.

Este se inclinó partiendo su saludo entre el rey y la duquesa Ana, y dijo:

—Mi opinion, señor, es que no me toca hablar á mí, sino á nuestra reina.

Todos se estremecieron, porque era la primera vez que se daba el nombre de reina á la duquesa de Bretaña.

—Si el rey lo consiente...—dijo ella.

Y como Carlos VIII se inclinase riendo, levantó la frente indomable que tantas veces había humillado el orgullo de los caballeros bretones, y dijo:

—Mi opinion, señores, es que hay dos traidores en Paris; uno el señor Oliverio de Graville, que se dice conde de la Marche y otro Mad. Ana de Borbon, regente de Francia por la voluntad de Luis XI.

Los consejeros de la corona palidecieron al oír tratar así á la que había gobernado el reino tantos años. Carlos VIII frunció las cejas; solo el duque de Orleans estaba radiante, y como si ella no buscara más que esta aprobación prosiguió imperturbable:

—A ese Oliverio de Graville, creo que debe colgarsele de las almenas de su propio castillo, y en cuanto á Ana de Borbon...

Quedó un instante pensativa; los nobles esperaron con ansiedad y el duque de Orleans sintió también un instante de terror y repuso:

—¡Mad. Ana es la hermana del rey!

—En eso pienso,—dijo la duquesa dirigiéndole ya un ademán familiar,—sin eso hay almenas en el palacio de San Pablo como en el castillo de la Marche.

—Querida señora...—murmuró Carlos VIII casi asustado.

—No tengais miedo, señor,—dijo la joven,—sabremos conciliar los derechos del trono con los de la familia; creo que debería enviarse á la regente uno de estos señores con un mensaje de paz.

Todos respiraron como si hubieran descargado de un peso su conciencia.

—Y hé aquí cómo yo entiendo esa mision,—dijo la duquesa cuyo acento era cada vez más imperioso.—El que vaya á ver á la regente le dirá: «El rey nuestro señor os manda reunir vuestro consejo de regencia y dirigires con los señores que le componen á su palacio de Tournelles en el término de una hora. *Item*: el rey os aguardará en la sala del trono y presentareis á S. M. la corona de Francia sobre almohadon de terciopelo. *Item*: de no cumplir su augusta voluntad, la orden del rey nuestro señor es que se os os dé por prision la fortaleza de la Bastilla.

A estas palabras siguió un momento de estupor general. Luis de Orleans corrió despues al rey Carlos, y besándole la mano, exclamó:

—Ahora, sí, señor, que vais á ser rey, puesto que habeis hallado tal reina.

Una hora despues, la gran puerta del palacio de San Pablo abria sus dos hojas y la regente salia á pié rodeada de su consejo.

El sol aparecía detras de la Bastilla haciendo destacar los ocho torreones simétricos, el pueblo afluía á la calle de San Antonio, y en medio de un concurso de curiosos la hija de Luis XI atravesó el corto espacio que separaba las moradas reales.

El mariscal de Gie que habia sido el encargado de transmitirle las palabras del rey ó más bien las de la duquesa de Bretaña, acompañaba al cortejo que atravesó el patio de honor del palacio de Tournelles donde los soldados se habian ordenado en dos filas.

Cuando la regente se presentó ante el trono flor-de-sido de su hermano Carlos, era tiempo, porque al otro lado de la puerta, Ana de Bretaña señalaba con su dedo, impaciente, la esfera del reloj, diciendo:

—¡Hace cinco minutos que ha pasado la hora!

La llegada de la regente, notificada solemnemente por los ugieres, serenó la frente de la jóven duquesa que se levantó á recibir á su futura cuñada, diciéndole con ruda franqueza:

—Estoy contenta, hermana mía, de veros aquí cumpliendo con vuestro deber.

Ana de Francia miró á aquella jóven desconocida, que la llamaba hermana y la hablaba antes que el rey, y no preguntó su nombre: habia oido hablar bastante de la hija de Francisco de Bretaña, y la reconocía en su atroz proceder.

Se inclinó resignada; su reinado habia concluido: quizás habia tenido aspiraciones de reina y hay quien asegura que tenian cierta relación con este deseo las asiduidades que por ella habia tenido en otro tiempo Luis de Orleans.

—No se me habia anunciado la llegada de mi señora hermana,—dijo tendiendo la mano á la duquesa de Bretaña—y me alegro de hallaros más bella que os pintaba la fama.

Y volviéndose al rey que habia subido al trono, dijo:

—Señora, aquí está la corona que nuestro pobre Luis dejó en mis manos como sagrado depósito.

El senescal Harcourt presentó al rey la corona cerrada y madama Ana dobló una rodilla en tierra.

—Señor,—dijo,—sed tan dichoso y alcanzad tanta gloria como mi corazón desea.

—Gracias, hermana mía,—exclamó Carlos ciñéndose la corona.

Volvió la mirada á su jóven prometida como diciéndola: vos sois mi consejera, ¿qué debo hacer?

Y Ana de Bretaña comprendiéndolo así, se apresuró á exclamar:

—Yo doy gracias á Dios por que todo ha pasado del mejor modo posible, y ahora es preciso que madama Ana, la regente, monte á caballo para acompañar al rey, que va á mostrarse al pueblo en su buena ciudad de Paris.

—Pues señor,—decía el duque de Orleans,—hé aquí una mujer capaz de jugar con el cetro como nosotros con una caña! A caballo, señores,—añadió en alta voz,—cada palabra de nuestra futura reina es una antorcha que ilumina nuestras tinieblas.

Ana de Bretaña hizo ademán de desden: no gustaba de frases pomposas y era la primera vez desde que habia llegado, que el duque la desagradaba.

—No se trata de antorchas ni de tinieblas, primo mío,—le dijo secamente,—sino de forjar el hierro cuando esté caliente.

—Si esta hubiera sido hija de mi padre —pensó la

ex-regente,—creo que á pesar de la ley salica al cetro de Francia se hubiera convertido en rueca!

Quizás, ¡pero aquella rueca hubiera sido de acer como un estoque!

II.

La comitiva real.

El sol reflejaba ya en los cristales de la galería que se extendía al Oeste del patio de honor. Oíanse, pues, los gritos del pueblo tumultuoso que aguardaban un día fecundo en acontecimientos, y en el patio piafaba los caballos que iban á trasportar á las personas reales.

La noche que acababa de pasar, habia sido más aprovechada que muchos dias: por orden del duque de Orleans compañías montadas habian llegado de las provincias; los parciales del antiguo partido de Armagnac habian enarbolado sus banderas y dispuesto sus huestes, y estaba en la conciencia de todos que aquella agrupacion tenia por objeto simplemente el triunfo de una facción, esto es, que el partido de Borbon cara, para levantarse el de Orleans, solo que muchos no se cuidaban de la jóven que habia traído de Bretaña el mariscal Gie, y con ella debia comenzar para la monarquía una nueva era.

El dia en que el escudo de Armagnac se unió al escudo de los reyes de Francia, una nueva sangre pareció correr por las venas de la vieja monarquía, y ya no debia haber ni Borbon, ni Armagnac, ni Orleans, ni Borgoña; desde el momento en que Ana de Bretaña ocupara el trono, no debia haber más que el trono de Francia.

Aquella noche, Luis de Orleans habia trabajado mucho por ella, y si hubiera adivinado este resultado, quizás no hubiera trabajado tanto.

Toda la parte septentrional habia sido quitada á los hombres de armas de Gravelle, y desde media noche, los soldados de Orleans eran dueños del Louvre, de mozo, que el rey disponia desde la torre de Billy hasta más allá del Louvre, teniendo además la isla de la Cité, la Tournelle y el sorcado del Mediodia hasta la puerta de Santiago.

Gravelle y los suyos, abandonados por la regente, hacianse reducido á la pequeña parte que se extendía desde la calle de Harpe á la torre de Nesle y sus soldados se habian retirado al castillo de la Marche y á los contornos de la abadía de San German de los Prados.

No era su entrada solemne lo que aquel dia quería hacer la reina en su nueva capital: pretendió unirse á la comitiva de incógnito para ver y no ser vista, y todo el efecto de aquel paseo debia resumirse en la regente acompañando dócilmente á su hermano, con lo cual Gravelle, si contaba con el apoyo de Borbon, perdería toda su seguridad para la defensa.

Al salir la cabalgata del palacio de Tournelles, descendió toda la calle de San Antonio para dirigirse al barrio de los Mercados. Los dos Tremouille abrían la marcha, á la cabeza de los sargentos de armas y maderos de la guardia; el rey iba en seguida llevándolo á su lado á la regente, que siguiendo la etiqueta llevaba siempre su caballo un paso detrás del rey; detras de ambos iban Luis duque de Orleans y Ana de Bretaña, y despues multitud de caballeros y guerreros conducidos por sus capitanes que llevaban banderolas en las lanzas como prenda anticipada de victoria.

—Primo mío,—dijo Ana de Bretaña al duque,—habeis hecho muy mal de conducir al rey á la indigna mascarada del castillo de la Marche.

—El rey lo quiso, señora.

—Eso es distinto,—dijo ella con firmeza intencional:—lo que el rey quiere se debe hacer.

El duque de Orleans empezó entonces el relato de

todo lo ocurrido en la noche anterior, y al llegar al momento crítico en que Thibaut de Ferrieres habia separado al rey de los once caballeros, un movimiento tumultuoso se hizo en la fila de espectadores de la calle de San Antonio.

—Yo desenvainé, señora,—decia el duque de Orleans,—y grité con todas mis fuerzas: ¡salvad al rey!

—¡En nombre de Dios, monseñor!—dijo en este momento una voz entre la multitud,—¿no salvaréis, a vuestra vez al que salvó al rey, nuestro señor?

El duque Luis y Ana detuvieron sus caballos; el primero dirigió una mirada de asombro hacia el sitio de donde habia salido la voz. Atravesaban por delante de una boca calle, y la multitud, agolpándose a la entrada de esta calle, cercaba a un soldado que llevaba los colores de Graville, y que se defendía de los ataques del populacho.

—¡Es un espía de la Marche!—decian,—un traidor apostado al paso del rey.

Y los golpes llovian sobre el birrete forrado de hierro del soldado que habia hablado y sobre su jubon de ante. Habia logrado tirar de su espada, pero no podia manejarla, estrechado como estaba por la multitud.

—¿Qué quieres de mí?—preguntó Luis de Orleans parando su caballo enfrente de la callejuela.

El soldado, que se habia abierto un poco de paso pinchando a dos ó tres ganapanes, gritó:

—Monseñor, que me dejen libre paso. Soy Jerónimo Ripaille, antiguo soldado de Armagnac, y me habeis visto muy cerca en la jornada de Auxonne.

—¡Jerónimo Ripaille! Creo recordar, en efecto. Haced sitio, buena gente, haced sitio.

Las filas de la multitud se abrieron, y el mismo rey y la regente retrocedieron a ver lo que pasaba.

—Dios os guarde, monseñor,—esclamó alegremente Jerónimo en cuanto se vió libre.

Después, fijando sus ojos audaces en la jóven duquesa Ana, añadió:

—No sabia que hubieseis tomado esposa. Ana de Bretaña se sonrojó y guió su palafren hacia Carlos que se acercaba.

—¿Qué me hablabas de aquel que ha salvado al rey?—preguntó el duque de Orleans.

El aspecto de Ripaille era terrible: tenia sangre y polvo en las ropas, y el duque le miraba con desconfianza.

—No temais, monseñor,—murmuró Jerónimo advirtiéndolo,—no estaba más limpio ni mejor en Auxonne, cuando el infame Borgoñon puso la daga sobre vuestra garganta.

—¡Me acuerdo, me acuerdo!

—Que me place, aunque no vengo a hablaros de esa vieja historia; pero si os acordais de hechos tan lejanos, mejor recordareis que la última noche estrechasteis en vuestros brazos a un jovencuelo que salvó valientemente al rey.

Carlos VIII y su hermana escuchaban silenciosos, y estas palabras aumentaron la palidez del rey. Ana de Bretaña escuchaba tambien con curiosidad.

—¡Gallardo jóven a fe mia! Tenia el desenfado de un príncipe; ¿no es verdad, señor?

Esto fué dicho volviéndose al rey, que hizo una fria inclinacion.

—Buena hombre,—dijo Luis de Orleans inclinandose y bajando la voz,—yo he dicho a ese jóven que si el rey olvidaba yo tendria memoria por los dos.

—¡Ah, monseñor! Ves sois un caballero.

Las cejas de la jóven duquesa se fruncieron, y cuando frunció las cejas, su rostro no tenia nada de hermoso.

—Si,—pensaba quizás pasando la mirada de Carlos de Valois a Luis de Orleans,—este es un caballero, pero el otro...

—Si está en peligro,—prosiguió el duque,—decidme

su nombre, y a fe de cristiano que haré cuanto pueda para salvarle.

Jerónimo se recogió un momento antes de contestar. La solemnidad del momento le daba una especie de dignidad desconocida.

—¡Se llama Juan de Armagnac!—murmuró por fin con acento grave.

Este nombre produjo gran murmullo entre todos los cortesanos: la regente se estremeció, el rey levantó la cabeza con asombro, y Luis de Orleans esclamó con emoción verdadera:

—¡Juan de Armagnac! No puede llevar ese nombre sino el hijo de mi primo Jacobo, conde de la Marche y duque de Nemours, el cual fué decapitado traidoramente en la plaza del Mercado mientras yo estaba en el destierro.

—De ese hablo—repuso Jerónimo,—del hijo de vuestro primo Jacobo y de la duquesa Isabel, y si os place que un día sea conde de la Marche y duque de Nemours, como su padre, apresuraos, monseñor, porque está en peligro de muerte.

—¿En mano de Graville quizás?—dijo el duque palideciendo.

—En manos de Graville, monseñor.

El duque de Orleans se dirigió al rey, y dijo:

—Señor, yo os suplico que me dejéis tomar algunas lanzas para sacar de entre las garras de ese enemigo a nuestro primo, señor, al hijo del más ilustre caballero que ha tenido la Francia, Jacobo de Armagnac, duque de Nemours.

El rey guardó silencio, y su hermana tuvo tiempo de deslizar algunas palabras a su oído.

—Creo que fué mi digno padre,—balbuceó el niño coronado,—quién fió al Parlamento el derecho de juzgar la conducta desleal y traidora de Jacobo de Armagnac.

—Reunid, pues, vuestro Parlamento, señor—dijo entonces Luis con su arranque generoso,—porque yo acabo de hacer lo mismo que hizo el duque de Nemours.

Carlos temblaba: su hermana bajó los ojos, y Ana de Bretaña adelantándose, esclamó:

—Primo Luis, el rey nuestro señor quiere que toméis cien lanzas y hagais lo que vuestro corazón os dicte. Salvad a Juan de Armagnac mi primo, no porque es hijo de su padre que fué un rebelde...

El duque levantó la cabeza; Ana de Bretaña, repitió duramente:

—Que fué un rebelde, ¿sino porque Juan de Armagnac ha salvado la vida del rey nuestro señor.

El duque quiso contestar airado, pero su mirada se cruzó con la de la jóven reina; en sus labios severos habia como la sombra de una sonrisa. Luis de Orleans se inclinó, besó su mano, y los que observaban dijeron que los labios del duque permanecieron más tiempo del que exigian las circunstancias apoyados en la mano de la jóven reina.

Cuando se levantó gritó:

—¡A mí las lanzas de Chauppagne!

Cien hombres de armas a cuya cabeza marchaba el más jóven de los Tremouille, acudieron a su voz.

—¿Dónde está mi primo de Armagnac?—preguntó el duque a Jerónimo Ripaille.

—¡Ah! señor, Dios lo sabe. Lo que podemos hacer es tomar por asalto la ciudadela de Graville y allí encontraremos de seguro al que buscamos.

El duque de Orleans movió la cabeza con aire indeciso, saludó al rey y a la reina, metió espuelas al caballo y se alejó por la calle de Geoffroy Lashier. Jerónimo Ripaille, que habia montado por asalto sobre un caballo, siguió a la cabalgata y en breve se vió a las cien lanzas conducidas por La Tremouille perderse en la ribera derecha del Sena.

El cortejo continuó su marcha lenta, mientras las trompetas abrian la marcha a la cabeza de la comiti-

va, y la duquesa de Bretaña, que se había quedado sola y pensativa, decía:

—¡Si aquel fuera rey!

111.

Juan el Moreno.

Necesitamos retroceder algunas horas y volver al sitio mismo donde comenzó esta historia.

Las primeras luces del crepúsculo doraban apenas las nubes hacia Oriente, la noche estaba oscura, aun todo al rededor del castillo de la Marche reinaba profundo silencio, á trececientos ó cuatrocientos pasos de los muros á lo largo del canal llamado pequeño Sena, y hacia al Préaux-Cleres, veíanse lucir algunas luces moribundas, porque tres ó cuatro compañías que no habían podido encontrar alojamiento en el castillo vivaqueaban por sus contornos.

Otras luces brillaban entre San Simplicio y la puerta de San German: era el campamento de los partidarios de Graville, que aquella noche habían sido desalojados de sus posiciones al Norte de París.

Había ya desaliento entre estas tropas, y soldados y jefes, ya rondidos por la fatiga, dormían, y los que no, hablaban en pequeños círculos, diciendo en voz muy baja que no habían visto á monseñor Oliverio en el sitio del combate.

Muchos habían querido penetrar en la taberna del padre Pavot, á fin de vaciar el fruto de su escarcela y beber un trago, para cobrar ánimos; pero la taberna del padre Pavot estaba cerrada y custodiada como una fortaleza, y se decía que dentro había prisioneros y algun enfermo. Nadie sabía el nombre de los primeros, pero todos afirmaban que el tabernero Pavot había tenido que dar su propio lecho al capitán Vicente Tarchino, el cual había perdido un brazo en la batalla.

¿Qué batalla? Este era el misterio, porque Vicente Tarchino no se había encontrado entre los defensores de Graville para combatir á los parciales de Orleans.

¿Qué lejos estaba ya la fiesta de la víspera! Parecía que un siglo había pasado borrando todas aquellas locas magnificencias! Algunos pretendían que Graville había continuado la mascarada hasta aquella noche sangrienta, y que su ausencia reconocía por causa una persecucion amorosa.

La bella de las bellas, Blanca de Armagnac, que había huido del castillo á la hora del cubre fuego, había entrado en París por la puerta Bucy, y había ido á una cita misteriosa á la iglesia de Nuestra Señora.

Desde entonces, segun unos, Blanca no había vuelto á parecer, y segun otros, estaba prisionera en la taberna del padre Pavot.

Pero todo esto importaba poco; en definitiva eran pequeños detalles en presencia de la gran batalla que, segun todas probabilidades, debía librarse al dia siguiente. A esta batalla los soldados de Graville se disponían sin entusiasmo, iban á tirar de la espada, porque era su oficio; pero más de uno pensaba en los medios de firmar la paz á la primera ocasion que se presentase.

Entre el cercado de la abadía de San German, y el que rodeaba la taberna del padre Pavot, había un pequeño vivero, cuyos árboles nuevos habían ofrecido su contingente al fuego del vivero.

Este vivero estaba á distancia de unos cien pasos del campamento del Pré-aux-Cleres, y cuando las primeras luces del crepúsculo penetraron por entre las ramas, se pudo ver medio tendido sobre la yerba á un hombre en traje de soldado, armado á la ligera, y que parecía rendido de fatiga; su codo se apoyaba en la tierra húmeda, su pecho se levantaba en agitacion convulsa, y respiracion difícil silbaba en su garganta. Habíase quitado su casco, y sus cabellos

largos estaban pegados por el sudor á las sienes, descendiendo lacios sobre sus hombros.

—¡Llora!—pensaba mientras su mano flaca enjugaba una lágrima de sus ojos;—está arrodillada, cuenta las horas... los minutos, y quiere encontrar la oracion que no aciertan á decir sus labios. ¡Llama á su hijo, su hijo querido... todo lo que le quedaba en el mundo!

El soldado pasó la mano por su frente empapada en sudor frio.

—Y soy yo,—dijo con sordo acento,—yo que en mi orgullo me creía el más fiel de los servidores, yo á quien Dios ha escogido para instrumento de la fatalidad. Ya no me llamará en sus horas de angustia, ya no me dirá ¿dónde estás; Tranquilo, mi pobre amigo que me has consolado en mi desgracia? Hoy me maldice, bien lo sé... ¿Qué haría yo si fuera madre con el que hubiera causado la muerte de mi hijo?

Su espresion cambió, su mirada se quedó fija, despus su cabeza cayó sobre su pecho, y murmuró:

—¡Mi hijo! No tengo uno, tengo dos, y los he visto... ¿los he visto ó ha sido la locura lo que ha trastornado mi mente?

Keinó el silencio de nuevo, y pudo oirse á lo lejos el «quien vive» de los centinelas y el canto de los pájaros que saludaban al crepúsculo matinal.

—¡Ah!—dijo Tranquilo,—hay una venda en mi inteligencia, no apereibo más que fantasmas... pero lo que es cierto, de lo que no puedo dudar, es que he visto al hijo de mi señora bañado en sangre, que han llovido moribundo al heredero de Armagnac, y mientras estoy aquí indolente y ocioso, los miserables habrán triunfado quizás!

Calló un momento y prosiguió:

—Y sin embargo, soy fuerte, más de lo que me figuraba... Si yo hubiera asestado el golpe á Tarchino, le hubiera abierto el cráneo, como voy á partir el tronco de ese árbol, porque así es mi voluntad.

Cogió la espada con las dos manos y descargó un terrible golpe sobre el árbol nuevo, cortándole como si hubiera sido el tallo de una rosa.

—Buen hombre,—dijo un acento á su espalda,—la cabeza de maese Vicente no es tan dura como ese tronco.

—¿Sois vos?—dijo Tranquilo volviéndose sobresaltado, y dejando caer su espada al encontrarse con el jóven que sus recuerdos le presentaban, apareciendo ante él en el momento de evocar la imagen de su hijo.

—Os he buscado por toda la ribera del Sena, alrededor del palacio. Me habiais dicho que estabais seguro de encontrar á mi jóven señor...

—Y os juro que si no lo he conseguido no ha sido por falta de dar que hacer á las piernas. Cuando lo dije delante del Louvre no se oía casi el galopar de los caballos, y sin embargo, yo no tenia nada más que ese indicio. Yo tambien eché á galope, aunque sin caballo, y me lancé á la Torre del Angulo, seguro de que la barca de pasaje debía con ellos hacer su oficio. No me engañe; pero al llegar al sitio del embarque los bribones estaban en ella y la barca en medio del rio.

—¡Dios mio, Dios mio! ¿Y no había otra otra barca que utilizar?

—Ni siquiera una amarrada á la orilla.

—¿Habeis tenido que aguardar á que vuelva la barca y os pasase?

—No tal,—repuso el paje riendo;—tocad mi ropa, y vereis que no tengo necesidad de barca para pasar el rio.

La mano de Tranquilo tocó los vestidos de Juan, que el rocío nocturno no había permitido secar aun.

—¿Habeis atravesado el Sena á nado?—dijo el pedagogo abriendo desmesuradamente los ojos.

Y apoyando ambas manos en los hombros del jóven dijo:

—¿Tanto le amais?

—Creo que no le querría más si fuera mi propio hermano.

—¿Hace mucho que le conocéis?

—Desde anteanoche.

—¿Y cómo os habeis conocido?

—A estocadas.

Tranquilo retrocedió aterrado; aquellas costumbres no eran las suyas y no lograba familiarizarse con los usos de la época.

—¿A estocadas!—murmuró.—Sin duda conozco muy poco al mundo porque hay en él cosas que no entiendo.

—El agua no está fría en esta estación, y he llegado á la otra orilla al mismo tiempo que la barca depositaba en tierra su cargamento. He podido ver á mi hermano Juan el Rubio atravesar sobre el caballo de Pedro, y á la señora Blanca agarrotada sobre el caballo de Raul; maese Vicente iba más pálido que un fantasma. La tierra fresca que había puesto en su brazo, no impedía que la sangre corriese con abundancia, y se tenía tan difícilmente en la silla, que más de una vez he creído que iba á caer.

—¿Pero y Juan? ¡Habladme de Juan de Armagnac! El rostro jovial del joven tomó un aire meditabundo para contestar.

—¿Se llama en efecto Juan de Armagnac?

Después moviendo la cabeza como si quisiera desechiar una idea importuna, prosiguió:

—Cuatro pies corren más que dos, buen hombre, y una vez en tierra, los bribones han echado al galope y eso hice yo poco despues con los dos míos para no perder enteramente su rastro.

—¿Entonces sabéis dónde están?

—Os diré lo que he sabido, y no sin trabajo. Los perdí de vista al extremo del Pré-aux-Cleres y no me di gran trabajo para alcanzarlos, porque era claro que iban directamente al castillo de la Marche: Era más de media noche cuando llegué al puente levadizo del castillo: estaba oscuro como en el infierno, no se veía ni una luz en las ventanas, todo en el castillo parecía muerto: pero al acercarme á la poterna, el silbido de una ballesta, despues dos, despues tres, llegaron á mis oídos, convenciéndome de que había seres vivientes dentro de las murallas.

»Me tendí en tierra, que no era el medio mejor de secar mi jubon y mis calzas, que hacían penetrar el frío hasta la médula de mis huesos. Permaneci allí una hora larga, y como esta no adelantaba los negocios de mi amigo Juan, me arrastré alrededor de las murallas para ganar la poterna que se abre á los fosos de Paris.

»Esta poterna y yo nos conocemos bien; cuando no tiene echada la barra, conozco un medio de abrirla, y más de una vez he entrado por aquella puerta despues de una escapatoria. Pero la poterna estaba cerrada con barra, y como yo intentase abrirla, dos ó tres ballestas se han clavado en los árboles alrededor mio. ¡Bajo las murallas de la Marche llueven esta noche las ballestas!

»No había más que una manera de acabar: volví al puente levadizo aguardé á que saliese una ronda y agregándome á los que eran mis camaradas, media hora despues estaba en la sala de armas de la Marche.

Tranquilo respiró: por fin iba á saber algo.

—Pero el diablo se mezclaba en mi juego,—repuso Juan el Moreno;—porque en el castillo no había ni rastro de Vicente Tarchino, ni de su primo, ni de la señora Blanca: sin embargo, parece que á las diez horas antes el soldado Raul había ido á buscar... se Anibal Cola, barbero, cirujano, inventor de la quinta esencia de la hermosura, envenenador de ratas y médico de hombres, para un enfermo que no era otro que maese Vicente mismo. Me había, pues, equivocado; pero si la poterna cerrada había desafiado mis esfuerzos cuando estaba fuera, podía muy bien abrirla ahora

que estaba dentro y eso es lo que hice saliendo de nuevo á continuar mis pesquisas.

»No hace más que una hora de esto y fui rondando hasta la hostería del padre Pavot que encontré cerrada como una fortaleza y con centinelas en la puerta. El medio es siempre el mismo: cuando la puerta está cerrada, se da la vuelta á la casa. Eso es lo que hice y vais á saber lo que vi de nuevo.

—¿Qué visteis, joven?—preguntó Tranquilo sudando de angustias.

—¿Conoceis á Mireta?—esclamó Juan el Moreno con acento conmovido.—¡La más linda muchacha de Paris!

Bien podemos asegurar que si Tranquilo hubiera sido capaz de jurar hubiera lanzado una blasfemia.

—¡No, no!—dijo amostazado,—no conozco á Mireta.

—Peor para vos, buen hombre; porque Mireta va á ser nuestra Providencia; sin ella no me veriais tan alegre, porque maldito si sabría cómo auxiliar á mi hermano Juan el Rubio.

—Acabad,—interrumpió Tranquilo, cuya paciencia ya tocaba á los límites,—¿no veis que me haceis morir?

Juan el Moreno le miró sorprendido.

—Paréceme,—dijo,—que yo no hablo en enigmas; pero queréis saberlo todo de una vez, y hé aqui lo único que puedo deciros. Conozco la taberna del padre Pavot por haberla frecuentado un poco, y detrás de la sala comun hay tres cuartos: estaban los tres iluminados y me puse de puntillas para ver lo que había dentro. En el primero estaba maese Vicente en manos de su pariente maese Anibal Cola, el cual vendaba el brazo de maese Vicente, quien torcía la boca como hombre que reniega de Dios sabiamente y por costumbre. En el segundo cuarto estaba la gentil Mireta, de quien os hablaba hace un momento, con el simple de Simon, á quien pienso dar una tunda de garrotazos en cuanto le tenga á mano y por asuntos que son de mi sola pertenencia. En el tercer cuarto estaba por fin mi amigo Juan el Rubio, acosado en una cama, con el rostro un poco pálido, pero durmiendo como un bienaventurado.

Tranquilo cruzó las manos, mientras dos lágrimas rodaban por sus mejillas: despues, sin decir una palabra, echó á andar en direccion de la taberna del padre Pavot, pero Juan corrió hacia él y le detuvo por un brazo.

—¿A dónde vais, buen hombre?—esclamóriendolo. Si me veis aqui tan pacífico y charlando con vos, es porque tenemos tiempo de sobra, vos no estaís aun enterado de todo: me queda mucho que deciros.

»Mientras yo me preguntaba cómo podría llamar la atención de Mireta sin desportar la atención de su imbecil compañero, maese Vicente empezó á dar gritos; parece que su primo Anibal deja sentir su mano donde la pone: volví á mi primera ventana y vi á Vicente Tarchino que echaba espuma por la boca, se incorporaba sobre el lecho sin que fueran bastantes á contenerle el médico charlatan y sus ayudantes. Se ahogaba, pedía aire... abrieron la ventana y entonces pude oír todo lo que se decía dentro.

—Si el diablo me permite echar la mano encima á ese miserable Juan Rolando,—decía Tarchino con frenesí,—le saco los ojos; le arranco las entrañas, y haré ascua mi daga para introducirsela en el corazón.»

—¿Y quién es ese Juan Rolando?—esclamó aterrado Tranquilo.

—Soy yo, buen hombre, pero no hagais caso... Maese Vicente tiene la fiebre muy alta y no es extraño que esté algo enojado con el que le deja manco. Algo peor es lo que me dijo cuando cansado de vomitar improperios contra mí, añadió:—Pero por lo menos teogo al otro, á ese nadie le podrá arrancar, él pagará por todos.

—¿Y decís que tenemos tiempo?—esclamó Tranquilo, ¡cuyos cabellos se erizaban sobre su cabeza.—Vicente Tarchino es un tigre que va á devorar á mi pobre señor.

—Tened un poco de calma, que ya iremos cuando sea necesario; por el momento, el tigre tiene las uñas embotadas y no pueda agarrar su presa; en lo más fuerte de su exaltacion, ese endiablado hechicero de Anibal solo le ha hecho beber no sé qué gotas en un vaso de agua que le han dejado como un guante; pero para hacérselas tomar tuvo que decirle: bebed, ó no respondo de vuestra vida. En el fondo, Vicente es todos los matachines de oficio; tiene miedo á la muerte... ha bebido todo el líquido y ha caído poco despues sin movimiento y sin voz. Así dormirá hasta que salga el sol, segun ha dicho maese Anibal, y ha dado órden de que vayan á buscarle si se despierta. Así, pues, buen amigo,—acabó el simpático Juan,—hasta que salga el sol no tenemos prisa, y ya veis que apenas empieza á clarear el alba. Tenemos pues, una hora á nuestra disposicion, y cuando salga el sol es preciso que ambos estemos detras del lecho de nuestro amigo con la espada en la mano.

Tranquilo no pudo hablar porque la emocion embargaba su voz, pero estrechó al jóven en sus brazos, despues pasando sus manos por la ropa del jóven todavía húmeda, murmuró:

—¡No se seca y la mañana está muy fresca!

Quitóse el talabarte que cubria su traje de soldado y le echó sobre los hombros de Juan.

—Gracias, buen hombre,—dijo éste,—y sois un sabio, porque ya empezaba á tiritar. Acabaré mi historia: «Cuando todo quedó en calma en el cuarto de maese Tarchino, volví á la ventana del que ocupaba Mireta, di dos ó tres golpecitos en los cristales porque Simon se habia dormido en un estremo de la estancia. Mireta se estremeció, de seguro pensó en mí, si es que ya no estaba pensando antes, se acercó á la ventana, y como es más sutil que una hada, abrió los cristales sin hacer ruido.

—¿Sois vos, señor Juan?—me dijo,—¡qué habeis hecho! monseñor Tarchino ha jurado vuestra muerte.

—¡Bah! el capitán tiene ya costumbre de faltar á sus juramentos,—le dije poniendo un beso en sus mejillas,—y no os escandaliceis buen hombre, porque Mireta será mi mujer un día ú otro si Dios no se opona.

—Por favor, por favor,—continúo cruzando sus lindas manecitas;—¡marchaos de aquí, señor Juan, no me hagais llorar vuestra muerte!

—¿Huir yo?—repuse;—seria la primera vez de mi vida desde que tengo la edad de un hombre! Lejos de huir necesito entrar y hablar con mi hermano Juan que está acostado en esa otra pieza.

»La niña se quedó sorprendida y confusa, reflexionó un instante y despues me dijo bajando sus ojos:

—Señor Juan, mi madre sabe que me amais, y sabe tambien que sois compañero de armas de ese bello jóven que está acostado en la estancia inmediata, en la cama de mi padre; si yo os hubiese dejado entrar ayer en nuestra casa, tengo para mí que no hubieran sobrevenido todas estas desgracias; así, pues, tengo la confianza en vos, haré lo que queráis.

»Como podeis suponer, no me lo hice repetir, monté en el antepecho de la ventana y un instante despues los dos estábamos en el pequeño cercado de la casa.

—Señor Juan,—me dijo la niña con trémulo acento,—ya veis que tengo confianza en vos; si entráis ahora en la casa todo se pierde, porque mi padre está durmiendo en la misma estancia en que reposa el que llamais vuestro hermano, y sabeis que mi padre aborta la sangre de Armagnac. Dentro de una hora mi padre se levantará y saldrá á la taberna para atender á los parroquianos; yo encontraré tambien medio de alejar á Simon, y quien sabe si de aquí á entónces mi buena madre vendrá tambien en nuestro socorro.

Estrechó la mano del pedagogo y esclamo:

—Ahora, buen hombre, bueno sera deciros algo de lo que pasa en Paris. Mireta ha dejado ayer tarde la casa de su madre, que, como sabeis, es la hosteria de la Tortuga, porque se batian ya en el barrio del Mercado. Nuestro partido parece que adelanta por allá bajo, y si logramos que mi hermano Juan el Rubio salga de esta mañana sin percance, esta tarde ya no tendrá nada que temer.

—¿Quién se batía en el barrio del Mercado?—preguntó el hermano Tranquilo.

—El rey contra la regente,—replió el jóven;—ó lo que es lo mismo, Luis de Orleans contra Oliverio de Graville.

—¿Luis de Orleans!—repitió el pedagogo.—Es verdad, estaba ayer en la fiesta... ¡Protejednos, Dios mio, protejednos; no nos dejeis ahogar tan cerca del puerto!

—Y tan cerca,—dijo el antiguo paje,—porque Luis de Orleans ha desalojado á Graville de todas sus posiciones en el interior de Paris, y si la madre Pavot me hubiera pedido consejo, hubiera dejado á mi gentil Mireta en la misma hosteria de la Tortuga, donde estaria mil veces más segura que al lado de su padre; pero, en fin, no me quejo, porque aquí nos servirá para salvar á mi hermano Juan. Así, pues, ya sabeis que nos espera y en breve vamos á empezar nuestra obra, en cuanto nos deis algunos datos de que tengo necesidad para mi propio gobierno.

Juan el Moreno habia pronunciado estas palabras dando un paso hacia Tranquilo y con un acento muy determinado: el pedagogo fijó en él una mirada siempre distraida:

—¡Informes, preguntais?

Juan el Moreno bajó la voz, y murmuró:

—Decidme: ¿en qué habeis conocido que mi hermano Juan el Rubio es el verdadero heredero de Armagnac?

—¿En qué? ¿En qué lo he de conocer, jóven, ni qué necesidad tengo de señal, si no me he separado ni una hora de mi jóven señor desde su infancia?

—Bien, bien,—dijo Juan preocupado;—¿entónces no es por el escudo de Armagnac grabado en su pecho?

—¿Cómo sabeis eso?—interrumpió sorprendido Tranquilo.

—Lo sé; el cómo os importa poco; ¿es decir, que no es por eso?

—No tal; si no lehe dejado ni un solo momento hasta esta desgraciada fuga. ¿Qué necesidad tengo de escudos para reconocerle.

Juan el Moreno se frotó las manos y dijo como quien se quita un peso de encima:

—Me alegre, me alegre con todo mi corazón.

—¿Por qué?

—Porque hubiera sido una desolacion para mí que la suerte me hubiera hecho rival ó competidor de mi querido hermano Juan.

—¿Y cómo os habia de hacer la suerte competidor suyo?

Juan no respondió; desabrochó su talabarte, que volvió á colocar sobre los hombros del pedagogo; despues desabrochó su jubon y Tranquilo le miraba asombrado, bien ageno de lo que iba á presenciar.

Juan abrió por último su camisa y dijo con acento que no estaba limpio de emocion:

—¡Mirad, buen hombre!

El crepúsculo de la mañana permitió distinguir los objetos.

Tranquilo miró y dió un paso atrás, frotóse los ojos y volvió á mirar de nuevo.

—¡El escudo de Armagnac!—murmuró con asombro profundo.—¡El escudo enteramente igual al que lleva grabado en el pecho nuestro señor Juan!

IV.

Dos napolitanos.

La taberna del padre Pavot había ganado mucho en importancia desde el tiempo de los señores de Armagnac: de suerte que el truan del tabernero, además de abrazar el nuevo partido, por espíritu de contradicción con su mujer, tenía sus razones para inclinarse á la causa de Graville.

Aquel día, sin embargo, su despertar fué turbado con noticias dolorosas: oíanse á lo lejos las descargas de los arcabuces, y las personas que vivían al otro lado de la puerta de Bucy afirmaban que en París no se dejaba salir ni entrar á nadie, añadiendo que había gran número de hombres armados al otro lado del Sena y hacía el castillo del Louvre.

El padre Pavot sabía, como todo el mundo, que se trataba de una lucha entre la regente y el rey, lucha en que estaba muy comprometido su señor el de Graville, que seguía la causa de la regente; y el padre Pavot, persona importante del partido de Graville, debía mostrarse partidario furioso de Ana de Francia. Hay que añadir que todo el mundo ignoraba, aun en las inmediaciones del castillo de la Marche, la capitulación de la regente, que se la creía encerrada en su palacio, rodeada de sus parciales y dispuesta á sitiarse el palacio de Tournelles, si la necesidad lo exigía.

En medio de estos temores, Pavot tenía motivo de legítimo orgullo; su casa era una verdadera sucursal del palacio de la Marche, estaba la sala de su taberna invadida por los soldados y defensores del castillo. Vicente Tarchino, el favorito y casi dueño de la situación, ocupaba una de las estancias de su casa; en otra había un prisionero herido que se decía ser de la mayor importancia, y todavía, en otra estancia, la señora Blanca de Armagnac, la reina de la hermosura y única heredera del ducado de Nemours, había pasado la noche.

Todas estas gentes habían llegado la noche anterior cuando se iban á cerrar las puertas de la taberna. Pavot había visto con sus propios ojos á Blanca desmayada en brazos del soldado Raul, y al otro joven herido atravesado en el caballo del soldado Pedro; detrás de ellos iba maese Vicente con el brazo cortado por más arriba del codo, y exánime, como quien va á morir, falto ya de sangre.

Aun no era bastante, y la taberna del padre Pavot debía recibir nuevos huéspedes. A media noche llamaron de nuevo á la puerta, y el tabernero tuvo que abrir al reconocer la voz de su hija y de Simon que la acompañaba.

Por fin, ya cerca de la madrugada, oyóse gran ruido de caballos por el camino que giraba á la puerta de San German, y era un grupo de ginetes que se dirigían al palacio de la Marche, pero que hicieron alto á la puerta de la taberna del padre Pavot. El jefe de la escolta echó pie á tierra y sacó de entre las filas á dos mujeres, dándose á los diablos el padre Pavot al reconocer en una de ellas á su propia esposa, á quien no había visto hacia ya muchas semanas. La otra iba encubierta con un velo. El jefe de la cabalgata dió orden al padre Pavot de que la diese un cuarto, y puso dos soldados en la puerta para guardar á la cautiva.

En la pieza donde el capitán Vicente Tarchino había pasado la noche, este dormía ó más bien seguía aletargado por el calmante que Anibal Cola le había procurado, y al pie de su lecho los soldados Pedro y Raul hablaban en voz baja, prestando atento oído á las descargas de arcabuz que se oían cada vez más cerca.

—¡Por mi santo patron!—esclamó Raul,—que es

una angustia oír el ruido del combate, sin saber quién es el vencedor, ni el vencido.

—A la verdad que yo no he ofrecido mi espada á monseñor Oliverio para guardar al diablo enfermo.

Estremeciéronse todos al mismo tiempo, y cortaron su conversacion para escuchar.

—Diríase,—murmuró Pedro,—que desde las murallas de la ciudad tiran ya á las murallas del castillo.

—En efecto,—murmuró Raul, que atravesó la estancia de puntillas para mirar por la ventana.

Desde el piso bajo de la hostería no se veían las murallas de la ciudad, pero una nube de humo envolvía el castillo de la Marche, confirmando el juicio de los dos soldados.

Al volver Raul á ocupar el sitio que había dejado, una esplosion más fuerte hizo retemblar la casa y los cristales; Raul no pudo contener una mirada recelosa, y dijo:

—¡La Santa Inés! reconozco esas voces por haberlas hecho cantar más de una vez en mi vida.

La Santa Inés era una de las cuatro culebrinas que despedían fragmentos de piedra, y había sido colocada por Luis XI cerca de la puerta de Bucy.

En aquel momento los primeros rayos del sol daban en la ventana, y según la prediccion del médico, Vicente Tarchino abrió los ojos: no tuvo al pronto conciencia de lo que había pasado la vispera, y quiso levantar su brazo para restregar sus ojos, pero el dolor le arrancó un grito de angustia, y su brazo mutilado cayó sobre las sábanas.

—¡Ah!—murmuró,—había olvidado lo que ya desde hoy no me es posible olvidar. ¿Y mi primo Anibal me ha abandonado?

—Señor capitán, maese Anibal había prometido que estaría presente á vuestro despertar.

—¡Es que ya no valgo gran cosa!—murmuró el italiano amargamente.—He perdido parte de mi mismo, y habré de manejar la espada con el brazo izquierdo... Muchas gentes van á creer que por eso podrán tratarme de cualquier manera, pero se equivocan; se ha reconocido ya toda la fuerza para encontrar al infame Juan Rolando.

—Sí señor, pero inútilmente.

—¡Por el infierno que no perderá nada por esperar! Reinó una breve pausa, y exclamó:

—¿Qué ruido es ese que se oye? ¿Es que todavía me atormenta la fiebre? Juraría que son descargas de arcabuz.

—Desde el alba, capitán, están tirando sin descanso desde la puerta de Bucy.

—¡Es posible!—esclamó incorporándose en el lecho como pudo. ¿En qué está pensando monseñor Oliverio? ¿Quiere arrasar el barrio de San Andrés?

Antes de que los soldados hubieran podido contestar, la puerta se abrió y apareció maese Cola haciendo una verdadera entrada teatral: iba envuelto en un manto de pieles y se sentó, sin decir una palabra, al lado del lecho de Tarchino.

—Primo mio—dijo éste, ya impaciente por saber algo,—¿traéis noticias?

Los dos soldados previnieron los oídos, pero su curiosidad quedó despachada porque con soberano énfasis el médico-barbero les mandó salir.

—¿Qué noticias hay?—repuso Tarchino ya impaciente.

Anibal cerró los ojos, cruzó los brazos sobre el pecho, y dijo:

—Que no es monseñor Oliverio quien manda la artillería de la puerta de Bucy.

—¿Cómo?

—Que no es monseñor Oliverio—prosiguió el barbero con el mismo énfasis que un actor en escena—quien quiere arrasar el barrio de San Andrés; es monseñor Luis, duque de Orleans, que quiere reducir á cenizas el castillo de Graville.

—¡Duque de Orleans!—dijo Tarchino asombrado.—
¡Y el duque de Orleans ya en la puerta de Bucy! ¿Ha ocurrido alguna desgracia a la señora regente?

Anibal Cola tomó el brazo izquierdo de su primo, pulsó su muñeca y movió la cabeza con aire poco satisfecho.

—¿Me encontráis mal?—preguntó Tarchino.

—Sí—replicó el charlatan,—estáis muy mal.

—¿Me moriré de esta herida?

Anibal pareció reflexionar, y murmuró:

—Los horóscopos mienten rara vez: yo he consultado más de una vez el vuestro, y siempre me ha dicho que moriríais ahorcado.

—Vamos—esclamó Vicente, cuyo rostro se serenó,—veo que aún tenéis ganas de broma, y esa es buena señal: dejad esa espresion patibularia y decidme, sin rodeos, cómo están nuestros negocios.

—Los necios, primo mio,—dijo secamente Anibal,—son los que se figuran que pueden vencer los secretos de la ciencia. Yo te hablaré como quieras que te hable, porque no me gusta discutir ni con las mujeres ni con los niños, ni con los locos... Madame Ana, regente de Francia, no ha tenido ningun contratiempo, ni puede tenerle, porque ha firmado la paz con el rey y cabalga á estas horas por Paris.

—¡Mala bomba!—esclamó Tarchino, cuya mirada se encendió de coraje.

No era este el efecto que esperaba su primo.

—Veo que no me comprendes,—repuso éste.

—¿Por qué lo crees?

—Por los latidos de tu pulso,—respondió el charlatan que tenia siempre entre sus dedos la muñeca del enfermo.—Tu pulso sigue tranquilo, tus ojos serenos, y temblarás si comprendieras todo el alcance de mis palabras.

Tarchino le miró con ansiedad.

—Oliverio de Gravelle está perdido sin remedio,—dijo el charlatan.

—¿Tú lo crees?—dijo Tarchino casi con una sonrisa, pero el dolor que experimentó en el brazo, hizo que aquella sonrisa se convirtiese en una mueca dolorosa.

—Estoy seguro: digo que monseñor Oliverio está á estas horas tan convencido como yo, y creo, Dios me perdone, que tiene deseos de arrepentirse, siguiendo los consejos de Guillermo de Soies, ese loco tan lúgubre, porque al saber que Juan de Armagnac habia escapado con vida ha dicho: ¡Dios sea loado!

Los labios de Tarchino se estremecieron al preguntar:

—¿Estás seguro de lo que dices primo?

—Lo han oído mis propios oídos?

—Y cuándo ha sabido que he perdido un brazo, ¿qué te ha dicho?

El charlatan vacilaba en contestarle.

—Pregunto qué te ha dicho,—repuso secamente el herido.

—Nada,—dijo en voz baja maese Cola.

Tarchino dejó caer su cabeza sobre la almohada, y murmuró:

—¿Si no hubiera más que tú para sacar los horóscopos! ¡Hace mucho tiempo que yo he sacado el de ese hombre... Si hubiera dicho: ¡es lástima, lo siento! aun hubiera sido bastante necio para salvarle, y esto hubiera desbaratado mi pian. Continúa.

—¿Piensas también en firmar la paz como la regente?

—No te ocupes de eso; soy un hombre previsor y penetro el porvenir sin necesidad de consultar á las estrellas. ¿No tienes nada más que contarme?

Anibal cambió de tono, porque le ocurrió de pronto que aquel hombre endiablado podría tener aun algun medio de salvacion, y murmuró:

—¿Te acordarás de mí si la ocasion se presenta? ¡acuérdate de que soy tu primo! Lo que me queda que decirte ya es bien poca cosa. Monseñor Oliverio, que-

riendo jugar su partida hasta el fin, ha hecho prender esta noche en la hosteria de la Tortuga, mientras la puerta de San German estaba aun libre, a la viuda del difunto duque de Nemours.

—¡Ah! bien; es como esos enfermos que dicen que ven clara la hora de la muerte. Apruebo su idea y creo que sacará de ella buen partido. Está en el castillo de la Marche la duquesa Isabel.

—No; está aqui, en la taberna del padre Pavot.

Los ojos de Vicente brillaron de alegría.

—¡Ah!—dijo,—¿alguna vez debia dar gracias de veras al señor conde de la Marche! ¿Qué más?

—No hay nada más sino que monseñor Oliverio me ha pedido un frasco de bálsamo napolitano para el caso en que le puedan cojer aun vivo.

—Esa es cuenta suya,—dijo Tarchino con indiferencia.

Y despues añadió fijando en su primo una mirada ardorosa por la fiebre.

—Primo mio, si quieres, aun puedes salvarme la vida, y nos quedarán buenos ratos que pasar en el mundo! Si Gravelle cae, es que es un fruto maduro y no podemos detenerle en la rama, y los rehenes que tienen aqui Juan de Armagnac y su madre no les servirán de nada, porque los guardo yo. Déjale, pues, y sirveme á mí: yo guardo en alguna parte, que no te diré, un pergamino que nos abrirá todas las puertas de Paris, y cuando llegue la ocasion, ese pergamino es nuestra vida, Juan de Armagnac nuestra fortuna. Y en este rio revuelto en que navega el reino de Francia, aun pescaremos bastantes escudos de oro para vivir como principes hasta el dia memorable en que segun tú he de ser ahorcado.

Mientras hablaba así, sus mejillas se coloreaban de un color muy vivo; su mano seca y ardorosa se crispaba sobre la sábana de su lecho.

—Mi buen primo,—dijo maese Anibal;—yo te ruego sinceramente que me atiendas. En cuanto á la fidelidad, ya sabes que es mi fuerte y mi celo no te faltará nunca. Convengo que era ya tiempo que monseñor Oliverio tuviese algun percance, y no me pesa, porque ya me encontraba apurado para arrancar los cabellos blancos que salian en gran número sobre su cráneo, y por esa bicoca cualquier dia me hubiera coigado de una almena... Así pues, topa mi querido Vicente, y cuéntame como el más fiel de tus servidores.

Y tomó por última vez la ardorosa mano del enfermo con pretexto de estrecharla, pero en realidad para interrogar una vez más su pulso.

—¡Bien!—dijo alegremente;—no hubiera creído nunca que un hombre pudiera soportar tan terrible accidente de tan buena manera; descansa algunas horas y podrás dejar el lecho, primo mio.

Colocó el brazo de Tarchino bajo las ropas, hizo un gesto doctoral del médico que prescribe reposo, y se dirigió lentamente hácia la puerta, diciendo para sí:

—¡Antes del fin del dia, mi pobre primo puede morir rabiando!

V.

¡Salvado!

A cada instante el número de soldados aumentaba en las cercanías del castillo. Pavot y otros pensaban que esta era buena señal, pero otros ignoraban que aquellas compañías que venian á reforzar los puntos del castillo, habian abandonado los puntos que ocupaban en la ciudad y era un ejército fugitivo.

Pavot, engañado por las apariencias, forjaba sueños ambiciosos.

Más vale tarde que nunca, se decia. No soy de los que se han comido el pan blanco del principe para comerle despues moreno; toda la vida me ha pegado

mi mujer, ahora la pego yo; antes era un tabernero, hoy soy un hostelero importante... ¡Pardiez, si la Pavot se muere de coraje, conozco una moza fresca y rolliza del barrio de San Sulpicio que completará mi negocio!

Cerca de la estancia donde Juan de Armagnac reposaba, había un chiribitil oscuro cubierto con una tela de aspillera, y allí era donde el padre Pavot había pasado la noche; pero si á la sazón algun indiscreto hubiera levantado la aspillera que cubria la entrada, la gentil Mireta hubiera tenido gran temor.

La muchacha estaba muy contenta de que su padre se hubiese llevado á Simon, y al despuntar el día había en el chiribitil otra cosa más que el colchon aun caliente por el cuerpo del tabernero; la prueba es que habiendo hecho ademán la madre Pavot para descansar á su vez algunos momentos, la gentil Mireta la abrazó llorando, y repuso:

—Madre, madre, no me riñas. ¿No me habías dicho que si volvía debía introducirle en la casa?

La madre Pavot había visto algo de providencial en la llegada de Juan de Armagnac á la taberna de su marido; pero el joven estaba herido: ¿de qué procedía esta herida?

Ignoraba el drama de aquella noche, pero su instinto le decía que tan cerca del castillo de la Marche el heredero de Armagnac corría un verdadero peligro, y á falta de mejor defensa se instituyó centinela y guarda del joven, dispuesta á prestar el socorro que pudiera en caso de peligro de sus señores.

—Ha venido,—continuó Mireta con el rostro encendido por el candor y la vergüenza;—ha venido y he aguardado á que mi padre bajara para abrirle la puerta.

La madre Pavot frunció las cejas.

—¡Oh, no te enfades, madre mía! Le he hecho entrar en ese escondite, y ahí se encuentra desde la madrugada.

La madre Pavot se dirigió airada á levantar la arpillera, pero otra mano desde adentro previno su acción: la miserable cortina se levantó bruscamente y aquello fué un verdadero efecto teatral, porque la madre Pavot se encontró frente á frente con el hermano Tranquilo vestido de soldado y cubierto de sangre y lodo.

La pobre tabernera quedó asombrada y más al ver el rostro del hermano Tranquilo, más pálido, más demacrado aun que de costumbre.

—¡Dios me asista!—murmuró la tabernera.—¿Era de nuestro primo Andrés, de quien me hablabas, muchacha?

—No, no, madre mía,—balbuceó la niña que adivinaba ya detrás de Tranquilo el rostro placentero de su querido Juan.

—¿Pues de quién me hablabas?

—De mí, si no os ofendeis, madre Pavot,—repuso Juan apartando al hermano Tranquilo para aparecer en la escena.

—¡Ah! ¿de este?—murmuró la tabernera examinando el aspecto marcial del joven.—Esto es otra cosa; es un gentil mancebo... ¿Pero dónde he visto yo esta cara?

Apoyó una mano en el hombro del joven para examinarle bien, y dijo:

—¡Ya sé! Si la señora Blanca de Armagnac se disfrazase de hombre no tendría una cara más parecida.

—Vamos, madre Pavot,—repuso el paje plantándole según su costumbre otros dos besos á la tabernera en las mejillas;—veo que no os enfadáis y haceis bien. Cuando tengamos lugar hemos de ser muy amigos; pero hoy ya veis, el tiempo urge...

Mireta se había acercado á su madre y murmuró:

—No estás enfadada conmigo, ¿no es verdad?

—¡A veremos,—dijo la Pavot, y volviéndose hácia el paje, repuso:—Porque ahora estamos de prisa.

Tranquilo señaló el lecho donde reposaba Juan de Armagnac y arrancó del pecho un profundo suspiro.

—Teresa, prima mía,—murmuró con sentido acento,—se trata de defender la vida de Juan de Armagnac, que ya lo veis está en peligro de muerte.

La Pavot siguió la mano del pedregoso y su mirada cayó sobre el noble rostro del herido que pareció sonreír en su sueño. El sol que penetraba en aquel momento por la ventana reflejaba en sus dorados cabellos y sus labios se entreabrian como para acariciar un nombre amigo.

—Puesto que estais con mi primo Andrés,—dijo la Pavot á Juan el Moreno.—claro es que estais por el niño; pues bien, todos pensamos lo mismo. Teneis el aire arrojado y me agradais. Hé aquí á mi primo Andrés disfrazado de soldado y con espada al cinto; no sé para qué, ni por qué; pero todo prueba que estamos dispuestos los tres á morir defendiéndole.

Tranquilo movió la cabeza con aire desolado.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso en vanas palabras,—dijo Juan el Moreno.—por que cada diez minutos se asoman á esa puerta vidriera cuatro ó cinco caras de tunantes, que vienen á ver lo que pasa aquí; si por desgracia nos apereiben, se ha perdido todo.

—¡Todo!—murmuró Tranquilo.

—¿Pero qué quieren del niño?—esclamó la Pavot espantada.

—Vicente Tarchino no ha podido asesinarle anoche,—murmuró el paje.—Vicente Tarchino y duenne, pobre de él en el momento en que Vicente llegue á despertar.

—¡Es un tigre!—murmuró la Pavot.

—Un tigre,—repitió Tranquilo como un autómat.

—Un tigre que ha visto correr su sangre,—añadió Juan;—yo pienso como vos; dispuesto estoy á morir por mi hermano Juan; pero si yo muero es para que él viva. No es cosa de dar en balde nuestra garganta al cuchillo de esos asesinos.

—Teneis razón; es preciso salvar á Armagnac, y de nosotros sea lo que quiera.

Oyóse un paso lento y pesado en la estancia vecina. Juan arrastró á Tranquilo á viva fuerza hácia el chiribitil, dejando caer la cortina y poco despues el soldado Pablo asomó su cara por los cristales de la puerta.

—Es gentil como el mismo amor. ¡Esta graciosa Mireta!—dijo á Pedro que le seguía.—Si yo lograrse casarme con una joya como esa, pasaria mi vida haciendola guardia ante la puerta de mi casa.

—No te serviría, que el diablo entra muchas veces por la ventana; pero ¿no sabes que hay gran diferencia entre ese joven herido que duerme pacíficamente y maese Tarchino nuestro capitán?

—Escucha.

Durante el breve silencio que reinó, la madre y la hija pudieron oír gritos dolorosos que venian del otro extremo del corredor; los dos soldados se alejaron y Juan el Moreno salió de su escondite.

—¡El tigre se ha despertado!—dijo:—es preciso proceder sin descanso á robarle su presa.

Tranquilo salió también de su escondite y parecia víctima de agitacion febril, como el hombre que acorralado en el fondo de un abismo busca desesperadamente una salida.

Vió á Juan que llamaba aparte á la tabernera, y avanzó hácia ellos exclamando:

—No me ocultéis nada; ved que soy yo á quien preguntará su madre: ¿qué has hecho de él? ¿qué has hecho de él?

El paje le puso rudamente la mano en la boca.

—Silencio, buen hombre; callad y no embaraceis nuestro camino.

Tranquilo bajó la cabeza como de costumbre, y dejó caer los brazos á lo largo del cuerpo.

—¡Es verdad!—murmuró lanzando un profundo suspiro:—yo no sirvo para nada y estorbo á los demás. Sin embargo, Dios ve mi buena voluntad.

—No sé el tiempo que necesitaremos,—decía entre tanto Juan á la tabernera;—pero si esos demonios vienen á cada momento á mirar por los cristales, no acabaremos nunca, sin contar que Vicente Tarchino, si puede tenerse en pié, vendrá cuando menos lo esperemos á jugaros una mala partida. Considerad la rabia que tendrá cada vez que mire su brazo.

—Si quereis, jóven,—dijo la tabernera,—yo me pondré de centinela y á cada uno que venga le diré: ¡atrás!

—¡Y os cogeran sencillamente por la cintura y os apartarán á un lado, madre Pavot!

—¡Es verdad! ¡es verdad!—dijo Tranquilo.

—Arrojarme á un lado! Estoy en mi casa, ¿lo entendéis? ¡en mi casa!

—¿Sabeis dónde han encerrado á Blanca de Armagnac?

—¿Está aquí?—dijo asombrada la Pavot.

—Yo lo sé,—repuso Mireta;—esta es la primera pieza del corredor alto y la segunda la ocupa la noble dama que ha venido con vos, madre.

Tranquilo cruzó las manos y dirigió una mirada al lecho de Juan de Armagnac que dormía ya con ese sueño inquieto, que precede al despertar. Hijo y madre estaban cerca uno de otro, y el corazón de Tranquilo se desgarraba al pensar que la suerte podía poner á la madre desolada en presencia del cadáver de su hijo.

—Ni un soldado de Graville,—repuso Juan,—se atreverá á alzar su mano contra la señora Blanca de Armagnac. Id á buscarla, Mireta; id también á buscar á la duquesa Isabel, su sitio está aquí.

—¿Estais loco?—interrumpió la Pavot;—¿quereis poner frente á frente á la viuda de Armagnac y á la que, inocentemente sin duda, le roba título y condición?

—Haced lo que os digo, madre Pavot,—repuso el paje con imperio.

Mireta había ya salido.

—Después de todo,—murmuró la Pavot,—no hay necesidad de decir á la una quien es la otra.

La duquesa fué la primera que llegó, y á vista de Tranquilo, que estaba de pié en medio de la estancia, permaneció inmóvil y la voz le faltó para interrogarle. Blanca, que la seguía de cerca, pasó entre ella y el paje, para correr al lecho del herido.

—Señora,—esclamó,—venid á ver á vuestro hijo; yo he llegado tarde. Ellos son los que le han salvado. Y señalaba á Tranquilo y al paje.

La duquesa Isabel estaba ya inclinada sobre el lecho y lloraba al contemplar el rostro pálido de su hijo.

Hubiera debido prever esto,—pensaba Juan mordiendo los labios para disimular su propia emoción.—Todo esto es muy sentido; pero, por el diablo, que no tenemos tiempo de llorar. Vamos, buen hombre,—añadió dirigiéndose á Tranquilo,—tomad á vuestra señora del brazo con todo respeto y seguid mi ejemplo.

Y diciendo esto arrastraba á Blanca á la estancia vecina á la que ocupaban, separadas ambas por una puerta vidriera.

—Si os preguntan quien os ha encerrado aquí,—repuso el jóven antes de cerrar la puerta vidriera,—decid que Vicente Tarchino, el capitán. Necesitamos diez minutos para salvar al que tanto amais; miradnos hacer, pero no dejéis acercar á nadie á esta puerta.

Y como ya iba á retirarse á la estancia en que estaba acostado Juan, volvió y dijo:

Que no os vea ni á la una ni á la otra, porque ne-

cesita toda su serenidad, y si os vé ya no respondo de nada.

—Haced lo que queráis, mi noble señora;—murmuró Tranquilo al oído de la duquesa.—Dios ha dado á este niño la prudencia y el juicio de un hombre.

La vidriera se cerró y las dos mujeres acercaron con angustia sus rostros á los cristales.

—Vamos,—madre Pavot,—esclamó Juan entrando en la estancia:—quitad vuestra ropa, porque la de mi querida Mireta sería muy estrecha para mi hermano Juan.

Tranquilo abría los ojos asombrados como de costumbre. Mireta miraba á su madre con una expresión de orgullo como diciendo:

—¡No encontrareis otro en toda la Francia que valga lo que Juan!

Y la Pavot esclamó con admiración:

—¡Habeis tenido una buena idea!

Tranquilo ni entendía ni se atrevía á pedir explicación, y entre tanto la Pavot se despojaba de su jubón, su falda y su camiseta de mangas con increíble presteza.

—¡Ola, hermano Juan!—esclamó el paje despertando al herido.

La herida de Juan de Armagnac era leve, y no se sintió contrariado cuando le despertaron. Miró en torno suyo con asombro y dijo:

—¡Juan! ¡Tranquilo! ¡madre Pavot...! ¡Oh! has hecho mal, mi buen amigo; ese traje que tú llevas se había comprado para mí.

—Aquí teneis otro,—esclamó la Pavot agitando en triunfo su falda, su justillo y su camiseta, y quedándose sin rebozo en mangas de camisa.

Juan de Armagnac trató de incorporarse y su herida le arrancó un débil grito esclamando:

—¡Había olvidado la estocada de moose Vicente... ¿Pero qué locura es esta, madre Pavot, de quererme disfrazar de tabernera?

La duquesa y Blanca seguían mirando por los cristales. Juan se había metido entre tanto en el chiribitil y se desnudaba también de piés á cabeza como la madre Pavot.

—Ya te lo diremos, hermano,—esclamaba á través de la cortina de arpillera.—He leído muchas aventuras por este estilo en libros de caballería que te prestaré en cuanto salgamos de todos estos aprietos. Vamos, buen hombre, quitadle sus calzas y su jubón y traedmelos á mí.

Mireta llevó honestamente la mano á sus ojos para no ver aquel atavío masculino, y Tranquilo y la madre Pavot se adelantaron al lecho, mientras la duquesa y Blanca se preguntaban:

—¿Qué va á hacer?

La Pavot empezó á desnudar al jóven, y aunque Tranquilo con toda su buena voluntad quería ayudarla, no se hubiera encontrado ayuda de cámara mas torpe en todo el reino. Sobre todo, cuando trataron de quitarle el jubón pegado por la sangre fresca, el pobre Tranquilo se sintió desfallecer, y la Pavot tuvo necesidad de desnudarle por completo.

—Toma, inocente,—dijo por fin,—lleva eso al señor Juan Rolando.

Con la misma presteza que le había desnudado la madre Pavot le fué poniendo sus ropas, á lo que se prestó el jóven, porque la tabernera deslizo á su oído el nombre de su madre... Sin embargo, el rubor cubrió su frente cuando Mireta, al descubrir sus ojos lanzó una carcajada viéndole disfrazado de mujer.

En el mismo instante Juan el Moreno se presentó llevando á su vez el traje azul y rosa que habían quitado á Juan de Armagnac.

—¡Me direis qué significa esta mascarada?—preguntó Juan de Armagnac.

Mireta contemplaba á Juan Rolando, y nunca le había encontrado más bello!

—Escuchad,—dijo Tranquilo con inquietud. La madre Pavot y el paje prestaron oído, y oyeron hablar en la pieza vecina, y ya no estaban en la videra la duquesa ni Blanca.

—¡Los soldados!—murmuró Juan. Y como el heredero de Armagnac abriese su boca para hablar algo, el paje se la cubrió con su propia mano, y reinó un minuto de silencio que pareció largo como una hora.

Sin duda los soldados se asombraban de encontrar á las dos mujeres en aquella estancia del piso bajo, y Blanca les imponía silencio con su acento imperioso.

—Déjame escuchar... He creído reconocer una voz,—dijo el joven.

—Lo que haces es perder la cabeza por un simple arañazo. Trata de tener juicio, y atiende á lo que te importa.

El silencio se restableció, y entonces Juan, volviéndose hacia Mireta, exclamó:

—Ahora vais á ofrecer vuestra linda mano á mi hermano Juan, y á conducirlo á la cabaña del pastor Chaumerel que está junto al cercado de San Sulpicio.

Mireta volvió los ojos á su madre pidiendo consejo, y esta le dijo:

—Si haces bien esta comision, te daré cuanto quieras, hasta marido á tu antojo.

—Tú, hermano,—esclamó Juan que era el jefe de las operaciones,—piensa que te doy en este momento la guarda de mi prometida; así, pues, no hay que preguntar: se trata de que acompañes á esta muchacha hasta donde va, y pienses en que en ello sirves á tu hermano Juan el Moreno.

Juan de Armagnac miró á los rostros que le rodeaban, y todos sonreían menos el de Tranquilo que estaba más lúgubre que nunca.

Juan el Moreno hubiera dado una docena de escudos de ore, si los hubiera tenido, porque el buen pedagogo hubiera estado á cien leguas de allí.

—Responde, Tranquilo, amigo mio,—dijo Juan de Armagnac adelantándose al pedagogo;—me engañan todos, bien lo sé; tratan de salvarme á pesar mio.

Todos se miraron con inquietud: la aventura tomaba mal carácter y no habia tiempo que perder, porque las descargas sonaban ya por todas partes, y era indudable que el castillo de la Marche sufría un sitio en regla.

—Responde, amigo mio: es una fuga disparatada, ¿no es verdad? Sin embargo, tú me quieres, tú no te prestarías al deshonor del hijo de mi padre...

Mientras Tranquilo hacia esfuerzos para encontrar palabras, Juan y la Pavot quisieron intervenir; pero entonces el pedagogo esclamó:

—No, no se debe engañar al niño. Todos sintieron frio en el alma, y Tranquilo esclamó con vehemencia:

—He aquí la verdad, Juan de Armagnac: la duquesa, vuestra madre, y una joven que lleva el nombre de Blanca de Armagnac, se encuentran solas y sin amparo en la cabaña del pastor Chaumerel cerca de San Sulpicio.

—¡Ah!—esclamó el joven, cuyo corazón dió un salto en su pecho.

La Pavot y el paje miraron con reconocimiento al pedagogo.

—¿Y por qué me lo ocultábais?—preguntó Juan con un resto de desconfianza.

—Te lo ocultábamos, hermano,—repuso vivamente el paje,—porque todas estas cercanías están llenas de soldados de la Marche, y si te lo hubiéramos dicho, desde luego hubieras salido en tu propio traje siendo el primero en pagar tu generosa intervencion. Disfrizado podrás llegar con toda seguridad á salvarlas.

Tranquilo, en un rincón, pedía perdón á Dios de la mentira que acababa de proferir.

Juan el Rubio vaciló un instante; despues, pálido,

conmovido, tomó la mano de Mireta y dijo:

—¡Adios y gracias!

Se puso la esclavina con capucha de la tabernera, se echó la capucha sobre frente, y siempre llevando á Mireta de la mano, salió al pasillo por la puerta que se abría á él sin tocar á la otra estancia.

—¿A dónde vais?—preguntaron los soldados que guardaban esta puerta.

—A buscar provisiones para vuestra comida,—esclamó Mireta.

Los soldados trataron de aprisionarla en sus brazos más que de levantar la capucha de la presunta madre Pavot.

Otro tanto hicieron para atravesar el cercado.

—¡Salvado!—esclamó Juan que los vió por la ventana á traves de los campos.

—¡Salvado!—esclamaron Blanca y la duquesa penetrando al mismo tiempo en la estancia.

—Ahora,—repuso Juan metiendo una pierna entre las sábanas del lecho,—pueden venir los soldados á curiosear por los cristales: voy á poner un pañuelo alrededor de mis cabellos y al ver mi jubon azul y rosa, creerán que tienen al pájaro en la jaula. Vosotras, nobles señoras, preciso será que busqueis algún medio de escapar, porque si tardais mucho, capaces serán de volver.

—Yo tengo oro,—dijo Blanca llevando la mano á su escarcela.

—Con eso, mi noble señora, compraréis media docena de soldados de Graville.

—No sé por qué tenia desconfianza de vos, Juan Rolando,—repuso Blanca tendiéndole su mano,—pero os habeis portado como un noble corazón. ¡Perdonad, si os he injuriado!

—Habeis hecho muy bien,—esclamó el paje.—Si me hubierais dirigido siempre esas sonrisas, hubiera sido más peligroso.

Despues se acercó la duquesa á darles las gracias, las dos mujeres se las dieron á la Pavot... nadie se acordó de Tranquilo... su abnegacion era ya cosa corriente, natural; nadie se fijaba en ella...

La alegría era ya general y solo pensaban en los medios de fuga para Blanca y la duquesa Isal el. De repente un pequeño ruido se oyó en la estancia vecina. Tranquilo fue el primero que miró y un grito de terror se ahogó en su garganta... á su vez volvieron el rostro Blanca y la duquesa y ambas palidieron.

—A Dios gracias—murmuró Juan que miró el último —hay uno en salvo. Tanto mejor para él. Los demas, creo que estamos perdidos.

Su rostro, sin embargo, no se demudó y se refugió tranquilamente tras de las sábanas para representar el mayor tiempo posible su papel de herido.

Lo que habia causado la alteracion de todos era que en la estancia contigua habia un hombre livido como un espectro vacilante sobre sus piernas y que se asia con mano convulsa al quicio de la puerta.

Aquel hombre era Vicente Tarchino, el capitán á cuyo hombro derecho se sostenian una percion de ligaduras ensangrentadas.

VI.

El hermano Tranquilo.

Vicente Tarchino habia llegado hasta allí sin ruido, quizá no habia salido de su lecho ni de su cuarto sino por un estravio de la fiebre, ó quizás los soldados Raul y Pedro que habian encontrado á Blanca y á la duquesa reunidas en un cuarto del piso bajo, cuando las tenían en el principal, habian ido á darle parte de lo ocurrido. En lugar de analizar minuciosamente los dolores que reflejaban en sufrimientos en el rostro del italiano, recordaremos simplemente las últimas pala-

bras de Aníbal Cola: «Este es un hombre que morirá rabiando antes de acabar el día.»

Cualquiera que hubiera oído tan lúgubre pronóstico, hubiera encontrado síntomas amenazadores en el rostro del enfermo: su fisonomía espresaba algo de aquella astucia fría y calculadora que constituía el fondo de su carácter; pero además de esto, ó por mejor decir, sobre todo esto, había un no sé qué de extravío como si Tarchino no se perteneciese por completo, y un elemento extraño luchaba contra él dentro de sí mismo.

Su mirada recorrió toda la estancia y se detuvo en el lecho donde Juan el Moreno estaba acostado en lugar del heredero de Armagnac, y sin adivinar la verdad, exclamó:

—¡Salvado! ¡salvado! ¿quién? ¿por qué están tan alegres todas esas gentes?

Su idea fija le dominaba; tenía magníficos rehenes y apreciaba con satisfacción mezclada de orgullo, las ventajas que sus prisioneros le ofrecían para sus negociaciones con el partido de Orleans.

La viuda del duque de Nemours pesaba mucho sin duda en la balanza; pero Juan de Armagnac valía cien veces más; era toda una fortuna.

También podía estimarse en gran precio la encantadora niña llamada Blanca, puesto que el rey la amaba y había hecho por ella tan gran locura la noche anterior.

Tarchino miraba pues al herido en su lecho, á Isabel y á Blanca como un avaro que cuenta su tesoro, mientras las dos mujeres tuvieron aterradas el mismo pensamiento. Juan no debe estar lejos... En cambio, en la madre Pavot el terror se había cambiado en sorda cólera al percibir detrás de Vicente Tarchino el rostro colorado de su marido.

Juan el Moreno permanecía inmóvil, ocultando lo mejor que podía su rostro entre las sábanas para hacer durar todo lo posible el error que protegía á su hermano Juan el Rubio.

Entre todos los presentes, el único que veía claro el fondo de la situación, el que se ocupaba del peligro real, inminente que les amenazaba, era el pobre hermano Tranquilo.

De ordinario, Tranquilo pensaba despues que todo el mundo; pero esta vez había pensado antes, y la idea que se había presentado á su mente le estremeció: aquel pedazo de carne informe y ensangrentado que pendía del hombro de Tarchino, en lugar de brazo, era obra de Juan el Moreno, y Juan el Moreno estaba allí tendido, en aquel lecho y pagaría su abnegación con su vida, porque era imposible le aguardar clemencia de aquella fiera herida y ultrajada: instintivamente fué á buscar su espada que estaba en un rincón, y se colocó delante del lecho.

Tarchino hizo un ademán de desden y le dijo:

—¡Aparta, necio, y si tienes juicio te se dejará la vida para que lo cuentes!

La Pavot conocía bien al hermano Tranquilo, y comprendió que con estas palabras se desvanecía la última probabilidad favorable para el pobre Juan.

—¡Por Dios, primo Tranquilo!—le dijo la tabernera aterrada;—tened prudencia; no nos comprometáis á todos.

Pero Tranquilo la apartó con un ademán, y encarándose con Tarchino exclamó:

—Dejadme; desde ahora sé ya servirme de mi espada, y puesto que éste ha defendido á Juan de Armagnac, yo verteré para defenderle á él hasta la última gota de mi sangre.

Y hablaba así con voz entera y firme, manifestando su noble sentir y bien ageno de que con estas palabras pronunciaba la sentencia de su protegido.

Tarchino abrió los ojos y se estremeció: creyó primero haber oído mal é interrogó á Tranquilo con la

vista; la mano de la Pavot pesaba ya sobre la boca del pedagogo.

—¿El que ha defendido al heredero de Armagnac?—repitió Vicente Tarchino como buscando sentido á estas palabras;—¡pardiez! cada uno se defiende como puede, ¿qué idea es la de este loco?

—Señor capitán,—murmuró la Pavot,—bien sabeis que no es hoy la primera vez que este pobre hombre divaga.

—¡Oh!—dijo Tarchino advirtiendo la descomposición de la taberna.

Volvióse hácia la duquesa y Blanca de Armagnac y las vió á las dos palidas, trémulas, con las manos cruzadas, conteniendo el aliento.

—¡Oh! ¡oh!—murmuró cada vez más receloso!

Detrás de Tranquilo Juan le decía muy bajo que dejara la espada, pero que no se aparta a del lecho hasta que maese Tarchino se acercase á él, porque deseaba ver la mueca que haría Tarchino cuando apercibiera la punta de su nariz.

Decía esto alegremente, sin embargo, no debía ignorar que sus minutos estaban contados, porque no hay nada más temerario que los pocos años.

Tarchino no adivinó todavía, pero presentía alguna cosa nueva: dió un paso hácia el interior de la estancia, dejando entonces ver detrás de él hasta una docena de soldados y Pavot á la cabeza y amenazando con el puño á su mujer.

—¡Aparta!—dijo Tarchino á Tranquilo.

Pero el pedagogo en lugar de obedecer, cogió su espada con ambas manos, y se afirmó más sobre sus flacas piernas.

—¿No ves que la resistencia es inútil?—dijo Tarchino, señalando á los soldados que le seguían.

Tranquilo se encogió de hombros.

—¡Lástima inspira—dijo—el orgullo de los hombres de armas! ¡Ayer á la caída de la tarde no había tocado en mi vida un arma y ahora sé ya tanto como vosotros!

—¿Será preciso reducirte por la fuerza?—exclamó Tarchino.

—¡Préstame tu maza, Pablo,—decía Pavot volviéndose á uno de los primeros soldados;—es el primo de mi mujer y tengo el capricho de abrirle el cráneo de un solo golpe.

—¿Y no hemos de intentar nada para salvar á ese generoso jóven?—murmuró la duquesa al oído de Blanca de Armagnac.

La jóven avanzó á colocarse entre Tranquilo y Tarchino. Ya hemos visto en alguna otra ocasion tomar aquel aire imperioso que imponía á todos los parciales de Graville, porque su capricho era ley del señor, y confiando en esto contaba todavía con su poderosa intervencion.

—Creo que no habeis advertido mi presencia, maese Tarchino,—dijo la jóven fijando en él una mirada arrogante.

Tarchino sostuvo su mirada, y dijo con ironía:

—Sí tal, hija mía; os he apercibido al entrar y no he podido ménos de decirme: ¡hé aqui una que va á caer de bien alto!

Blanca podía apenas creer lo que oía: sabia que aquel hombre era su enemigo, porque á las mujeres rara vez les engaña su instinto; pero la vispera todavía aquel hombre se arrastraba á sus pies.

Blanca ignoraba lo que había pasado la vispera.

—Hace dos días,—exclamó,—mientras el carmin teñía su frente, monseñor Oliverio conde de la Marche me decía: si entre los caballeros servidores míos, hay uno que os falta al respeto, le colgaré de u a almena como al último de mis vasallos.

—No dudó que lo habrá dicho,—esclamaba Vicente con aire insolente;—monseñor Oliverio ha sacrificado siempre sus mejores servidores al capricho de la primera loca que le ha puesto los ojos tiernos.

El carmin que cubria la frente de Blanca de Armagnac de apareció para dar lugar á una mortal palidez.

—¡Vasallo!—murmuró,—¡serás castigado por tu insolencia!

Y volviéndose á los soldados, exclamó:

—¿No hay aquí más que traidores para insultar á su señor?

Nadie respondió y Tarchino moduló una risita á la que hizo coro una grosera carcajada del padre Pavot.

Los puños de su excelente esposa se cerraron á pesar suyo, y bien podemos decir que si se hubiera empezado la batalla, los dos ojos del hostelero hubieran tenido que sentir, y decimos batalla porque Juan había ocultado una espada entre las ropas de la cama y ya se contenía con pena al escuchar las groseras palabras de Tarchino.

Tranquilo en cambio nada decía, permanecía silencioso, apoyado en la cruz de su estoque como una estatua de piedra, dando á entender que nada de lo que pasaba influía en su resolución. El se había dicho: si dá un paso más le mato, y aguardaba á que Tarchino le diera.

—¡Hija mia,—dijo Tarchino que encontraba maligno placer en prolongar aquella escena,—bien sé que vuestro corazón pertenece por completo al joven acostado en esa cama, que puede estar orgulloso: ha vencido á un gran señor y al mismo rey de Francia! Ignoro lo que será de vos y de mi, porque vivimos en un tiempo algo azaroso; pero puedo deciros desde ahora que sois tan princesa como la Pavot y como yo.

Y volviéndose de repente á la duquesa Isabel, añadió:

—¿No es verdad, señora, que este fraude ha durado mucho tiempo? No había más que una cuna en el palacio de Armagnac, y en esa cuna no era una niña lo que había, sino un joven duque.

—Nadie mejor que vos puede saberlo,—exclamó amargamente la duquesa,—vos que quisisteis asesinar al hijo después de haber asesinado al padre.

El italiano se mordió los labios, y dijo:

—¿Que importa lo que hiciera en otro tiempo si os hago un servicio hoy? Muchachos, ácercaos,—añadió volviéndose á los soldados,—decid á toda esta gente cuál es el nombre de vuestro dueño y señor.

—Vicente Tarchino, el capitán,—dijeron todos.

Mientras, Pavot anadía con énfasis.

—El ilustre Vicente Tarchino!

—¿Es decir, que estáis en abierta rebelion contra vuestro señor legítimo?—exclamó Blanca sin perder por eso nada de su arrogancia.

Una carcajada general la contestó.

—Abre esa ventana, Raul,—dijo Vicente—y esta mujer verá algo que nos evitará muchas esplicaciones.

Raul brió la ventana que deba frente al castillo de la Marche, y en aquel momento las descargas parecían haber cesado; pero en cambio oíase un griterío confuso como los clamores que siguen á una batalla ganada.

—Mirad, Blanca de Armagnac,—dijo Tarchino apoyando la acentuación en este nombre.—Mirad al castillo y vereis por qué estos muchachos se rien cuando les amenazais en nombre de monseñor Oliverio.

Todos dirigieron su vista á la ventana, desde la cual se veían las murallas del castillo coronadas de soldados de Orleans y en las almenas del más alto torreón, un cadáver que se balanceaba al extremo de una cuerda.

Todos lanzaron un grito de horror: el soldado cerró lentamente la ventana.

—Sostenme, Pedro,—exclamó Tarchino haciendo esfuerzos para guardar el equilibrio, y cuya voz se alteraba por momentos.—Creo que voy á entrar en ese período favorable que, según mi primo Anibal, ha de darme la salud.

Apoyóse en el hombro del soldado con el brazo izquierdo y lanzó en torno suyo una mirada de satisfacción.

La Pavot se había arrodillado murmurando una oración por el alma de monseñor Oliverio, ahorcado de una almena de su castillo. La duquesa había cubierto su rostro con las manos y Blanca temblaba sin haber podido hacer un movimiento.

Un instinto secreto decía á aquellas mujeres que la muerte del conde de Graville era en aquellos momentos una desgracia más; Graville era un enemigo, pero al fin un caballero, y ante ciertas infamias hubiera retrocedido. El infame italiano no tenía por qué retroceder.

Al aspecto del noble ahorcado, Tranquilo no había cambiado de rostro, como si nada de aquello le importase: en cambio, Juan el Moreno había sentido estremecer el corazón en su pecho, y la cólera le agitaba entre las ropas de la cama.

—La batalla ha concluido—dijo Tarchino;—somos vencedores, y cuando digo somos, hablo de nuestro querido rey Carlos de Francia, del que fui siempre súbdito leal.

—¿Vos?—exclamó la Pavot sin poderse contener.

Y nada más dijo, porque su marido, atravesando la estancia, apoyó sus dos robustas manos en los hombros de la hostelera, haciéndola tambalear.

Tarchino entreabrió sus ropas con la única mano que le quedaba libre, y sacando un pergamino exclamó:

—No es por mis valientes soldados, que saben el papel que he desempeñado en las circunstancias críticas por que atravesamos...

Un murmullo general acogió sus palabras.

—Hablo—repuso Vicente Tarchino—por la señora duquesa de Nemours, por Blanca, cualquiera que sea el apellido que desde hoy haya de usar en la vida. Hablo, sobre todo, por ese noble joven que ocupa el lecho; quiero que todos sepan que soy aquí el amo, el vencedor, el único árbitro de su suerte, y que á mi antojo puedo labrar su dicha ó su perdición.

Blanca é Isabel fijaban sus ojos en aquel pergamino que no mostraba más que la parte exterior, y Tranquilo en tanto seguía sin comprender más que una cosa, que Tarchino proseguía en su error, y que mientras tanto el heredero de Armagnac se salvaba.

Tarchino desenrolló el pergamino, y las dos mujeres pudieron descifrar su escrito, que era un salvo conducto real, firmado por D. José María Lobet, confesor de S. M., para Tarchino y sus compañeros, lo que nos dá la clave de la adhesión de sus soldados. Pocos minutos antes había habido una escena violenta en la estancia de Tarchino, y á poco estuvo que sus propios soldados no le hiciesen pagar de una vez todas sus traiciones y villanías; pero les mostró el famoso pergamino, y se agruparon de nuevo en torno del que les prometía la vida en nombre del rey.

—Los consejeros del rey,—prosiguió Tarchino,—sabían cuanto me era odiosa la rebelion de ese hombre que había usurpado nombre y títulos al conde de la Marche, y me tenía á su lado solo para espiar su conducta.

Las tres mujeres hicieron un movimiento de horror y Juan el Moreno acarició su espada debajo de las ropas de su lecho.

Vicente se dirigió al lecho y exclamó:

—Mi joven señor, para ser señor de Armagnac y conde de Nemours, lo primero es vivir; no me obligéis á repetiroslo de nuevo y ved que soy el amo.

Para llegar al lecho donde Juan el Moreno se agitaba con ira entre las sabanas, estas palabras tenían que pasar por los oídos de Tranquilo, que no se movía, pero su respiración era dura, difícil...

—Este es un niño,—murmuró.

Y su instinto le mostraba lo que los otros no veían, el cálculo de maese Vicente, y exclamó:

—Luis de Orleans era el amigo de su padre, Luis de Orleans le ha visto salvar anoche al rey; yo quisiera tener la suma que caerá en vuestra escarcela, maese Vicente, cuando le digais esta noche al duque: «aquí teneis al pequeño Juan de Armagnac, á quien queria matar monseñor Oliverio de Graville.»

En la sala reinó un breve silencio: todos empezaban á comprender... Tarchino sonreía.

—Si, tengo una buena suma,—murmuró,—te daré un puñado de oro viejo, inocente para el fuego de la marmita en que cueces la piedra filosofal. Pero aun diré otra cosa al duque de Orleans. Le diré: monseñor, yo soy quien os ha abierto las puertas del castillo de la Marche.

—¡Traidor!—murmuró Juan entre las ropas de su lecho.

Tranquilo hubiera querido taponar la boca, pero no se atrevió á volverse.

—Le diré: yo soy quien ha ocultado á monseñor Oliverio la abdicación de la regente; yo quien le ha puesto la espada en la mano y la cuerda al cuello...

Y no pudo decir más, porque el pretendido Juan de Armagnac apartó las ropas de su lecho y saltó, espada en mano, en medio de la estancia.

Las mujeres lanzaron un grito de terror, y Tranquilo se lanzó á cubrir con su cuerpo el del joven; pero Juan el Moreno era tenaz en sus decisiones, y apartando al pedagogo dijo encarándose con Tarchino:

—Es un martirio permanecer en ese lecho! Graville era un miserable, pero he comido su pan durante quince años, y quiero decirte cara á cara que eres un traidor, un cobarde, un infame y un asesino.

—¿Estás loco?—murmuró Tranquilo.—Más hubiera valido quedaros quieto. Ahora que Dios tenga piedad de nosotros.

Tarchino permaneció inmóvil como herido del rayo, y cuando se persuadió de que era el pajé en lugar del gran señor, sus labios se agitaron convulsos y se cubrieron de espuma. Miró su brazo mutilado y se estremeció de la cabeza á los pies.

Los soldados leyeron en sus ojos su deseo y las espadas salieron á relucir en el momento que las tres mujeres murmuraban:

—¡Piedad!

—No os mezeleis en esto, buen hombre,—dijo Juan á Tranquilo,—yo moriré solo.

—Jóven,—murmuró Tranquilo con emoción,—no podria explicaros por qué procedo así; me debo á otros y aun nos queda mucho que hacer en el mundo. Pero lo que siento es más fuerte que yo, y juro á Dios que el primero que se acerque á vos caerá con la cabeza abierta.

Tarchino dejó á madama Isabel arrastrarse suplicante á sus pies; no miró á Blanca de Armagnac que buscaba su mano para bañarla de lágrimas... Su mano se levantó para señalar á los soldados el pecho del joven, pero las últimas palabras del pedagogo hicieron en él un efecto inesperado; aunque no le eran dirigidas detuvo con un ademán á los suyos que iban á lanzarse á la pelea; sonrisa diabólica entreabrió sus labios manchados por la espuma; y la espresion que se pintó en su rostro era mil veces más cruel que la que antes significaba la ira.

—Yo no queria hacer mal á Juan de Armagnac,—dijo con ironia;—si alguno quiere decirme dónde se ha refugiado, puede arreglarse el conflicto.

—¡Basta ya, tigre!—exclamó Juan el Moreno con la vehemencia que le era propia.—Te han robado tu presa, no la encontrarás; pero tienes otra, afila tus dientes y muere.

Tarchino no manifestó la menor señal de cólera.

—¿Nadie responde?—murmuró lentamente mirando al rededor suyo.

Silencio profundo siguió á sus palabras.

—¡Viejo loco!—dijo entónces con voz vibrante;—¿tú tenias en otros tiempos dos hijos, ¿no es verdad?

Tranquilo dió dos pasos hácia él como impulsado por una fuerza sobrehumana.

—Y se dice,—prosiguió Tarchino, que querias mucho á la madre de esos niños, la pobre Maria, tu mujer, que murió á los veiate años...

Un gemido se escapó del pecho del pedagogo.

Todos los que estaban allí, y el mismo Juan el Moreno, escuchaban ansiosos, con el corazón oprimido; todos adivinaban que un golpe mortal estaba suspendido sobre la cabeza del pobre hombre, algo más doloroso y funesto que la muerte misma.

Tranquilo sentia tambien que un sudor frio empapaba su frente.

—¿Eres tú quien ha hecho escapar á Juan de Armagnac?—dijo Tarchino fijando en él una mirada penetrante.

—Yo,—balbuceó Tranquilo.

—¿Eres tú quien ha puesto á este jóven en lugar de Juan de Armagnac?

Tranquilo no respondió, pero su garganta produjo un sonido, una queja... adivinaba ya la verdad, y balbuceó:

—¡Mentis, mentis! ¡Sois un hombre infame! ¡No quiero creerlos!

Y apartaba los ojos de Blanca y de Juan el Moreno, sin duda para no reconocer en aquella hora su preña la doble vision que se le habia aparecido en los jardines del rey Salomon.

La risa de Tarchino fué más sarcástica.

—¡No me crees!—dijo.—¡Si aun no te he dicho nada! Di más bien que me adivinas...

Tranquilo se santiguó y bajó la cabeza balbuceando:

—Dios mio! ¡Dios mio! ¡Iluminad mi razon!

—Blanca,—dijo Tarchino,—mirad á ese jóven frente á frente, y volved el pensamiento á los dias de vuestra infancia. Juan Rolando, mira á esa mujer, y piensa en la hermana de que tantas veces me has hablado...

Juan y Blanca obedecieron: á pesar suyo cambiaron una mirada y palidecieron.

La duquesa, más pálida que ellos presentia que de esta escena iba á arrancar el peligro supremo.

—¡Se reconocen!—exclamó Tarchino con aire de triunfo.—¿Quieres aun más pruebas, viejo loco? Abre el jubon de tu hijo y mira lo que lleva grabado en su pecho.

—¡Sus hijos!—exclamó Isabel desolada.—¡Juan de Armagnac está perdido!

La Pavot y todos los soldados seguian con interés y angustia las peripecias de aquel drama.

Tranquilo permaneció inmóvil con los ojos clavados en tierra.

—¿No me oyes?—exclamó el italiano.—¿No me entiendes?

—Todo lo entiendo, pero no necesito ver el pecho de ese jóven sé que tiene grabado el escudo de Armagnac...

Y balbuceó con terror:

—¿Pero eso qué prueba?

La mirada ardiente de Juan el Moreno repetia tambien esta pregunta.

—No es esta la primera ocasion,—dijo Tarchino sonriendo y saboreando una venganza.—Ese jóven arrebatado me ha corado el brazo derecho que yo necesitaba tanto como la vida, y en lugar de entregarle al furor de mis soldados le defendiendo, le miro tranquilo y razono friamente: la sangre que hierve aun en mi herida, y señaló el muñon de su brazo, se lanza contra él; pero aun soy dueño de mi mismo y contengo mi cólera y mi sangre...

—Encarose de nuevo con Tranquilo y dijo:

—Hace quince años como hoy me robaste mi presa, y como hoy la casualidad puso en mi presencia á ese niño que es el tuyo; acuérdate que aquella noche tu hijo vino al castillo de la Marche para recibir los castigos que mereciera el niño duque Juan...

—Es verdad,—baluceó Tranquilo.

Mientras Juan el Moreno repetía con aire sombrío:

—¡Es verdad!

La duquesa Isabel tenía la muerte en el alma.

—Hubiera podido matarle,—continuó Tarchino,—y no dejó de ocurrirme... pero tú te habrás llevado á Juan de Armagnac, para presentarle algún día en frente de nosotros y mostrármelo como prueba el escudo que lleva grabado en el pecho. Entonces me ocurrió grabar lo mismo á este niño y me dije: vivirá para ser un obstáculo en el camino de su padre; vivirá para ser enemigo mortal de Juan de Armagnac. ¿No me reconoces en esto, hermano Tranquilo?

—¡Sí, sí!—murmuró el pedagogo.

—Pues bien,—repuso el italiano, guardando el salvo conducto en su pecho,—si dentro de un cuarto de hora no he sabido dónde se oculta Juan de Armagnac, tu hijo y tu hija morirán á tus propios ojos.

La duquesa lanzó un grito y la Pavot acudió á sostenerla en sus brazos.

V.

Misterios del corazón.

Vicente Tarchino, sin añadir una palabra más, se retiró con sus soldados, y apenas había pasado el umbral de la puerta, oyéronse repetidas quejas agudas, y no tuvo tiempo más que de llegar á la estancia donde maese Anibal Cola le había hecho la primera operación: el esfuerzo que acababa de hacer, había provocado una reacción terrible, las convulsiones se sucedían y sus parciales asombrados vieronle retorcerse sobre su lecho lanzando terribles gritos.

Sus ojos giraban en las órbitas hundidas, sus dientes rechinaban y su mano izquierda arrancaba violentamente las vendas de su herida.

Su boca vomitaba blasfemias, y entre ellas se oían los gritos de socorro y el nombre de Anibal; pero Anibal no parecía.

—¡Sufro mucho! ¡sufro como un condenado! ¡Pero no es mi última hora, es la crisis, la crisis que ha de salvarme!...

Y trataba de leer su destino en los rostros aterrados de sus compañeros.

Sus dientes chocaban hasta romperse, y el espanto que veía en todos los semblantes, redoblaba su furor.

—¡Si esta fuese mi última hora,—esclamaba,—sería horrible! Pero no, no se muere así, sin prevención, sin saberlo!... ¡Entonces yo quiero más cadáveres en torno mio, sobre todo aquel que ha puesto fuego devorador en mi sangre, aquel y todos los que él ama!... ¡Quiero sangre, arroyos de sangre! ¡De ese modo al menos se apagará mi sed de venganza!

En la parte exterior la calma había sucedido al estrépito de la batalla. El sol parecía radiante en un cielo sin nubes, y los soldados de Orleans comían ó descansaban, porque el camino que había entre la hostería del padre Pavot y el castillo estaba desierto.

Podrían ser las nueve de la mañana; y en medio del silencio oyóse hacia la puerta de Bucy el son de los clarines y después el acento monótono de un pregoneiro que en nombre del rey y de monseñor el duque de Orleans prometía una buena recompensa á quien dijese el paradero del jóven duque de Armagnac y de la duquesa su madre.

Este era un último esfuerzo á que apelaban después de haber registrado en vano todo el castillo de la Marche sin encontrar al salvador del rey Carlos.

Al otro lado de la puerta vidriera, el hermano

Tranquilo permanecía en pié en el mismo sitio, con los brazos caídos, las manos cruzadas y la mirada fija...

Juan y Blanca no se habían movido tampoco; solo la Pavot se ocupaba de la duquesa, que no respiraba.

Juan fué el primero que volvió en sí, y con la vehemencia que le era propia, se adelantó á Tranquilo y dijo:

—Desde que os he visto en la hostería de la *Tortuga*, he sentido algo en mí que me hablaba del pasado; lo mismo que el día en que por primera vez me acerqué á la que entonces se llamaba Blanca de Armagnac: ella era la que jugaba conmigo en la cabaña donde pasé mi infancia, vos el que veniais á vernos y á acariciarnos...

Volvióse á buscar la mirada de Blanca, pero ésta permanecía con los ojos clavados en tierra y un ligero tinte de amargura en el rostro.

Ayer era princesa, heredera de Armagnac, adoraba á un pobre paje, al que pensaba dar engrandecimiento y fortuna.... Hoy no era nada, y el paje sin fortuna era un rico heredero, y el hombre que le daban como padre, era el hermano Tranquilo, cuya historia sabían de memoria todos los vasallos de la Marche; aquel hermano Tranquilo, medio sabio, medio loco, que dos noches antes había servido de irrisión en los jardines de una fiesta: su grandeza perdida y su amargura presente trastornaban su razón.

Pero lo más extraño de todo era la insensibilidad del hermano Tranquilo en presencia de aquellos dos hijos recobrados, de aquellos dos hijos de Maria, su mujer amada.

Como sus ojos no veían, sus oídos parecían no haber oído las últimas palabras de su hijo Juan.

—¡Padre!—esclamó este,—¿en qué pensáis? Ved que no tenemos tiempo que perder. Ese asesino nos ha dado quince minutos para reflexionar y le oigo gritar á lo lejos como un desesperado: abrazad, pues, á vuestro hijo, que es tan dichoso de llamarse padre, como si fuérais un rey.

Y veíase en estas palabras el corazón satisfecho de aquel jóven que también había tenido sus sueños de ambición como sabemos. El escudo que llevaba en su pecho le había dado mucho en qué pensar; pero su carácter se inclinaba á resoluciones prontas, y obedecía á sentimientos generosos... Así pues, no mentía al esclamarse: ¡estoy contento!

Lo único que le molestaba era que Tranquilo merecía demasiado su sobrenombre y Blanca tardaba demasiado en dar á los perros su disfraz de princesa.

—¿Soy yo aquí el único que tiene memoria?—esclamó el jóven dando una patada, porque la paciencia no era su fuerte. Padre, ¿no queréis á vuestro hijo, y vos hermana, os avergonzáis de tal padre y de tal hermano?

Una lágrima humedeció los ojos de la jóven, y abrió los brazos á su hermano que se refugió en ellos: desó pues volvieron los ojos á Tranquilo que no los veía.

—¡Sufre mucho! ¡pobre padre!—murmuró Blanca. Esta idea no se le había ocurrido al paje, pero así que le fué indicada cambió su expresión.

—Decís bien,—murmuró conmovido por vez primera en su vida;—esta hora es para él de angustia, cuando debía ser de felicidad.

Después cada uno tomó una de sus manos, se arrodilló á sus piés, y Blanca murmuró:

—¡Padre, mirad á vuestros hijos que os suplican una mirada, una frase de cariño.

Los párpados de Tranquilo se agitaron y sus manos temblaron en las de sus hijos.

—¡Dios me los había mostrado... yo los había visto á los dos... Maria, una oración por ellos si estás cerca del Señor!

—¿Es el nombre de nuestra madre?—preguntó Blanca.

Tranquilo se inclinó sobre ella como para depositar un beso en su frente, pero en aquel momento la Pavot exclamó en el otro extremo de la estancia.

—¡Dios sea loado! Nuestra querida señora vuelve á la vida.

Un estremecimiento agitó todo el cuerpo de Tranquilo, y mis labios, que casi tocaban la frente de su hija, se apartaron violentamente. Volvió el rostro hacia la duquesa, pálida, casi moribunda, arrancóse de las manos de sus hijos, que se levantaron aterrados, y exclamó con un sollozo convulso:

—¡Todo á los míos! ¡Nada á los otros!

Y añadió ocultando el rostro entre ambas manos.

—¡María, esposa mía... ruega por ellos!

Cuando dejaban de oír los gritos agudos de Tarchino silencio profundo reinaba en la casa, oyéndose á lo lejos la voz del pregonero; pero era imposible penetrar el sentido de sus palabras.

La duquesa buscaba la mirada de Tranquilo que apartaba la suya.

—¡Estamos perdidos! —murmuró al oído de la Pavot.

La honrada tabernera se estremeció, y aunque hubiera dado la mitad de su sangre por salvar á su señora y al joven señor duque, no sabía qué hacer.

—Ha corrido la mitad del plazo, —exclamó con angustia la duquesa Isabel.

Tarchino lanzó un prolongado grito de agonía, y al mismo tiempo vieron los cascos de dos ó tres soldados al otro lado de la puerta y al pié de la ventana; la estancia estaba guardada por todas partes.

El hermano Tranquilo se adelantó entonces hacia la duquesa, fijó en ella una mirada de extravío, casi de cólera, y murmuró:

—Durante quince años, ¿qué he hecho por ellos? ¿Qué parte de mi vida les he dado?

La duquesa inclinó su frente. Tranquilo prosiguió:

—¡Y sin embargo, á ellos pertenecía mi vida entera! Son mis hijos, la sangre de mi sangre... ¿Qué encanto se ha interpuesto entre ellos y yo? ¿Quién ha podido adormecer mi corazón y mi memoria?

Isabel lloraba, porque más que amargura en estos reproches, la voz de Tranquilo era dulce como la queja de un niño.

—¡Vos erais muy desgraciada —murmuró— y María, mi mujer, os amaba mucho... ¡María! ¡Ella me dice que he sido un mal padre! ¡Ella me dice que me ha cegado la locura de Armagnac! Una abnegación estúpida... la locura de un vasallo... la locura del esclavo...

Y fijaba sus ojos ardientes en la duquesa, que se estremecía, y entre ellos no había nadie, porque la Pavot se había alejado instintivamente.

La exaltación de Tranquilo crecía y sus uñas desgarraban la carne de su pecho.

—¡Y aun dirá más María! Si los que han muerto ven los fondos de los corazones, María habrá visto en el fondo del mio este secreto que me espanta, que me ahoga...

Una luz de esperanza iluminó el corazón de la duquesa, porque nada es tan egoísta en el mundo como el amor de una madre. Toda consideración se borra ante él, toda piedad desaparece.

La duquesa sabía el secreto de Tranquilo, aquel secreto que el pobre pedagogo no se había confesado ni á sí mismo.

Lo que Tranquilo no sabía hasta aquel momento solemne, la duquesa lo sabía hacia tiempo.

No era amor, porque el hermano Tranquilo no deseaba nada, no esperaba nada, y sin embargo tenía miedo de la mirada sutil que los muertos saben deslizar al fondo de los corazones.

La duquesa entonces se levantó y dijo con la dulce majestad que le era propia:

—Tranquilo, habeis hecho... adado por nosotros

y hemos aceptado más de lo que debiamos; no os pido nada.

Cogió su mano, y dirigiéndose hacia los dos jóvenes:

—Tú eres mi hija, —añadió besando á Blanca en la frente, — porque lo eres suya, y yo le habia prometido ser tu madre.

Tendió sus manos á Juan, que las llevó á sus labios, y exclamó:

—A vos, generoso joven, que Dios os recompense; inútil es decirlo que hubiera sido vuestro amigo, vuestro hermano.

Tranquilo escuchaba trastornado.

—Suceda lo que suceda, —acabó la duquesa entre sollozos, — ¡ojalá podais ser dichosos! Isabel Armagnac, despues de su hijo que va á morir, no tiene nada que le sea más caro en el mundo que vosotros y vuestro heróico y digno padre!

Alejóse al otro extremo de la estancia, y se arrodilló escondiendo el rostro entre ambas manos.

Tranquilo la siguió con la vista. Atrajo hacia sí á sus hijos y los estrechó apasionadamente.

.....
Han pasado cinco minutos; Tranquilo estaba sentado sobre el lecho que habia ocupado Juan el Rubio, y tenia á su hijo á la derecha, á su hija á la izquierda, y unia sus manos en la suya y los miraba alternativamente al uno y á la otra.

—¿Me queréis mucho, hijos míos? —murmuró. —¿Me queréis aunque nada haya hecho por conquistaros vuestro amor? Yo no soy como los demás hombres; de ordinario un velo cubre mi inteligencia, y mi pensamiento no va á donde quiero conducirlo... He nacido en el dominio de Armagnac: allí se dice que el vasallo debe fidelidad al señor... Es preciso ser fiel hasta el crimen.

Su mano alisaba los cabellos de Blanca y decía:

—¡Qué hermosa eres, María! Porque tú no te llamas Blanca, te llamas como tu madre, que está en el cielo. No me creerais cuando os diga que no os he olvidado, pensaba siempre en vosotros... Y tú, hijo mio, tampoco te llamas Juan, ese nombre que te han dado, no es el tuyo; te llamas Andrés, como tu pobre padre. Abrazadme así, otra vez... ¡Que tenga en algunos minutos todas las alegrías de una vida entera!

María y Andrés le colmaban de caricias, y sonreían y lloraban á la par. ¡Ya no se acordaban de sus pasados sueños! Hasta la imagen de Juan el Rubio se habia borrado de su memoria. No pensaba más que en aquel padre tan bueno, tan desgraciado.

Los tres formaban un grupo y sin acordarse de la solemnidad del momento, pensaban solo en sí mismos.

—He visto muchos nobles, muchos príncipes, —decía Juan; —pero si me dieran á elegir padre, entre todos, no os elegiría más que á vos!

El hermano Tranquilo abrazó con éstasis aquellas dos queridas cabezas, mientras la duquesa rezaba y la Pavot miraba con terror el reloj de pared que en la pieza vecina le mostraba su esfera á través de las vidrieras.

La Pavot corrió hacia la duquesa y murmuró aterrada:

—No queda más que un minuto.

Tranquilo apartó á sus dos hijos, pasó la mano por su frente, y dijo como buscando el sentido de esta palabra:

—¿No hay más que un minuto?

Miró en torno suyo, y pudo verse en su rostro la transformación que se operaba en su espíritu, en el que la angustia reemplazaba poco á poco á la alegría.

—¡Dios mio! —murmuró, — ¿por qué no he muerto antes de tocar con los labios esta copa de felicidad? Acércate, Andrés, hijo mio, —murmuró, — ven acá, mi pequeña María; ¿veis esa pobre mujer que sufre, que no tiene ya fuerza ni para rezar?... Vuestra madre era

la ultim
miseric
la duqu
rir; por
—Qu
madre
Pasó
se la vo
—¡An
Hubo
de Tarc
—¡Po
mundo!
Era la
monóto
mo los
moviun
Se ad
ademar
bernera
á caer.
—¡Tr
nos, —
el que
Ejó
lencia:
—Tú
Toda
—Se
—¡Si
que me
mi hijo
Tran
no se e
Tran
que fijó
—¡Q
haber
horat re
el vues
La du
levanto
—La
luto, —
severid
amanec
el de v
La fu
polvo
cia sus
Juan y
tancia
—¡N
de sí V
En su
hiena
—Le
quilo q
tuacion
caballe
nor...
cruel e
aun?
—Si
Tran
cia la
—Ar
á Juan
sey yo
—Le
roso j
—Si
dado r
eselan
Juan

la última de sus vasallos: cuando murió, tenía ya la misericordia de los santos en el alma y el nombre de la duquesa Isabel fué el último que pronunció al morir; porque ella había sido su Providencia y la mía.

—Que Dios tenga piedad de lo que amaba nuestra madre!

Pasos lentos resonaron en la pieza contigua y oyóse la voz de Tarchino que decía:

—¡Anibal! ¡que vayan a llamar a mi primo Anibal! Hubo un instante de tumulto, después la voz ronca de Tarchino, que murmuraba:

—¡Por la sangre de Dios, que no me iré solo al otro mundo! ¡Aun tengo tiempo de vengarme!

Era la hora, en efecto; á la primera campanada monótona del reloj, la duquesa se levantó, rápida como los sonámbulos que no tienen conciencia de sus movimientos.

Se adelantó al centro de la estancia, y en todos sus ademanes había extravío, y rechazó convulsa á la tabernera, que quería prestarle apoyo pensando que iba á caer.

—¡Tranquilo! ¡Tranquilo!—dijo cogiendo sus manos.—¡tengo toda mi razón! ¡no creas que es el delirio el que dicta mis palabras!... ¡Escuchal!

Fijó la voz y añadió acercándole á sí con violencia:

—Tú me amas, lo sé hace mucho tiempo. Toda la sangre de Tranquilo afluyó á su corazón.

—Señora...—balbuceó.

—¡Silencio! ¡Te digo que no estoy loca! ¡Te digo que me amas, y te juro por mi salud, que si salvas a mi hijo seré tu mujer!

Tranquilo se desprendió de sus manos; la duquesa no se engañaba.

Tranquilo la amaba, y sin embargo, en la mirada que fijó en ella hubo una especie de horror.

—¡Que Dios os perdone, señora!—murmuró,—por haber querido comprar la conciencia de un pobre hombre. Esos son mis hijos, como Juan de Armagnac el vuestro. ¡Dios os perdone!

La duquesa Isabel cayó de rodillas, Tranquilo no la levantó.

—La vida de Armagnac debe vivir y morir con su luto,—murmuró el hermano Tranquilo con dolorosa severidad.—La desesperación extravía, señora... ¡Si amaneciese para nosotros un día más, no me acordaré en el de vuestras palabras!

La frente de la duquesa se humilló hasta tocar el polvo del pavimento... Tranquilo volvió entonces hacia sus hijos, que no habían oído nada de esta escena; Juan y Blanca escuchaban lo que se decía en la estancia contigua.

—¡No quiero espadas, quiero hachas!—decía fuera de sí Vicente Tarchino.

En su voz se adivinaba el rechinar de sus dientes de hiena.

—Levántate, Andrés; levántate, María.—dijo Tranquilo que tenía ya la frente serena de las grandes situaciones.—Andrés, tú que has vivido entre nobles y caballeros, conocerás mejor que yo las leyes del honor... Si el año á quien se debe la vida os insulta cruel en una hora de demencia, ¿se le debe la vida aun?

—Siempre.—respondió Juan el Moreno.

Tranquilo respiró con alegría y volvió el rostro hacia la mujer que acababa de insultarle.

—Andrés,—esclamó con vehemencia,—tú conocías á Juan de Armagnac antes de conocerme á mí.; no soy yo quien te ha dicho que le quieras.

—Le quiero como á un hermano,—esclamó el generoso joven.

—Silencio,—no me interrumpas. Tarchino nos ha dado un minuto de tregua, no nos dara dos. María,—esclamó volviéndose á su hija.—¡Dios ha puesto á Juan de Armagnac en tu camino, tú le has escogido

cuando te creías gran señora; y á él un pobre niño abandonado... ¿le amas mucho?

—Más que á mi vida.

—¡Yo no soy quien ha tenido lo culpa de esto,—murmuró Tranquilo levantando sus ojos húmedos hasta el cielo.—¡Hija mía! ¡Hija mía! hé aquí la mano del verdugo que entreabre las puertas... Podéis salvaros revelando dónde se encuentra Juan de Armagnac... y podéis salvarle guardando silencio y muriendo por él.

Juan y Blanca se miraron, se comprendieron y contestaron sin vacilar:

—Moriremos.

La duquesa Isabel que los oyó arrastróse hácia ellos de rodillas, la puerta se había abierto y Vicente Tarchino, cuyo rostro descompuesto no tenía ya nada de humano, entró seguido de tres miserables armados de hacha y detrás algunos soldados.

—¡Y bien!—esclamó,—¿has reflexionado hermano Tranquilo?

Este abrazó á sus dos hijos, que le oyeron murmurar con profunda amargura las palabras que con tanta frecuencia se escapaban de sus labios.

—¡Todo á los unos! ¡nada á los otros!

Después Tranquilo se adelantó á Vicente Tarchino, apoyándose siempre en los hombros de Juan y de Blanca.

La duquesa Isabel encontró aun fuerzas para lanzarse entre ellos y sus verdugos.

—¡Piedad!—esclamó.—Yo te prometo por su vida todo cuanto Armagnac posee y pueda poseer en lo sucesivo.

El italiano tuvo una sonrisa de desden.

—¡Su vida está en sus manos!—respondió.—¿Dónde está Juan de Armagnac?

Tranquilo y sus dos hijos guardaron silencio.

—¡Apartad á esa mujer!—dijo Tarchino.

Los soldados asieron á la duquesa, que, agarrada á los vestidos de Blanca, gritaba:

—¡Hija mía! ¡hija mía!

—¡Ya basta de súplicas!—gritó Tarchino con un rugido, en que se veía la venganza satisfecha.

Tranquilo estrechó á sus dos hijos sobre su corazón y empezó á murmurar una oración en recomendación de su alma: los verdugos levantaron sus hachas...

En este momento oyóse gran ruido en la pieza exterior y una voz que gritaba:

—¡Vicente! ¡primo Vicente!

Tarchino se detuvo vacilando, como si no aguardase más que la satisfacción de su venganza para caer muerto. Un rayo de esperanza supersticiosa animó su mirada...

—¡Es él!—murmuró Anibal—que entiende de todo... que aun puede salvarme. ¡Pronto, abrid esa puerta!

Maese Anibal Cola era, en efecto, el que llegaba: se precipitó en la estancia, y al ver las hachas en manos de los verdugos, retrocedió un paso, y volviéndose vivamente hácia la puerta, gritó con toda su fuerza:

—¡Pronto, pronto, monseñor.

VIII.

Un buen pariente.

Durante el cuarto de hora de gracia otorgada á Tranquilo para reflexionar, mientras maese Tarchino se retorcia en horribles convulsiones, llamando á gritos á su primo Anibal, este fiel pariente volvia precisamente hácia la hostería, pero con marcha lenta, la frente inclinada, el aire pensativo...

Meditaba tristemente en el mal giro que habían tomado sus negocios, cuando distinguió por el camino real, entre la hostería y el castillo, un pregonero á caballo seguido de sus timbales y clarines.

Desde el sitio en que se hallaba Anibal, hubiera podido casi oír los gritos agonizantes de su primo que le llamaba; pero en el mismo instante los timbales y clarines dieron la señal del pregón, y el pregonero, cuando ellos terminaron leyó así:

«En nombre del rey nuestro señor, en nombre del señor duque de Orleans, se promete una buena recompensa á quien descubra el paradero de Juan de Armagnac y de la duquesa Isabel su madre.»

Maese Anibal se detuvo; los clarines y los timbales tocaban de nuevo, maese Anibal vacilaba. Una idea habia penetrado en su mente, y como los clarines y los timbales se alejaban, llegaron ya á su oído los gritos desesperados de Tarchino.

Anibal Cola hizo lo mismo que el perro de Juan de Nivelles que huía de donde le llamaban, y echando á correr detrás del pregonero, exclamó:

—Yo no quiero ganar esa recompensa; llevadme á presencia del señor duque de Orleans.

—Seguidnos, dijo el pregonero.

Pero no era esto bastante para la impaciencia de Anibal, que saltó á la grupa del caballo y dijo con voz imperiosa:

—¡A galope, si quereis salvar la vida del jóven duque y de su madre!

Las espuelas del pregonero tocaron los hijares del caballo, y pocos instantes despues el barbero era introducido en el torreon de la puerta Bucy, en la estancia donde Luis de Orleans, rendido por la fatiga de aquella noche, se habia sentado sobre un banco, y no lejos de él Jerónimo Ripaille dormia tendido en el suelo.

Luis de Orleans no mostraba la alegría de la victoria, porque el precio del combate se le escapaba. Nadie habia podido decirle dónde se ocultaba Juan de Armagnac.

Al ver al pregonero se levantó y le dijo:

—¿Me traes noticias?

—Aquí viene un hombre,—dijo,—que quiere ganar la recompensa.

Anibal se adelantó magestuoso...

—¿Habla qué sabes?—le dijo vivamente Luis de Orleans.

Anibal saludó.

—Monseñor,—dijo adoptando una actitud estudiada,—sé todo lo que deseais saber.

—¡Habla, habla!—repuso el duque impaciente.

Anibal se inclinó de nuevo, llamó á sus labios una sonrisa de duda, y dijo:

—Perdonad, monseñor,—pero antes de hablar me parece justo saber cual es la recompensa prometida.

Luis de Orleans frunció el ceño.

—¡Cien nobles de oro!—repuso bruscamente.

Anibal levantó con dignidad su rostro de aventurero, y exclamó:

—Monseñor me toma por otro.

—¡Pocas palabras!—dijo el duque de Orleans, cuyo acento temblaba ya de cólera. Te daré cien nobles si hablas al momento; si no, al momento tambien te hago colgar.

Maese Anibal no se movió, y su sonrisa fué todavía más dulce.

—Bueno es que monseñor sepa que soy el célebre Anibal Cola, descendiente de los señores de Calvi, en el pais de Capua; que practico con igual acierto la filosofía, la teología, la medicina, la cirugía, la astrología y la alquimia...

—¡Jerónimo!—dijo el duque de Orleans con violencia.

El soldado se puso en pié, sobresaltado, y echó mano á la espada antes de frotarse los ojos, cargados de sueño.

Maese Anibal no se habia fijado en él; al pronto sintió una ligera inquietud, pero al reconocerle se tranquilizó.

—Hé aquí un valiente,—dijo sin perder su sonrisa,—que puede dar fé de mis talentos y de lo que ya valgo.

—¿Tú conoces á este charlatan?—preguntó el duque Jerónimo.

—Si, monseñor, es un bribon.

—Hazle hablar.

Jerónimo se acercó al italiano y este, tomando el mejor partido, dijo:

—Monseñor, en este instante el jóven duque y su madre se hallan entre la vida y la muerte, y al tiempo que gasteis en ponerme en tortura haria ya imposible su socorro.

Luis de Orleans palideció.

—¿Quién puede asesinar á una mujer y casi á un niño?

—Vicente Tarchino.

—Por nuestra salud, monseñor,—gritó Jerónimo,—¡dad á ese hombre todo lo que os pida!

—¡Dinos lo que quierdes!—repuso el duque con visible repugnancia.

—Me contentaré con cincuenta mil nobles de oro,—repuso el italiano,—y el empleo de barbero-peluquero de la corte, cuando vuestra alteza sea rey de Francia.

—¡Rey de Francia!—exclamó el duque estremeciéndose.

—Los que leemos en los astros podemos hacer tratados semejantes,—dijo Anibal inclinándose más profundamente.

Un instante despues el duque de Orleans, Jerónimo y Cola, seguidos de una docena de lanzas, galopaban á través del prado de San German.

Anibal fué el primero que entró en la hosteria como hemos visto; pero Tarchino adivinó al punto que no iba solo, y antes de que pudiera llamar á sus compañeros señaló ébrio de rabia á Juan el Moreno, gritando:

—¡Ese, por lo ménos, que me ha cortado el brazo; ese que no logró escapar!

Los soldados no habian adivinado como Tarchino, y se precipitaron sobre Juan el Moreno.

Este y Tranquilo estaban sin armas, porque Vicente, antes de retirarse, tuvo muy buen cuidado de hacerlos desarmar para que toda resistencia fuera imposible.

Tranquilo se adelantó á cubrir con su cuerpo el de su hijo, y las dos mujeres abrazadas á las rodillas de los verdugos, les obligaron á luchar un momento para llegar á su victima.

Este momento bastó. Oyóse ruido de armas y de armaduras y dos ó tres tiros de arcabuz resonaron fuera mientras el duque de Orleans ya apareciendo, gritaba:

—¡Armagna! ¡Armagna!—y de un tajo abrió el cráneo de uno de los soldados de Tarchino.

Otro cayó atravesado por el estoque de Jerónimo Ripaille. Juan y Tranquilo se apoderaron de las hachas de los soldados muertos, y la pelea se empeñó furiosa.

—¡No mateis á este!—gritó Jerónimo señalando á Vicente Tarchino.

Este habia hecho un esfuerzo supremo para levantar su espada con la mano izquierda, pero inútil... Estaba trémulo, livido, con la espuma en los labios, la rabia en los ojos, y nadie le tocó, ¡solo la mano de Dios!

Mientras sus compañeros, vencidos, pedian piedad, se le vió caer en tierra desgarrándose el pecho con sus propias uñas, girando los ojos en sus órbitas... Su boca contraída, murmuró una última blasfemia, y su cadáver, con la convulsion de la agonía, se revolvió en el pavimento ensangrentado.

IX.

Una restauracion.

—¿Qué es esto, maese Pavot?—decía una voz sonora y femenina en la gran sala de la Tortuga.—¿No os dá vergüenza tener desde ayer sucios los cubiletes y las mesas y sillas en desórden? ¡Dios me perdoné! Si creo que no habeis limpiado la vajilla desde ayer.

—Tiempo hay para todo, Teresa, esposa mia,—dijo Pavot con acento snmiso.

—¡Por los santos apóstoles!—esclamó la tabernera.—Vais á replicarme con insolencia como en otros tiempos.

Pavot, antiguo soberano conyugal, Barba azul jubilado, refunfuñó algo entre dientes, y pasó docilmente un paño por las mesas y sillas empolvadas.

La Pavot estaba delante de un espejo y arreglaba los pliegues de su collereta, y se volvía para mirar su traje por detrás.

—¡Quisiera oiros chistar, maese Pavot!—esclamaba.—Armagnac ha vuelto, y las cosas irán por el camino que deben ir. Espero pagaros, querido esposo, todos los malos tratamientos que de vos he recibido.

—Las haciendas estarían hechas más pronto,—esclamó Pavot,—si nuestra Mireta estuviera aquí para ayudarme.

—¡Santos Apóstoles!—gritó la tabernera roja de indignacion;—os digo que Armagnac ha vuelto, maese Pavot, y Mireta, mi hija, no cojerá ya ni la escoba ni el plumero. Necesita las manos blancas para recibir el anillo de un caballero.

Pavot intentó reírse, pero la tabernera hizo un ademán tan significativo, que el hostelero se apresuró á esclamár:

—Bien, bien, mujer; si Mireta se casa con un caballero, ¿quién se ha de alegrar más que yo? Simon me basta para ayudarme.

—Simon trabaja para mi hija y para mí,—dijo á speramente la Pavot.—¿Os parece mucho un escudero para dos damas?

El ex-barba azul pensó ahogarse del esfuerzo que hizo para contener la risa; pero se habia operado una revolucion completa en su hogar: la Pavot, restaurada en el poder, ocupaba solo el trono conyugal, y Dios sabe que tenia la mano firme para sujetar la rienda de su pequeño gobierno.

—Vamos, maese Pavot,—dijo ella volviendo los ojos á la calle,—cierra la noche: ¿van á ser nuestras luces las últimas que se enciendan? ¡Si mi casa no es la mas brillante del barrio en esta noche en que madama Ana, nuestra jóven reina, debe hacer su entrada en Paris, pobre de vos!

El pobre hombre se apresuró á ir á encender lámparas y velones y además las candelijas que debían adornar la puerta.

—Ya veis,—dijo su mujer,—que mi hijo y yo tenemos sitios reservados en el estrado de nuestra señora Isabel, duquesa de Nemours, que está más allá del Arco del Triunfo, en la puerta Beaudoyer. Os pondreis vuestra casaca nueva, vuestro estoque al hombro, tomareis el farel de la cuadra y nos escoltareis á mi hija y á mí con el inocente Simon, que llevará el arcabuz viejo.

—Creo, esposa mia,—esclamó el padre Pavot,—que los chiquillos nos van á cantar coplas por la calle.

—¿Por qué?—esclamó la esposa indignada.—¿No soy la prima de Tranquilo, cuyos méritos sabe ya todo el mundo? ¿De Tranquilo, á quien Juan de Armagnac llama padre? ¿De Tranquilo, que es el hombre más sabio de la Francia y sería consejero del rey si quisiera?

Acercóse á su marido que se alejaba instintivamente de ella.

—¡No tengais miedo, maese Pavot! Si fuérais un hombre como cualquiera otro, os diría un gran secreto. Desde que lleva traje de gran señor mi primo Tranquilo, no se parece á sí mismo. Ayer le miraba en la iglesia de Nuestra Señora y me decía: ¡Me parece que no le he visto nunca! Está tan guapo y tiene noble porte, que casi no me atreví á saludarle al salir del templo.

Bajo aun más la voz y apoyando su mano en el hombro de su marido, que abría los ojos con extraordinario asombro, añadió:

—Allá, en la otra casa, el día de la gran jarana, cuando se trataba de saber el paradero de Juan de Armagnac ó de morir, yo estaba allí con ellos... En esos momentos el corazon no se contiene... ¡He oido muchas cosas, y te digo que los que son parientes de mi primo Andrés serán parientes de Armagnac!

—¡Imposible!

—Lo primero,—esclamó la tabernera,—por el matrimonio de Juan de Armagnac con la que llamábamos Blanca.

—¿La hija de Tranquilo?

—La hija de Tranquilo y de Maruja, y como nuestra hija se casará con el Sr. Juan ó con el Sr. Andrés como quiere su padre que se le llame, será cuñada mismísima del duque de Nemours.

—¿Tú sueñas, mujer, tú sueñas!

—Os digo que estoy despierta, maese Pavot, y no es eso todo: os repito que he oido muchas cosas y creedme, habra más de un matrimonio.

—¿Qué matrimonio más puede haber?—preguntó el hombre con viva curiosidad.

La Pavot, con aire muy pensativo, esclamó:

—En verdad que si algun hombre ha merecido recompensa tan grande en el mundo, ha sido él; y despues de todo, ¿por qué la mujer más noble, más buena de la tierra, no ha de tener reconocimiento en el corazon? El difunto duque de Nemours no dió mas que una vez la vida á su hijo Juan, y este hubiera muerto veinte veces sin mi pobre primo Andrés.

Calló un instante y esclamó de repente, cargando siempre á su marido sus propias culpas:

—Ya basta de charlar como un papagayo! ¿Qué hacéis ahí hecho un pasmarote? Id á vestiros para escoltarnos hasta el sitio de la fiesta.

El padre Pavot salió, la noche habia cerrado ya.

Una hora despues, mientras los alrededores de la Bastilla podían apenas contener el populacho, no se veía un alma más allá del Viejo Temple. Paris entero, nobles, plebeyos, menestrales, se apiñaban en la puerta Beaudoyer y hacia la iglesia de Nuestra Señora.

El pueblo lo sabe todo y habia sabido, sin que podamos decir cómo, que la jóven que habia venido de Bretaña era una reina fuerte y enérgica, capaz de sostener el brazo débil de Carlos si se doblaba con el pesado cetro de la Francia.

El pueblo adivinó á Ana de Bretaña y desde el momento le dió calurosos vivas.

A las doce debía empezar el baile en el palacio de Tournelles, y á las once el clero de Nuestra Señora debía recibir al rey y á la reina á la puerta del templo: á las diez segun el programa, el parlamento, el prebostazgo, la universidad y los demás cuerpos debían recibir á las personas reales bajo el primer arco de triunfo colocado delante de la Bastilla.

El rey y la reina saldrían de la abadía de San Antonio, que estaba extramuros, á las nueve de la noche y desde las torres de la Bastilla hasta la calle del Viejo Temple, tendiéndose un verdadero cordon de fuego representado por luces de mil colores que en interminable guirnalda iban del Arco del triunfo de la Bastilla al Arco del triunfo de la puerta Beaudoyer.

El palacio de Tournelles y el de Bretaña parecían dos incendios, y entre ambos, en el sitio donde se construyó despues la Colegiata de jesuitas, se elevaba

un monumento de cincuenta pies de elevación que mostraba por encima de las casas su pirámide de luces, y á derecha é izquierda se habían levantado tabladitos que llevaban cada uno el nombre de algun señor poderoso, y servían para ellos y sus familias.

El estrado de Armagnac donde la madre Pavot y la linda Mireta tenían sitio, estaba engalanado con los colores de Nemours y le coronaba el escudo del leon en campo de Gules.

Al pié una triple fila de soldados se alineaba, y barracas sembradas en toda la carrera estaban destinadas á albergar los ángeles y genios destinados á la parte teatral de la fiesta, que con sus trajes alegóricos debían salir á presentar ramos de flores á la joven reina.

Las nueve dieron en la torre de la capilla de San Pablo y estalló un vocerío inmenso á la paz que todas las campanas de París echaron á vuelo. Las cullebrinas de la Bastilla dispararon y una hoguera gigantesca se encendió delante de la abadía de San Antonio para anunciar la partida de la pareja real.

La madre Pavot precedida de su esposo y seguida de Simon, ambos armados y con luces, llegaron abriéndose paso con dificultad entre la multitud, y la gentil Mireta con su más rico atavío de los domingos, ocupó una de las primeras gradas en el estrado de Armagnac.

Apenas la madre Pavot había tenido tiempo para sentarse y respirar, llamaron vivamente su atención algunas palabras cambiadas en torno suyo.

No había señores en el estrado; los señores aquella noche seguían todos al rey, y las personas que rodeaban á la madre Pavot pertenecían como ella á la servidumbre de las grandes familias ó eran los menestrales proveedores de la casa.

—Señora Juana,—decía un hombre gordo cubierto de pieles, á pesar de que la noche estaba templada,—podeis creerme, porque yo soy el que en esta ocasion ha proporcionado las perlas, la joyería...

—Aunque las proporcionarais más de veinte años, maese Joselin, no me convenceriais: el niño será el primer gran señor de la Francia, después de los principes de sangre real.

Una carcajada acogió estas palabras y varias voces exclamaron:

—¡Miren la señora Juana la tendera! ¡Quiere enseñarnos lo que es un señor de Armagnac!

—Pues si señor, yo sé más que todos vosotros—exclamó la mujer amostazada:—y sostengo que es una locura pensar que el duque de Nemours se casará con una aventurera.

La Pavot brinó en su asiento.

—¡Ved lo que decís, señora Juana!—exclamó Joselin el joyero:—si habláis así perdereis la parroquia de tan noble casa. La historia está algo embrollada, y ya veis, no hemos de exigir que las acciones de los grandes señores sean siempre razonables; hija puede Juan de Armagnac casarse con esa muchacha, puesto que su madre la duquesa viuda va á dar su mano á un hechicero.

—¡Un hechicero!—repetieron todos escandalizados. Y la Pavot indignada exclamó más alto que los demás:

—¡Un hechicero!

—Y algo peor,—dijo el mercader de joyas con aire misterioso,—peor, si puede haber nada peor que un hechicero! ¡Un menje que ha arrojado los hábitos á los perros! ¡Un nigromántico! Uno de esos paganos que buscan el oro con ayuda de Satanás...

—¡Oh!—dijeron todos los que escuchaban.

—Ya sabéis que soy incapaz de mentir,—dijo el joyero cruzando ambas manos sobre su dullefa forrada de pieles. Es un herético, un escarnulgado el tal hermano Tranquilo, como le llaman,

Y no dijo más, porque la mano de la Pavot cayó pesadamente sobre su rostro.

—¡Por el nombre de Dios, que mentís como un villano, maese Joselin! Mi primo Andrés es un cristiano mejor que vos, y vale más su dedo meñique que toda vuestra persona.

—¡Cómo!... ¡Cómo!...—quiere decir el vendedor de joyas.

Pero la Pavot, una vez lanzada, no era mujer de contenerse y aplicó un segundo puñetazo á su nariz, por lo cual el imprudente joyero llamó en su auxilio á la prudencia, escondió su ultrajada nariz entre sus pieles y tomó la retirada.

No hay que decir que la multitud aplaudió á la Pavot victoriosa; pero no era ésta mujer de quedarse á la mitad de su obra y dijo á la señora Juana:

—Escuchad, comadre, y escuchad todos para que la mordedura de esa víbora no deje señal: yo os diré lo que es el hermano Tranquilo.

Y con palabra fácil, con el énfasis de quien defiende algo que le es propio, la excelente señora refirió cuanto había pasado en el castillo de la Marche hacia quince años. Refirió cómo el hermano Tranquilo, después de salvar á la madre y al hijo, los había servido ciegamente. Refirió también la escena que había tenido lugar en su propia hostería, ofreciendo Tranquilo hasta su hijo al hacha de los verdugos por salvar á sus señores; y la multitud entusiasmada acabó por aclamar al mismo á quien había apostrofado al principio.

En medio del entusiasmo general no faltó quien exclamase:

—Si la duquesa Isabel se casase con ese hombre, nadie tendría nada que decir.

Estamos en el salon de honor del castillo de la Marche, castillo que ha variado una vez más de dueños, habiéndole devuelto el rey Carlos á sus legítimos propietarios. La duquesa Isabel, viuda de Nemours, estaba vestida como para la solemnidad que iba á verificarse; su arrogante estatura estaba aprisionada en una cota de tisú de oro sobre la que cruzaba un manto de anascote azul; la corona ducal ceñía sus negros cabellos y en su cuerpo formaba un grueso cordón de oro y cara sobre la falda de terciopelo orillada de tisú de oro como la cota.

La duquesa Isabel estaba sentada en un trono en medio del gran salon. Quince años hacia se había sentado medio muerta sobre las gradas de aquel mismo trono, estrechando contra su corazón á Juan de Armagnac, niño, amenazado de muerte. No lo había olvidado.

Este día, en torno de la duquesa, había numerosa multitud de caballeros prrrientes ó aliados de Armagnac, convocadas sin duda para una grave sesión.

El más ilustre de todos era Luis, duque de Orleans, príncipe de sangre real, sentado en un segundo trono, á la izquierda de su noble prima; á la derecha tomaba igualmente lugar Carlos Juan de Borgia, duque de Valentinois.

Después seguían los señores de Foix, de Albret, Douglas, Lorena y Cleves.

En el patio oíanse piafar los corceles, impacientes, y era el palacio de la Marche aquella noche el que contenía lo más florido de la corte del rey Carlos VIII.

Al pié del trono, entre Luis de Orleans, y su madre, Juan de Armagnac permaneció en pié con el traje que convenia á su elevado origen.

Todos los que allí estaban dirigiendo sonrisas benevolas, casi todos habían sido amigos ó rivales de su padre, y al verle tan arrogante, tan altanero, desafiando en su edad juvenil los peligros de la muerte todo-

sentíanse arrastrados hácia él y ganados por el corazon.

Era demasiado jóven nuestro amigo Juan el Rubio para tener ya enemigos: además á su madre la querian, la alababan todos por la abnegacion de que habia dado pruebas, y como casi todos habian sido admiradores de su belleza en épocas anteriores, miraban su reaparicion con cariño. No habia vuelto con la belleza de la primera juventud, pero sí con la hermosura digna, reposada, de quien ha pasado algunos años y algunas penas. Sus sufrimientos le habian dado una segunda corona de mártir, y todo el mundo se preguntaba si era posible que tanto se pudiera sufrir.

Habian pasado rápidamente las horas: mientras la duquesa Isabel refirió su larga historia, el momento habia llegado de montar á caballo, para reunirse al cortejo que debia acompañar á los reyes, y todos sabian que la jóven reina no hubiera perdonado una falta de esta clase á ninguno de sus cortesanos.

Sin embargo allí ninguno hablaba de partir; todos estaban dominados, vencidos por la emocion. Aunque lo que acababan de oír lo sabian ya vagamente, los detalles con que lo encarecia la duquesa Isabel hacia resaltar en aquella triste historia la noble figura de la madre, la más noble aun del hermano Tranquilo, del que no calló ninguno de los actos de abnegacion y heroismo.

Ahora que guardaba silencio, ahora que parecia acabada su narracion, nadie se asombraba de ver sus hermosos ojos bañados en lágrimas, y no hubo más que una palabra de asentimiento cuando Juan terminó el relato de su madre diciendo:

—El es mi segundo padre. ¡Después de Dios á él le debo la vida!

Isabel abrazó á su hijo, reconocido, y después levantando la cabeza con arrogancia, dijo á sus amigos y parientes.

—Esto es lo que ha hecho ese hombre tan generoso. ¿Qué recompensa creéis que merece tanto heroismo, tanta abnegacion?

—Hermosa prima,—repuso el duque de Orleans,—si no os hubiera dado más que su vida, os diria: hacedle rico y basta; pero os daba también la vida de sus dos hijos...

Y como Luis de Orleans vacilase, Francisco de Cleves exclamó:

—Eso no se paga con dinero; no tiene precio.

—Sí le tiene,—exclamó entonces Juan de Armagnac volviendo hácia sus parientes el risueño rostro.

—¡Hablad, hablad!—dijeron todos.

El jóven duque bajó los ojos y murmuró á media voz:

—Lo que no paga el dinero lo paga la dicha.

Los presentes tenían miedo de comprender, y la frente de la duquesa se cubrió de vivo carmin.

—Ese hombre tiene una hija,—se apresuró á exclamar,—ama á mi hijo Juan y mi hijo la ama.

—La que se llama Blanca de Armagnac!—repuso Luis de Orleans.

—A fé mia,—exclamó Francisco de Cleves,—que si la reina lo consiente, yo que no tengo hijos adoptaré la hija de ese hombre que llevará desde luego mi apellido y Juan se casará con ella.

La duquesa Isabel se levantó conmovida para exclamar:

—¡Gracias, primo mio! ¡gracias! Mi querido hijo no encontrará obstáculo para su dicha, gracias á vos.

—Hé aquí una recompensa,—exclamó alegremente el duque de Orleans,—que vale por el favor recibido.

—¡Abrazame, Juan, hijo mio!

El jóven abrazó conmovido á su noble pariente, y al hacerlo murmuró á su oído:

—¡Todavía no es bastante!

—¿Cómo?—murmuró sorprendido Luis de Orleans.

Juan de Armagnac se acercó de nuevo y murmuró

algunas frases á su oído; el duque le miró con estupor, y balbuceó:

—¡Hombre, hombre, eso es ya demasiado!

Volvió una mirada investigadora hácia la duquesa, que, como si adivinase de lo que hablaban, bajó los ojos confusa.

—Para esto mi señora madre,—murmuró Juan con voz firme y entera,—para esto mi señora madre ha reunido el consejo de familia.

—¿Qué ocurre, qué ocurre?—preguntó toda la asamblea.

—Por mi parte,—murmuró el duque de Orleans,—no me encargo de comunicaros tan grave asunto.

La duquesa quiso entonces hablar y palideció, dejó caer la cabeza sobre el pecho, y nada dijo.

—Entonces será yo quien tendrá que hablar,—repuso Juan, no sin depositar un beso cariñoso en la mano de su madre.—Se trata del honor de Armagnac, y no dudo de que me prestaréis vuestra atencion.

Juan el Rubio refirió, sin duda en otros términos que la madre Parot, pero no con ménos vehemencia, el terrible episodio de aquella mañana; por el cual el hermano Tranquilo habia querido dar la vida de sus dos hijos por salvarle á él; refirió todas las angustias de su madre, describió aquella puerta entre-abierta, por la cual asomaban ya las hachas de los verdugos de Tarchino, y los que le escuchaban creian ver y oír aquella escena de angustia en que la duquesa Isabel se arrastraba á los pies de un vasallo, ofreciéndose á sí misma en cambio de la vida de su hijo.

Todos aquellos hombres avezados á las batallas y á pruebas muy rudas, sentíanse conmovidos, y ya uno se apresuró á decir:

—Si ha prometido...

—¡La palabra de Armagnac es sagrada!

—¡Por la sangre de Cristo!—decia el duque de Orleans agitando en su sillón.

La duquesa Isabel temblaba.

—Ha prometido,—repeta Juan de Armagnac con entereza,—y su hijo, jefe de su casa, ha sancionado su promesa.

Hubo un momento de silencio, de verdadera angustia... la ansiedad estaba pintada en todos los semblantes... Luis de Orleans inclinóse entonces al oído de la duquesa y murmuró:

—Mi noble prima, ¿le amais?

Solo él pudo escuchar esta palabra que pronunciaron los labios tímidos de la duquesa.

—Sí, le amo.

Entonces volvió al duque de Orleans volver el rostro con expresion placentera y exclamar:

—Pues señor, el rey es nuestro primo y nosotros no somos tan pobres, señora, que no podamos constituir un rico dominio para un buen cristiano... ¡Por la sangre de Cristo! ¡Creo que no se encontraría en toda la Francia un corazón como el suyo! Yo le cedo mi vizcondado de Gieu como regalo de boda.

—Yo mi señorío de Lescun,—exclamó Gaston de Foix.

Cada cual le fué haciendo cesiones semejantes, y en pocos instantes el hermano Tranquilo pudo considerarse uno de los grandes señores de la Francia.

—Señores,—dijo el duque de Orleans,—terminado este incidente, á caballo: la reina nos espera y ella concluirá lo que nosotros hemos empezado. Mi noble prima podrá cumplir su palabra sin menoscabo para el nombre de Armagnac.

Se levantaron todos y se retiraron después de besar la mano de la duquesa.

Juan y su madre quedaron solos y la segunda murmuró sin ocultar su rostro bañado en lágrimas:

—Ve á buscar á Tranquilo, hijo mio.

En el instante en que Juan se disponia á obedecer el mandato de su madre, la puerta se abrió y el her-

mano Tranquilo entró tímido en el salón de honor. Juan el Rubio se abalanzó á su cuello.

—Dejanos, mi pequeño Juan.—murmuró Tranquilo con viva emoción;—quiero hablar á solas á la señora duquesa.

—Pues pronto, pronto, amigo mio, porque es preciso que dentro de media hora cabalguéis conmigo en la escolta del rey.

Y se alejó despues de dar un beso á su madre, corriendo en busca de su prometida.

Tranquilo y la duquesa Isabel quedaron solos.

X.

Recompensa de Tranquilo.

Tranquilo tenia la cabeza desnuda, llevaba un rico traje de caballero con los colores de Armagnac, y su gran manto realzaba su arrogante estatura; sus ojos brillaban, su frente estaba palida y un tinte de orgullo veíase en la triste sonrisa que entreabría sus labios.

Puede asegurarse que en aquel instante el hermano Tranquilo no estaba feo. Su aire grave, pensativo, daba vigoroso realce á su fisonomía y denotaba aquella hermosura llena de magestad que han dado á los personajes de sus cuadros los pintores españoles. Tenia algo de la belleza de los santos, de los mártires de la fe ó de los mártires de la ciencia!

—Acercaos, Tranquilo.—dijo bondadosamente la duquesa.—tengo muchas cosas que deciros.

—Señora!—esclamó Tranquilo acercándose lentamente,—estaba detras de esa puerta y lo he oido todo: no creais que escuchaba por vana curiosidad; pronto sabreis por qué me acerqué á esa puerta.

—¡Ah! ¿lo habeis oido todo?—esclamó la duquesa,—¿y á pesar de eso os acercáis á mí con el rostro grave y triste? Estimais en más los servicios que me habeis prestado.

Tranquilo fijó sus ojos en la duquesa y se estremió al verla más hermosa que en sus sueños mismos la veía, en aquellos sueños que no habian tenido nunca aspiraciones de realidad.

—Dios no pregunta á sus elegidos.—murmuró con voz trémula.—si están contentos del lugar que les otorga el cielo. Todo lo he oido menos aquellas palabras que se han cruzado entre el duque de Orleans y vos al oido.

—Y quereis conocer esas palabras?—dijo sonriendo la duquesa.—Pues bien, mi primo el duque de Orleans se ha inclinado al oido para preguntarme: «¿Le amais?»

Tranquilo no respiraba. Llevó la mano á su corazón para contener los latidos, y la condesa balbuceó ruborosa:

—Y yo le he dicho: «¡Sí, primo, le amo!»

Tranquilo cayó de rodillas y dos lágrimas ardorosas humedecieron sus párpados.

—¡Yo, yo!—balbuceó—¡pobre desgraciado, elegido, amado por la primera entre todas las mujeres... que lo confiesa así ante Dios y ante el mundo...! ¡Oh, no! ¡Imposible! Vos lo habeis dicho porque el reconocimiento pone una venda en vuestros ojos, porque tenéis el alma de una santa, porque...

—¡Oh, no! ¡Porque os amo!

Una especie de estravio pintóse en los ojos de Tranquilo.

—¿Es esto posible?—esclamó aquel hombre rechazando la mano que la duquesa le tendía.—No es posible: es un fantasma mentiroso que me señala la puerta del cielo...; pero no, sois vos,—añadió juntando las manos para adorarla como se adora á un santo;—vos, que sois la verdad misma, que decís que me amais...

¡Dios mio, por qué no me dejais morir en esta hora de felicidad!

Tomó entonces la mano de la duquesa y la llevó á sus labios, murmurando:

—¡No podria esplicaros lo que hay en mí! Y al hablar así aquel hombre, Tranquilo, tenia todos los arrebatos de la pasión.—Me atreveré á deciros, señora, mis alegrías, mis sueños, mis lágrimas! Desde que existo, cuantos me conocen, me toman por un insensato, y mi locura y mi insensatez era una máscara para prosternarme ante vos desde el fondo de mi miseria! ¡para adoraros como se adora á la reina de los ángeles!

Y su mano que ardía, estrechaba la de la duquesa Isabel, que estaba fria como el marmol.

¿Quién puede pintar las magnificas exageraciones de la pasión, que no tiene más intérprete que la palabra, y que revela en toda su desnudez el alma misma que la alberga? ¡Ah! la pasión que así se manifiesta, es invencible!

Aquel hombre que no habia sabido hablar nunca el lenguaje de la pasión, fascinaba á la duquesa, la arrastraba hacia sí como arrastra el magnetizador á la sonámbula que esclaviza... No habia sabido nunca el lenguaje del amor, y la llama que ardía en su corazón iba ya comunicando el incendio al corazón de Isabel.

—¡Tranquilo!—Tranquilo!—dijo dominada por la pasión,—no habeis así: me amais, y yo os amo, os amo hasta el extremo de haberos elegido por esposo.

Las manos de Tranquilo cayeron entonces con desaliento; su rostro cambió de espresión, y parecia que aquellas palabras le habian hecho caer del cielo á la tierra. Se puso en pié, llevó la mano á su frente como para retener en ella un pensamiento fugitivo, y esclamó:

—Escuchadme, señora: en el patio, los caballos piafan con impaciencia, y el niño lo ha dicho, dentro de algunos instantes necesitáis formar parte del cortejo real. No os detengais por mí, señora, yo también tengo que hacer esta noche una penosa marcha, una piadosa peregrinación, para rezar en una sepultura.

—¡En nombre del cielo, Tranquilo, esplicaos! No os comprendo.

Tranquilo la miró tristemente.

—¡Mas vale que no me comprendais! No hay nada de comun entre nosotros.

Una lágrima asomó á los ojos de la duquesa, y el hermano Tranquilo, como si todo su valor le abandonara, cubrióse el rostro con las manos y murmuró:

—¡Dios mio, esto es demasiado! No soy bastante fuerte, no puedo ya con tan cruel martirio! ¡Juan, mi pobre niño Juan!... ¡María! ¡Adios, mis hijos queridos... y vos, mi ángel adorado... Todo, todo se queda aquí mientras yo me voy en busca de una sepultura...

Reinó un instante de silencio y esclamó despues contentiendo la pregunta que asomaba á los labios de la duquesa:

—Me he despedido de Andrés, de María, y he llegado detras de esa puerta, porque por ese corredor se llega á la salida que conduce á los fosos de París.

—¡Ah!—esclamó la duquesa,—¿quereis huir, abandonaros?

—Mi corazón es débil,—murmuró tristemente el pedagogo:—¿quién sabe si mañana tendria el valor de resistir? Ha habido en algun tiempo dudas sobre el nacimiento del niño Juan. No faltó quien dijo que Juan de Armagnac era hijo del hermano Tranquilo. Ahora que el niño proscrito es poderoso, los enemigos surgiran de nuevo. Es preciso no darles lugar á que digan que el niño ha encontrado á su verdadero padre.

Isabel de Armagnac bató la cabeza sin contestar.

En aquel momento dejáronse oír los clarines en el patio.

—¡Bien!—murmuró la duquesa con acento trémulo, y si partiéramos los dos lejos, muy lejos...

Tranquilo dió dos pasos atrás y dijo apoyando ambas manos sobre el corazon:

—¡Dejadme: yo soy un hombre, no soy un santo! ¡dejadme dar gracias á Dios, que me ha sostenido hasta aquí, y ved que las fuerzas me abandonan... Gracias, señora, ¡gracias, mi noble señora, y creed que hasta la hora de mi muerte encontraré alegría, solo al recordar este dichoso instante, solo en poderme repetir á mi mismo, en la soledad de mi aislamiento: ¡me amaba! ¡me amaba!

—Tranquilo, no nos dejeis;—murmuró la duquesa desolada.

—La viuda de Armagnac debe vivir y morir con su luto,—dijo Tranquilo, cuya pálida frente parecía cercada de resplandores que en ella ponía la abnegación.

La duquesa se arrodilló y escondió el rostro entre las manos. Llegando á su oído el acento trémulo de aquel mártir, que murmuraba al atravesar la puerta:

—¡Adios!... ¡adios!

.....
Cuando el hermano Tranquilo atravesó aquella puerta del salon de honor, se despojó de su rico traje, se vistió su pobre sotana, cogió un báculo de viaje, y mientras sonaban los clarines, y las campanas tocaban á vuelo en señal de regocijo del noble pueblo de París, el hermano Tranquilo, solo y á pié, emprendía el camino hácia el pais de Armagnac, donde estaba la sepultura de Maruja su mujer.

Aquella misma noche Juan de Armagnac, que tenia noble corazon preguntó por él cuando se concertaron sus esponsales con Maria su bella prometida, adoptada por Francisco de Cleves, duque de Nevers, y la duquesa Isabel no contestó mas que con lágrimas.

En el año de 1499, Isabel viuda de Nemours regaló unas reliquias en urna de plata al convento de San Benito de Miranda donde acababa de morir un pobre monje que se llamaba el hermano Andrés, suceso bien insignificante para este año, que vió al duque de Orleans (Luis XII), suceder en el trono de Francia á Carlos VIII, y sentar en el trono á Ana de Bretaña, dos veces reina.

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malogrado poeta
BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.



... de ...
... del ...
... de ...
... de ...